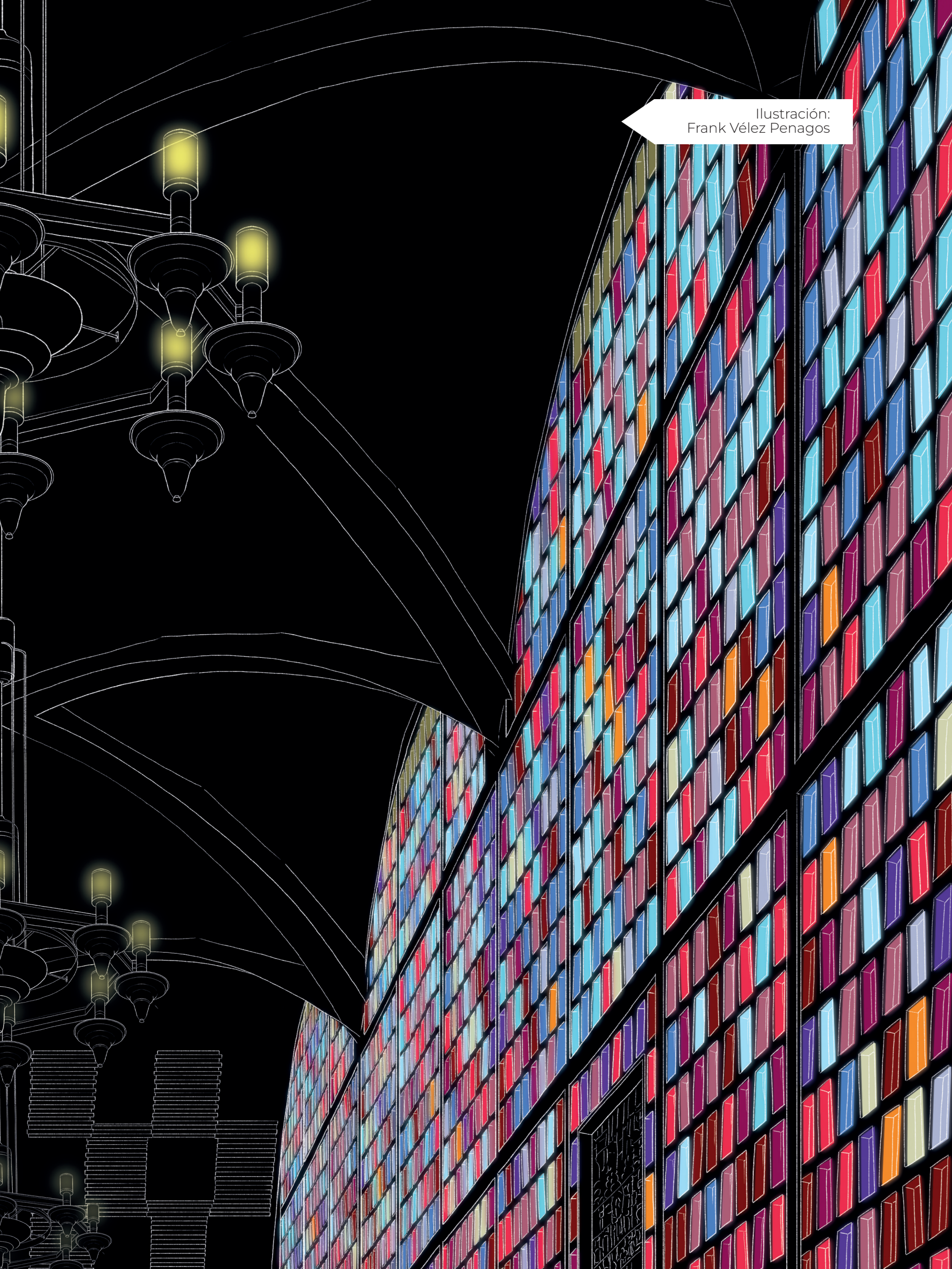


ITM  
80  
años





Ilustración:  
Frank Vélez Penagos







Institución  
**Universitaria**  
Reacreditada en Alta Calidad

| 80  
Años





## ITM 80 años

© Institución Universitaria ITM  
© Andrés David Torres Cañas, Beatriz Elena Acosta Ríos, Carlos Framb, Danny Zurc, Esteban Carmona Ospina, Gilmer Mesa, Hernán Humberto Múnera, Juan Diego Parra Valencia, Juan Felipe Chavarro Gómez, Lázaro Antonio Mesa Montoya, Luis Fernando González Escobar, Mauricio López Rueda  
© Editorial ITM

### Primera edición impresa: diciembre 2024

ISBN: 978-628-7751-14-9  
ISBN E-book: 978-628-7751-15-6

Rector  
**ALEJANDRO VILLA GÓMEZ**

Director Editorial ITM  
**MAURICIO VANEGAS GIL**

Editores ITM 80 años  
**LÁZARO ANTONIO MESA MONTOYA**  
**DIANA PATRICIA CARMONA HERNÁNDEZ**  
**GILMER MESA**

Compilador  
**GILMER MESA**

Corrección de textos  
**DIANA PATRICIA CARMONA HERNÁNDEZ**

Diseño de portada + Ilustraciones  
**TATIANA LONDOÑO AGUDELO**  
**JORGE OCHOA RESTREPO**  
**ALEJANDRO VALENCIA DOMÍNGUEZ**  
**DANIEL VALENCIA GÓMEZ**  
**FRANK VÉLEZ PENAGOS**

Diseño y diagramación  
**FRANK VÉLEZ PENAGOS**

Impresión:  
**Divegráficas S.A.S.**  
Carrera 50 No. 35-62  
Teléfonos: (604) 3225096 | 3160283713  
divegraficas@gmail.com

**Editorial ITM**  
Calle 75 No. 75-101  
Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197  
<http://catalogo.itm.edu.co>  
[editorialitm@itm.edu.co](mailto:editorialitm@itm.edu.co)

Hecho en Medellín, Colombia  
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Mesa, Gilmer (autor, compilador), Torres Cañas, Andrés David (autor), Acosta Ríos, Beatriz Elena (autor), Framb, Carlos (autor), Zurc, Danny (autor), Carmona Ospina, Esteban (autor), Múnera, Hernán Humberto (autor), Parra Valencia, Juan Diego, (autor), Chavarro Gómez, Juan Felipe (autor), Mesa Montoya, Lázaro Antonio (autor), González Escobar, Luis Fernando (autor), López Rueda, Mauricio (autor).

ITM 80 años–Medellín: Institución Universitaria ITM, 2024. | 208 páginas : 34 cm x 24 cm.

ISBN 978-628-7751-14-9 (rústica) | ISBN 978-628-7751-15-6 (electrónico) |

Historia | organización y gestión educativa | sociedad | ciencias sociales | educación superior | Medellín

Clasificación: 306 cultura e instituciones SBUA

Institución Universitaria ITM | Vigilada Mineducación. Reconocimiento de carácter académico: Resolución 6190 del 21 de diciembre de 2005, Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Decreto 180 del 25 de febrero de 1992, Minjusticia. Renovación acreditación institucional de alta calidad, 8 años: Resolución 013595 del 24 de julio de 2020, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso escrito de la editorial.

Las ideas y opiniones de este libro son responsabilidad exclusiva de los autores, quienes son igualmente responsables de las citas, referencias y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no responderá ante terceros por el contenido técnico o ideológico del texto, ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual.

# CONTENIDO

Presentación | **P. 12**  
Comité Editorial



## Tecnología y educación



**P. 17**

Pensar lo humano desde la tecnología  
y a la tecnología desde lo humano.  
El ITM como proyecto

Juan Diego Parra Valencia

## Historia antioqueña e ITM

Educación para nutrir la industria  
antioqueña: antecedentes históricos  
del Instituto Obrero Municipal, hoy ITM

Carlos Framb

**P. 37**



**P. 49**

Formas, materialidades y tiempos: sedes  
del ITM en la memoria urbana de Medellín

Luis Fernando González Escobar

## Vidas (y hechos) que testimonian

Múnera, el otro apellido  
del Instituto

Hernán Humberto Múnera  
Mauricio López Rueda

**P. 67**



**P. 85**

De Robledo a Floresta.  
Entre el diseño, las artes  
y las humanidades en el ITM

Beatriz Elena Acosta Ríos

Explorar el universo desde el ITM:  
un relato de ciencia y pasión

*Andrés David Torres Cañas*

**P. 99**



**P. 115**

Movimiento estudiantil del  
Instituto Tecnológico Metropolitano:  
historia, desafíos y perspectivas

*Juan Felipe Chavarro Gómez  
Esteban Carmona Ospina*

Un legado centenario:  
Museo de Ciencias Naturales de La Salle

*Danny Zurc  
Lázaro Mesa Montoya*

**P. 127**



## *ITM en extimidad*



**P. 145**

Redención educativa con el ITM

*Gilmer Mesa*

A las afueras del ITM

*Mauricio López Rueda*

**P. 161**

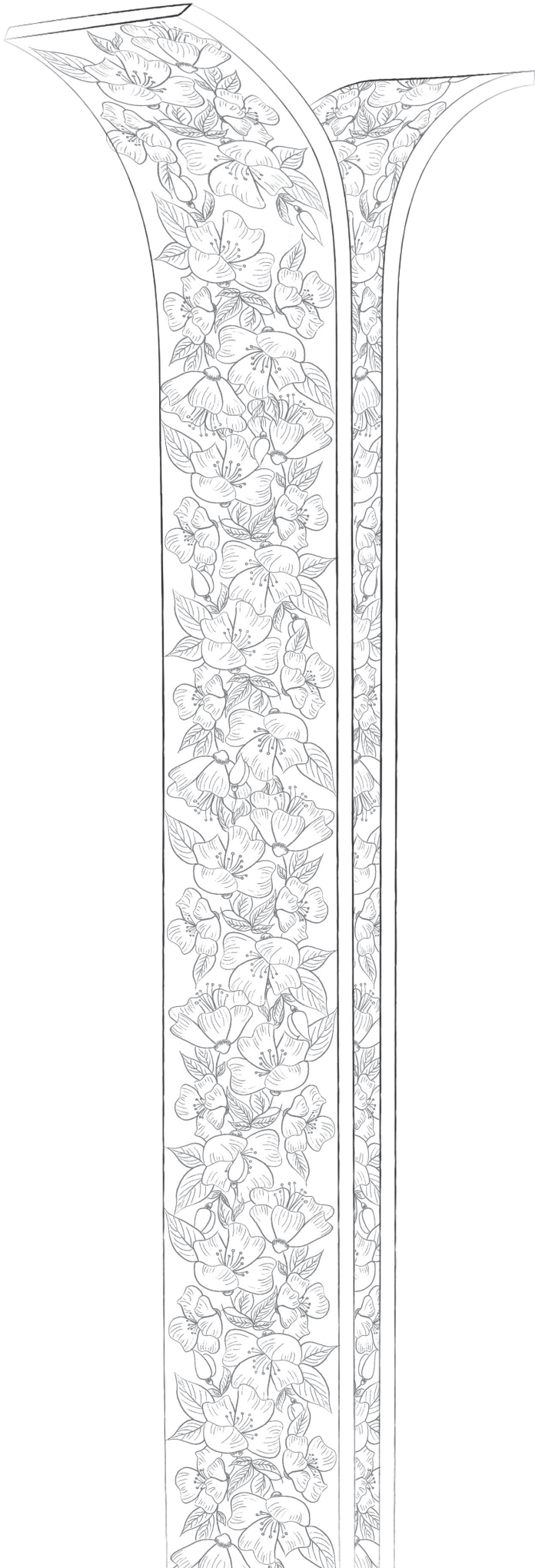


## *Acerca de los creadores*



**P. 184**

Autores  
Ilustradores  
Editora general



# Presentación

La institución universitaria ITM está cumpliendo 80 años que se dicen rápidos, pero tardan lo que nombran en pasar ocho décadas de historia, innovación y excelencia académica de una institución que, desde su fundación como Instituto Obrero en el año 1944 hasta el presente, ha sido un referente en la educación superior colombiana, formando líderes y profesionales en diversas áreas del conocimiento. A través de las siguientes páginas los lectores y lectoras descubrirán la trayectoria portentosa de nuestra institución, desde sus inicios hasta la actualidad. Acompañado de testimonios de académicos, escritores, estudiantes, profesores y egresados, así como de ilustraciones de brillantes artistas y documentos históricos, este libro es un tributo a la dedicación y al compromiso de nuestra comunidad universitaria y una celebración por el esfuerzo colectivo de mejoramiento constante distintivo del ITM.

Esta es una historia plena de conquistas y del tesón de muchas personas puesto en ellas. Lo que empezó siendo una escuela al servicio de la industria, se fue transformando con el tiempo en una institución educativa amplia, con una visión que trasciende lo técnico y lo tecnológico de su quehacer, adicionándole un componente robusto de humanismo y de libre pensamiento, para erigirse hoy como una de las más importantes de la ciudad, la región y del país, en atención a una población de 26 000 estudiantes en cinco sedes, quienes, en su mayoría, pertenecen a los estratos 1, 2 y 3 de la ciudad.

Por eso, el libro que tienen en sus manos no solo es una conmemoración de ese trayecto, sino también el escenario en que se da cuenta de algunos de sus resultados y de las vidas que han estado detrás, que son las mismas que mantienen la maquinaria funcionando; por lo tanto, nos propusimos un libro que no se definiera como histórico o historiográfico, sino que enseñara un recorrido, de la mano de los autores, por el camino de conquistas en estos 80 años. Con diez textos maravillosos en los que se entrevé la piel que todos y cada uno de los miembros de esta institución han dejado en el ruedo para hacerla lo que es hoy. El libro está estructurado en 4 secciones que comienzan con el ensayo del profesor Juan Diego Parra Valencia, “Pensar lo humano desde la tecnología, pensar la tecnología desde lo humano. El ITM como proyecto”, que sitúa en un primer plano la necesidad de humanizar a la tecnología y de las formas como el ITM ha transitado esa reflexión. Luego viene un grupo de textos cuya sección decidimos nombrar “Historia antioqueña e ITM”, en los que el profesor Luis Fernando González Escobar con su ensayo “Formas, materialidades y tiempos: sedes del ITM en la memoria urbana de Medellín”, y

el poeta y escritor Carlos Framb en “Educación para nutrir la industria antioqueña: antecedentes históricos del Instituto Obrero Municipal, hoy ITM” realizan sendos trabajos sobre la trayectoria de la educación en la ciudad de Medellín desde sus comienzos hasta llegar al ITM, con un énfasis en cómo esta institución se inserta en ella —el segundo ensayo— y sobre las diferentes sedes de la institución desde sus aspectos arquitectónicos y sus influencias en el proyecto educativo —el primero—. Posteriormente, se encuentra el grupo de ensayos denominado “Vidas (y hechos) que testimonian”, en el cual diversos autores recogen el testimonio y la visión de personas y de hechos que marcaron la historia del ITM, cuya exaltación era necesaria y urgente: “Múnera, el otro apellido del Instituto”, del maestro Hernán Humberto Múnera y del periodista Mauricio López Rueda, “De Robledo a Floresta. Entre el diseño, las artes y las humanidades en el ITM”, excepcional artículo a cargo de la profesora y reconocida intelectual Beatriz Elena Acosta Ríos, “Explorar el universo desde el ITM: un relato de ciencia y pasión”, del Coordinador del Observatorio Astronómico, Andrés Torres, “Movimiento estudiantil del Instituto Tecnológico Metropolitano: historia, desafíos y perspectivas”, a cargo del líder del movimiento estudiantil, Esteban Carmona, y del estudiante Juan Felipe Chavarro Gómez, y “Un legado centenario: Museo de Ciencias Naturales de La Salle”, escrito a cuatro manos por la curadora del Museo, Danny Zurc, y por el director del mismo, Lázaro Antonio Mesa Montoya. Para cerrar esta compilación conmemorativa verán un apartado titulado “ITM en extimidad”, cuyos ensayos estuvieron a cargo, el primero, “Redención en el ITM”, de Gilmer Mesa, escritor y docente de la institución, y el segundo, “A las afueras del ITM”, del periodista Mauricio López Rueda.

El libro cuenta, además, con la participación de excepcionales artistas gráficos que se encargaron de darle una identidad estética y de mantener activo el carácter de las imágenes que acompañan a los textos; ellos son: Alejandro Valencia Domínguez, Daniel Valencia Gómez, Jorge Ochoa Restrepo y Tatiana Londoño Agudelo, todos bajo el ritmo de Frank Vélez Penagos, coordinador del Área de Diseño del Museo de Ciencias Naturales de La Salle, un grupo variopinto de miradas y creatividades que demuestra que el ITM ha cumplido 80 años, pero su espíritu continúa joven y vibrante. Esta institución ha sido y seguirá siendo un faro de conocimiento y progreso para generaciones futuras; celebremos esta historia y mantengamos la mirada hacia el futuro con optimismo y determinación.

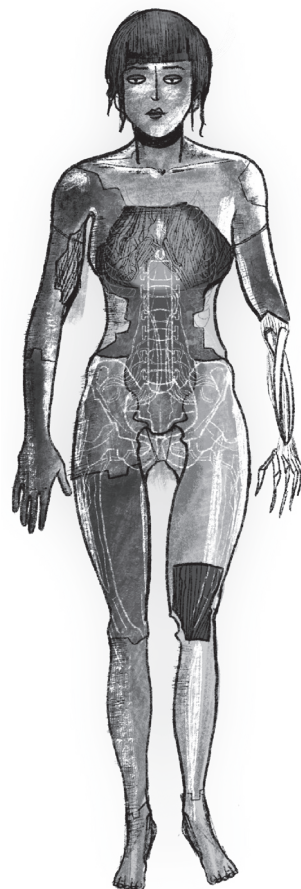
Comité editorial

Ilustración:  
Frank Vélez Penagos





*Tecnología y educación*  
Sección 1



# Pensar lo humano desde la tecnología y a la tecnología desde lo humano.

## El ITM como proyecto

*Juan Diego Parra Valencia*

Hace ochenta años, bajo el nombre de Instituto Obrero Municipal, nació el ITM. Desde entonces, con constantes cambios nominales y siguiendo una senda que siempre tuvo como eje la noción de “lo popular”, el devenir socio-cultural derivó en la vocación tecnológica que para el año 1991 determinó la perspectiva desde la cual se pensara el mundo, la cultura y lo humano. Ese año, el para entonces Instituto Popular de Cultura mutó su nombre a Instituto Tecnológico Metropolitano. Ese año caótico (denominado como “el peor año de Medellín”<sup>1</sup>), plagado de catástrofes sociales —en una ciudad que se catalogaba como la más violenta del mundo—, nació una institución que le apostaba a la construcción de un nuevo horizonte de pensamiento, haciendo confluír lo urbano metropolitano con la tecnología.

Desde entonces, si bien la idea de “lo popular” se ha mantenido vigente bajo las consignas institucionales de inclusión, atendiendo a poblaciones vulnerables

socio-económicamente y abriendo espacios cada vez más consistentes de diálogo con grupos diversos, en la Institución se ha planteado una relación constante entre la vocación formativa y la orientación tecnológica como ejes transversales de impacto educativo. Mi experiencia particular con el ITM, desde la Facultad de Artes y Humanidades, me ha permitido pensar desde distintos ámbitos esta relación, contando con la posibilidad de reconocer el campo de las humanidades como espacio de reflexión sobre la articulación de saberes que configuran posturas críticas del presente. La implicación del hecho técnico en los distintos saberes hace parte de las preocupaciones sustantivas del pensamiento humanista —hoy en día podríamos incluso decir “poshumanista”— al interior de una universidad con vocación tecnológica cuya tradición se marca por las ciencias y la ingeniería. En este proceso han surgido reflexiones diversas que impactan el valor de lo formativo, tanto en el marco institucional como para la propia ciudad. Desde la organización lógica de saberes a partir de los modelos tecno-científicos que orientaron el sentido de la innovación tecnológica —permitiendo la construcción del centro integrado de investigación,

---

<sup>1</sup> Juan Fernando Ramírez Arango, “1991, el peor año de Medellín”, *Universo Centro* (Medellín) 30 de diciembre de 2021. <https://universocentro.com.co/2021/12/30/1991-el-peor-ano-de-medellin/>

*Parque I—*, hasta la voluntad reflexiva desde lo socio-humanístico y artístico con el programa Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS) y la Facultad de Artes y humanidades, el ITM ha desarrollado estrategias constantes de inserción en el modelo de la enseñanza y cualificación tecnológica sin desprenderse de la reflexión sobre lo humano. A través de la investigación, la docencia y la extensión, la institución ha logrado construir un escenario reflexivo que garantice la comprensión de las prácticas del conocimiento desde planos equivalentes, tal como lo consideraran Deleuze y Guattari en su célebre libro *¿Qué es la filosofía?*<sup>2</sup>, entendiendo que la diferencia radica en el tipo de producción realizada: la ciencia produce funciones operacionales de impacto real, la filosofía conceptos de integración comprensiva y el arte perceptos y afectos de implicación emocional y simbólica. Justo esta tríada de ciencia, filosofía y arte es la que constituye la oferta del proyecto ITM desde la vocación tecnológica.

Dado que tal apuesta institucional reviste no poca complejidad, dedicaré este ensayo a trazar las relaciones entre el hecho técnico y el hecho humano, de cara a reconocer las implicaciones de un proyecto educativo orientado a consolidar tales relaciones. La propuesta de lo tecnológico como fuerza constituyente del conocimiento y del saber, propiciados desde la formación universitaria, requiere ser valorada desde varias instancias, y a mi entender la primera de todas es el reconocimiento del diálogo entre el sentido de lo humano y el de lo tecnológico. Mucho más cuando tal propuesta nace en el contexto de una ciudad que, tratando de sobrevivir a sus propias fuerzas de destrucción, le apuntaba al futuro como fuerza de contención frente a ese pasado inmediato que dejaba fracturas socio-culturales en la población de entonces. Se propone, pues, pensar lo técnico desde lo humano, siguiendo una estela antropológica que derive en el sentido amplio de la cultura, entendida como una forma técnica de administración

de los símbolos que definen nuestra humanidad. Al final se podrá reconocer la importancia de que exista una institución que insiste en trazar una ruta humana de los hechos técnicos más allá del utilitarismo funcional de las tecnocracias del presente.

### **Pensar la técnica en lo humano**

En la actualidad, quizás no haya pensamiento más urgente, más necesario, que el que se orienta a los hechos técnicos, e incluso, más allá, a la propensión técnica de nuestros actos, catalogados como “humanos”. La nuestra es una época de exacerbación tecnológica en la que nuestras funciones operativas cada vez han sido más delegadas a la máquinas, a las cuales otorgamos cualidades volitivas capaces de sustituir decisiones propias y personales, incluso de identificar nuestros deseos más profundos y, por ende, inconscientes, a partir de cálculos algorítmicos; una época en la que delegamos el manejo del tiempo, la retención consciente e incluso la capacidad de memorización a los aparatos y dispositivos que habitan nuestras experiencias más cotidianas. En ese sentido, es necesario reactivar una pregunta germinal que nos toca como especie, como individuos y como colectivo social: ¿es la técnica una creación humana o es la humanidad una variación técnica?; dependiendo de la respuesta, obtendremos el sentido de nuestra relación con los objetos técnicos y nuestra disposición para definir lo real desde dicha relación. Si dicha disposición es positiva, quizás podamos hacer parte del grupo de los tecnófilos, celebrantes entusiastas de lo evolutivo humano a través de sus extensiones artefactuales; si es negativa, haríamos parte de los tecnófobos, detractores persistentes que buscan restaurar las relaciones con lo más “natural” del mundo circundante, evitando que lo técnico nos aleje de nuestro “ser” más genuino. Aunque trataremos de encontrar un punto medio entre ambas posturas, quizás ambas tengan razón en varias apreciaciones.

Por un lado, podríamos considerar que, en tanto el hecho técnico sea solo posible por la emergencia de lo humano en la naturaleza, todo aquello que provenga de

<sup>2</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *¿Qué es la filosofía?* (Barcelona: Anagrama, 1997).



Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez

tal hecho es privativo de la acción humana, por lo cual la razón para la existencia artefactual del mundo es la propia existencia del ser humano. La consecuencia de esta deducción es que los objetos técnicos obedezcan a la razón existencial humana y su función sea de carácter artefactual, es decir, como útiles operativos o herramientas; así, si las herramientas son útiles humanos, su valor depende de la función racional humana capaz de generarlas. De aquí viene que se considere que, en tanto las máquinas y los artefactos controlen nuestras vidas, se invierta la relación operativa y cedamos nuestra capacidad racional; de esta manera, de ser “dominadores” de las máquinas pasamos a ser “dominados”. Esta idea, tan cara a la ciencia ficción, deriva en una actitud recelosa frente a la técnica, otorgándole a esta dimensiones adversas para la propia humanidad.

De otro lado, se ha considerado que lo humano se apoya en la técnica para su propia evolución, que gracias a los artefactos y las máquinas la capacidad racional se extiende de manera eficaz sobre la naturaleza, dominándola, controlándola. La consecuencia de esta deducción es el advenimiento de un tipo de positivismo tecno científico que determina el instrumentalismo de lo humano como una variante técnica de carácter operativo, que considera a la tecnicidad como una forma eficaz de resolución de problemas tanto en el nivel cognitivo como en el senso-motriz. Así, lo técnico, más allá de ser una amenaza que reduce nuestra capacidad de obrar —como lo pensaría el tecnófobo—, es de hecho la expansión positiva de dicha capacidad en función de la liberación de acciones determinadas por la necesidad o por el cuerpo mismo como límite funcional.

De una parte, pues, los que temen que la técnica nos provoque la deshumanización; de otra, los que celebran la desfuncionalización del cuerpo que lleva a una mayor funcionalización del mundo. Podría pensarse que los temerosos (o tecnófobos) tienden a la retrogradación técnica, mientras los festivos (o tecnófilos) propenden por la innovación desmedida. Los primeros, cuya emotividad es, por lo

general, la nostalgia “por un pasado mejor”, forman ejes de resistencia a partir de la conservación de prácticas tecno-culturales a las que están habituados; mientras que los segundos, cuya emotividad es la expectativa “por un futuro mejor”, forman ejes de insistencia por la constante mejora funcional de los hábitos. Lo curioso es que ambas perspectivas parten de un falso problema. Los primeros consideran que su estado de tecnicidad es más “natural” o “humano” que aquel que poco a poco les impone el futuro —como el que considera que el cine es más noble que la televisión, o que el disco de vinilo es más genuino que el reproductor digital, o que la máquina de escribir es más noble que el computador...—, lo cual les hace ignorar que, en su momento, el sistema técnico al cual pertenecen fue también considerado como ruptura de hábitos; por lo tanto, su resistencia no es a la técnica en cuanto tal, sino al régimen de comportamientos determinado por el sistema operativo al que pertenecen. Es decir, en el fondo es una resistencia cultural a la innovación técnica. El problema es, pues, el cambio de hábitos, como lo que ocurrió, por ejemplo, cuando se pasó de operar la información impresa en archivos públicos a la administración digital en archivos privados, con el advenimiento de las máquinas de computación doméstica. Los segundos (los tecnófilos), por su parte, consideran que el devenir técnico reorienta y reorganiza de manera positiva la funcionalización cognitiva y senso-motriz humanas, por lo cual se abocan hacia el futuro determinante de la innovación permanente, que les impide reconocer sus propios hábitos determinados por las retenciones del presente activo; es decir, se someten al flujo constante de la novedad sin detenerse en las novedades mismas, pues estas no son más que estados parciales de una función operativa que les obliga a arrojarse al constante “formateo” de sus propios hábitos —como el que necesita estar siempre actualizado con el último *smartphone* sin haber aprendido a usar realmente el anterior—.

El falso problema radica en que ambas perspectivas separan la técnica de los hábitos, es decir, de la constitución de la cultura, que no es otra cosa que la

Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez



articulación de prácticas sociales a partir de códigos colectivos. En suma, tanto tecnófobos como tecnófilos consideran lo técnico como un hecho separado de lo humano, ya sea entendido como una materialización de su “espíritu” que cuenta con menor “humanidad”, ya sea como una expansión de su capacidad racional que aumenta su control y dominio sobre la naturaleza. El problema, sin embargo, es más complejo. Pensadores como André Leroi-Gourhan, Gilbert Simondon y Bernard Stiegler abrieron importantes líneas de análisis para intentar comprenderlo. Hay muchas más, por supuesto, pero vale la pena detenerse un poco en estas tres miradas dada su complementariedad. Intentaré repasarlas un poco, según el tipo énfasis que cada autor ofrece, de cara a la idea general de vinculación entre los conceptos de lo humano y lo tecnológico.

### **Técnica y evolución humana**

El paleontólogo Leroi-Gourhan estableció una novedosa relación entre la base biológica humana y el desarrollo psico-social, dando una perspectiva histórica al desarrollo de las técnicas. Su análisis propone una articulación entre el cuerpo humano en desarrollo y su expansión material a través de objetos que obligan a la constante plasticidad adaptativa del cerebro. Así, existe una permanente retroalimentación entre la concretización artefactual y el desarrollo cerebro-anatómico. Su libro canónico titulado *El gesto y la palabra* desarrolló la relación entre el desplegamiento corporal humano hacia el universo simbólico a través de la tecnicidad, explicando cómo los procesos de liberación funcional del cuerpo constituyeron el advenimiento de la capacidad cognitiva de abstracción. Leroi-Gourhan explica cómo, a partir del erguimiento humano, entre la mano liberada de sus funciones estrictamente locomotoras y la cara, se desarrolló un proceso de retroalimentación que orientó la emergencia del lenguaje articulado. De este modo, la conexión entre el mundo material (naturaleza) y el mundo mental (individuo) se explica por una modulación física de tecnificación del cuerpo que, una vez puede deshacerse de funciones específicas de

locomoción, se integra en un nuevo universo interactivo en el que las cosas adquieren un valor adicional en el plano abstracto del significado. La naturaleza se transforma en la mente gracias a la atribución de sentido que implica la construcción de un universo simbólico. Si la piedra, además de ser una piedra, es un arma de ataque o defensa, por ejemplo, o si al usarse como herramienta para ablandar la carne cruda antes de ingerirla —como aún hoy lo hacemos— se convierte en una suerte de muela exterior que mastica, con ayuda del brazo, antes de engullirla por la boca, estamos ante un mundo dual en el que las cosas son materia, pero también significado, adquieren valor dentro de un universo separado de su estado material neutro, es decir, ese estado común para el resto de los animales. La cosa-herramienta existe, tanto en el plano material como en el simbólico, su valor adicional, sin embargo, es una construcción extemporánea netamente humana. En el plano de atribución simbólica, la piedra-arma es, a la vez, un puño cerrado duro y portátil que expande la mano que golpea incrementando el rango de fuerza gracias a la superficie mineral frente a la base semi-blanda de la estructura ósea humana. Luego, de la piedra al martillo hay un trazo técnico que nos permite reconocer la adecuación cognitiva del ser humano a su propia expansión material, a través de los objetos de la naturaleza. La técnica es una liberación funcional del cuerpo y, como tal, un proceso de virtualización que separa las acciones físicas (los gestos) de su base biológica señalando un trazo hacia la complejidad instrumental que capacita al humano para domesticar las fuerzas que le circundan y a las que reúne bajo la idea de naturaleza.

No puedo detenerme mucho más en este punto, pero vale la pena destacar que quizás no haya mejor recreación del hecho tecno-cognitivo de exteriorización funcional, analizado por Leroi-Gourhan, que el que exhibe Stanley Kubrick en su película *2001. A Space Odyssey* (1968). Hay una secuencia brillante, promediando el minuto 15, en la que un simio parece meditar sobre los huesos de algunos tapires mientras juega con ellos; en un momento empieza a golpear unos con otros incrementando



Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo

la fuerza hasta que se activa su hilaridad agresiva y grita con euforia mientras ataca con creciente violencia los huesos yacentes. Kubrick presenta esta escena jugando con imágenes superpuestas y alternativas de tapires vivos que caen mientras el simio golpea los huesos, estableciendo una relación mental entre el simio y los actos del futuro que llevarán a que este use los huesos como un arma potencial para matar animales que le servirán de alimento. La escena es mucho más compleja de lo que parece. El simio reconoce tanto su pasado inmediato como su propio futuro; en el hueso está el animal que alguna vez vivió y a la vez el animal que él mismo matará; el hueso-arma es al mismo tiempo una parte del animal que vivió y objeto que posteriormente servirá para matarle. El hueso, así, entra en una tendencia de futuro como artefacto técnico, y el simio en el proceso de tecnicidad que lo llevará a dominar aquello que antes lo determinaba: el entorno o la naturaleza. La escena continúa mostrándonos el nuevo simio técnico en su manada, cuando debe enfrentar una horda de enemigos que quieren acceder al riachuelo del que beben. La comunidad del simio técnico se defiende con el nuevo hallazgo, aunque los enemigos parezcan más fuertes —de hecho, en la película nos habían mostrado antes cómo los superaban y se imponían—, no solo equiparando la fuerza sino superándola gracias a la técnica. Posteriormente, luego del enfrentamiento y de los asesinatos consecuentes, el simio técnico en gesto de victoria lanza su artefacto al cielo. La imagen del hueso volando poco a poco se transforma en la de una nave espacial, dando un salto temporal, según la película, de 4 millones de años. Kubrick presenta de manera precisa el trazo de tecnicidad que determina la modulación material como expansión del cuerpo y, simultáneamente, como complejización funcional del trazo artefactual. La tecnicidad no es una invención humana gracias a su racionalidad, sino la modulación física que genera plasticidad cognitiva al insertarse en el universo material de las cosas. De hecho, no puede explicarse lo humano sin la técnica, pues ella está en la base misma de la hominización. De tal impacto es el hallazgo de Leroi-Gourhan.

## Técnica y cultura

En una línea que podríamos considerar complementaria a la de Leroi-Gourhan, el filósofo de la técnica, Gilbert Simondon, propone un escenario crítico frente a la relación dualista e hilemórfica<sup>3</sup> que establecemos con la técnica, desde la cual se separan las realidades de lo humano y lo técnico como si pertenecieran a dos dimensiones distintas. Plantea, incluso, que

[...] la oposición que se ha erigido entre la cultura y la técnica, entre el hombre y la máquina, es falsa y sin fundamentos; sólo recubre ignorancia o resentimiento. Enmascara detrás de un humanismo fácil una realidad rica en esfuerzos humanos y en fuerzas naturales, y que constituye el mundo de los objetos técnicos, mediadores entre la naturaleza y el hombre<sup>4</sup>.

La curiosa mención al “humanismo fácil” trae a cuestión un problema constitutivo de la extrañeza que despierta el hecho técnico en un contexto en el que nuestra relación con los artefactos, luego del despliegue e imposición de la informática y las máquinas de computación, es cada vez más esotérica y extraña. La construcción narrativa que enfrenta las máquinas a los humanos es pan de cada día en la ciencia ficción cinematográfica más consumida —*Blade Runner*, *Terminator*, *Brave New World*, *Matrix*, *I Robot*, *Exmachina*, *Ghost in the Shell*, *Westworld*...— y demuestra, precisamente, la propensión a ese “humanismo fácil” en el que la realidad de lo maquínico existe por fuera del modo de existencia humano. Desde la mirada del “humanismo fácil” lo artefactual y/o maquínico fue construido como un doble o sustituto de la humanidad y más temprano que tarde se erigirá como suplantador de lo constitutivo y esencial de la existencia de la especie, hasta el punto de hacerla desaparecer y reemplazarla<sup>5</sup>. La máquina,

<sup>3</sup> El hilemorfismo es una teoría filosófica propuesta por Aristóteles que concibe la sustancia como una relación entre materia (*hylé*) y forma (*morphé*).

<sup>4</sup> Gilbert Simondon, *El modo de existencia de los objetos técnicos* (Buenos Aires: Prometeo, 2007).

<sup>5</sup> Este es el argumento de historias como *Blade Runner*, *Terminator*, *Matrix* o *Westworld*, por ejemplo.

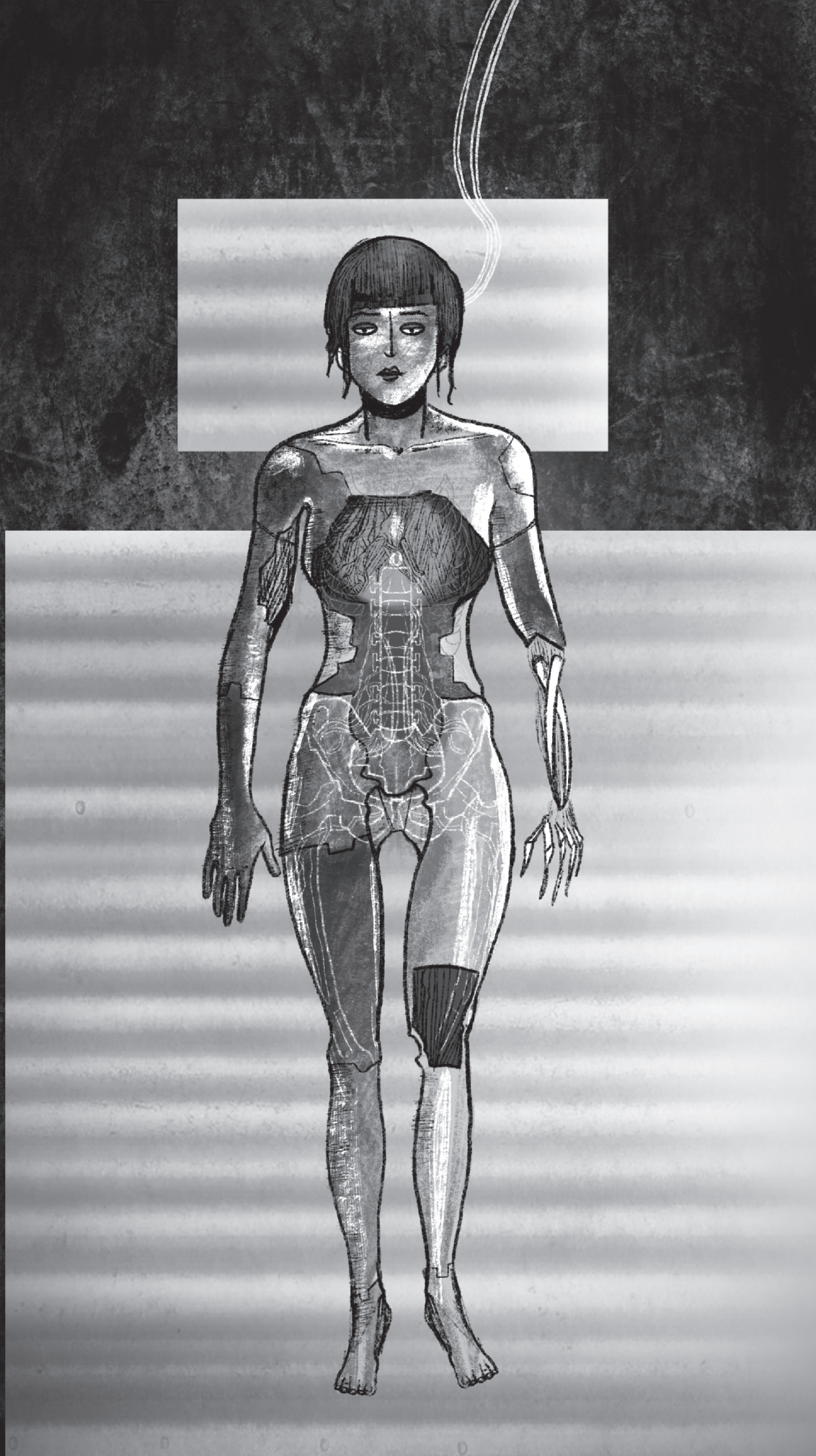


Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez

pues, se separa del ser humano para invertir la relación de control, no solo desproveyendo al mundo de su humanidad, sino deshumanizando al propio ser humano. Tal catastrofismo del “humanismo fácil” convierte al hecho técnico en una ruta irreversible de “deshumanización” que sostiene de manera sólida la tecnofobia de la que hablábamos antes. Sin embargo, como dice Simondon,

[...] la máquina, obra de organización, de información es, como la vida y con la vida, lo que se opone al desorden, al nivelamiento de toda cosa que tienda a privar al universo de los poderes de cambio. La máquina es aquello por medio de lo cual el hombre se opone a la muerte del universo; hace más lenta, como la vida, la degradación de la energía, y se convierte en estabilizadora del mundo.<sup>6</sup>

La técnica, entonces, modulada en el ámbito maquínico, es la continuación de la vida por medios no biológicos, es un proceso neguentrópico<sup>7</sup> a través del cual el humano mantiene estados parciales de organización en el caos móvil de los flujos de la materia. La robótica, en este contexto, es una más de las formas en que el humano constituye la expansión de su acción a través de estrategias de información (u organización) dentro de entornos tanto analógicos como digitales.

En su célebre libro *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Simondon estructura una forma novedosa de comprensión del hecho técnico desde la idea de tecnicidad, apelando a un esfuerzo genealógico que determina lo que él denomina “el desfase de la unidad mágico primitiva”,

<sup>6</sup> Simondon, *El modo de existencia de los objetos técnicos*, 38.

<sup>7</sup> El término neguentropía proviene de la noción de “entropía negativa” (negative entropy), en oposición de la “entropía positiva” o “entropía”. La entropía apunta a la tendencia a la desorganización de los sistemas gracias al irreversible desgaste funcional de sus procesos, con lo cual la neguentropía implica la resistencia a dicha desorganización a partir de un esfuerzo permanente por la conservación de la estructura. Tal fenómeno ocurre en la vida orgánica. El término se le atribuye al físico cuántico Erwin Schrödinger (autor del libro *¿Qué es la vida?* [1943]), aunque también al físico Robert Bruce Lindsay.

en el cual todo lo que en algún momento del paleolítico inferior se reconocía como integrado dentro de una misma fuerza productiva en la naturaleza, sufrió un corte cualitativo que determinó la aparición de los mundos objetivo y subjetivo: el primero como tendencia hacia la materia exterior —que él denomina como tecnicidad— y el segundo como tendencia hacia la experiencia interior —que denomina como religiosidad—. Dice Simondon que esta ruptura entre el mundo exterior (la técnica) —desde el cual se derivará la ciencia como reflexión sobre el mundo objetivo— y el interior (la religión) —desde el cual se derivará la filosofía como reflexión sobre el mundo subjetivo— permanecerá como una latencia que intenta continuamente reunificarse, y dicho esfuerzo por la reunificación del mundo objetivo con el subjetivo se denominará, según el autor, pensamiento estético. Es decir, la ciencia y la filosofía, la técnica y la razón, la praxis y la teoría, dialogan gracias al esfuerzo integrador del pensamiento estético que, a su vez, derivará en las prácticas artísticas cuya concreción se produce en el marco de la tecnicidad subjetivada. Desde esta perspectiva, aquello que parecía separado: arte (lo emocional), ciencia (lo práctico) y filosofía (lo teórico), que constituyen el diagrama existencial del humano, hacen parte de la modulación técnica que orienta movimientos cualitativos y distribuye el sentido de lo real. Aunque no es posible detenerse mucho más en este punto, vale la pena considerar esta propuesta audaz como la articulación de lo tecnológico en el campo del saber y el conocimiento. Simondon pensará de manera profunda este asunto desde el contexto de la información como campo problemático, apelando al análisis sobre la individuación, la percepción y la invención, dándonos una visión no utilitarista de la técnica.

## Técnica, tiempo y memoria

Herederos de Leroi-Gourhan y de Simondon, y fuertemente influido por Jacques Derrida, Bernard Stiegler planteará una variante en la reflexión sobre la técnica en la que el énfasis serán el tiempo y la memoria, constitutivos de la organización simbólica de lo humano. Para Stiegler, las



Handwritten text in a stylized, possibly ancient or esoteric script, appearing on a torn piece of paper. The text is arranged in several lines, with some characters resembling Greek or Latin letters.

Handwritten text in a stylized script, appearing on a torn piece of paper. The text is arranged in several lines, with some characters resembling Greek or Latin letters. Below the text is a small diagram consisting of a square with a cross inside, and some additional markings.

Handwritten text in Arabic script, appearing on a torn piece of paper. The text is arranged in several lines, with some characters resembling Arabic letters. The text is surrounded by various symbols and diagrams, including a circular diagram with a cross inside, a diagram of a human figure with a cross, and a diagram of a human figure with a cross and a star. The text is written in a stylized, calligraphic font.

Handwritten text in English, appearing on a torn piece of paper. The text is arranged in several lines, with some characters resembling English letters. The text is surrounded by various symbols and diagrams, including a circular diagram with a cross inside, a diagram of a human figure with a cross, and a diagram of a human figure with a cross and a star. The text is written in a stylized, calligraphic font.

Handwritten text in English, appearing on a torn piece of paper. The text is arranged in several lines, with some characters resembling English letters. The text is surrounded by various symbols and diagrams, including a circular diagram with a cross inside, a diagram of a human figure with a cross, and a diagram of a human figure with a cross and a star. The text is written in a stylized, calligraphic font.

Handwritten text in English, appearing on a torn piece of paper. The text is arranged in several lines, with some characters resembling English letters. The text is surrounded by various symbols and diagrams, including a circular diagram with a cross inside, a diagram of a human figure with a cross, and a diagram of a human figure with a cross and a star. The text is written in a stylized, calligraphic font.

Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

técnicas no solo hacen parte de un tiempo o de una época, sino que ellas mismas constituyen el tiempo, es decir, nuestra noción de temporalidad. En el sentido que lo entiende Leroi-Gourhan, la tecnicidad es una tendencia de exteriorización funcional, por lo cual ella ofrece la multiplicación de posibilidades de inserción en planos de retención que van más allá de lo biológico cognitivo. Stiegler detecta las dos formas básicas de retención mnemónica en las tipologías de memoria denominadas como genética y epigenética. La genética implica la relación interindividual que especifica la información en una cadena biológica, garantizando la conservación de memoria de especie entre individuos de distintos tiempos. La memoria genética es, entonces, el proceso de conservación de la información biológica a través de los individuos de una misma especie; la memoria epigenética implica una suerte de memoria del cuerpo que define las experiencias del individuo en un proceso de cualificación orientado a la supervivencia dentro de un entorno social y natural. Tanto los aprendizajes cualificados, como las habilidades propias que definen el “sí mismo” dentro de un entorno, constituyen la memoria epigenética.

Lo que propone Stiegler es reconocer una tercera memoria que él denominará epifilogenética, la cual depende de los procesos de exteriorización y que se concretizan en objetos técnicos. Sin embargo, dice Stiegler que más allá de reconocer esta memoria como “exteriorizada” —palabra que le parece confusa, dado que implicaría una “interioridad” previa—, y en tono simondoniano, se trata de comprenderla como una expansión de la vida a través de medios no biológicos. Es decir, la técnica como base de la memoria epifilogenética configura un nuevo período de la vida a través de soportes que almacenan estados funcionales humanos, los cuales pueden transmitirse a través del tiempo. Un martillo, por ejemplo, conserva un estado de memoria funcional que permite que, al encontrarnos uno que fuera fabricado hace 10 000 años, en una excavación arqueológica, sabremos usarlo dado que en él hay códigos humanos (o sea memoria

humana) reconocibles a partir de su forma funcional. El martillo es una herramienta, sí, pero también es un reservorio de acciones memorizadas por los humanos a través del tiempo, que se concentran en el objeto mismo. El martillo, entonces, sería equivalente al libro, por cuanto artefacto de administración de los datos del pasado, solo que desde su inserción organicista en la estructura anatómica humana. El libro administra la memoria de una manera más compleja, a través del lenguaje, es decir, del proceso de digitalización de códigos según capacidades cognitivas de abstracción. La forma de codificación del libro se mantuvo, por ejemplo, en las máquinas de cómputo, relacionando el sistema numérico con procesamientos de codificación, con lo cual es necesario establecer un lazo de continuidad entre los libros y los computadores, de ahí que las formas de comprensión —y especialmente de usabilidad— digital de la informática dependan de estructuras de lectura y escritura. Aunque el martillo no fue hecho para almacenar y codificar memorias, como el libro y el computador —cuya función se expande en el procesamiento numérico—, es cierto que operativamente conserva la relación funcional con el cuerpo humano hasta el punto de producir el contacto gestual anatómico entre individuos separados por miles de años.

En este sentido, Stiegler invita a preguntarnos

[...] por qué dudamos menos de caminar sobre una hormiga o una mosca que sobre un ratón, y por qué nos sentimos menos próximos de un ratón que de un gato, de un gato que de un simio, de un simio que de un niño. Siempre me he dicho que ello viene de que comparto siempre más memoria con estos seres. ¿No es también porque al fin y al cabo estoy más atado a alguno de mi familia que a un extranjero?<sup>8</sup>

La memoria es el lazo común del pasado compartido, por ende, la técnica implicó

<sup>8</sup> Bernard Stiegler, “Leroi-Gourhan: l’inorganique organisé”, *Les Cahiers de Médiologie* 6 (Paris: Gallimard, 2001) 71, traducción propia.



Versión final

Fuente © 2020 EL Education.

Yo también me quedé con la boca abierta, porque Austin hizo estos dibujos cuando estaba en primero de primaria.  
Ver a un niño de seis años pasando por esta clase de metamorfosis me

Cada descubrimiento es una conquista ↘

Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

un salto cualitativo hacia la comprensión del sí mismo en el tiempo, la expansión del marco referencial para entendernos como especie a través del tiempo. En el fondo, fue la técnica como memoria epifilogenética la que orientó la disposición de lo humano como relato, como base de construcción de la historia que nos cuenta, la que nos permite parecernos a nosotros mismos más allá de los condicionamientos biogenéticos, incluso a liberarnos de estos, a proyectarnos hacia territorios más allá de lo que somos y hemos sido, más allá de la propia humanidad, y que nos determina a una nueva comprensión de lo que seremos, en un plano que hoy se denomina como “post-humano”, y en el marco de constantes experimentaciones bio-psico-sociales que operativizan tanto las ciencias como las técnicas.

### **Pensar la universidad desde la técnica. Por una epistemología tecnológica de la formación en el ITM**

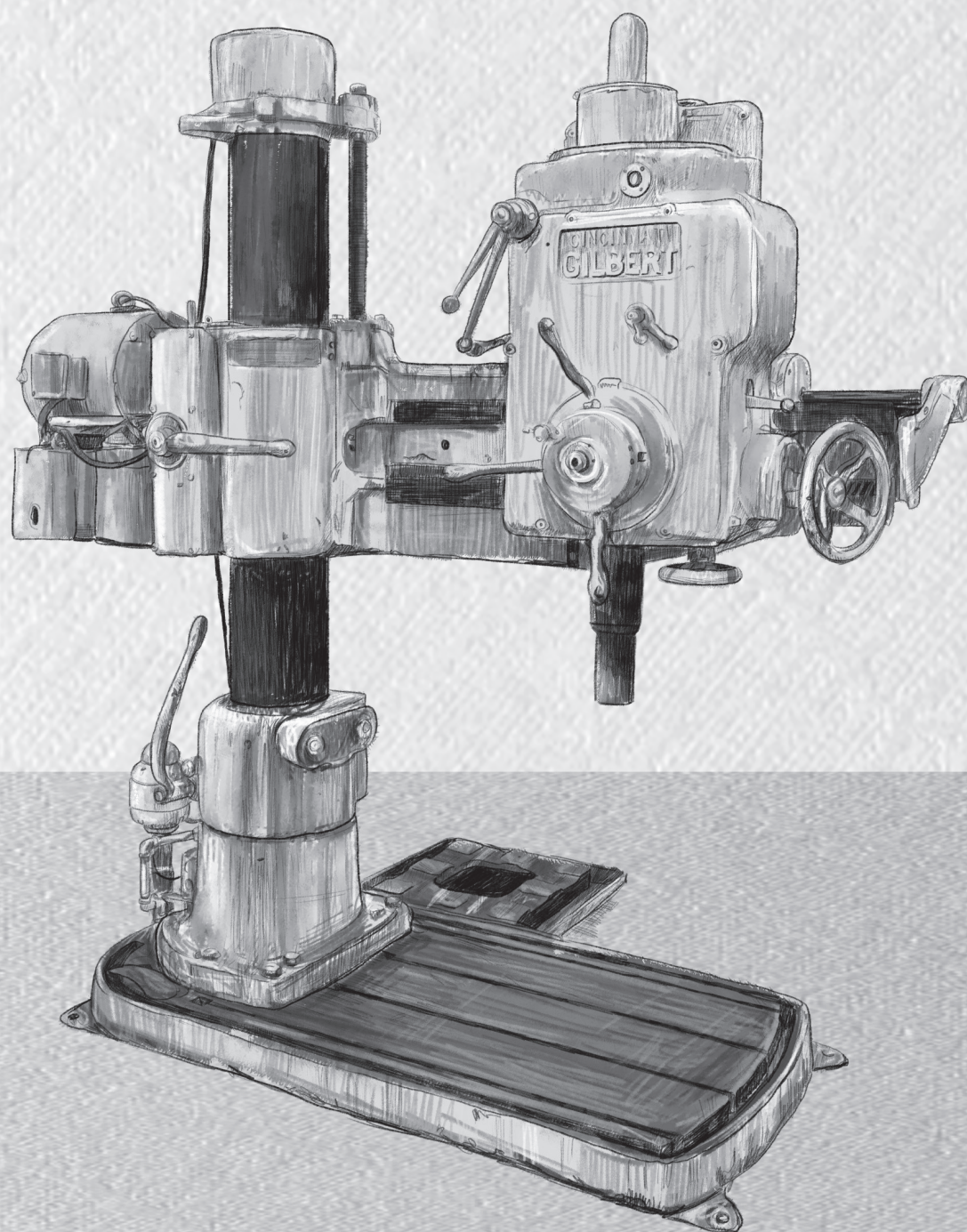
El breve recuento de la relación entre lo humano y lo técnico nos sirve para pensar el sentido de la enseñanza en el marco de lo tecnológico que es, a la postre, la idea que sostiene el proyecto ITM para la ciudad. Iniciaba este texto considerando el compromiso institucional con “lo popular”, desde el valor de la inclusión y la tolerancia por la diferencia. En ese sentido, debe destacarse la idea de permitir el acceso al sistema técnico rigente y en transformación para las clases y grupos sociales más vulnerables, a partir del diálogo transdisciplinar entre ciencias (exactas y económicas), ingenierías, artes y humanidades, con diversos programas que determinan un pensamiento amplio acerca de la otorgación de valor simbólico a las prácticas culturales y humanísticas. El desarrollo articulado de la formación interdisciplinar permite desarrollar un diálogo permanente entre las formas de comprensión sobre lo tecnológico en ámbitos culturales de producción simbólica. Esta idea transformadora orienta la preocupación por los tiempos del presente, que sufren la exacerbación de información cada vez más difícil de procesar, retener y analizar. De alguna manera, la propuesta de pensar el mundo desde lo tecnológico

apunta a insertarse de manera crítica en el flujo de los modelos operativos de la actualidad. Como sabemos, el sistema tecno-simbólico del presente, que rige tanto nuestros comportamientos como nuestras cogniciones, podría denominarse, parafraseando a Michel Foucault, como episteme de la información<sup>9</sup>. Una episteme se define como el conjunto de saberes, prácticas y técnicas que determinan la comprensión de un estado de cosas real, y es en ese sentido que la actualidad existencial de nuestro mundo debe contener, irreductiblemente, la noción de información, que atraviesa prácticamente todos los ámbitos del conocimiento desde la biología molecular y la cibernética, hasta la computación, la lingüística, la economía, la comunicación, la política y la psicología. En esta medida, la base del saber contemporáneo se sostiene por una perspectiva tecnológica que piensa lo humano como punto de articulación entre la operatividad informacional y su manifestación simbólica; tal ha sido, precisamente, la propuesta epistemológica para reconocer lo humano en el presente, desde la formación crítica como sustento del saber tecnológico.

En este sentido, es clave comprender que, más allá (o no solamente) de formar individuos para la inserción en el sistema socio-económico productivo, se ha planteado la posibilidad de conectar los campos del saber que se han distanciado según derroteros de hiper-especialización en los saberes, para desarrollar capacidades críticas frente a las prácticas y los conocimientos. La clave, tal como lo hemos tratado de explicar, está en una visión amplia del hecho técnico como constitución de lo humano que determina una comprensión de sí, en calidad de individuos, desde una perspectiva amplia de carácter socio-antropológica.

<sup>9</sup> Así como existe, según su análisis, las que podríamos denominar como: *episteme de la semejanza*, *episteme de la representación* y *episteme del lenguaje*. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (México: Siglo XXI, 1971); Michel Foucault, *La arqueología del saber* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010).

Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



La cultura, el mundo simbólico en general, se ha constituido tradicionalmente, como dice Simondon, en “lo otro” de la técnica<sup>10</sup>, como si esta fuera un agente disociador que nos impulsa a olvidar lo que somos, induciéndonos a la operatividad maquínica irreflexiva. Sin obviar que pueden tener motivos quienes así piensan, dada la tendencia alienante del mundo contemporáneo al consumo desaforado de datos informacionales a través de los dispositivos de cómputo, de crecimiento exponencial a través del modelo “*smart*” de los artefactos técnicos de uso cotidiano y doméstico, lo que señala Simondon es que la propia cultura debe ser entendida como una técnica, exactamente como una *mnemotecnia*, es decir, una técnica de memorización colectiva que se apoya en soportes artefactuales —como el libro, la fotografía, el video, el computador...— para establecer vínculos entre el pasado y el futuro, a través de la sincronización del presente, de nuestra especie extendida a través del tiempo. De esta manera, lo que denominamos como “tiempo humano” no es más que el relato obtenido a través de la información atesorada en los dispositivos técnicos a lo largo de nuestra historia como especie. Y fueron dichos soportes los que configuraron y estructuraron la información que permitió el advenimiento de la universidad como forma institucional para la administración de los saberes. En este sentido, es en *las instituciones*, como bien lo señala Régis Debray en sus estudios mediológicos<sup>11</sup>, donde se articulan organizacionalmente la base material con los saberes. Debray habla exactamente de la articulación entre materia organizada (base

material y dispositivos de almacenamiento) y la organización material (instituciones y espacios de información). La universidad es, entonces, la forma instituida para la distribución in-formada de los saberes, precisamente donde se materializa la expansión del mundo simbólico, de la cultura en general, desde el diálogo permanente con un pasado que se dirige al futuro.

El proyecto ITM, como forma de articulación entre saberes que se vehiculan por una comprensión crítica sobre el hecho técnico que define lo humano, apunta hacia esta dirección. La apuesta por el “saber-hacer” ingenieril, soportado en su propia etimología (de ingenio), para configurar respuestas al desarrollo científico y tecnológico; por el saber científico en áreas biomédicas y desarrollo sostenible, que redundan en el bienestar humano; por el saber económico, desde sus principios constitutivos (economía viene del griego *Oikos*: casa, hogar), que orienta el sentido administrativo en el mundo social; y por el saber humanístico, apoyado por el quehacer artístico, como formas transversales que establecen relaciones entre el universo racional y práctico de las tecno-ciencias con el sentido crítico-reflexivo del mundo simbólico. Por ello, el ITM le ha apostado a pensar lo humano desde la tecnología sin dejar de pensar la tecnología desde lo humano. No es solo un juego de palabras, sino la constitución de un universo en el que es imposible pensar una cosa sin la otra, pues en ambas dimensiones —que son una misma— se conserva tanto la memoria operativa como la cognitiva y la afectiva.

<sup>10</sup> Simondon, *El modo de existencia de los objetos técnicos*, 31.

<sup>11</sup> Régis Debray, *Introducción a la mediología* (Barcelona: Paidós, 2001).

Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez

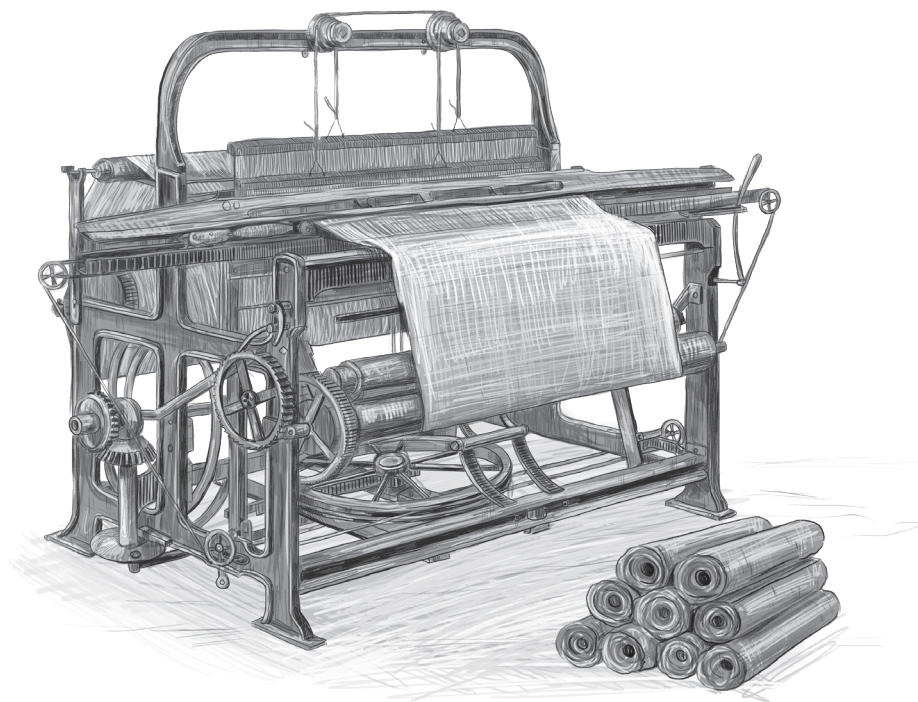


Ilustración:  
Frank Vélez Penagos





*Historia antioqueña e ITM*  
Sección 2



# Educación para nutrir la industria antioqueña: antecedentes históricos del Instituto Obrero Municipal, hoy ITM

*Carlos Framb*

Luego de aceptar la honrosa invitación para participar en este libro conmemorativo, y puesto en la tarea de elegir un tema, me pareció interesante documentarme y escribir acerca de la historia de la educación y de los oficios en el Valle de Aburrá, desde sus orígenes hasta 1944, año de la creación del Instituto Obrero Municipal —actual (ITM): Instituto Tecnológico Metropolitano—. El presente artículo es una reelaboración de las fuentes citadas al final, y no tiene ánimo exhaustivo.

La historia de los oficios en el Valle de Aburrá se remonta, al menos, a dos mil quinientos años, cuando ya existían en él asentamientos humanos dedicados a la agricultura y la cerámica. Sus habitantes cultivaban frijol, maíz, calabazas, criaban curies y perros mudos, hilaban algodón y fabricaban telas; también practicaban la caza y la pesca; construyeron terrazas agrícolas y sistemas de riego y utilizaban armas para la cacería y la defensa —se han encontrado fragmentos de cerámica, hachas y cinceles pulidos procedentes de aquella época—.

A principios de nuestra era floreció en el Valle de Aburrá una cultura conocida como Pueblo Viejo; fue notable por su cerámica

y estaba emparentada con los quimbayas, afamados orfebres. Los naturales de esta región explotaban los depósitos auríferos de las quebradas y del río; no hay evidencia de que hubiesen sido orfebres, pero el oro en bruto se comercializaba bien con los cacicazgos y tribus vecinas. También producían panes de sal secando el agua salina en vasijas de barro puestas al fuego, los excedentes se utilizaban para comerciar. A cambio de la sal y del oro, los aburraes de Pueblo Viejo recibían carne de animales monteses, pescado, algodón, plumas, telas y maderas.

A finales de junio de 1541, un grupo de ochenta y cuatro españoles a cargo del conquistador Jorge Robledo salió de Arma con rumbo norte. Robledo venía del Perú, detrás de las tropas de Sebastián de Belalcázar; en Popayán, el gobernador Lorenzo de Aldana encargó a Robledo descubrir y conquistar nuevas tierras;

en su recorrido fundó Anserma (1539) y Cartago (1540). Al llegar a la provincia salinera de Murgía, o Pueblo de la Sal —hoy Heliconia—, Robledo tuvo noticias de que al oriente había un valle con grandes riquezas y mandó a su alférez Jerónimo Luis Tejelo con veinte soldados a explorar. “Hasta

tres mil indios” salieron a su encuentro y hubo refriegas; a pesar de la bravura de los aburraes, los españoles vencieron gracias a sus armas de fuego y sus feroces mastines; hubo españoles heridos y caballos e indígenas muertos. Tejelo y sus hombres plantaron tiendas y nombraron al lugar San Bartolomé de los Alcázares; pero los aburraes eran pobres en metales, así que, tras unas semanas, Robledo y sus soldados, siguiendo la pista del oro, avanzaron hacia el noroeste, donde se fundó la población de Antioquia, luego llamada Santa Fe de Antioquia. Robledo y Belalcázar cultivaron una larga enemistad, tanto que en 1546 este mandó ejecutar al mariscal mediante ahorcamiento por soga, o garrote vil.

Pasaron más de treinta años, y en 1574 el español Gaspar de Rodas — futuro gobernador de la provincia de Antioquia— recibió de la Corona española facultades para repartir tierras y nombrar encomenderos en el Valle de Aburrá. Para

1582 ya había adjudicado tierras a parientes, amigos y vecinos de Santa Fe de Antioquia. Al ser las tierras mineras áridas y estériles, el fértil Valle era perfecto para la cría de ganado y la agricultura y proveer, así, los bastimentos para colonos y esclavos de las minas de Osos, Santo Domingo, Buriticá, Remedios, Guarne, Rionegro y otras. En 1616 el visitador Francisco Herrera Campuzano fundó el poblado de San Lorenzo de Aburrá —en el actual parque de El Poblado— como resguardo para los pocos indígenas que todavía quedaban; para 1639 solamente permanecían en él una docena y para 1669 el número se había reducido a cinco. San Lorenzo de Aburrá desapareció hacia 1720, ya nadie lo habitaba y el techo de la iglesia se había venido abajo.

Los españoles trajeron desde Popayán a la provincia de Antioquia semillas, aves, asnos, potros y cerdos; desde Cartagena llegaron esclavos, caballos y herramientas; por el río Magdalena entraron vacas, cabras



Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

y ovejas. En 1649 un grupo de vecinos, liderados por el padre Juan Gómez de Ureña, levantó la iglesia de la Virgen de la Candelaria en el lugar donde después se ubicaría la plaza mayor —hoy Parque de Berrío—; este templo fue inaugurado el 6 de febrero de 1650. Así nació el sitio de Aná, por el que trasegaban mercaderes, arrieros, ganaderos, agricultores, mineros, clérigos y cuatreros. A causa de su clima, el Valle se volvió un destino deseable y muchos vecinos ricos de Santa Fe de Antioquia trasladaron sus viviendas aquí. Para 1670 el sitio cumplía con los requisitos para ser convertido en villa: había más de treinta familias de españoles y criollos y otro tanto de mulatos y mestizos, había iglesia, cura, casas, calles, plaza y comercio de mercaderes.

En 1674 la reina regente de España, Mariana de Austria, madre de Carlos II, *el Hechizado*, dictó una real cédula que autorizaba la fundación de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria. El 2 de noviembre de 1675 Miguel

de Aguinaga fundó la Villa de Medellín en el sitio de Aná; el nombre de Medellín se debe al presidente del Consejo de Indias, Pedro Portocarrero, conde de Medellín, quien intercedió en Sevilla a favor de la fundación. La Villa de Nuestra Señora de la Candelaria era entonces un caserío comprendido entre las actuales calles Ayacucho y La Playa, y entre las carreras Junín y Cundinamarca. Al año siguiente, el cabildo ubicó *el mico*, en la plaza mayor para sujetar y torturar presos; en 1677 se construyó el primer acueducto; un año después se inició la erección de la iglesia de San Benito; y en 1680 Pedro de Castro inauguró el oficio de maestro de letras al abrir la primera escuela —en las últimas dos décadas del siglo diecisiete y en la primera del dieciocho se fundaron en Medellín cuatro escuelas de primeras letras, dirigidas por algunos presbíteros y seglares, pero todas fueron de breve duración—.

A lo largo del siglo dieciocho la Villa de Medellín fue un poblado que no superaba las cuarenta y cinco cuadras. Se vivía en un

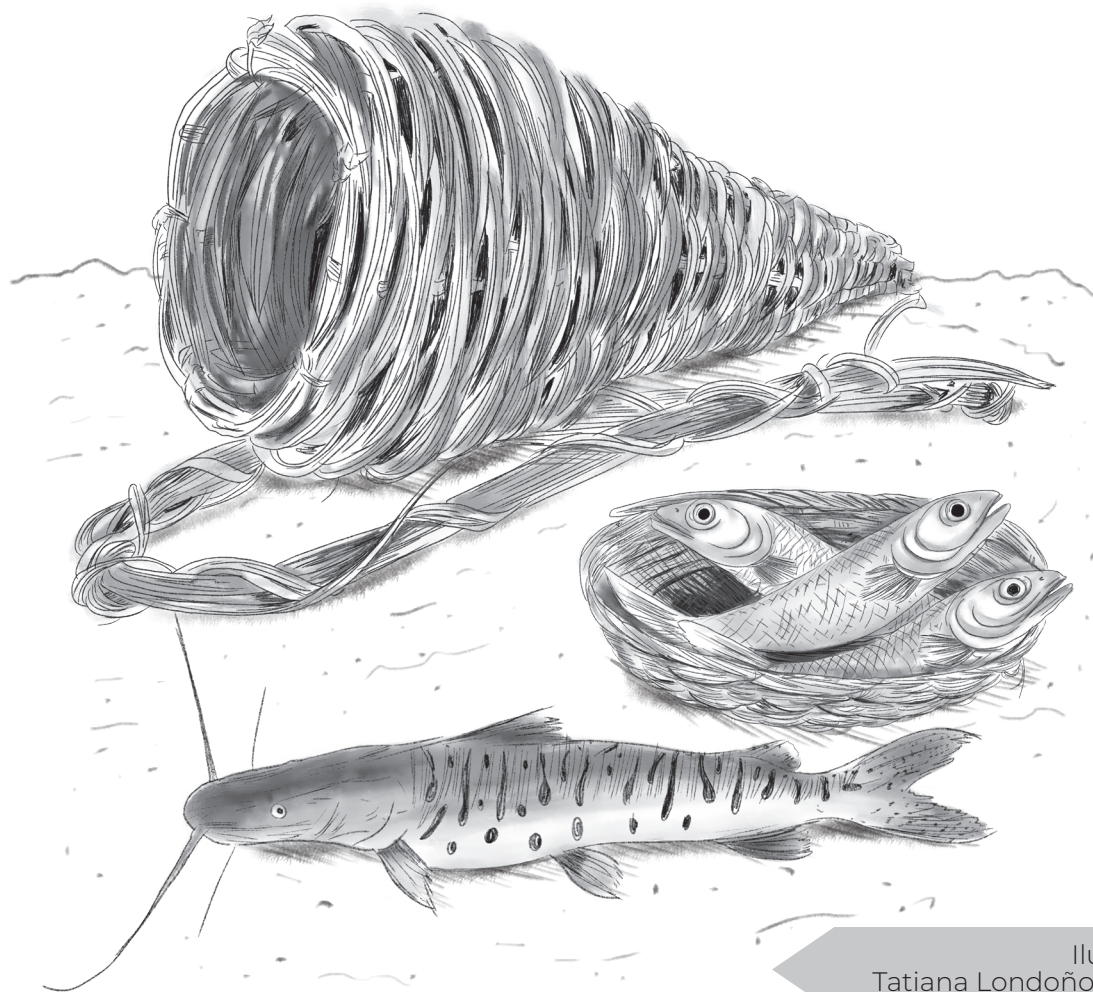


Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez



ambiente más rural que urbano y, aunque predominaban los pequeños y medianos propietarios, la mayor parte de la tierra era de unos cuantos criollos y españoles, quienes además poseían minas, comercios y cargos en el cabildo. En 1720 llegaron los padres jesuitas a la provincia; hasta 1767 —año en que se expulsó a la Compañía de Jesús— ellos fueron los educadores de la ciudad; en 1730 tres clérigos enseñaban gramática y retórica a los jóvenes que querían seguir la carrera eclesiástica. Los hijos de las familias prominentes salían a estudiar a Popayán y Santa Fe de Bogotá: en la capital, en los colegios de San Bartolomé y de Santo Tomás, y en Popayán, en instituciones donde se enseñaba leyes, filosofía y teología.

En la década de 1780 el visitador regio Juan Antonio Mon y Velarde, de grata recordación, visitó la provincia de Antioquia y la encontró en situación lamentable: no había en la Villa una escuela de primeras letras, no había hospital, ni cárcel, ni cementerio. En 1786 el visitador autorizó la apertura de dos escuelas públicas en Medellín lideradas por el cabildo y por un grupo de ciudadanos, entre ellos, José Félix de Restrepo, ilustre discípulo de José Celestino Mutis y maestro del *Sabio* Caldas.

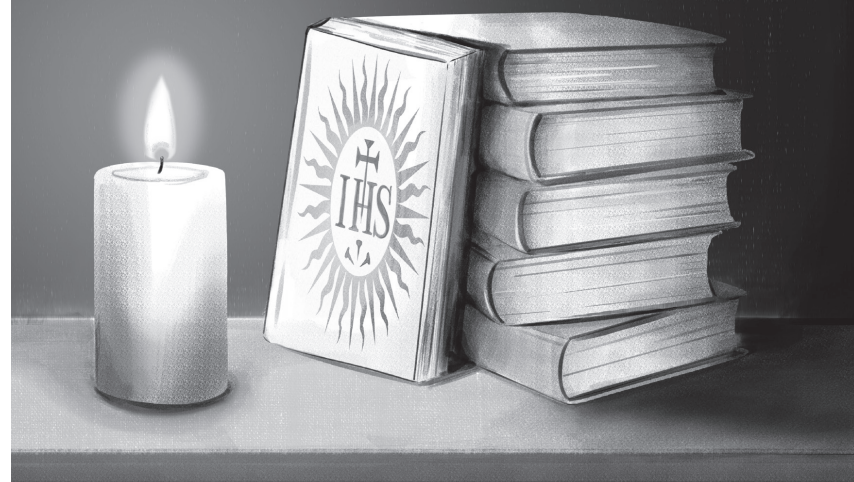
Mon y Velarde reglamentó el ejercicio de los oficios artesanales en la provincia de Antioquia. Según el censo de 1787, en la Villa vivían veintisiete artesanos —de los cuales uno era blanco y veintiséis mestizos y mulatos libres—, *ocho eran carpinteros, siete sastres, seis plateros, dos trapeadores, dos pintores, un herrero y un barbero*. En los últimos años del siglo creció la producción minera en la provincia y, con ello, la actividad artesanal. Para la restauración de las iglesias y la construcción de los conventos se requirieron maestros de obras, carpinteros, alarifes y demás. También se establecieron los estanques de aguardiente y tabaco. La Real Fábrica de Aguardiente fue la primera que se construyó en la provincia; el montaje de alambiques empleó fundidores y herreros. El tabaco, por su parte, se transportaba en cajones de cuero, obra de talabarteros y curtidores. Además de curas y monjas, vivían en la Villa tres abogados y un médico francés —que era también comerciante—.



Hacia 1800 el casco urbano limitaba por el norte con la quebrada Santa Elena, por el sur con la actual calle Bomboná, al oriente con la Plazuela de San Francisco —hoy de San Ignacio—, y al occidente con la carrera Tenerife; su población era de treinta mil habitantes. Un porcentaje alto de los residentes del Valle de Aburrá se dedicaba al cultivo de maíz, fríjol, plátano y caña de azúcar y a la cría de ganado. Hacia 1813 residían en el centro de Medellín ciento cincuenta y ocho artesanos; los oficios más demandados eran la sombrerería, la carpintería, la sastrería y la platería. *Solo había un alfarero, un botellero, un curtidor, una costurera, un latonero y un impresor.* El 21 de agosto de 1813 Juan del Corral elevó la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín a la categoría de ciudad. En 1815 salió el primer número del periódico *El Censor*, en el que colaboraron Caldas y José Félix de Restrepo. A principios de la era republicana, en 1826, el Congreso de Colombia decidió establecer la capital de Antioquia en Medellín.

Fundamental para el desarrollo educativo de Medellín fue la llegada de los franciscanos en 1801. A petición del cabildo de la Villa y del gobernador de la provincia, el rey Carlos IV autorizó la fundación del convento de los franciscanos en Medellín. Dos años después fundaron una escuela de primeras letras y un colegio para enseñar filosofía y teología; a él estuvieron ligados José Manuel Restrepo, José Félix de Restrepo y fray Rafael de la Serna, quienes elaboraron un plan de estudios.

En 1813 llegó a Medellín Francisco José de Caldas quien, por instrucción del presidente Juan del Corral, abrió la Escuela de Ingenieros Militares; esta tuvo unos diez alumnos y se clausuró en 1815. El Sabio Caldas pertenecía a la clase privilegiada de criollos ilustrados de Popayán; es prócer de la independencia de Colombia y mereció el mecenazgo de José Celestino Mutis y el elogio de Alexander von Humboldt. En 1822 Francisco de Paula Santander, presidente encargado de la república, ordenó convertir el colegio de los franciscanos en el Colegio Académico de Antioquia, para la enseñanza de la gramática y la filosofía; en 1833 se crearon las cátedras de Química



y Mineralogía, y en 1835 la cátedra de Derecho, dando comienzo a la educación universitaria en Antioquia. *Los amigos de Santander y el mismo general dotaron la biblioteca; comerciantes antioqueños de Bogotá compraron el gabinete de Humboldt; y don Pedro Sáenz, socio comercial, dio dinero para nombrar un maestro de filosofía seglar.*

En 1829 llegó a Antioquia James Tyrell Moore, ingeniero de minas londinense contratado por una compañía inglesa para explotar las vetas de Marmato; luego pasó a Antioquia y trabajó en minas en Santa Rosa, Anorí y Amalfi. Moore inventó técnicas y herramientas que revolucionaron la minería de veta y la economía de la región, y trajo un contingente de técnicos mineros y fundidores de Alemania que fueron decisivos para el futuro desarrollo industrial de Antioquia. Agustín Codazzi elogió ampliamente el mapa geodésico de Antioquia levantado por Moore, el primero en su género y base para realizar el de la Comisión Corográfica.

En 1850 se realizó en la plaza mayor (Parque de Berrío) el acto de liberación definitiva de los esclavos. El parque debe su nombre a Pedro Justo Berrío —gobernador de Antioquia entre 1864 y 1873— quien jugó sobresaliente papel en el progreso educativo y material de Antioquia; además de aumentar la cobertura educativa, creó la Escuela de Artes y Oficios para capacitar en labores técnicas. La Escuela fue dotada con laboratorios y maquinaria, y se trajeron maestros europeos y norteamericanos; allí se impartieron aprendizajes nuevos como mecánica, modelería, cerrajería, calderería y hojalatería; funcionó hasta 1916. Berrío también promovió la construcción del Ferrocarril de Antioquia y fundó el Banco de Antioquia. Reestructuró, en 1871, el Colegio Académico de Antioquia —el primitivo colegio franciscano— para transformarlo en la Universidad de Antioquia, adicionando las facultades de Medicina e Ingeniería. Creó la Escuela Normal de Varones para formar maestros, que inició labores en 1873 en el edificio aledaño al de la Universidad de

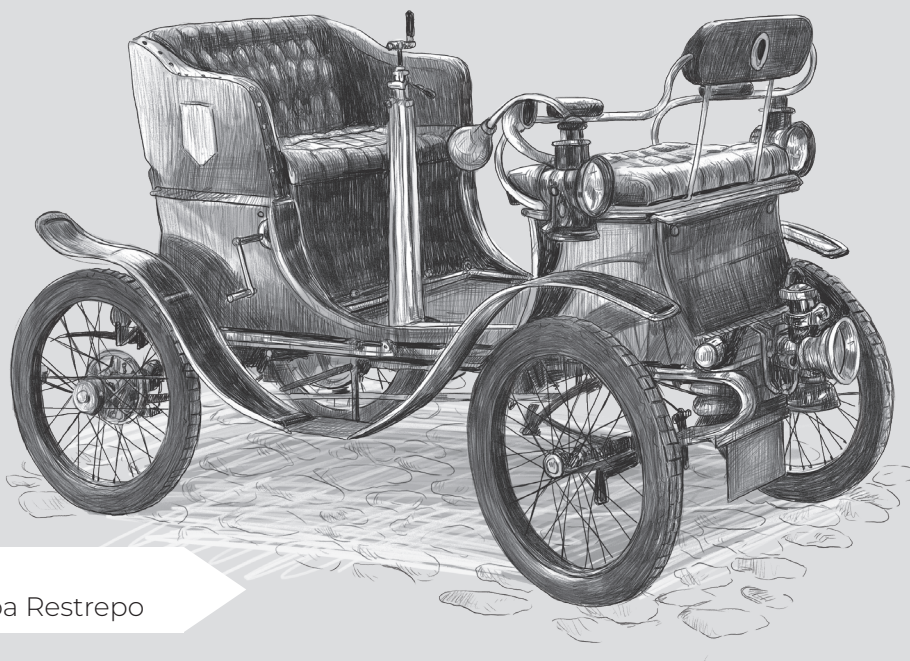


Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo

Antioquia, en la Plazuela San Ignacio; para ella se contrató a los profesores católicos alemanes Christian Siegert y Gustavo Bothe; esta escuela cerró al año siguiente y fue reabierta en 1904 y 1906, pero solo adquirió continuidad a partir de 1909.

En el último cuarto del siglo diecinueve, la instrucción pública repuntó. En 1887 los hermanos Pedro Nel y Tulio Ospina crearon la Escuela Nacional de Minas con alrededor de veinte estudiantes matriculados en el único programa que ofrecía: Ingeniería de Minas; a instancias de Tulio los estudiantes recibían una cátedra adicional de urbanidad; inicialmente, la Escuela estuvo vinculada a la Universidad de Antioquia. La Academia de Medicina de Medellín se fundó el 7 de julio de 1887. Ya en 1880 las monjas de La Presentación abrieron el colegio del mismo nombre, y en 1884 los padres Jesuitas, el colegio de San Ignacio.

En 1890 los hermanos lasallistas fundaron el Colegio de San José, y para 1899 llegaron a Medellín las religiosas de la Compañía de María y abrieron el Colegio La Enseñanza.

En cuanto a cultura y artes a fines de siglo es digno de mención el taller de marmolería de Melitón Rodríguez, donde en 1885 se acogió como aprendiz al pintor Francisco Antonio Cano. En 1886 se inició la construcción del Museo Biblioteca de Zea. En 1896 se publicó la primera novela urbana, *Frutos de mi tierra*, de Tomás Carrasquilla. También vale la pena recordar el museo de Leocadio Arango —con sede en una espaciosa casa en el barrio San Benito— donde se atesoraba una rica miscelánea de piezas precolombinas de cerámica y objetos de orfebrería, piedras preciosas, fósiles, estampillas, monedas, minerales y toda clase de animales disecados.

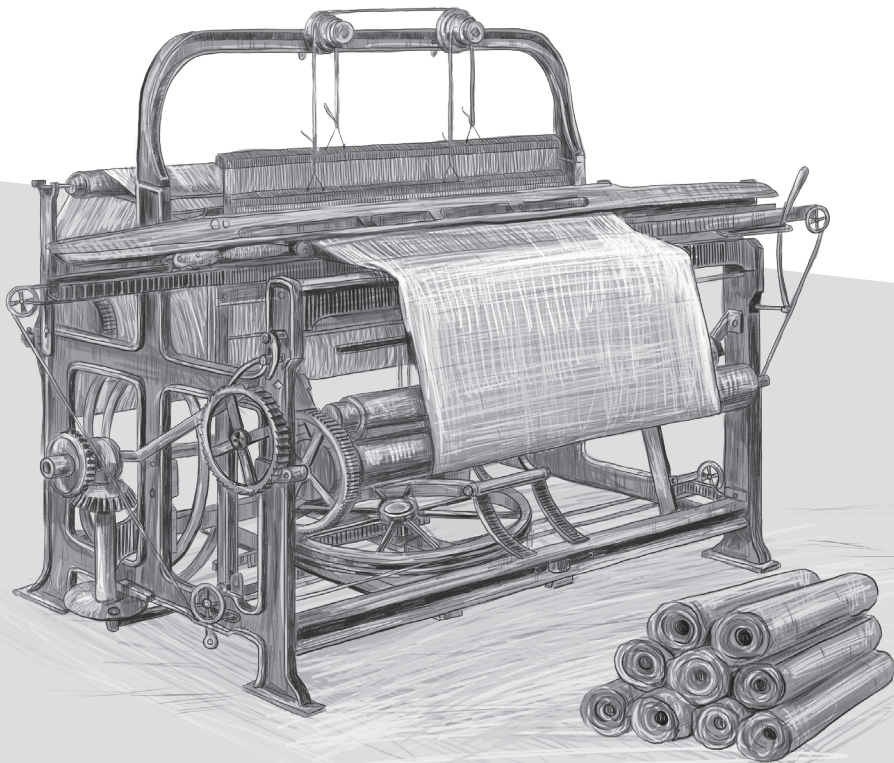
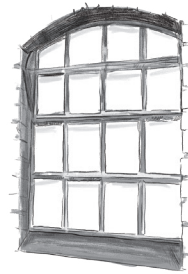


Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo

A lo largo del siglo diecinueve las principales actividades económicas de Medellín fueron la minería, el comercio, la agricultura y la ganadería. Antioquia era el principal productor de oro del país, y aunque en el Valle de Aburrá no había yacimientos, los comerciantes mineros más acaudalados establecieron su centro de operaciones aquí. Además del clima templado, Medellín era equidistante de Santa Fe de Antioquia y de Rionegro; gracias a ello, la cantidad de metal circulante en la Villa justificó el establecimiento en 1807 de la primera casa de fundición. Para 1813 la tercera parte de los hombres desempeñaba oficios artesanales: albañiles y constructores, alarifes, carpinteros y ebanistas, pintores y tallistas, fundidores y escultores. Medellín se convirtió en un lugar atractivo para muchos campesinos que llegaban en busca de oportunidades de empleo. Para mediados del siglo, la ciudad experimentó un notable crecimiento material; el marco del Parque de Berrío estaba ocupado por ricos almacenes de mercaderías ultramarinas; también había en la ciudad dos carpinteros y dos sastres franceses, un sastre inglés, un carpintero norteamericano, un ingeniero sueco y un mecánico alemán —como parte de la oleada de extranjeros que empezó a comunicar sus conocimientos a los medellinenses—. La ebanistería fina se inició con la instalación del taller de José Harris: se fabricaban pianos y muebles de calidad; allí se formaron varias generaciones de maestros ebanistas. Enrique Hauesler convirtió su taller en una escuela de oficios donde enseñaba ebanistería, mecánica y construcción. La máquina de coser se popularizó y apareció la gran sastrería como un peldaño hacia la manufactura. Por su parte, la siembra del café fue incorporada en tierras antioqueñas en las últimas décadas del siglo diecinueve, por lo que se formaron grandes haciendas cafeteras, se montaron trilladoras y despulpadoras, y se realizaron las primeras exportaciones de café al exterior —con lo cual se logró la inserción del país en la economía mundial—; la venta del grano generó acumulación de grandes fortunas, lo que, unido a la experiencia comercial, incentivó el espíritu empresarial de las élites.

Para 1890 Medellín poseía una población de cuarenta mil habitantes, distinguida dentro

del país como plaza comercial y centro de compraventa de oro y café. En las calles alrededor del Parque de Berrío —como empezó a llamarse desde 1893— operaban el gran comercio y la banca; en las calles Boyacá, Palacé y Colombia vivían los ricos y se alineaban los mostradores. En 1891 se instaló la primera planta de teléfonos, con cincuenta líneas para suscriptores. En 1897 empezó operaciones la Compañía Antioqueña de Instalaciones Eléctricas con la instalación de una central de generación hidroeléctrica de 50 kilovatios de capacidad; esto impulsó el surgimiento de la industria al permitir el uso de motores eléctricos en las fábricas. Para 1890 funcionaban en la ciudad, además de las artesanías tradicionales como ebanistería, sastrería, talabartería, etc., una locería, tres tipografías, una chocolatería, varios telares manuales, talleres que fabricaban máquinas para café y minería, una cervecería, dos curtiembres, dos manufacturas de velas de sebo, una jabonería y varias ladrilleras y trilladoras. Había tres bancos, casas exportadoras de café, una empresa naviera con un par de barcos en el Magdalena y oficinas de empresas mineras. En 1899 —por iniciativa de Carlos E. Restrepo, Gonzalo Escobar y algunos miembros de la élite económica y política antioqueña— se creó la Sociedad de Mejoras Públicas. En ese año llegó a Medellín el primer automóvil procedente de Francia, traído por Carlos Coriolano Amador —apodado “El burro de oro”—; la economía local contaba con varios millonarios como él, dispuestos a invertir en procesos industriales para suplantar las importaciones de manufacturas, en especial de textiles.

Con la llegada del siglo veinte Medellín entró en la modernidad: además del automóvil —que hizo necesaria la pavimentación de las calles—, llegaron el teléfono, el tranvía eléctrico, el ferrocarril, el alumbrado público, la aviación, la radio, el cinematógrafo y las librerías; la ciudad vio el nacimiento de la industria, principalmente la textil. En 1907 Alejandro Echavarría fundó Coltejer, con doce empleados y cuatro telares. En 1911 el Ferrocarril de Antioquia traía de Amagá los primeros cargamentos de carbón para las calderas de vapor de las nacientes industrias. Además de empresas textiles, surgieron fábricas de

calzado, de cigarrillos, galletas y chocolates; aparecieron tipografías, manufacturas de zapatos, fundiciones, ladrilleras, fábricas de hielo y gaseosas, molinos de granos y trilladoras de café. Entre 1930 y 1940 existían en Medellín más de trescientas industrias que daban trabajo a más de treinta mil obreros. El desarrollo industrial y comercial trajo consigo las migraciones campesinas y el crecimiento demográfico: Medellín pasó de tener 60000 habitantes en 1905 a cerca de 360000 en 1950.

A la par del desarrollo económico e industrial aparecieron espacios para el encuentro de escritores y artistas: el Café La Bastilla, el Regina y varios más, así como la librería del Negro Cano —que abrió sus puertas hacia 1920—, propiedad del poeta antioqueño Antonio J. Cano. La librería fue el centro de reunión de una tertulia de intelectuales hasta la década del 40; la frecuentaron, entre otros, Tomás Carrasquilla, León de Greiff, Fernando González, Francisco Antonio Cano y Ricardo Rendón, cuyas obras y nombres aún perduran.

En cuanto a la educación, y de la mano del progreso económico, se fueron creando instituciones y campos de estudio para atender a las necesidades de la sociedad. En 1910 fue fundada por la Sociedad de Mejoras Públicas la Escuela de Música, Pintura y Escultura —actual Instituto de Bellas Artes—. En 1915 se fundó la Escuela Remington donde se graduaron los primeros taquígrafos y mecanógrafos. Entre 1918 y 1938 se fundó una docena de colegios, la mayoría religiosos. En 1936 se instituyó la Universidad Pontificia Bolivariana; en 1937, la Universidad Nacional, sede Medellín, incorporando la Escuela de Minas —que pasó a ser la Facultad Nacional de Minas—; en ese mismo año se creó el Instituto Técnico Pascual Bravo, dedicado a la enseñanza vocacional; y en 1943 se abrieron en la Universidad de Antioquia estudios de química y farmacia, ingeniería química, economía, filología y literatura.

Y llegamos al 20 de diciembre de 1944 cuando nació el Instituto Obrero Municipal, actual Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM). Creado por el Concejo de Medellín y orientado a atender las necesidades intelectuales de la población obrera

de la ciudad, abrió sus puertas con mil cuatrocientos alumnos y doscientas alumnas. El plan de estudios contemplaba primaria para adultos, artes y oficios —mecánica, soldadura, carpintería, zapatería, electricidad y modistería— y educación física; además ofrecía cursos de Ciencias sociales y económicas y Derecho obrero. Se le asignó un destaralado local en inmediaciones de la Placita de Flores, que no pudo ocuparse porque amenazaba ruina; luego se tomó en arriendo un viejo caserón situado en la calle Colombia, entre las carreras Cundinamarca y Cúcuta. La transformación del Instituto Obrero Municipal en el Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM) es una gran historia, una historia que está cumpliendo ochenta años y que vale la pena reconocer y celebrar.

Arcila Vélez, Graciliano. *Introducción a la arqueología del Valle del Aburra*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1977.

Cámara de Comercio de Medellín. *100 empresarios, 100 historias de vida*. Cultura Cámara. <https://www.camaramedellin.com.co/cultura-camara/100-empresarios>

Carrasquilla, Tomás. *Obras completas*. Medellín: Editorial Bedout, 1957.

Jaramillo, Roberto Luis y Perfetti Verónica. *Cartografía Urbana de Medellín, 1790-1950*. Medellín: Concejo de Medellín, 1993.

Latorre Mendoza, Luis. *Historia e historias de Medellín*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1972.

Melo, Jorge Orlando (Ed.). *Historia de Medellín* (tomos I y II). Medellín: Compañía Suramericana de Seguros, 1996.

Mesa, Gilmer. Cátedra: Medellín, la ciudad ocultada (24 sesiones). ITM Académico [canal en Youtube].

Múnica López, Luis Fernando. *Historia de Medellín con cuentagotas*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia, 2023.

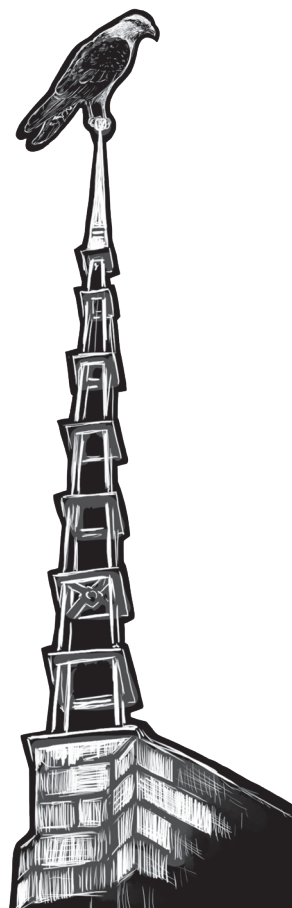
Naranjo Mesa, Jorge Alberto. “La literatura temprana de Antioquia”. *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña de Historia* 100, núm. 9 (2005): 143-159.

Villegas Botero, Luis Javier. *Aspecto de la educación en Antioquia durante el gobierno de Pedro Justo Berrío 1864-1873*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1991.





Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez



# Formas, materialidades y tiempos: sedes del ITM en la memoria urbana de Medellín


*Luis Fernando González Escobar*

En la historia urbana de la ciudad de Medellín se ha destacado el aporte de la arquitectura educativa tanto por edificaciones singulares como por los campus más representativos, en este caso cuando se cambió del edificio educativo aislado al conjunto urbano. Así, han sido destacados edificios como el Paraninfo, la Escuela de Derecho o la Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia; el antiguo edificio del Instituto Agrícola Nacional, el edificio de Agronomía o la Facultad de Minas de la Universidad Nacional; mirados en conjunto, los campus de la Universidad Católica Bolivariana — luego Pontificia—, el de la Universidad de Medellín, o los de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Nacional — que han sido los más valorados—. Pero existe un largo listado de edificaciones definitivas no solo en términos de la tipología escolar, sino fundamentales en los procesos sociales y urbanos de la ciudad, como la antigua Normal de Institutores, el Colegio de los Ángeles o la Escuela de Ciegos y Sordomudos, todos en la parte nororiental de la ciudad; luego, como parte de la tipología de arquitectura escolar moderna, colegios privados y públicos como el San Ignacio, el Marco Fidel Suárez o el INEM José Félix de Restrepo; o, los más recientes,

representativos de las nuevas arquitecturas escolares en los barrios populares, como el Colegio de las Independencias —barrio San Javier—, el Antonio María Derka —barrio Santo Domingo—, entre muchos más producto de las políticas educativas planteadas en el siglo XXI.

En fin, un largo proceso de poco más de ciento cincuenta años que se inició con el Decreto del 1 de diciembre de 1871, de la Dirección General de Instrucción Pública del Estado Soberano de Antioquia, en el más temprano intento por regularizar o normatizar el diseño y construcción de las edificaciones destinadas a la educación — lo que definió el inicio de la búsqueda de una arquitectura escolar en Antioquia— y por dotar a la instrucción pública de una espacialidad adecuada para cumplir con los objetivos de la clase dirigente en procura del progreso y la civilización de Antioquia, como se pensaba entonces.

En esa temporalidad de la búsqueda de los espacios y las formas arquitectónicas, el ITM cumple ochenta años, al menos tomando como referencia cuando se creó institucionalmente en 1944 como



el Instituto Obrero Municipal<sup>1</sup> —aunque inició sus actividades en abril de 1945— sin un proyecto arquitectónico propio, de una tipología educativa definitiva, sino adaptándose a los espacios, materialidades y formas de las construcciones que ocupó en los distintos momentos de su evolución institucional. De hecho, en el acuerdo de creación se señalaba que mientras se proveía de un local propio y adecuado se arrendarían “locales escolares”; una situación que no era particular del Instituto, por cuanto para el año de 1945, de los ciento veintinueve “establecimientos oficiales de instrucción”, cincuenta y ocho locales eran de propiedad del Municipio y los setenta y un restantes eran arrendados, esto es, el 55 %, entre los que se incluían el Instituto Obrero y la Biblioteca Santander<sup>2</sup> —que estaba asociada al mismo desde el acuerdo de creación—.

Solo en la década de 1979 cuando se instala en Robledo —como veremos más adelante— ocupó un lugar pensado y adecuado para las actividades pedagógicas y educativas. De esa localización en un solo campus pasó a multicampus, con la disposición en distintos sectores de la ciudad —Robledo, Castilla, Prado, La Floresta, Villahermosa—, pero con la particularidad de que

<sup>1</sup> Fue creado por el Acuerdo 91 del 2 de diciembre de 1944, presentado por el concejal Luis Mesa Villa, mediante el cual se planteó reemplazar las antiguas escuelas nocturnas, con el propósito de “propender por el adelanto intelectual de la clase trabajadora, la desanalfabetización de los mismos y la extensión a ellas de todos los avances de la cultura”. Pretendía ser a futuro el núcleo de una “Universidad Popular de Antioquia”. *Crónica Municipal*, núm. 1203 (Medellín, 15 de octubre de 1945): 432.

El programa comprendía “la enseñanza básica y elemental, el aprendizaje de artes y oficios, Derecho Obrero, la organización de cursos o extensión cultural y de otras actividades, por medio de programas mínimos o instrucción y alrededor de las principales necesidades del trabajador, durante el tiempo que dispone para recibir la enseñanza”, de acuerdo con Hernando Rivera Jaramillo —fiscalizador escolar—. Hernando Rivera Jaramillo, “Informe rendido por el Fiscalizador Escolar al H. Concejo Municipal”, Medellín, mayo de 1945. AHM, Fondo Concejo, tomo 628, 1944, f. 41.

<sup>2</sup> Esta biblioteca fue eliminada cuando se creó la Biblioteca Pública Piloto.

Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez



se establecían en infraestructuras preexistentes. Si bien, en unos casos sometidos a procesos de transformación espacial y arquitectónicos radicales, en otros manteniendo lo recibido; pero, en unos y otros, inscritos en una memoria urbana fundamental para la historia de la ciudad, tanto por la ubicación, el origen, las características materiales y formales, como por los procesos sociales y políticos que se materializaron en cada uno de ellos.

Lo singular, entonces, es que el multicampus ITM contiene una suma de memorias. O, mejor, un archipiélago de memorias que están inscritas en sus espacios y materialidades, las que emergen en la medida que establecemos sus orígenes, las razones de su implementación, las disputas y narrativas que dieron lugar a su establecimiento, las características de su implantación, los lugares donde fueron localizados, sus usos posteriores, al igual que las pérdidas y abandonos. En cada uno de ellos, más allá de los cambios y actualizaciones, por entre las grietas del silencio y el olvido emergen memorias valiosas que aún se inscriben allí, para convertirse también, abusando

del concepto del historiador Pierre Norá, en lugares de memoria fundamentales, como hitos, referencias y símbolos de la historia de la arquitectura escolar de Medellín y sus procesos urbanos.

En este caso hacemos referencia a tres lugares de memoria urbana y arquitectónica contenidos en el multicampus del ITM: la ciudad universitaria en Robledo, la higiene y la escuela modelo en Prado, y el proyecto lasallista en El Morro.

### **El sueño de la ciudad universitaria**

La Ciudad Universitaria fue un sueño del maestro Pedro Nel Gómez; o, tal vez, una obsesión, sobre todo después de haber ganado, en compañía de Horacio Longas, el concurso para el diseño de la Universidad Católica Bolivariana (UCB) que fuera convocado en 1938 y fallado por el jurado en octubre de 1939; no obstante, se desarrolló otro proyecto en el que intervinieron en lo vial, urbanístico y arquitectónico los ingenieros Manuel María y Abraham Escobar, y los arquitectos Antonio Mesa Jaramillo, Ignacio Viera y Federico Vásquez. Así, el mismo año que



Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez

se iniciaron simbólicamente las obras de la UCB, el maestro Gómez planteó, a mediados de ese año de 1940, un plano regulador para la que denominó Ciudad Universitaria de Antioquia, con el que pretendía conectar mediante bulevares y paseos edificaciones dispersas de las diferentes instituciones ya implantadas o en construcción —las facultades de Minas, Agronomía y Arquitectura de la Universidad Nacional, el Liceo de Bachillerato y las facultades de Ciencias Químicas y de Farmacia de la Universidad de Antioquia, o el Instituto Pascual Bravo—, dentro de un gran parque o jardín público de 80 hectáreas que iría desde Robledo —al occidente de la ciudad— hasta la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia —al oriente—, teniendo como eje el cerro El Volador. En él se incluía bibliotecas, teatros al aire libre, campos deportivos, jardines y una gran arborización; pero, adicional a ello, el proyecto “pretendía dar forma al debate educativo regional antioqueño que venía

en crecimiento en términos de ampliación de cobertura y enfoque, para contraponer al proyecto de Bogotá una propuesta orientada a lo politécnico”<sup>3</sup>.

Si bien el plan sistemático no se ejecutó, sí se construyeron varios de los proyectos para sedes escolares de diverso orden —como la Facultad Nacional de Minas y el Instituto Industrial Pascual Bravo— que para 1944 ya estaban concluidos, más otros que, para ese año, estaban en ejecución —como el Liceo de Bachillerato de la Universidad de Antioquia, con la dirección del ingeniero Jorge García Herrera, de la dirección de Edificios Nacionales—; por lo mismo, en la prensa se escribía que

<sup>3</sup> Luis Fernando González Escobar, *Pedro Nel Gómez. El Maestro. Arquitecto-urbanista-paisajista* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín/ Facultad de Arquitectura, 2014): 99.



Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez

[...] aunque al principio no se le daba al proyecto mayor interés, quizás por sus vastos alcances, hoy puede decirse que es una verdadera realidad, digna de orgullo para Medellín (...) permiten deducir que en un futuro muy lejano la 'Ciudad Universitaria' será una de las preciosidades arquitectónicas de esta ciudad"<sup>4</sup>.

En aquel año de 1944 se pensaba posible el proyecto conjunto, pero en realidad se le fueron sumando otras edificaciones que, con el pasar de los años, eran cada vez más proyectos autónomos, lejos de la directriz inicial, como el conjunto de Metalurgia Nacional, la formulación del campus de la Facultad Nacional de Agronomía en 1947 —diseñado por el propio Pedro Nel Gómez—, cuyo primer edificio se comenzó a construir en febrero de 1948, el Liceo Antioqueño —diseñado, construido e inaugurado entre 1955 y 1960—, o el edificio donde funcionó la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional entre el año de su creación en 1954 y 1972, cuando fue trasladada al nuevo edificio diseñado por el arquitecto Laureano Forero en el campus de El Volador.

Precisamente, el lugar donde estuvo por un tiempo el liceo de bachillerato —que luego pasó a ser sede de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional— es el mismo donde se establecería el ITM en la década de 1970 cuando era el Instituto Popular, dejando atrás la vieja casona de la calle Boyacá en el barrio San Benito. Si bien el grupo de pequeños y compactos bloques aislados heredados por la institución, de dos y tres pisos, con los rasgos característicos de arquitectura moderna funcional, fueron transformados con el paso de los años para sumar un mayor número de bloques con mayor densidad y altura, cambiando el tipo de arquitectura, su estética y características, en la actualidad hay una memoria inscrita allí de la primigenia sede, pues se mantienen ciertos principios ordenadores como el antiguo eje de acceso —a partir de la cual se dispuso el actual ordenamiento—, pasando incluso ese eje por un portal lateral del bloque de administración que recuerda el inicial bloque de arquitectura, además la disposición y orientación siguen los principios ordenadores de los bloques antiguos, todos encajados en esa hondonada, siguiendo la pendiente hacia las lomas de Robledo, como aún se aprecian desde una vista aérea.

<sup>4</sup> *El Diario* (Medellín), 28 de julio de 1944: 5.



Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

## La Escuela Modelo No. 1

Junto a progreso y civilización, uno de los fundamentos del ideario definido por la clase dirigente desde la segunda mitad del siglo XIX fue el de la higiene. Esta era una preocupación no solo de Antioquia, sino promovida desde el gobierno central en Bogotá utilizando la *Revista de la Instrucción Pública de Colombia*, en donde se incluyeron variados artículos y conferencias dedicados a la higiene pública<sup>5</sup> —especialmente de médicos de la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Bogotá— que circulaban y se leían en todo el país a finales del siglo XIX —al menos en la capitales departamentales, entre ellas Medellín, que tomó como propio ese ideario—. aún para el año de 1923, Laurentino Muñoz escribía: “Para que un país entre en la verdadera civilización y tome el vigor necesario en

la lucha del adelanto nacional, necesita favorecer todas las fuentes de prosperidad y desarrollar un progreso integral: la Higiene es quizá la fuente más segura de riqueza y de bienestar sociales”<sup>6</sup>. Este ideario se proclamó inicialmente a través de los médicos desde la Academia de Medicina —fundada en 1887— y su revista *Anales*, que incluía una sección “Higiene de la ciudad”, los mismos que trataron de materializarlo de diversas formas desde las últimas décadas del siglo XIX, al punto que para 1890 el médico Ramón Arango, como presidente del Concejo, promovió y logró aprobar un “plano para el ensanchamiento futuro de la ciudad” bajo tres principios rectores: *movimiento, hermosura y salubridad*<sup>7</sup>. Si bien el plano desarrollado por el ingeniero Antonio J. Duque no se logró implementar, ideas tan fundamentales como la corrección de la irregularidad de

<sup>5</sup> Un ejemplo de ello es el artículo “Higiene de las Escuelas”, que retomaba un extenso texto del Dr. Francisco del Valle Atilas en la *Revista Puertorriqueña*, pero que había presentado en un evento de 1889 y reproducido en la “Sección Científica” de la *Revista de la Instrucción Pública de Colombia*, núm. 8 (marzo de 1893).

<sup>6</sup> Laurentino Muñoz, “La higiene como necesidad nacional”, en: *Claridad*, núm. 18 (Medellín: julio de 1930): 766.

<sup>7</sup> Al respecto ver: Luis Fernando González Escobar, *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: crecimiento y modelos urbanos 1775-1932* (Medellín: Escuela del Hábitat CEHAP, Universidad Nacional de Colombia, 2007).



las calles por calles rectas y amplias eran consideradas necesarias para la salubridad, como efectivamente se comenzó a hacer.

Los médicos llevaron estas ideas a los cursos de Higiene en la Escuela de Minas, aplicados al tema del agua —los acueductos—, los excusados y alcantarillados, la construcción, la fábrica, la forma urbana, etc. Así, a principios del siglo XX la preocupación se centró en aspectos de la arquitectura escolar. No solo se dictaron conferencias, sino que se publicaron las mismas en forma de artículos y libros<sup>8</sup>; por ejemplo, en *Conferencias de higiene en las escuelas de Medellín* de Carlos de Greiff —la primera edición de 1905, la segunda de 1907—: reglas de higiene para enseñar en las escuelas, ligada con la urbanidad y moralidad, el régimen alimentario, reglas para las escuelas como la luz en gran cantidad, con ventanas anchas y elevadas, aulas bien ventiladas, mobiliario adecuado, horas de estudio alternados con intervalos de descanso, uso de agua, vestidos adecuados, limpieza y ausencia de polvo, alternancia del trabajo intelectual con el ejercicio físico, alimentación, etc. El pedagogo Antonio de J. Duque<sup>9</sup> escribió

“Edificios para escuelas”, texto elaborado en diciembre de 1909 e inspirado en los planos de la Escuela de Cisneros realizados por el Ferrocarril de Antioquia, satisfaciendo “las exigencias modernas”; de acuerdo con su perspectiva y conocimientos, la insipiente de la educación y el descuido pedagógico hacía que los gobiernos y los municipios en Antioquia no se preocuparan por la construcción de “edificios científicos para las Escuelas”, por lo tanto, no concebía la institución escolar sin locales adecuados, pues, sin estos era incompleta e insuficiente<sup>10</sup>.

En ese sentido, el médico Alfonso Castro<sup>11</sup>, en *Higiene de las escuelas*, planteó que la higiene comprendía dos partes: “la referente a los edificios y la que trata del niño”, aunque se centraba más en lo primero, lo cual necesitaba “del triple concurso del ingeniero, del maestro, del médico”; refería aspectos como el tipo de terreno para la escuela, la situación del edificio, “las clases”, esto es, las áreas de las salas, tipos de paredes y cielorrasos, el “alumbrado” o la

---

arquitecto autodidacta que había muerto en 1902.

<sup>10</sup> *Instrucción Pública Antioqueña*, núm. 23 (Medellín: enero de 1910).

<sup>11</sup> Alfonso Castro, *Higiene de las escuelas* (Medellín: Imprenta Oficial, s.f.). Hay otro texto de Alfonso Castro, “Edificio para escuelas”, firmado en Medellín, diciembre de 1909, publicado en *Instrucción Pública Antioqueña*, núm. 25 (Medellín: enero de 1910): 135-40.

<sup>8</sup> Aún para la década de 1940 se publicaban este tipo de obras, como el caso de Próspero Ruiz R., *Higiene y saneamiento* (Medellín: Imprenta Departamental, MCMXLVIII [1948]).

<sup>9</sup> No confundir este Antonio J. Duque, el pedagogo, con el anteriormente mencionado, el ingeniero y



Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

iluminación, la “aereación” —considerada de capital importancia para evitar patógenos, para lo cual se debían disponer claraboyas y ventanas con el fin de que circulara el viento—; también hacía recomendaciones del mobiliario, la amplitud de corredores y patios, lo indispensable que eran los jardines y huertos en la “escuela moderna”, la sala de baños con ducha, los excusados y orinales, y el aseo de la escuela, además de la parte física e intelectual del niño.

Así, desde la higiene se vislumbró la arquitectura escolar de la ciudad. Hasta la primera década del siglo XX no había sedes adecuadas y los establecimientos educativos eran, sin distinción, casonas antiguas que se alquilaban y amoblaban para tal efecto. Aunque para esta primera década se adoptaron normas específicas acerca de las características del terreno, la ubicación dentro de la ciudad o las dimensiones mínimas de los salones de clases, por ejemplo, que, emanadas de la Junta Central de Higiene desde Bogotá en 1904, fueron adoptadas en Medellín, se siguieron otras propias, tanto desde la Gobernación de Antioquia como desde el Concejo de Medellín —entre 1909 y 1910— para la construcción de edificios para escuelas con instrucciones y planos que

determinara la entonces llamada Dirección General de Instrucción Pública —aunque este requisito pasó a ser, en 1911, potestativo de la Junta Departamental de Instrucción Pública—, entre otras misiones atribuidas a esta, que incluían la de “aprobar los planos que deban servir para la construcción de locales de Escuelas”<sup>12</sup>.

La importancia del plano, no solo para la obra arquitectónica escolar sino para la obra pública en general, también deficitaria para este momento, llevó a la formación de la Oficina Departamental de Ingeniería, conformada en 1912. Teniendo en cuenta que la higiene y la preocupación por la arquitectura escolar fueron llevadas por los médicos a la Escuela de Minas, los ingenieros allí formados que egresaron como tales, pero que derivaron a la arquitectura, la asumieron y la plantearon en sus diversos proyectos. Precisamente, el primer director de la oficina, Dionisio Lalinde, lo asumió y claramente señaló que el “ramo quizá más importante que tiene para resolver nuestro pueblo, es el de la higiene aplicada a la construcción

<sup>12</sup> Antioquia Gaceta Departamental, núm. 205 (Medellín, 4 de mayo de 1911): 577.



Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

de edificios dedicados a la instrucción pública”<sup>13</sup>, planteando qué tipo de estudio técnico debía hacerse al respecto y qué debía contener en términos de ubicación, orientación y superficie libre, aireación, revestimiento y aseo de superficies, claridad, evacuación de residuos, locales en partícula, y selección de materiales de construcción.

Entre abril de 1912 y finales de 1917, el tiempo que tuvo bajo su mando la Oficina Departamental de Ingeniería, Dionisio Lalinde realizó una activa labor en términos de la arquitectura escolar, siendo un pionero en tal sentido, no solo por el número de proyectos —alrededor de cincuenta, tanto en Medellín y el Valle de Aburrá, como en Antioquia—, sino, entre otros, por la elaboración del “Modelo para Escuelas Rurales para Antioquia” —aprobado por la Dirección General de Instrucción Pública en 1915—, y, sobre todo, el diseño de la denominada Escuela Modelo No. 1 de Medellín.

Siendo director de la oficina departamental la diseñó, en 1913, pero solo hasta el año siguiente formalizó el contrato y asumió

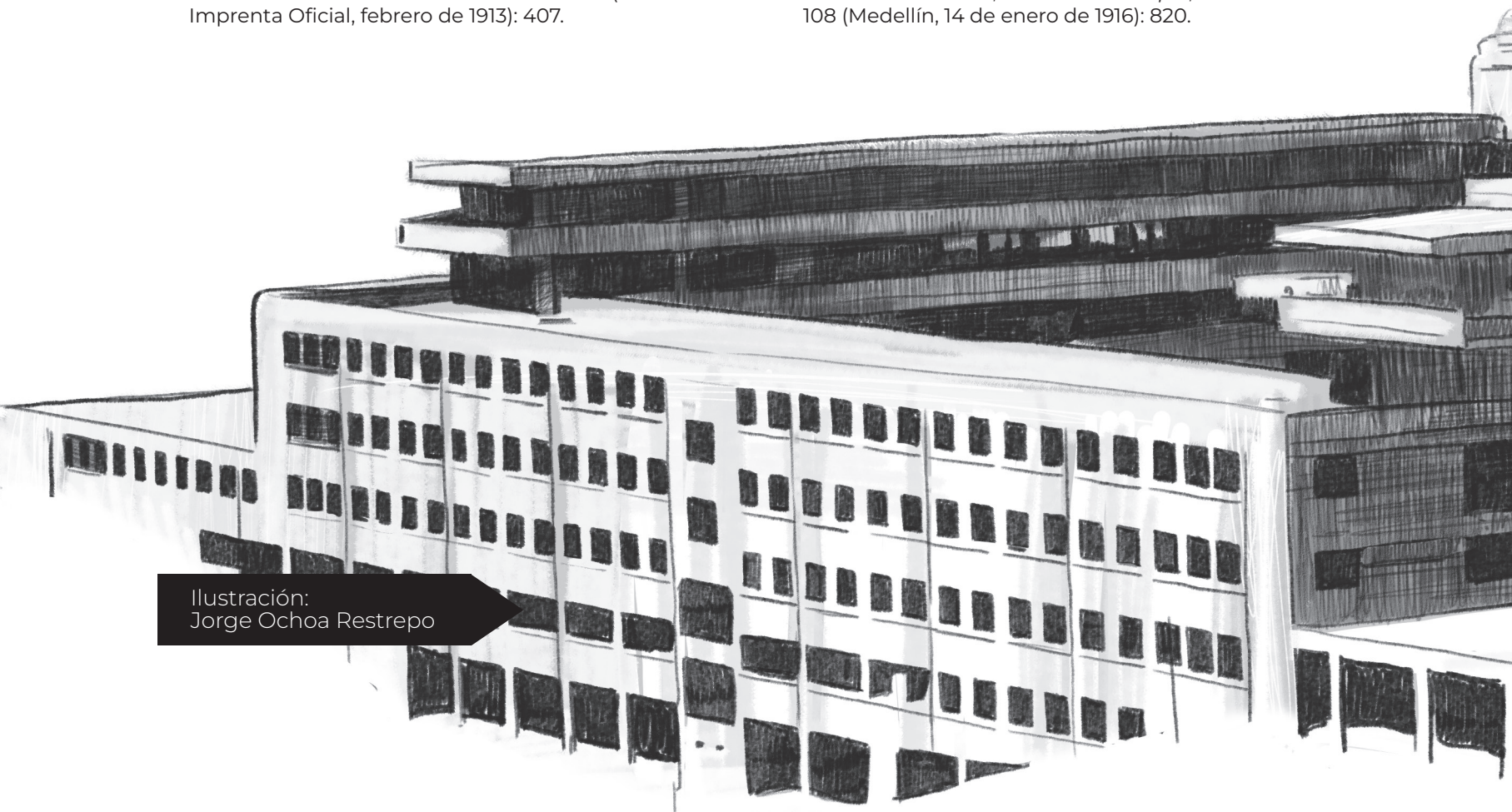
la dirección general de los trabajos de la Escuela Modelo No. 1. Debía presidir la construcción, que todo se hiciera conforme al plano elaborado por él mismo y aprobado por la Junta de Instrucción Pública; suministrar todos los dibujos de detalles y ampliaciones necesarias; darle al ingeniero municipal todas “las instrucciones precisas y (...) resolverle todas las consultas de arquitectura que le haga tendientes a la mejor construcción de la obra y a que ésta quede en la parte arquitectónica acorde con las ideas y planes de Lalinde”<sup>14</sup>. Ubicada en el denominado Barrio Norte, entre la carrera Bolívar y la “Gran Avenida” —luego llamada avenida Juan del Corral— estaba concluida para 1916, año en que fue inaugurada, pero que ya antes de su terminación era celebrada como “lo mejor que en su clase tenga el país”, teniendo en cuenta, además, que “esta obra no es para un día, ni para un año, sino para alojar en ella muchas generaciones de escolares y que ella ha de servir de norma y de modelo, como su mismo nombre lo indica, para otra serie de construcciones análogas”<sup>15</sup>. El término laudatorio y encomiástico del

<sup>13</sup> Informe del Ingeniero Arquitecto Dionisio Lalinde, 15 de febrero de 1913, en Gabriel Latorre, Secretario de Hacienda Informe al Gobernador (Medellín: Imprenta Oficial, febrero de 1913): 407.

<sup>14</sup> “Acuerdo núm. 123, 31 de octubre de 1914”, *Crónica Municipal*, núms. 39-40 (Medellín, 22 de mayo de 1914): 474.

<sup>15</sup> “Informe del Presidente del Concejo Mpal. de Medellín. 1913-1915”, *Crónica Municipal*, núms. 103 a 108 (Medellín, 14 de enero de 1916): 820.

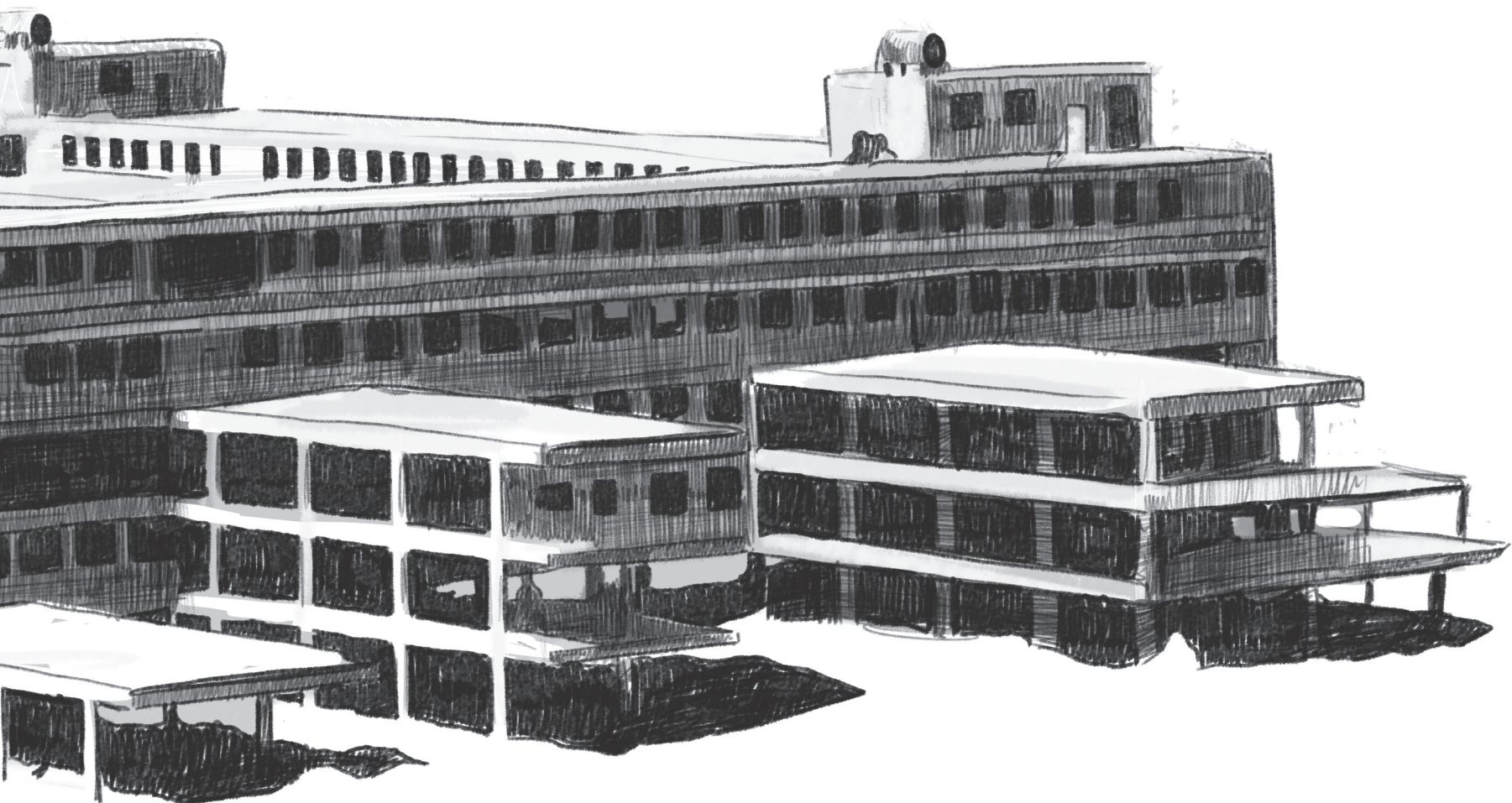
Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



presidente del Concejo, José María Duque, propio de un político en la efervescencia del momento, realmente no se quedó corto, pues la obra no solo fue singular y pionera por su concepción higienista, sino por las singulares características espaciales y arquitectónicas introducidas, y por la gran calidad material —que elevó los costos, según la queja del propio presidente del Concejo— que la proyectó en el tiempo, resistiendo los cambios de uso, los abusos en su utilización, la transformación del entorno de su implantación, incluyendo los efectos perversos de la construcción del viaducto del Metro de Medellín que se impuso y le hace sombra desde la década de 1990.

Aún hoy, ciento ocho años después de su inauguración, como sede del Campus Prado del ITM, en medio del caos urbano, el ruido y la intensidad vial que la circunda, perdido el entorno primigenio, incluida parte de la riqueza de sus jardines exteriores, mantiene sus características espaciales y arquitectónicas primigenias: un solo piso con techo de teja de barro que le hace aparecer inicialmente como una concepción de arquitectura tradicional, pero que se enriquece con sus fachadas,

tanto la frontal, como la posterior; la primera con su portada, una especie de pronaos, un pórtico adelantado con cuatro columnas que enmarca el eje de acceso y define su concepción neoclásica, para configurar ese templo del saber —como se pensaba en ese momento que era la educación—; mientras que en la parte posterior el acceso se retranquea o se retrasa con respecto al paramento del resto de la fachada, con una portada con arco rebajado, y a los lados ventanas pareadas con arcos escarzanos. Todo un lenguaje que acentúa el carácter historicista de su arquitectura, lastimosamente perdido en la fachada lateral norte donde desapareció la propuesta de agrupamiento a partir de una portada con arco de medio punto y remate en frontón triangular. Mientras que, espacialmente, todo el volumen gira alrededor de un vacío central, un patio con jardines en parterres a la manera francesa, atravesado imaginariamente por el eje desde la fachada frontal a la posterior. Ahí, reflejado todo el ideario que guiaba los cuatro principios de la “higiene de las construcciones”: higiene, comodidad, solidez y belleza.



### La sede de “El Morro” o “Cuatro vientos”

Medellín es considerada el “Alma del lasallismo” por la misma comunidad religiosa, en palabras de Hernando Sebá Lopera F.S.C. Esto en razón de que la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas llegó a Colombia por Medellín en 1890, aunque habían tenido una efímera presencia en Pasto entre 1875 y 1876, de donde salieron debido a la guerra civil de este último año. Era una apuesta tanto de las autoridades religiosas como políticas y de las fuerzas sociales antioqueñas para reforzar lo que historiadoras como Catalina Reyes llamaron “modernización tradicional”, trayendo comunidades religiosas femeninas y masculinas, como el caso de los Hermanos Cristianos que se encargaron de escuelas gratuitas para los sectores pobres de la ciudad, a la vez que de la sección de varones de la Casa de Huérfanos y del “Colegio San José, para hijos de familias acomodadas”<sup>16</sup>.

El Colegio San José se ubicó en la carrera Bolívar, donde ocupó media manzana, con un edificio de tapia, de dos pisos, alrededor

de un irregular pero gran patio propio para las actividades educativas. Alrededor de este gran vacío se desplegaban los corredores tradicionales con columnas de madera, que daban acceso a las aulas, además de permitir la iluminación y ventilación necesarias. Pero la arquitectura convencional de tapia encalada, de puertas y puertas-ventanas en la fachada sobre la carrera Bolívar, con su respectivo alero, se vio interrumpida con la construcción de la capilla, cuya portada de ladrillo se destacó desde que fue inaugurada en 1899 hasta su demolición en 1965 para dar paso a la ampliación de esta arteria vial de Medellín. Cuando se inauguró la capilla a finales del siglo XIX les prestaba servicios a los barrios Villanueva y El Llano; y además de los servicios religiosos, la imagen de la torre de ladrillo era un símbolo urbano sobre esta vía tan fundamental que comunicaba la ciudad con la parte norte del Valle de Aburrá.

Dos elementos tan fundamentales como el patio claustral y la capilla pareciera que fueron determinantes en la concepción del nuevo colegio San José, cuando se decidió su traslado en la década de 1950 para un paraje en el oriente de la ciudad, en un morro arriba del barrio Sucre, entre el barrio Limoncito y la quebrada

<sup>16</sup> Patricia Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia 1850-1930* (Bogotá: Edificios Fondo de Cultura Económica, 2004): 86.

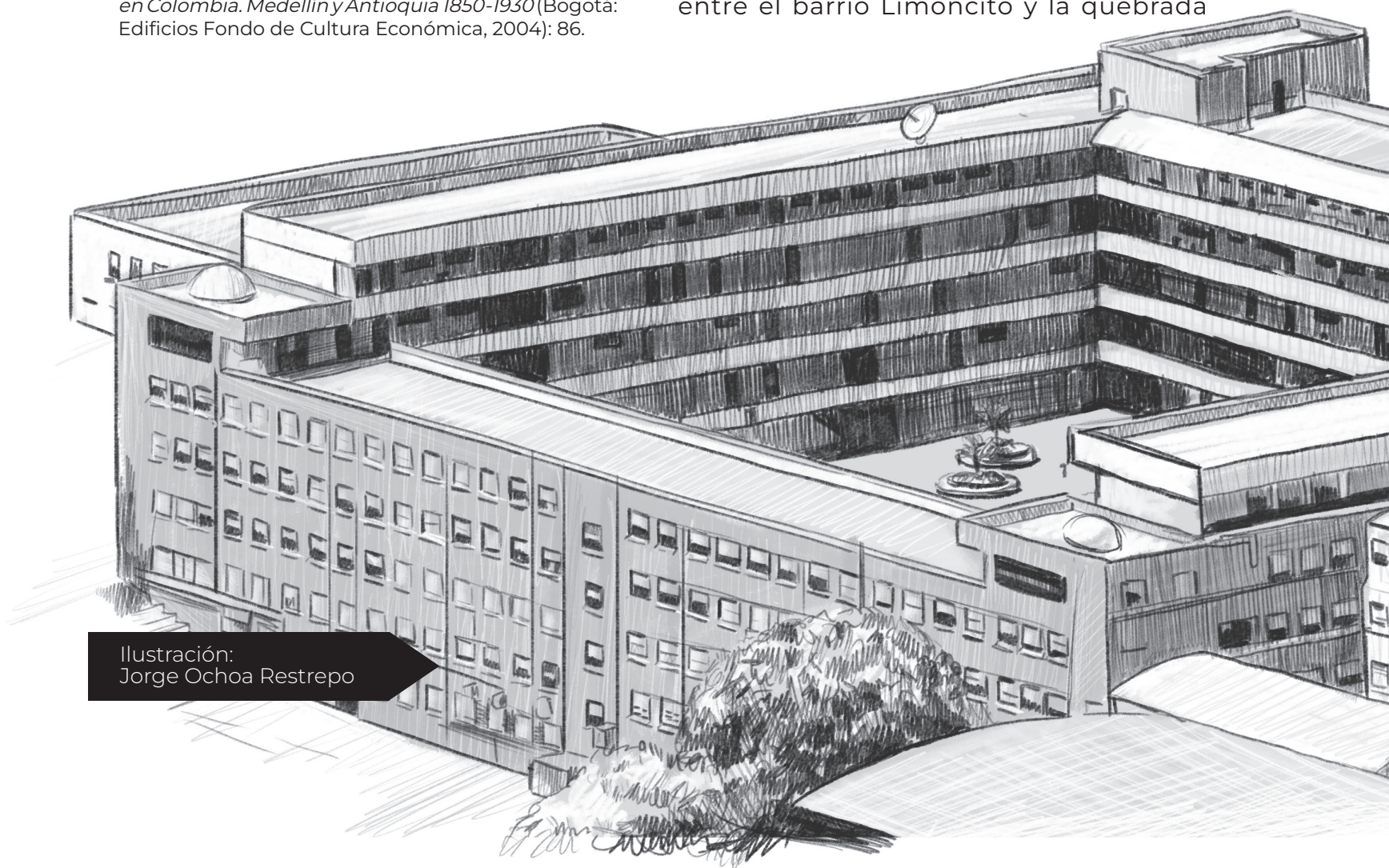


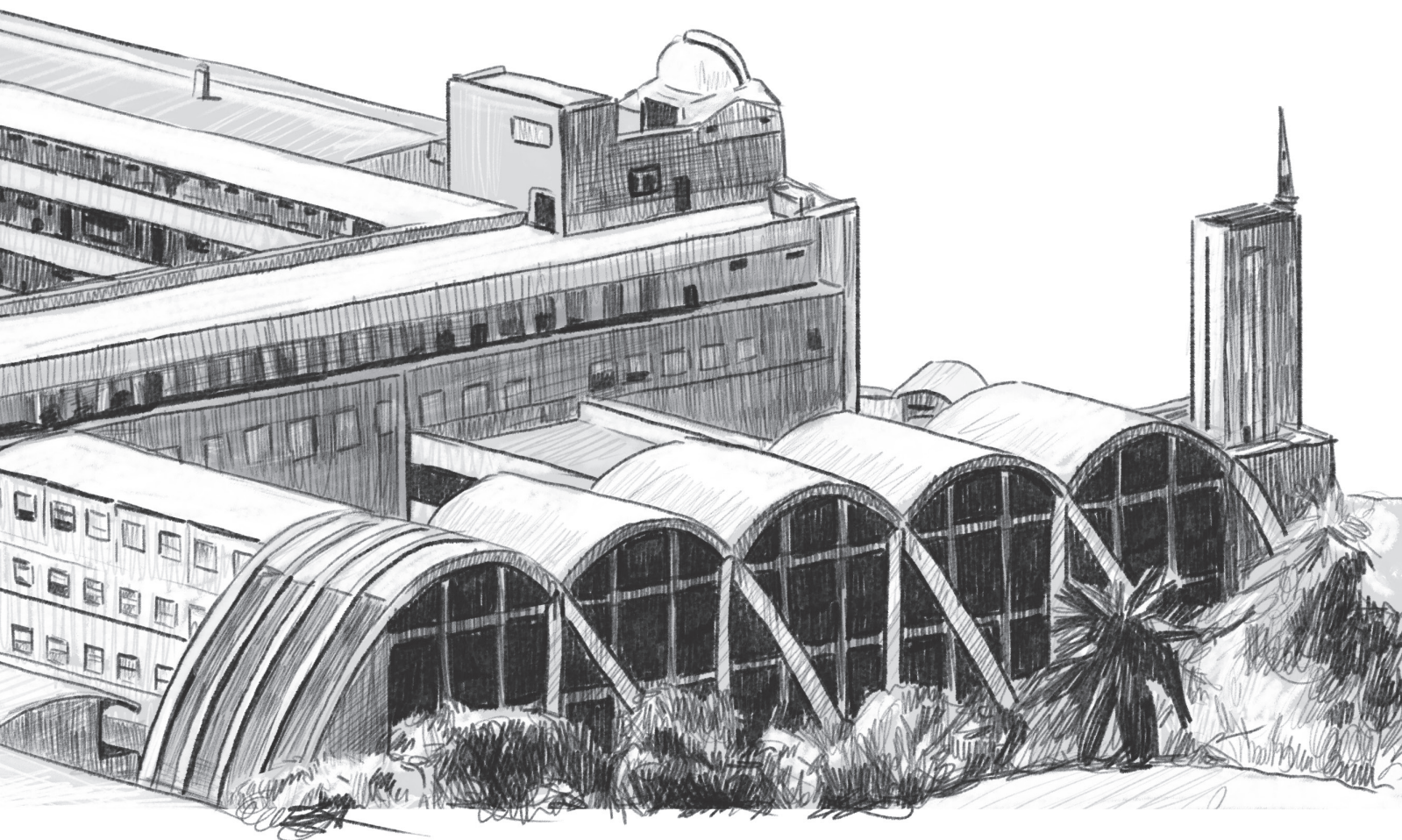
Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo

Santa Elena. Un proyecto con planos del arquitecto Juan Wolf<sup>17</sup>, construido por la empresa Ingeniería y Construcciones que la ejecutó con el novedoso Sistema Reticular Celulado —lo que permitía agilizar los procesos constructivos—, entregado al servicio de la comunidad de los Hermanos Cristianos en 1955. Era un área construida de 24 mil metros cuadrados sin contar con la capilla, que se construyó posteriormente entre los años de 1956 y 1957 anexa en la parte norte del colegio, con otras formas y características constructivas, con su sistema de bóvedas con nervaduras y los muros laterales de calados prefabricados; toda una obra que, en términos constructivos, era novedosa, y en términos arquitectónicos y espaciales, era (y es) de gran belleza y rigor. Desde el patio irregular del viejo colegio decimonónico se pasó al nuevo patio rectangular asentado en El Morro, pero

que, igual, mantiene el espíritu del claustro, con corredores perimetrales con acceso a los salones en los variados pisos: un gran vacío que ilumina, ventila y enmarca el cielo de las montañas orientales de la ciudad, con el Pan de Azúcar como cerro tutelar y simbólico de telón de fondo.

La capilla convertida en Centro Cultural es un entorno aparte y singular en términos arquitectónicos al resto del conjunto del colegio. Su torre esbelta y geométrica, coronada con una antena, recuerda esa verticalidad simbólica de ladrillo en el antiguo colegio sobre la carrera Bolívar. Pero, tanto el interior como el exterior son un deleite material, estructural, visual y estético. La airosa y elegante secuencia de las cinco bóvedas de concreto, con sus arbotantes, sumado al bello gesto de remate troncopiramidal sobre la fundación en el exterior, se agregan a un interior donde destacan la desnudez del concreto, las nervaduras de las bóvedas y los paneles de calados que tamizan la luz solar con las vidrieras en los muros laterales de esta sola nave longitudinal. La poética de la materia en todo su esplendor.

<sup>17</sup> En términos generales se le han adjudicado los planos de este proyecto al arquitecto Augusto González Velásquez, pero en realidad es Wolf el responsable de los mismos, como está escrito en un catálogo de la empresa Ingeniería y Construcciones Ltda., a cargo de la ejecución, publicado en 1955 para dar cuenta de los distintos proyectos diseñados o construidos por ellos. Este arquitecto Wolf es poco conocido y apenas es mencionado de manera tangencial por un proyecto de “Avenidas del Río” de 1948, sin embargo, es responsable de variadas e importantes obras arquitectónicas en la ciudad.





## Colofón

Tres memorias entrelazadas en la historia urbana de Medellín. Cada una recuerda el momento histórico de la implantación en una geografía concreta; los elementos tangibles e intangibles inscritos en ejes, disposiciones, espacios, columnas, muros, detalles arquitectónicos, muñones o fragmentos, o el conjunto mismo, evocan esas narrativas y discursos que dieron lugar a su materialización, documentan las características de sus antiguas materialidades y arqueologizan las ideas estéticas; pero, a su vez, confrontan la desmemoria inducida por los entornos urbanos que crecieron a su lado y de la ciudad que desconoce sus procesos. A la vez, forman un collage sobre cómo se pensó la arquitectura escolar en distintos momentos históricos por autoridades políticas o religiosas, por sectores públicos o privados; todo, como una especie de matrioska histórica contenida dentro del multicampus del Instituto Tecnológico Metropolitano.

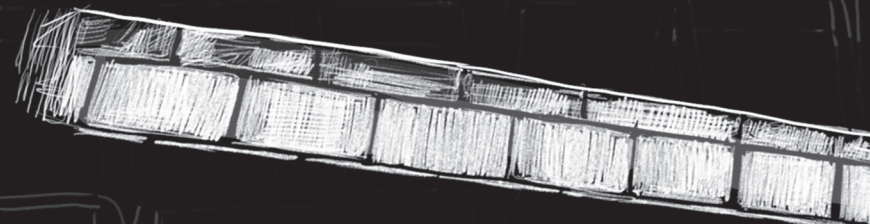


Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



Ilustración:  
Frank Vélez Penagos





*Vidas (y hechos) que testimonian*  
Sección 3



## Múnera, el otro apellido del Instituto

*Hernán Humberto Múnera - Mauricio López Rueda*

### **Oro, leyes y educación**

Había plata en Antioquia en las primeras décadas del siglo XX, plata hasta para tirar pa'riba. El oro emergía de las entrañas de la tierra en hilos dorados interminables, y el café, ese otro oro rojo, brotaba en las fincas de Mariano Ospina Rodríguez, Eduardo Vásquez y otros poderosos nombres cafeteros de las montañas antioqueñas. En esos tiempos de patria todavía turuleta, con altos porcentajes de analfabetismo y desnutrición, Antioquia producía el 80 por ciento del oro de la nación y el 37 por ciento del café. Coroliano Amador, heredero de la fortuna minera de su señora, Lorenza Uribe, dueña del Zancudo, en Titiribí, le había entregado a la ciudad la carretera a Santa Elena, la Plaza Cisneros y plata para el ferrocarril.

Medellín crecía estrepitosamente y los ricos ya no sabían dónde asentarse porque los pobres vergonzantes, atraídos por el brillo del oro y el rancio olor de los billetes, aparecían por todas partes. Procesiones de campesinos llegaban desde los pueblos del oriente, el occidente y el suroeste antioqueño, incluso desde más lejos, el Pacífico, y todos con hambre y ganas de trabajar. En las calles no cabía un alma

ni un ventorrillo, y los ricos, cansados, comenzaron a colonizar terrenos rumbo a Envigado y Rionegro.

La industrialización había comenzado y su máximo desarrollo se evidenció en las fábricas textiles: Everfit, Caribú, Coltejer, Tejicóndor y Fabricato, y todo por darle un uso a la plata, porque en Antioquia poco algodón se cultivaba. Tampoco se sembraba cacao, y aun así se construyeron fábricas de chocolates; ni trigo, y aun así se construyó una fábrica de galletas. En 1925, en Medellín había más de veinticinco fábricas, contra las quince que había en Bogotá y las trece que tenía Barranquilla.

Una cosa llevó a la otra, y a muchas otras. Con la plata se construyeron mercados, calles, carreteras y puentes. Las élites viajaban al exterior para iluminarse y, de paso, volvían con novedades como los balones de fútbol, las bicicletas, los teléfonos y los radios. Traían también libros, modas, música. La abundancia provocó mejoras en la educación. Las clases altas construyeron casas de señoritas y asilos para pobres y, bajo el rígido reglamento de la Iglesia católica, instruían a las unas y a los otros.

Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo



Alfonso López Pumarejo, quien gobernó durante dos periodos en esos años de imparable liberalismo, activó su “revolución en marcha” para sacar a los colombianos del analfabetismo y con la ayuda de los empresarios del oro y del café se construyeron escuelas, colegios y universidades. Sin embargo, a lo que más le apuntó desde sus gobiernos fue a las escuelas de oficios; quería enseñarles a los pobres a trabajar en las fábricas, que necesitaban con urgencia personas para operar las máquinas. El mundo, que venía de profundas depresiones económicas y que superaba una guerra tras otra, exigía eso, mano de obra de tercera categoría para reconstruir lo derribado y saciar el hambre de ganadores y vencidos. Fue así como se inició la educación técnica en Colombia.

Durante su primer periodo como presidente —previo al de Eduardo Santos— López Pumarejo dijo esto para promover ese tipo de educación en el país:

La economía nacional sobrelleva la carga pesada de sostener a esa vasta clase económica miserable que no lee, que no escribe, que no se viste, que no se calza, que apenas come, que permanece involuntaria aunque no muy conscientemente, al margen de la actividad de los dos millones de colombianos que escasamente pueden calcularse en pleno uso de sus atributos ciudadanos. Y las clases explotadoras de la gran industria agrícola ven con satisfacción la abundancia de jornales ínfimos. Sólo cuando estudian inversiones en otro género de industrias comprenden que el país está aniquilando metódicamente al consumidor, y que el círculo vicioso de nuestra organización económica se va cerrando contra el capital casi con la misma rigidez con que se abatió sobre el proletariado.<sup>1</sup>

Las grandes depresiones económicas y el ambiente guerrillista en todo el mundo

<sup>1</sup> Citado en: Aline Helg, “La educación primaria y secundaria durante el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo” (1934-1938) (Proyectos y realizaciones), *Revista Colombiana de Educación*, núm. 6 (1980): s.p.

condujeron a las principales potencias a proponer políticas proteccionistas que, en países de tercer nivel como Colombia, que ya tenían una apreciable deuda externa, afectaban la importación de los principales productos agrícolas y de minería, lo que derivó en un modelo económico llamado ISI (Industrialización por Sustitución de Importaciones) que hizo crecer la industria, pues se traía maquinaria y se replicaba en las herrerías. Sin embargo, esas máquinas tenían que ponerse en uso y por eso había que formar operarios.

Era una sociedad de pequeños propietarios con una capacidad de compra por encima de la media. La educación superior era sólida: la Universidad de Antioquia llevaba más de cien años en funcionamiento y la Nacional, sede Medellín, más de cincuenta. Pero la economía mundial obligaba a los países del tercer mundo a producir técnicos y no profesionales<sup>2</sup>.

Y es que no solo había industria nacional en Colombia debido a la minería, las zonas selváticas y la gran producción agrícola, muchas multinacionales ya habían comenzado a instalarse en el país, generando mucho empleo y, al mismo tiempo, atrayendo a los campesinos hacia los centros poblados más grandes.

Desde 1900, empresas de Francia, Estados Unidos y Reino Unido comenzaron a invertir en la explotación petrolera. La United Fruit Company estaba instalada en el Magdalena desde mucho antes; farmacéuticas como Abbot llegaron en los años cuarenta, al igual que la IBM y el Royal Bank; la General Motors llegó a mediados de los 50, entre muchas otras empresas.

Así las cosas, durante los primeros sesenta años del siglo pasado, las políticas económicas fueron impulsadas

<sup>2</sup> Tanto la Escuela Nacional de Minas (1886) como la Escuela de Agricultura Tropical y Veterinaria (1911), hoy día Facultad de Agronomía, iniciaron su vida institucional de forma independiente, aun cuando la primera estaba ligada a la Universidad de Antioquia. La anexión de ambas instituciones a la Universidad Nacional se realizó en 1937 la Escuela de Agricultura y en 1939 la Escuela de Minas. N. E.

y determinadas por los intereses de las grandes potencias mundiales que se la pasaban en guerras y habían atravesado por fuertes depresiones.

La educación técnica fue una estrategia de organismos internacionales como: Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), bajo los planteamientos del fortalecimiento de una educación terciaria que dejaba en claro que la educación universitaria era la que menor importancia tenía para esas organizaciones. La educación técnica, bajo esos parámetros, tenía una visión utilitarista, deshumanizada, en la que el ser humano pobre y sin educación era simplemente una herramienta, un robot al que era necesario programar.

Entre 1938 y 1942, bajo el gobierno de Eduardo Santos, en Colombia se pausó la “revolución en marcha” de López Pumarejo. Hubo nuevas modificaciones en educación, se impulsó la construcción de escuelas, se creó el patronato escolar para dar impulso a la educación popular y se intentó nacionalizar la educación primaria.

Cuando López Pumarejo retornó al poder, de 1942 a 1946, se retomó el plan original de la “revolución en marcha”, pero tal reinicio tuvo inconvenientes porque López Pumarejo entendió que el Estado estaba limitado por las políticas capitalistas del nuevo orden mundial y la educación tenía que someterse a los caprichos del mercado y no a las utópicas ideas de un simple gobernante.

Pero López Pumarejo, quien había hecho estudios de economía en Inglaterra y Estados Unidos y se preciaba de ser “buen amigo” de Franklin Delano Roosevelt, elevó la apuesta. El de Honda, Tolima, supo diseñar un plan para integrar a la vida estudiantil a todos aquellos colombianos que no podían pagar una matrícula o comprar cuadernos. Llevó a cabo una suerte de consenso nacional para democratizar la educación, estrategia cuyo objetivo central fue la educación popular. Le abrió paso, así, al concepto de educación para los

sectores populares, con el que se pretendió formar “hombres útiles a la sociedad”, con una moral y una conducta adecuadas a la categoría de ciudadanos, aptos para producir económicamente y colaborar con el interés general de la nación.

En otras palabras, el tolimense de la Casa López colombianizó los conceptos de Keynes y le dio un giro más humanista al *New Deal* propuesto por su par estadounidense Delano Roosevelt. Un ejemplo de ello fue la campaña de “cultura aldeana”, durante la cual se construyeron bibliotecas populares en todo el país y se contrataron maestros ambulantes, a la manera de la revolución mexicana o de los jesuitas.

La idea de llevar la educación a los sectores más pobres de Colombia encontró varios y anunciados obstáculos, todos ellos referentes al entorno protector de los estudiantes: había mucha desnutrición, enfermedad, pobreza, falta de agua potable y desempleo. De modo que, a partir de esos descubrimientos, los planes giraron en torno a mejorar los hábitos y costumbres de la higiene, la estética, la alimentación y la nutrición. Como el Estado no navegaba en abundante dinero, se hizo un acuerdo social estrechando lazos entre las comunidades y la escuela, y a través de la reforma agraria muchas familias pobres accedieron a terrenos de siembra que les permitieron mejorar sus vidas y enviar a sus hijos a las aulas.

Todo aquello fue un avance plausible que, sin embargo, fracasó en el mediano plazo. Aunque se emprendieron estudios y se elaboraron análisis que pretendían tener sustento científico en disciplinas como la psicología experimental, la medicina, la sociología y la antropometría, la falta de recursos y el rápido crecimiento de la población derribaron las enarboladas ideas reformadoras de López Pumarejo. En 1947, una misión extranjera dirigida por el norteamericano Lauchin Currie publicó que la tasa de analfabetismo era del 37 por ciento, cifra superior a la de la década anterior, aumento que podía ser explicado por el crecimiento de la población, pero también por el deterioro de la voluntad

estatal para asignar recursos para combatir ese retraso.

Siempre surge algo de las crisis, así como nacen hermosas flores en pastizales altos y llenos de excremento, o en pantanos aislados y húmedos. La estrategia de las bibliotecas y los profesores ambulantes hizo que muchos jóvenes optaran por el autodidactismo. Tener esos libros a la mano, además de la experticia de esos maestros trashumantes, fue una iluminación. Muchos, leyendo a trompicones, aprendieron de carpintería, de mecanografía y otros oficios útiles. También hubo quien se embelesara con la poesía o los cuentos, de suerte que, en los años cincuenta y setenta, se propiciaron arrebatos artísticos en todo el país.

Aunque, gracias al Concejo de Medellín, el Instituto Obrero Municipal fue fundado estatutariamente en 1944, la legislación en la que fue enmarcada la educación técnica solo apareció cuatro años después. La Ley 143 de septiembre de 1948 fue la que organizó y oficializó la educación técnica. La nueva norma fue orientada hacia la formación para el trabajo racionalizado en las áreas técnicas industriales, agrícolas, comerciales y de economía doméstica, y estuvo a cargo de las escuelas de artes y oficios, de capacitación obrera, y de los institutos y facultades técnicas.

La mentada ley se consolidó en febrero de 1954, justamente en Medellín, sede del V Congreso de la Unión de Trabajadores de Colombia. Allí se solicitó al Gobierno nacional y a la Asociación Nacional de Industriales que se emulara el modelo de escuelas industriales de Brasil, conocidas como Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial (SENAI). Esa fue la génesis del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), creado bajo el Decreto 118 del 21 de junio de 1957.

Los tiempos siguieron cambiando, al vuelo de los humores externos, y todo ese impulso a la educación que había comenzado en la mente liberal de López Pumarejo se desvaneció a mediados de los años setenta cuando el narcotráfico y el contrabando oscurecieron la nación y se desmontó el

modelo ISI. En Medellín, la gran era del oro y el café se acabó y los pequeños emporios manufactureros entraron en quiebra y pasaron a ser pequeños comerciantes.

El desempleo era visible en los parques Bolívar y Berrío, donde cientos de desocupados se sentaban a esperar el poniente, tristes y dispuestos a cualquier miseria para llevar algo de comer a sus hogares. Las laderas se poblaron y el basurero de Moravia fue el epítome de toda esa degradación social.

En esos tiempos, un hombre aportaba su granito de arena para mejorar las cosas, un hombre con un apellido prestigioso, académico y humilde. Era un Múnera que, como tantos jóvenes de los años cincuenta, se había formado a sí mismo leyendo libros y poniendo atención a los cambios del mundo.

### **Los Múnera en el ITM**

A principios del siglo XX, en San Pedro de los Milagros, una señora de cabello castaño y piel refinadamente adusta, obsequiosa en sus maneras, recia en los quehaceres de la casa y de equilibrado carácter, parió diecisiete hijos e hijas. Esos alumbramientos, acaecidos en cortos intervalos de tiempo, no extinguieron en la señora el semblante radiante y maternal de sus primeros años, y tampoco disminuyeron su belleza de campesina modesta y bondadosa, aunque sí le arrebataron el brillo de su juventud y cualquier asomo de curiosa infantilidad que pudiera albergar en sus tibios ojos.

Y como si el mismísimo Apolo hubiese ungido su vientre con la sangre de Pitón, todos los hijos y todas las hijas de la señora nacieron colmados de sabiduría. De los diecisiete, trece llegaron a ser grandes maestros y, por tanto, en San Pedro, ese nacarado y hermoso pueblo del norte antioqueño, nombraron una escuela en honor a la señora, rebautizada en matrimonio como Gabriela González de Múnera.

Su esposo, quien como ella también gozaba de la frugal sabiduría montañera, era un arriero cultivador, sembrador de alimentos

Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez





y cuidador de animales. Vivieron sus vidas en una casa grande, cerca del pueblo, con solar inmenso, árboles frutales, huerta de hortalizas y patios para descansar y mirar hacia las estrellas.

Gabriela, por si fuera poco, tuvo un hermano ilustre, Conrado, formado en la Escuela Normal Superior de Bogotá y quien, gracias a una beca de la Alianza Francesa, pulió sus conocimientos de pedagogía moderna en la Sorbona de París. Conrado volvió a Colombia convertido en una eminencia, se dispuso a formar a los nuevos maestros de la Normal Superior de Medellín y fundó, en los años sesenta, el colegio Jorge Robledo y el Instituto Conrado González.

Uno de los hijos más aventajados de Gabriela y Teodomiro Múnera, y sobrino de Conrado, fue Leonel Múnera González, el octavo de los diecisiete hermanos. También él terminó siendo académico y maestro, aunque sus inicios fueron más clericales. A los trece años, debido a sus conocimientos de lectura y escritura, fue convocado por un cura para que lo acompañara y le ayudara en asuntos administrativos en una parroquia en Candelaria, Valle del Cauca. No era monaguillo ni sacristán, simplemente un secretario o amanuense de la casa cural encargado de manuscritos, cartas, comunicados y demás. Todo lo que ganaba en la parroquia lo enviaba a sus padres para ayudarles con las necesidades de sus otros hermanos y de la casa finca de San Pedro de los Milagros. Aprendió mucho y también recaudó suficiente dinero. Se mantuvo cinco años en esos asuntos eclesiásticos y a los dieciocho años se fue para Santa Bárbara a trabajar como secretario en la Alcaldía de ese municipio, mismo cargo que obtuvo, un año después, en Concordia. Fue allá, en ese pueblo rigurosamente liberal en tiempos de “pájaros” y “chusmeros”, donde conoció a Ofir Vélez, una mujer de su misma edad y que se convertiría en su esposa para toda la vida.

Ese terrible periodo conocido como La Violencia hizo que Leonel y su esposa se trasladaran a Medellín, junto con Clementina González y Guillermo Vélez, padres de la joven, quienes habían sido amenazados debido a su historia conservadora y no

tuvieron más remedio que dejarlo todo e irse para la gran ciudad. En ese tortuoso viaje hasta Medellín comenzó la historia de Leonel Múnera con el Instituto Popular de Cultura. Y es que, al poco tiempo de llegar, fue contratado como secretario de la Estación de Policía de El Bosque, oficio que no era del agrado de su esposa, quien le pidió encarecidamente que lo abandonara. Leonel atendió los ruegos y, en 1968, gracias a las influencias de Conrado, obtuvo el puesto de Secretario General en el IPC, cuando las oficinas quedaban en la calle Tenerife, donde hoy se ubica la llamada Plaza del Pescado y la Cosecha. La otra sede del colegio estaba cerca, en Calibío, en la cual se impartía el bachillerato técnico; allí también iba Leonel, algunas veces.

La institución había sido creada por el Concejo de Medellín en 1944, en plena Guerra Mundial, con el nombre de Instituto Obrero Popular, el cual se mantuvo hasta 1949 cuando pasó a ser el Instituto de Cultura Popular. Universidad Obrera, Instituto Popular del Municipio de Medellín fueron otros nombres que tuvo la entidad hasta 1967 cuando pasó a llamarse Instituto Popular de Cultura y, finalmente, Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM) desde 1991.

El camino del Instituto, hasta por fin llegar a su sede en Robledo, también pasó por el barrio San Benito en la década de los setenta. La institución se instaló en la calle Boyacá, frente a la iglesia San Benito, y apenas tenía unos cuantos bloques y una cafetería. Era un espacio muy pequeño hasta que se adquirió la sede Robledo, adjudicada por la Alcaldía de Medellín.

Medellín gozaba de un clima placentero, templado. Las cabañuelas se cumplían a raja tabla. En agosto se elevaban cometas y en mayo siempre caían aguaceros, al igual que en octubre. Las calles eran angostas y limpias, aunque algunas de ellas, como San Juan y Colombia, eran constantemente transformadas. En Otrabanda, los barrios de obreros crecían afanosamente y se convertían, de a poco, en barrios de clase media y de ricos: Calazans, La Floresta, Laureles, Florida Nueva, Carlos E. Restrepo, todos esos lugares habían albergado a trabajadores de las grandes empresas

antioqueñas como Everfit, Tejicóndor, Coltejer, Fabricato y la Fábrica de Licores de Antioquia. Los dueños les habían dado a sus empleados facilidades para adquirir viviendas propias y, además, los jubilaban a temprana edad. Por lo tanto, esos trabajadores, antes de cumplir los sesenta años, eran propietarios y tenían cuentas bancarias, lo cual les permitía satisfacer algunas necesidades de sus familias, como los viajes a la playa o el estudio universitario de sus hijos.

El idilio económico sucumbió en la época del narcotráfico y el conflicto con la guerrilla y los paramilitares ayudó a que todo empeorara. Medellín multiplicó por dos sus habitantes. Grandes procesiones de campesinos llegaron a la ciudad para refugiarse de la guerra y para buscar nuevas oportunidades, que no las había.

A muchos de esos desplazados y pobres el Instituto los recibía en sus aulas, por lo cual, las demás instituciones lo miraban con recelo y hasta con fastidio. Las familias pudientes de la ciudad, desde siempre, reprocharon que se les otorgara educación gratuita a los “vergonzantes”, y no tomaban con seriedad al Instituto. Esa batalla por la imagen y el prestigio se lidió en silencio y con logros que podían medirse con cifras.

Un campesino de la época, en un conversatorio en la Casa Museo de la Memoria, describe parte de la migración.

Desde los campos llegamos a Medellín, desbordando las montañas de un valle que no estaba preparado para recibirnos y acogernos. Construimos nuestros barrios entre convites y débiles esfuerzos de planeación urbana. Nos reprimieron una y otra vez, pero respondimos y explotamos en movimientos sociales, reivindicando las libertades, el arte y la educación. La industria entra en crisis y muchos nos quedamos sin trabajo. La realidad nos cambió y la cotidianidad se transformó: vecinos convertidos en “mágicos” y amigos que pasaron de la barra a la banda, engrosando las filas de la economía ilegal. Fuimos abandonando

las calles y cambiaron nuestros parches... Nunca nos imaginamos las sombras que se nos vinieron encima.<sup>3</sup>

Esos años sesenta también fueron marcados por cambios en la educación y, como en las primeras décadas del siglo XX, otra vez los organismos internacionales fueron los promotores de los nuevos modelos. Desde Estados Unidos se intentaba zanjar el surgimiento de movimientos estudiantiles y revolucionarios; las guerrillas eran una amenaza para la armonía económica de la región y, por tanto, ese creciente mundo hippie, lleno de preguntas, de arte, de música, era un inconveniente.

Y mientras todo aquello tomaba fuerza: guerrillas, dictaduras y movimiento hippie, la oferta universitaria en Medellín crecía. Carreras humanistas como la Sociología y la Comunicación aparecían en los pénsum de la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional:

Hasta los años 60 las universidades públicas eran muy pocas, aisladas y pequeñas y los programas que se ofrecían eran muy limitados, en mi caso por ejemplo, cuando me gradué de bachiller solo tenía la posibilidad de ser cura, militar o ingresar a la universidad a estudiar medicina, ingeniería o derecho, no existía la sociología, la historia, las comunicaciones, entre otras.

Comentó alguna vez Álvaro Tirado Mejía, profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia.

Todos esos cambios se produjeron gracias a la Alianza para el Progreso, un programa de ayuda económica, política y social de Estados Unidos para América Latina, efectuado entre 1961 y 1970 con el fin de combatir a los movimientos revolucionarios a través de la educación.

<sup>3</sup> Museo Casa de la Memoria. “Conoce la historia que atesora nuestro país. Década de los 70”. <https://www.museocasadelamemoria.gov.co/medellin708090/decada-del-70/>

Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez



Leonel Múnera, que se había auto formado antes de ingresar a las aulas de cualquier escuela, y quien además tenía un pasado ligado al campo y a todos sus problemas, entendió a la perfección toda esa época que le tocó vivir como maestro y funcionario del Instituto. No era fácil aceptar un puesto en el Instituto en aquellos tiempos. El colegio no era visto con buenos ojos por las familias ricas de la ciudad, que no entendían por qué, con recursos públicos, se les daba estudio a los más pobres, al lumpen de la ciudad. Pero pagaban bien, y Leonel necesitaba el dinero.

Tenía tres hijos con Ofir, todos varones: César, Carlos y Hernán. César y Hernán estaban en primaria cuando Leonel comenzó a trabajar en el IPC, por lo cual tenía que llevarlos desde Florencia, barrio en el que vivían, hasta la Placita de Zea, en el centro, para que tomaran el siguiente bus hasta el Instituto Conrado González donde estudiaron la primaria. A veces, los dos niños se quedaban con su padre en el IPC, observando su trabajo; también recorrían el recinto y los salones donde se formaban los ingenieros mecánicos y las secretarías; muchas veces participaron de las fiestas del niño y otras actividades en el Instituto, y gracias a ello conocieron a los amigos del papá y a los hijos de estos.

En otras ocasiones, simplemente lo esperaban cerca del Instituto para que los llevara hasta la casa. Podría decirse que, en esos años, Hernán Múnera Vélez se enamoró de la docencia, de la vida académica, pero, en realidad, esa epifanía había sucedido mucho antes, gracias a Conrado, a quien admiraba profundamente. Le impactaba que Conrado pudiera contar El Quijote de memoria, recitar poemas en francés y aforismos en latín. Hernán, jovencito, quería ser como su tío abuelo.

Su padre tampoco se quedaba atrás, era otro sabio, escribía de forma excelente y era muy comprometido con su trabajo; fue un gran ejemplo a los ojos del niño quien, tras cumplir la primaria, se pasó a la Normal Superior de Varones, mientras que su hermano César se fue al San Ignacio, becado. Hernán hizo su formación de bachillerato allí en la Normal, que quedaba

en Villa Hermosa, y de allá también iba a visitar a su padre al IPC. Fue uno de los primeros bachilleres pedagógicos de Colombia.

El padre de Hernán pasó toda su vida laboral en el IPC, pero cuando le llegó la oportunidad de jubilarse no lo pensó ni tres segundos, se marchó a su casa; se jubiló en 1985, tenía cuarenta y cinco años de edad, apenas iba por la mitad de su vida. Hernán comenzó su vida laboral en el Instituto Conrado González, donde enseñó en 1978, y luego pasó a la Escuela Especial de Belén en 1980. Para ese año, llevaba dos semestres en la carrera de Delineante de Arquitectura, curso que dejó a medio camino cuando comenzó a involucrarse con sus alumnos, todos ellos en situación de discapacidad cognitiva producto de enfermedades congénitas, desnutrición, maltrato o abandono. Hernán le tomó tanto afecto a la pedagogía con esas niñas y esos niños que se pasó a estudiar Psicología Pedagógica en el CES.

Su paso por la carrera de Delineante de Arquitectura, en todo caso, dejó huellas: aprendió a dibujar de muy buena forma, tanto que sus hermanos, al verlo, se entusiasmaron con la ingeniería, el dibujo técnico, los diseños. César y Carlos estudiaron Ingeniería Civil e hicieron importantes carreras en el sector de la construcción; César se jubiló de Concreto y Carlos trabajó mucho tiempo con Coninsa.

Otra de las personas que influyó en su decisión de ser profesor fue una tía llamada Lucila, quien tenía una gran biblioteca en su casa y le permitía a Hernán que leyera cuanto libro le diera la gana. Cuando él no podía leerlos, ella lo hacía en voz alta. Fueron años mágicos para Hernán, quien se imaginaba todos esos mundos y personajes narrados de formas tan particulares, tan expertas. La tía Lucila, además, lo llevaba a los colegios de niñas y le mostraba cómo daban las clases.

La graduación de Hernán como psicólogo se dio en la misma fecha que la jubilación de su padre, a finales de 1985. Para enero de 1986, y no antes, debido a su parentesco

con Leonel, comenzó a trabajar en el IPC como profesor, era el más joven del grupo y sus compañeros eran los mismos que habían compartido años con su progenitor. En el IPC, en sus inicios como profesor, todos lo llamaban “el hijo de Leo”, o “el hijo de Leonel”. La imagen que había dejado su padre había sido muy fuerte; Leonel se había ganado el respeto de todos sus colegas y su legado había sido gigante. Hernán, de a poco, fue ganándose un espacio y, en pocos años, reafirmó su nombre.

A pesar de su juventud fue nombrado coordinador académico en 1989 y pasó a ser jefe de todos los demás profesores, incluyendo a quienes habían sido compañeros de su padre. Había una eminencia, Paulo Tamayo, un maestro muy connotado que había sido rector del colegio Manuel Jota de San Antonio de Prado; Hernán era jefe de ese hombre que tanto podía enseñarle, y se volvieron buenos amigos.

Paulo lo pulió como jefe; le decía: “Vea Hernán, usted es el jefe, entonces aprenda a callar en las reuniones, porque los jefes escuchan y hablan de últimos”. Hernán tomó eso como dogma y lo siguió aplicando toda su vida. Según sus propias palabras, antes de hacerse amigo de Paulo Tamayo solía hablar “como una guacharaca”, opinaba sobre todos los temas, metía la cucharada en cuanta discusión pudiera y en cada reunión del Instituto era el primero en pedir la palabra. Pero a partir de las instrucciones del profesor Tamayo, se tornó más tranquilo y observador, escuchaba con atención a sus compañeros y contertulios, y solo opinaba cuando se lo pedían o cuando las circunstancias se lo permitían.

Cuando Hernán fue elevado al cargo de coordinador académico en el IPC, comenzaron a gestarse los grandes cambios en la institución, generados por la oferta y demanda de los empleos en Antioquia. La industria crecía y se hacía más fuerte; el Metro había comenzado a construirse y EPM estaba creando las primeras líneas de gas para todos los hogares en Medellín y los demás municipios del Área Metropolitana. Todo eso obligaba a formar técnicos en todas las áreas: electricidad, mecánica,

operatividad de maquinaria, secretariado, operarios para el Metro y para las líneas de gas. En el IPC se percataron de todo aquello y comenzaron a diseñar una nueva oferta académica. Formar bachilleres ya no era prioridad, ahora debían formar trabajadores para fortalecer la industria nacional.

Esas ideas de cambio, en una época tan convulsa como la de los noventa, generaron conflictos dentro de la institución. Había profesores que no querían los cambios, además de los estudiantes de bachillerato, quienes sintieron que los iban a dejar a la deriva. Hernán, por supuesto, estaba de acuerdo con los cambios y, de algún modo, las enseñanzas de Tamayo le ayudaron para generar espacios de diálogo más propositivos con sus contradictores. Estaba finalizando la década de los ochenta cuando los ánimos en el IPC empezaron a acalorarse. Una de las razones de la alta temperatura es que muchos de los profesores que daban las capacitaciones en electro mecánica, dibujo técnico y electricidad eran del Pascual Bravo y, por lo tanto, había que ir allá para buscar a los nuevos talentos que fundamentaran la transformación del IPC.

Muchos de los antiguos maestros iban a quedar obsoletos y, por ende, debían ser reemplazados. Y claro, nadie quería perder su trabajo.

Muchos de mis compañeros en las capacitaciones de dibujo, electro mecánica y electricidad eran del Pascual Bravo y algunos del Colegio Mayor. Nosotros, en el Instituto, siempre habíamos dependido de la Secretaría de Educación, pero cuando nos pasamos a Instituto Tecnológico dejamos de pertenecer a la Secretaría y pasamos directamente a la Alcaldía. Teníamos a muchos alumnos pobres, pero con todas las condiciones para ser excelentes técnicos. Por eso nos transformamos. Las empresas preferían a un tecnólogo o a un técnico, sobre todo a los técnicos. Por eso era necesario el cambio. Todo eso comenzó en 1990, pero la mayoría de los profesores se oponían.

Cuenta Hernán Múnera, quien durante ese conflictivo periodo vio alejarse a muchos de

sus amigos. “Me insultaban, a mí y a otros directivos dizque porque íbamos a entregar el Instituto para que otros lo usufructuaran. Y eso no pasó, seguimos siendo para la gente de estratos bajos, pero que realmente quieren ser exitosos”, señala.

La frase de batalla de Múnera, una suerte de lema que lo acompañó en esas angustiosas horas, fue: “En la Universidad de Antioquia y en la Nacional solo entran los buenos y nosotros recogemos a los que sobran, porque nosotros no trabajamos con los mejores sino con los que quieren ser los mejores”.

Antes del cambio, en el Instituto se enseñaba lo básico: leer y escribir, matemáticas y asignaturas que les permitieran a los estudiantes ingresar al mundo laboral. Luego sumaron electricidad, mecánica, operación de tornos, fresadoras, máquinas de escribir. Todas esas máquinas las donaban las empresas de la industria textil.

Cuando Hernán era un niño y visitaba a su padre en el Instituto veía con inquietud la diferencia entre la educación de las mujeres y la de los hombres: ellas iban por su lado y los hombres por el suyo. Las mujeres estudiaban Comercio, que en realidad era un secretariado; los hombres estudiaban Mecánica industrial. A las mujeres les daban clases de Normatividad, Mecanografía y demás, y se volvían expertas en eso, en secretariado y contabilidad. Siendo coordinador académico, a Hernán le tocaba ir a donde las mujeres hacían las prácticas profesionales: el Seguro Social, Coltejer o la Alcaldía de Medellín, todas lo saludaban con alegría y agradecimiento; cuando él avanzaba por los pasillos de la Alpujarra se armaban corrillos para saludarlo: “hola, profe”, “¿cómo está, profe?”, “bienvenido, profe”. Luego, cuando el Instituto pasó a ser ITM, las mujeres estudiaban Mecánica y Electricidad, y algunos hombres, Secretariado.

Todos los cambios a lo largo de la historia del Instituto han sido orientados al bien común, al bien de la comunidad medellinense y antioqueña. Cada cambio de nombre, de asignaturas y de profesores

ha estado relacionado con la búsqueda del beneficio de la sociedad colombiana. Por eso, cuando empezó a construirse el Metro o a instalarse las redes de gas de EPM, en el Instituto se construyeron laboratorios y se adecuaron cursos para suplir la necesidad de trabajadores en esos dos frentes. En los noventa, por ejemplo, solo el Sena y el ITM podían certificar a trabajadores en conocimientos de la red de gas; por ello, cada egresado terminaba trabajando con EPM, asegurando, de paso, el futuro de su familia.

Entre los setentas y ochentas se pasó de un alumnado de trabajadores, de personas adultas o amas de casa, a jóvenes que querían ser bachilleres y acceder rápidamente al sistema laboral. Luego, en los noventa, la comunidad académica se llenó de estudiantes ya graduados de bachilleres, con aspiraciones más altas en las grandes empresas de la región y del país.

También en los noventa, cuando el Instituto mutó a tecnológico, las épocas de las tizas y los borradores quedaron atrás, al igual que las clases de Contaduría, Español o Mecanografía. Se dio un salto a las matemáticas, a las máquinas taquigráficas y tipográficas, a la mecánica eléctrica y a los cursos de técnicas de oficina, que permitía egresar a secretarías, secretarios o personal de almacenes industriales.

Esas transformaciones generaron disputas e inconvenientes y Hernán Múnera, desde el comienzo, siempre estuvo inmerso en el ojo del huracán. Cuando fue nombrado decano de extensión en la sede Prado Centro tuvo que llevar a cabo los cambios propuestos por el entonces secretario de Educación de Medellín, Luis Pérez Gutiérrez, durante la Alcaldía de Sergio Naranjo, entre 1995 y 1997.

En Prado, ahí junto a la estación Metro, en esa casa blanca y hermosa, construida como escuela de señoritas hace más de 100 años, el Instituto tenía la Escuela de Artes y Oficios, la cual se mantuvo hasta el 2000. Entonces, teniendo en cuenta esa vocación de formar para el trabajo, Luis Pérez se acercó al Instituto y propuso formar técnicos de motocicletas, de mantenimiento de

Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo

A black and white illustration showing a person wearing a balaclava and a dark jacket, holding a large rectangular sign. The sign is held up in front of a multi-story building with a balcony. The person is standing on a paved area next to a concrete ledge with some grass. The background shows more of the building and a courtyard area.

**QUE LA EPA  
SIGA SIENDO  
POPULAR**

computadores, y validarles el bachillerato a las trabajadoras sexuales de la ciudad. Aquello fue disruptivo y generó un debate moral en la ciudad, pero, al final, se llevó a cabo y fue todo un éxito.

Hernán recuerda, jocosamente, que los profesores eran acompañados por un supervisor durante las clases a las mujeres trabajadoras sexuales, por si acaso llegaba a presentarse una situación engorrosa. Muchas de esas mujeres, tras graduarse, abandonaron la vida de los burdeles y siguieron adelante con otros estudios en el mismo Instituto. Por su parte, los técnicos en motocicletas montaron talleres propios en sus respectivos barrios, o fueron contratados en concesionarios.

La vida comunitaria en la sede Prado no era animada. Las personas llegaban a estudiar y se regresaban rápidamente a sus casas. Sin embargo, algunos profesores y directivos solían ir a desayunar o a almorzar cerca de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, y allí contaban todos los procesos que se llevaban a cabo en el ITM. Los profesores y estudiantes de la UdeA quedaban asombrados, y así comenzó a producirse el cambio de imagen del Instituto, al cual ya veían con buenos ojos y con mucho respeto.

La casa de Prado también fue modificada en tiempos de Hernán Múnera. Estaba construida sobre un lecho de piedras de río y tenía paredes de tapia. Todo eso debió ser cambiado y pintado. También se ubicó una cafetería más moderna y una imprenta que todavía está activa. Hernán salió de Prado en diciembre de 1999 y lo sucedió Hugo Valencia.

### **La tormenta de la EPA**

La Ley 715 de 2001, que terminó siendo el epitafio de la Escuela Popular de Arte (EPA), y que en materia de educación dice lo siguiente, en el artículo cinco del capítulo uno:

Competencias de la Nación en materia de educación. Sin perjuicio de las establecidas en otras normas legales, corresponde a la Nación ejercer las

siguientes competencias relacionadas con la prestación del servicio público de la educación en sus niveles preescolar, básico y medio, en el área urbana y rural,

terminó siendo el epitafio de la Escuela Popular de Arte (EPA). A Hernán Múnera, como directivo del ITM, le tocó estar al frente del proceso de cierre de la EPA, que fue absorbida por el Instituto a comienzos del siglo XXI.

John Jairo Ríos era el director de la EPA y Lucía Vélez era la rectora. Ellos dos, junto al profesor Hernán Castrillón, estudiaron durante mucho tiempo la posibilidad de llevar la EPA a la Secretaría de Educación, o anexarla al ITM con el fin de crear una Facultad de Artes, pero no se pusieron de acuerdo y cuando se sancionó la Ley 715 quedaron al margen, sin respaldo jurídico y sin la menor posibilidad de continuar con la escuela. Meses antes, Luis Pérez Gutiérrez, como alto funcionario del Gobierno, había visitado la EPA, pero fue insultado y echado de la institución, lo acusaban de ser el artífice del cierre inminente de la misma. En realidad, fue la Ley 715, que ya estaba en discusión en el Senado de la República, la que cambió todo, y los directivos de la EPA no estuvieron atentos a los tiempos, se movieron muy lento y, en abril de 2002, el ITM absorbió la EPA.

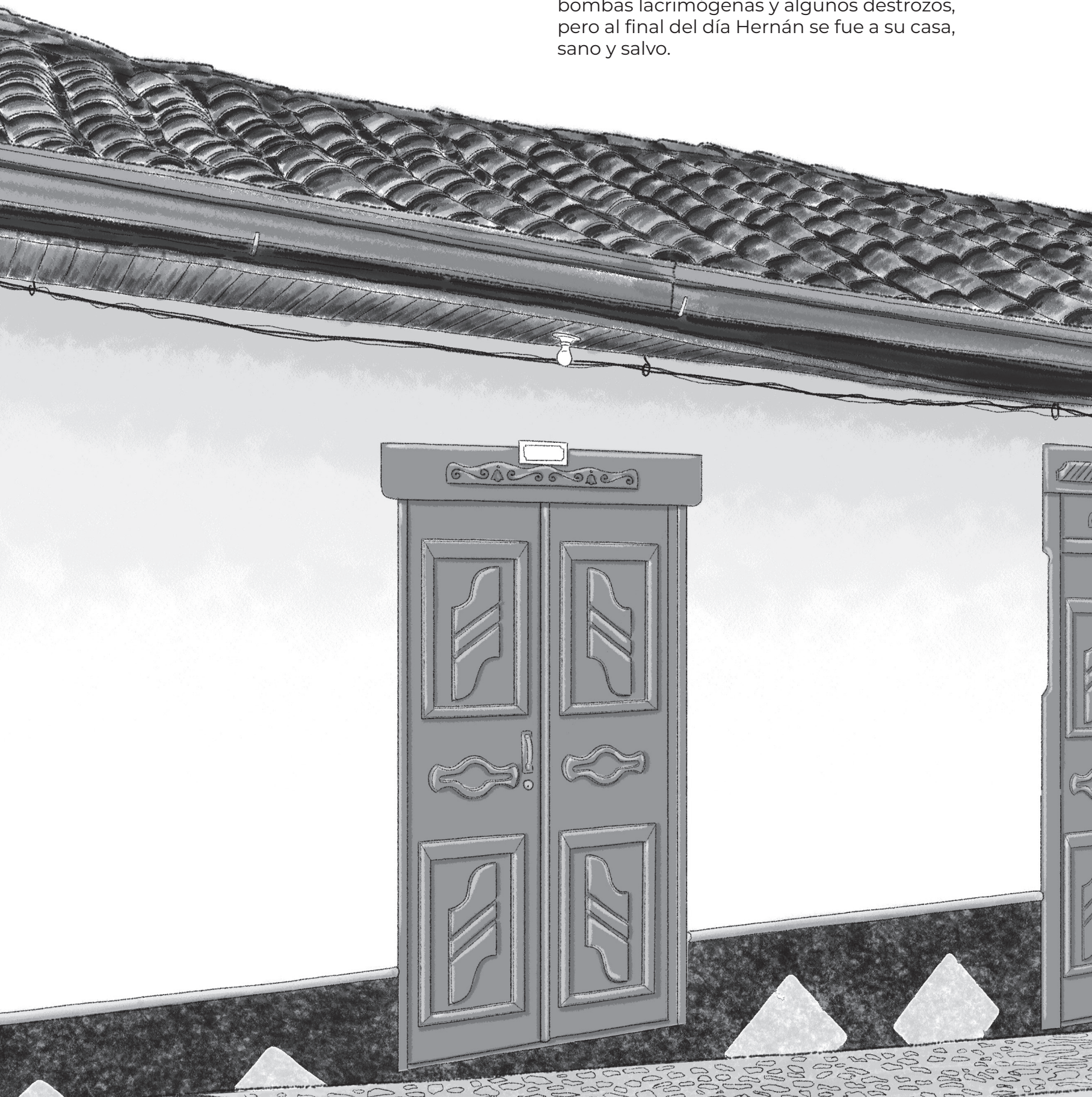
Marduk Sánchez, rector del ITM en esos tiempos, ya sabía del cambio que se avecinaba y le había pedido a Luis Pérez que, para recibir la EPA, eran necesarios más recursos. La EPA pasó por decreto municipal al ITM y Marduk Sánchez nombró a Héctor Cardona como director.

La EPA tenía seiscientos estudiantes, porteros, vigilantes, personal administrativo y cien profesores. Hernán Múnera tenía la misión de reducir esos números y hacer que la escuela fuera sostenible. Los profesores, que no estaban de acuerdo con el cambio, iniciaron una especie de “guerra fría” contra Múnera y otros directivos.

Ante la difícil situación, Marduk Sánchez y Hernán Múnera comenzaron a graduar a los alumnos que ya tenían avanzada la carrera en más del 80 por ciento, los graduaron

como técnicos, mientras los demás tuvieron que abandonar la institución. En 2003 solo había cuatrocientos estudiantes y noventa y seis profesores, lo cual seguía siendo una barbaridad, pues ni Eafit, ni la Javeriana, tenían tantos profesores para tan pocos estudiantes. Algunos de esos profesores ni siquiera se presentaban a clase; Hernán sacó a casi sesenta de ellos y se quedó con apenas trescientos estudiantes. Y claro, la guerra pasó de fría a caliente.

En marzo de 2003, mes del cumpleaños de Hernán Múnera, un grupo de encapuchados se tomó las instalaciones de la EPA y retuvo a Hernán Múnera durante varias horas. Habían iniciado un paro porque no querían pasar al ITM, así que trataron de impedir todo por la fuerza. A Hernán lo retuvieron en su oficina, sin causarle daño, pero no lo iban a dejar salir hasta que no echara para atrás los cambios. Tuvo que intervenir el Gaula de la Policía, hubo desmanes, bombas lacrimógenas y algunos destrozos, pero al final del día Hernán se fue a su casa, sano y salvo.

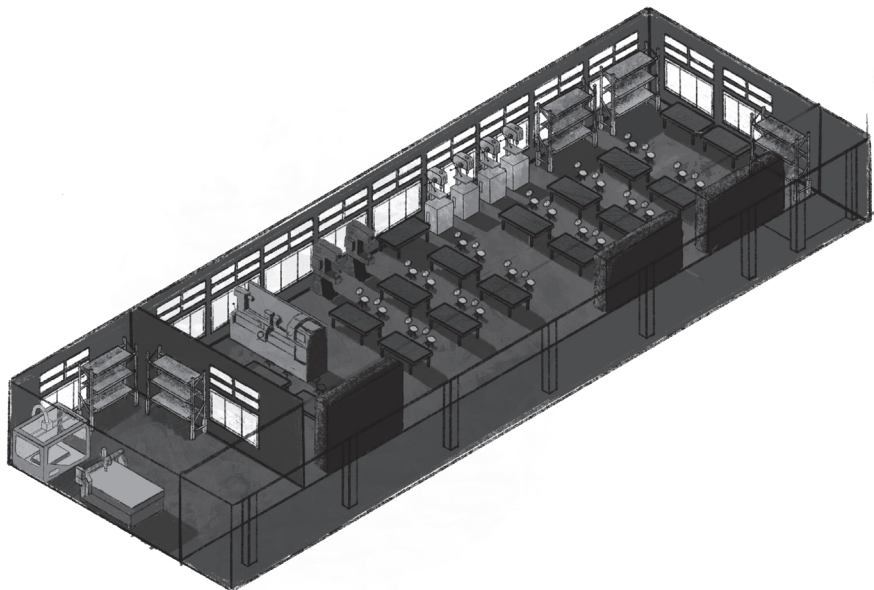


Después de esos sucesos, el ITM formó alianza con la Universidad Pontificia Bolivariana, lo que permitió que muchos alumnos del ITM se fueran para la UPB a terminar licenciaturas en arte. La alianza fue muy provechosa para los estudiantes porque, antes de ella, un estudiante de música, por ejemplo, aunque tenía más prácticas que uno de la Universidad de Antioquia, apenas recibía un diploma, mientras que su par de la UdeA se graduaba como profesional y accedía a mejores oportunidades de empleo. Mónica Herrera fue la última graduada de la EPA en música,

entre febrero y mayo de ese convulso 2003. Hernán Múnera sigue siendo profesor del ITM. Los años han caído sobre sus hombros y ya se notan sus arrugas, pero su vitalidad no mengua. Sigue montando bicicleta o trotando de cuando en cuando, asiste a reuniones y da consejos a los estudiantes. Al igual que su padre, Leonel, él también se ha convertido en una eminencia de la institución y tiene combustible para rato, lo cual garantiza que, por muchos años, el prestigioso apellido Múnera seguirá ligado a la historia del ITM y de sus transformaciones.

Ilustración:  
Frank Vélez Penagos





## De Robledo a Floresta. Entre el diseño, las artes y las humanidades en el ITM

Beatriz Elena Acosta Ríos

*Para Diego M., jefe y maestro.  
Para Vivi O., compañera y amiga.*

Llegué al ITM a mediados de 2009. Un compañero de trabajo me llamó para contarme que el jefe del programa de Ingeniería en Diseño Industrial quería entrevistarme, le dije que sí sin conocer todavía nada ni a nadie que formase parte de la Institución y, por supuesto, sin tener ni la más mínima idea de quién era ese jefe. Cuando alcancé la parte más al norte de la colosal mole de Robledo, en el Bloque F (conocido como el *Eferest*), me encontré con una sala llena de cajas y papeles diseminados por todas partes, era la oficina que ocupaba el hombre alto que apareció entre todo aquello y que me saludó con una sonrisa tan cálida que no olvidaré nunca, tampoco su pelo ensortijado y canoso, sus camisas blancas e impecables, sus plumas finísimas, sus agendas, sus gafas, ni mucho menos su voz. Me ofreció agua y café y conversamos por una hora en la que me preguntó por mis estudios, mis trabajos de investigación, mis gustos, mis lecturas y por la docencia, pero no en términos ortodoxos sino haciendo un énfasis claro en lo afectivo; me llamó la atención que se detuviera con insistencia en mis maestros, quería que le hablara de cada uno, que le contara por qué los quería tanto como dije desde el primer momento. Me habló también de su experiencia como docente, pero sin aludir

a su prestigio, como si se tratara de un profesor cualquiera, de la importancia del proyecto institucional, de las razones por las que le habían asignado su cargo y de los retos que tenía el programa que dirigía en el inmediato plazo, es decir, me advirtió que el trabajo de los próximos días sería duro. Salí del lugar convencida de que trabajaría con él, temblaba sin saber por qué, después supe quién fue, es y será Diego Mesa González, la intuición no me falló.

El hombre alto que me había entrevistado era un reconocido diseñador gráfico antioqueño, hermano de otro gran maestro, el arquitecto Carlos Mesa González (cuando supe eso comprendí la insistencia en mis profesores de Estética). Hoy los dos están muertos. Todavía recuerdo la mañana aciaga de domingo en que sonó el teléfono y al contestar solo escuché la voz quebrada por el llanto de mi compañero cuando dijo una única palabra: “Diego”; no sé por qué respondí de inmediato: “¿se murió?” Se había despedido el viernes en la tarde como cualquier otro viernes, un ataque al corazón lo mató en medio del puente festivo, el 13 de junio de 2010. Estuvo con nosotros poco menos de un año, pero su presencia fue tan decisiva que este escrito —en el que hablaré sobre mi experiencia

Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



en la Facultad de Artes y Humanidades— es un homenaje humilde al jefe y maestro, quien antes de asignarnos tareas se ocupó de enseñarnos a que las hiciéramos, que había estudiado en profundidad el campo de conocimiento del equipo al que dirigió y que en un tiempo mínimo hizo más cosas de las que suelen hacerse durante años en los espacios académicos, sobre todo, hizo que personas diferentes entre sí actuásemos como bloque creador, como si fuésemos amigos que buscáramos un fin común; en esos meses intuí el sentido de la expresión *utopía social*, en la que todavía creo y por la que trabajo.

### **Primera Estación, Robledo**

Ingeniería en Diseño Industrial estuvo adscrita a la Facultad de Ingenierías, después lo estaría a la Facultad de Artes y Humanidades. Llegué en un momento de cesura, se estaba realizando una transformación curricular significativa en la que se otorgaría una importancia mayor al diseño industrial —entendido como el eje axial del programa— y se enfatizaría en una permanente transversalidad entre lo ingenieril, la conceptualización y lo proyectual que sería el punto de confluencia. En eso trabajamos los primeros meses, también en la construcción de documentos sobre la investigación en diseño y las posibilidades para que cada docente investigara según su experticia particular y el papel que desempeñaba dentro del pregrado, cuya estructuración por ciclos propedéuticos implica pensar la tecnología y la ingeniería en diseño industrial, de modos independientes y también como continuum.

El programa presta sus servicios en la sede Robledo, en el Bloque I (al que se estaba trasteando el que fue mi jefe el día en que nos conocimos), allí estaban y permanecen las oficinas del profesorado, allí también se dictan las clases y se ubican los distintos talleres. Desde la primera reunión hasta la última que tuvimos con Diego Mesa se trató, más bien, de clases que arrojaban conclusiones consignadas en bitácoras y que luego se materializaron en acciones concretas; era pragmático, pero usaba tablero siempre (excepto cuando se reunía

con cada uno, que solía hacer esquemas a mano), nos explicaba conceptos y nos remitía a autores. Leí mucho sobre estética del diseño por aquel entonces, escribí también. Una de las lecciones más contundentes fue su énfasis en que no podíamos perder de vista que habitábamos la periferia global y que dentro de esa periferia hay otra, aún más marginalizada, en cada punto de la geografía; los diseñadores, pues, deben diseñar desde y para sus situaciones geográficas y sociales que, para el caso de Medellín, son periféricas de cara al planeta y, para muchos habitantes, de cara a la ciudad misma. Pensadores como el artista y diseñador argentino Tomás Maldonado y el diseñador alemán Gui Bonsiepe fueron moneda corriente entre nosotros y circularon de mano en mano animados por nuestro jefe. Antes de sentarme a redactar este texto he vuelto a ellos y me conmuevo al leer en las primeras hojas de libros fotocopiados y escrito con su caligrafía: *DMesaG*. Uno de esos libros es justo *El diseño de la Periferia. Debates y experiencias*<sup>1</sup>. Bonsiepe contribuye a la crítica extendida hacia el modelo bipolar centro/periferia en el que los países centrales presentan constantes desarrollos tecnológicos que inciden de inmediato en el mejoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones, mientras que en los países periféricos ocurre lo contrario y, por lo tanto, en ellos la vida se precariza cada vez más; bipolaridad global que se materializa en la acentuación de distancias y diferencias entre un norte y un sur. El pensador insiste en los modos en que se ha comprendido el diseño en los países periféricos y en lo problemático, por ejemplo, de que se entienda la praxis de esta disciplina como una imitación, como el seguimiento de un modelo dictado desde el centro hegemónico, cuando no se tienen ni los medios económicos, en consecuencia, tampoco las condiciones sociales, ni los desarrollos tecnológicos en el marco de la innovación, no como simple consumo de tecnología (que redundaría en el mayor enriquecimiento de los países desarrollados con el dinero entregado por los países pobres).

<sup>1</sup> Gui Bonsiepe, *El diseño de la Periferia. Debates y experiencias* (Barcelona: Gustavo Gili, 1985).

¿Qué significa entonces diseñar en, desde y para la periferia? Esa pregunta compleja ocupó reuniones y conversaciones durante almuerzos. Las ramificaciones de las posibles respuestas, que son siempre provisionales, nos traían a la realidad social más inmediata en nuestra ciudad y entre nuestros estudiantes, pero también nos llevaban a los orígenes mismos del diseño industrial y, sobre todo, al contexto de devastación en el que surgió la Bauhaus. Mucho más que una academia, como su nombre lo indica, se planteó como una *casa* cuyo eje fue la *construcción*, no solo de objetos y edificios, sino, del *futuro*. La arquitectura, el diseño y el arte fundidos en una sola pulsión: la de construir unidos, sin distinciones elitistas entre artesanos y artistas de bellas artes; como todos los proyectos que buscan la realización de sueños, el de Walter Gropius era utópico y en su manifiesto lo consignó, de ello da cuenta esta idea a propósito de que la unión entre muchos diferentes consiguiese, por fin, la construcción de un mundo nuevo emergido de las cenizas de la Gran Guerra Europea:

Deseemos, proyectemos, creemos todos juntos la nueva estructura del futuro, en que todo constituirá un solo conjunto, arquitectura, plástica, pintura y que un día se elevará hacia el cielo de las manos de millones de artífices como símbolo cristalino de una nueva fe.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Últimas palabras del manifiesto de Walter Gropius, citado *in extenso* en: Raúl Domínguez, *El diseño industrial en la sociedad de consumo. Su rol en la configuración funcional y en la representación estética de los artefactos* (Medellín: Fondo Editorial ITM, 2010): 148.

Raúl Domínguez tuvo distintos cargos en el ITM, entre ellos la dirección y la vicerrectoría de investigación. Los resultados de su tesis doctoral fueron publicados en el voluminoso libro mencionado, sus 700 páginas dedicadas a pensar la historia y las relaciones del diseño industrial con la sociedad de consumo son muestra del tono y la envergadura que tenían las conversaciones que se sostenían alrededor del tema por aquella época entre algunos miembros de la institución. Domínguez apoyó, además, la publicación del libro *Inventario y análisis de la representación tipográfica popular: Imagen de la tecnología -Doxografía-*, que vio la luz en 2014 y que mostró algunos de los resultados de la investigación homónima. La propuesta inicial fue de Diego Mesa, lo mismo que su título, y cuando él murió tuve el honor de continuarla en compañía del Semillero de Historia del Diseño y Estética, conformado por estudiantes brillantes que trabajaron en el registro

El estudio profundo de los movimientos de vanguardia artística, lo mismo que la inclusión de pintores relevantes en el equipo de profesores, la insistencia en la importancia del taller, en el contacto directo con los materiales, en el trabajo colaborativo e interdisciplinario, incluso la misma cotidianidad de la *casa*, fueron maneras de llevar a cabo el proyecto. Su carácter soñador se explica por el tiempo y el espacio en el que surgió: 1919, en Weimar. ¿Es posible soñar un futuro de comunión a través de la construcción colectiva en medio de las ruinas? Los devenires de la Bauhaus y su cierre en 1933, en medio de las presiones nazis que vivió su tercer director, no diezman en nada la grandeza del sueño.

Diego Mesa hablaba todo el tiempo de las tres bes de la Bauhaus: bueno, bonito y barato, y enfatizaba en ese origen de las escuelas de diseño y arquitectura, en el sentido mismo de diseñar y de construir, entendido como crear tiempos nuevos, otros tiempos, tiempos distintos, posibilidades de vivir, de sobrevivir, de volver a vivir, contra todo y a pesar de todo. Decía que esa era la oportunidad que teníamos en el programa y, aunque Medellín no es la excepción entre esas muchas ciudades periféricas que copian los procedimientos del centro hegemónico con la esperanza de alcanzar su reconocimiento por imitación, en el equipo creímos que podíamos hacer mucho por ese futuro. La nueva malla curricular fue coherente con lo dicho y estudiantes que antaño hablaban sobre todo de matemáticas, física y máquinas, empezaron también a hablar de algunas correspondencias entre la historia del arte y la historia del diseño, de contextos culturales, de semiótica, de estética, y a aplicar esos nuevos conocimientos en los talleres, lo mismo que los profesores, pues conversábamos todo el tiempo; todavía hoy me cuesta dimensionar lo que aprendimos, los libros que nos prestamos; mis colegas

de los modos en que la tecnología era representada en zonas céntricas de venta popular de la ciudad. La diseñadora y profesora Natalia Pérez Orrego nos acompañó como co-investigadora en todo el trabajo de campo y en la clasificación del material fotográfico, lo mismo que en el diseño de la totalidad del libro, hecho sustancial habida cuenta de que Diego Mesa fue diseñador gráfico.

fueron también mis profesores. Muchos proyectos importantes se llevaron a cabo en el marco de las realidades sociales del estudiantado y las preguntas por un diseño sostenible, que contribuya a la superación de la pobreza y mejore las condiciones de vida de las víctimas de la violencia se materializaron en trabajos.

Indagaciones y procesos se plantearon en vida de Diego Mesa por integrantes del equipo de la Ingeniería en Diseño Industrial y fueron ejecutados por colegas y estudiantes, incluso desde 2023 el ITM abrió la Maestría en Diseño. Algunos nos fuimos, otros se quedaron, de los que nos conocimos en ese junio de 2009 unos pocos permanecen, nuevas personas han llegado a alimentar las ideas y a entregar otras, hasta una de las primeras estudiantes que cursó el pregrado luego de su transformación es su actual directora. El programa cuenta ya con varias patentes y su equipo ha realizado investigaciones muy importantes para la ciudad. Como todo lo valioso, el sueño de ese jefe se mantendrá a través de las voces y los trabajos de quienes tuvimos la inmensa fortuna de aprender de él y a través de quienes nos sobrevivan, aunque su nombre empiece a olvidarse y su imagen se desvanezca. Vivimos en la periferia y muchas realidades vitales con las que nos cruzamos en Medellín son periféricas dentro del mismo valle, en el ITM tenemos la oportunidad de pensar en la construcción del futuro desde lo público y para la gente, para toda la gente, y cuando el viento sopla en contra, sabemos que bien vale la pena haber soñado, como Bonsiepe, Gropius y tantos otros, como Diego Mesa González, como el último equipo con el que trabajó en su vida y, sobre todo, como nuestras y nuestros estudiantes.

## **Segunda Estación, Floresta**

A la filosofía agradezco, entre muchas otras cosas, las posibilidades del tránsito, el pensamiento pluridimensional, los viajes constantes por distintos círculos de la creación. La transversalidad a la que aludía Gropius, entre artistas, diseñadores y arquitectos, para mí ha sido, a través de la estética y la historia, realidad cotidiana. Así, llegué a la sede Floresta de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM en el año

2013, que se había consolidado desde 2008, según reza su Proyecto Educativo, con la intención de “abordar como campo de intervención, la relación arte-tecnología y las humanidades, para aportar al desarrollo de profesionales creativos y con capacidad de respuesta a las necesidades del contexto”.<sup>3</sup> En el mismo Bloque I de Robledo estaban los colegas de Artes Visuales y los de la Tecnología en Informática Musical, quienes desde su llegada participaron en la creación de los primeros programas académicos bajo la dirección de la antropóloga y cantante Paula Andrea Botero Bermúdez, la primera decana de la Facultad, quien estuvo a cargo de muchos proyectos fundamentales hasta 2020. Esa convivencia en cubículos separados por vidrios transparentes presagiaba ya el traslado oficial de la Ingeniería en Diseño Industrial a la Facultad de Artes y Humanidades, a la que pertenecía casi de *facto*. Poco después, artistas plásticos y músicos se fueron a ocupar las instalaciones de la que fuera antaño la Escuela Popular de Arte (EPA), que habían sido entregadas en comodato al ITM desde el año 2002 cuando se creó la Escuela de Formación Profesional en Artes, precursora de la Facultad, y que se han convertido en uno de sus símbolos: son claros los contrastes entre los edificios enormes y funcionales de Robledo y los espacios pequeños pero familiares de Floresta; entre el bicromatismo gris y azul y el policromatismo de corredores que se miran de frente, con flores que cuelgan del techo, el metro que se escucha y el metrocable que se ve allende las tejas desde el tercer piso; entre la plusvalía de espacio y su carencia; entre formas vestimentarias, gestualidades y temas de conversación. Esos contrastes marcan las singularidades experienciales de quienes estamos en Floresta, pues, aunque ya casi nadie habla de la EPA, es inevitable sentir en los materiales arquitectónicos y las dinámicas que estos facilitan (también en las que impiden) ese re-ligamiento con la escuela originaria que estuviese allí durante tantos años dedicada a la danza, el teatro, la

<sup>3</sup> Paula Botero (Decana) y Ana Begué (Jefe, Dpto. Académico), *Proyecto Educativo Facultad de Artes y Humanidades Instituto Tecnológico Metropolitano* (Medellín: ITM, 2018).

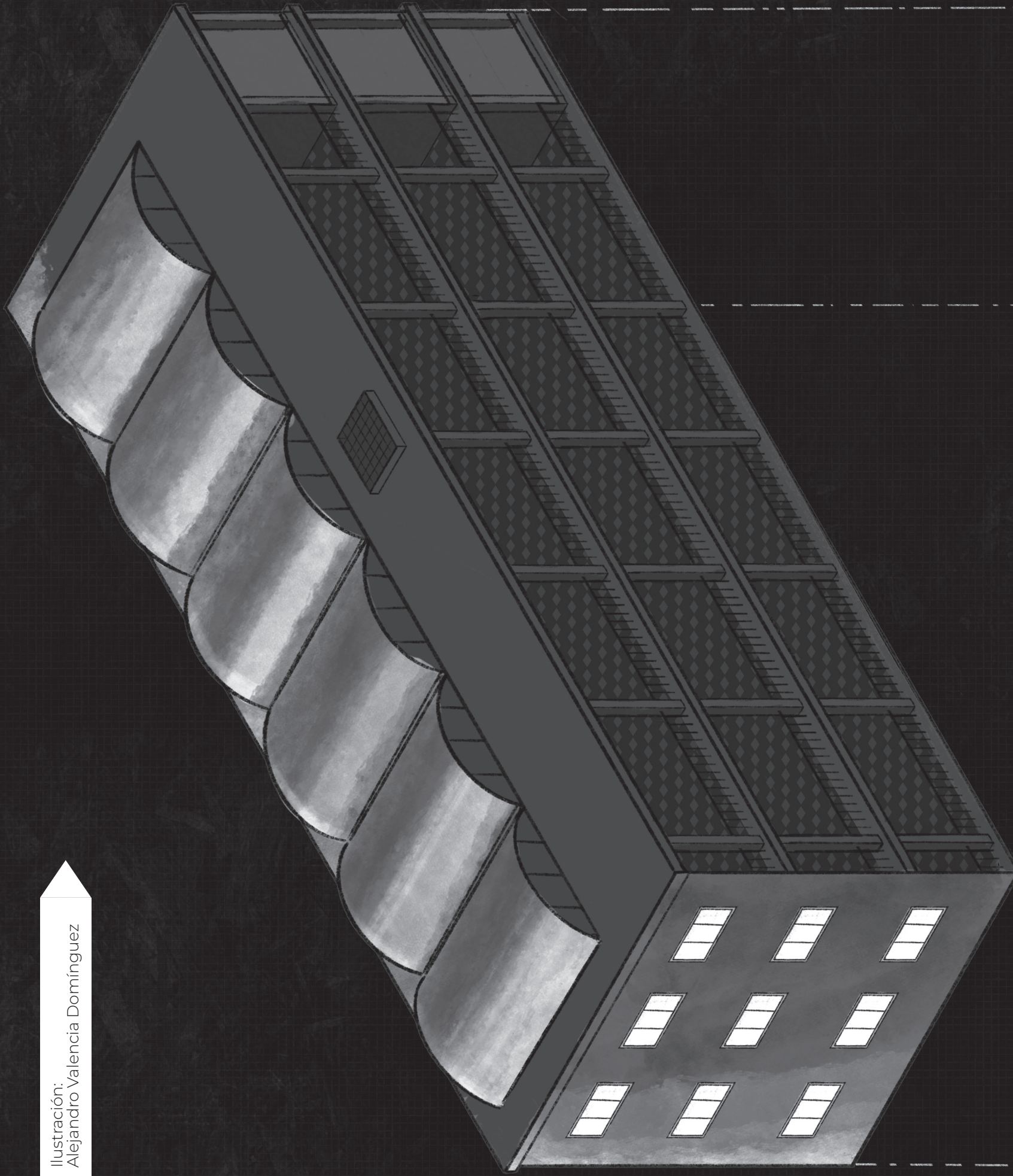


Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez



Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez



música y las artes plásticas. Desborda este texto pensar en los sentidos que toma el habitar en las distintas sedes del ITM, con características distintas lo mismo que sus orígenes, sus historias, las relaciones que estas tienen con las zonas de la ciudad en las que se sitúan y las maneras como son influenciadas por ellas y como establecen lazos de continuidad con los espacios circundantes; solo diré que para mí el emplazamiento de la Facultad de Artes y Humanidades en un barrio que conserva hasta hoy muchas de sus casas legendarias y cuyo parque es uno de los más bellos del valle, por el que se puede ir caminando a todos sus recovecos a la sombra de árboles y rodeado de flores y vecinos de toda la vida, no es un hecho menor. La sede Floresta parece una casa más entre las que la rodean, solo que superpoblada.

Aunque allí no ocurre todo, se dan clases de Artes Visuales, Informática Musical, Artes de la Grabación, Cine y de la Maestría en Artes Digitales; también hay un centro de documentación y estudios de grabación, lo mismo que un auditorio recientemente reformado y equipado para atender las necesidades que han traído los nuevos programas; se dictan, a su vez, otras clases transversales y están ubicadas muchas oficinas profesoras, de jefaturas y de la decanatura, que actualmente está bajo la dirección del músico Carlos Andrés Caballero Parra. Sin embargo, es fundamental la relación con la sede Fraternidad, situada en las instalaciones del antiguo colegio San José de la Salle, en el barrio Boston, pues allí funciona el Museo de Ciencias Naturales de la Salle —sitio natural de las exposiciones de la Facultad y de múltiples proyectos que reúnen a profesores y estudiantes de los distintos programas, también artífice de varias publicaciones que nos convocan—; su director, Lázaro Antonio Mesa Montoya, ha sido testigo desde el principio (lo mismo que el actual decano) de una historia que se ha desplegado en tres lustros y dirige a un equipo multidisciplinar que permite constantes intersecciones entre arte, ciencia y tecnología. Además, el Laboratorio de Artes Digitales, un centro de tecnología que nutre los programas de la Facultad y cuyos líderes hacen parte del equipo de la Maestría en Artes Digitales, se sitúa en

unas instalaciones nuevas, adyacentes al viejo colegio, Parque I (un centro integrado de tecnología). La sede Prado, por su parte, ha ido tomando cada vez más relevancia y se propone como un centro de encuentro de toda la comunidad, su posición estratégica —contigua a la Estación Prado del Metro y rodeada del vórtice social más crítico que pueda imaginarse hasta en Medellín— la convierte en un nodo de posibilidades futuras en las que artistas y diseñadores puedan unirse para proponer formas de resistencia estética a la opresión, la exclusión y la violencia, además de convertir la casa de Prado en un remanso de paz en medio del caos. De tal suerte que la vida cotidiana de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM es nómada<sup>4</sup>, lo que, en medio de los problemas logísticos cotidianos que implican las distancias, abre líneas constantes de conversación entre disciplinas y con la ciudad.

### **La creación artística y las nuevas tecnologías en un contexto periférico**

En un libro de madurez ya legendario, Gilles Deleuze y Félix Guattari se refirieron a la ciencia, la filosofía y el arte como tres formas de la creación, las diferencias entre las partes que configuran esta tríada del conocimiento se marcan por modos de las creaciones, no por actividades. Científicos, artistas y filósofos son, por tanto, creadores, aunque los primeros creen funtores<sup>5</sup>, los segundos bloques de sensaciones<sup>6</sup> y los terceros conceptos<sup>7</sup>. No se trata pues de dos disciplinas prácticas y de una teórica cuya función es meramente reflexiva;

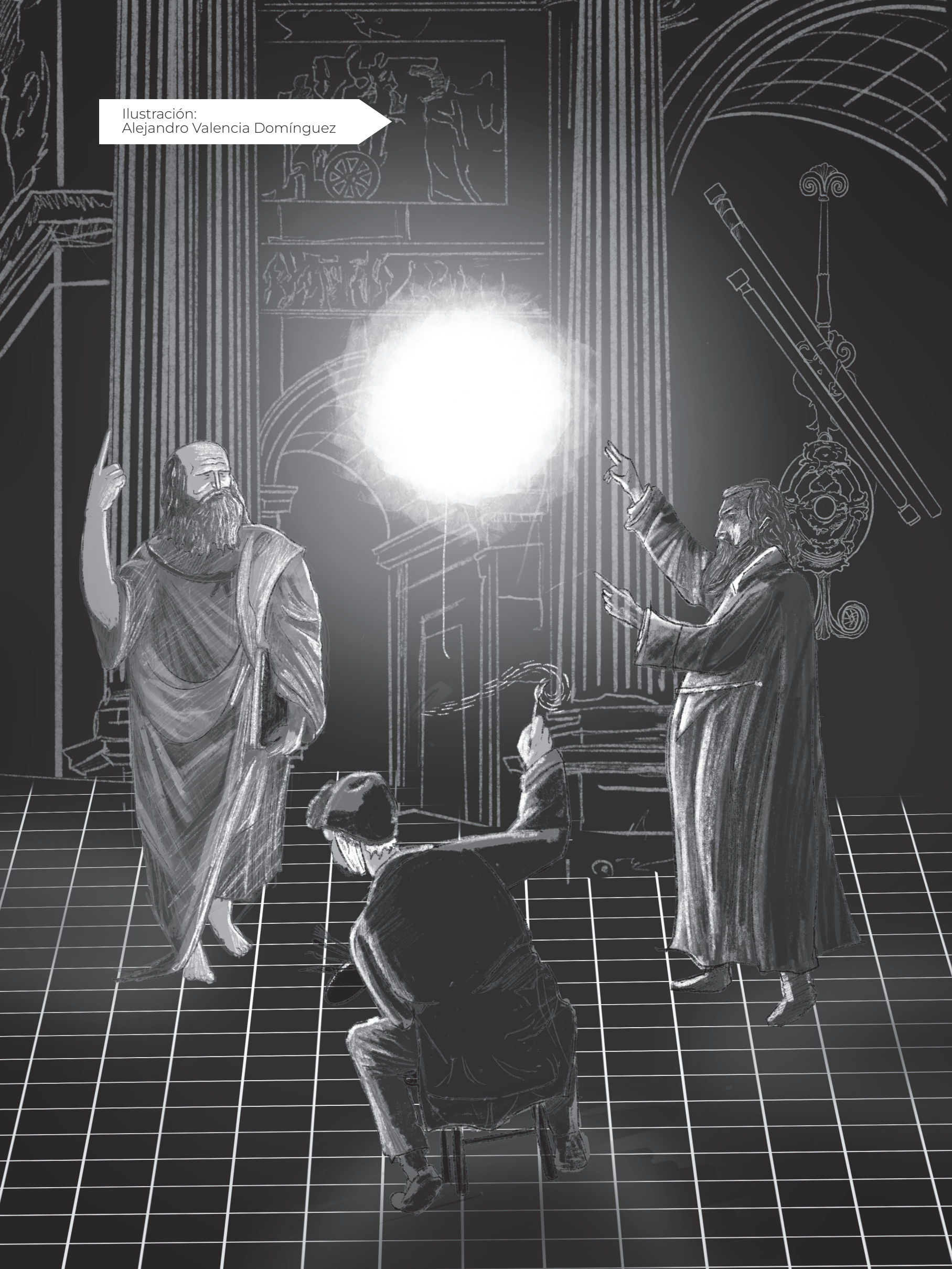
<sup>4</sup> Recientemente se ha empezado a ofrecer cursos de las distintas carreras en la sede interinstitucional C4TA —Ciudadela de la Cuarta Revolución y la transformación del aprendizaje—, situada en el barrio San Javier, en los terrenos donde hasta 2010 tuvo lugar la Cárcel de mujeres El Buen Pastor, cuando fue trasladada.

<sup>5</sup> “El objeto de la ciencia no son conceptos, sino funciones que se presentan como proposiciones dentro de unos sistemas discursivos. Los elementos de estas proposiciones se llaman funtores”. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *¿Qué es la filosofía?* (Barcelona: Anagrama, 1993): 117.

<sup>6</sup> “Extraer un bloque de sensaciones, un mero ser de sensación”. *Ibíd*: 168.

<sup>7</sup> “La filosofía, con mayor rigor, es la disciplina que consiste en crear conceptos”: *Ibíd* 11.

Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez



esa dicotomía praxis/teórica es cada vez más insuficiente para ahondar en las complejidades de la *poiesis*. Las líneas de fuerza se cruzan y se multiplican en la creación de nociones científicas, obras artísticas y conceptos filosóficos; si bien los cruces son consustanciales, en tiempos de disolución de fronteras, pluralismo y transdisciplinariedad, su consideración es imperativa.

La Facultad de Artes y Humanidades del ITM es, desde sus comienzos, un espacio propicio para pensar este carácter tripartito del que llamó Deleuze “acto de creación”<sup>8</sup>, mucho más cuanto que desde su *Proyecto Educativo* se declara *ex profeso* la relación entre “arte-tecnología y las humanidades”. Lo anterior significa que, desde su origen mismo, en la Facultad el arte, la tecnología y las humanidades conforman un todo en el que cada una de sus partes está en el mismo nivel que las demás. Esto ha de traducirse, cada vez con más claridad, en las mallas curriculares de los distintos programas pregraduales y posgraduales, ya que es en ellos donde se materializa la retroalimentación propuesta en los documentos. La investigación, que se ha fortalecido con los años entre docentes y estudiantes, ha enriquecido con ello las acciones de enseñanza y aprendizaje en este sentido.

¿Qué significa crear obras artísticas y cómo pueden plantearse las humanidades en el marco de las nuevas tecnologías? Más allá de las denominaciones novedosas cuyos usos suelen generalizarse más rápido que sus comprensiones, ¿qué implicaciones para la vida humana individual y colectiva y para la vida no humana tiene la apropiación irreflexiva de herramientas tecnológicas en la cotidianidad y en la creación científica y artística? ¿Cómo pueden apropiarse las nuevas tecnologías para efectos de colaborar en la creación y no de reemplazarnos en tareas que son responsabilidad nuestra? ¿Qué actualizaciones en la reflexión ética reclaman las nuevas condiciones tecno-

naturales<sup>9</sup>? La actualidad nos interpela y entre todas las preguntas que se suscitan una es cardinal en la Institución, ¿de qué modos los trasvases entre arte, tecnología y humanidades abren caminos para que las y los estudiantes encuentren en la expresión estética y en la investigación formas de resistencia ante las vicisitudes de un medio social hostil y excluyente?

El filósofo español José Luis Pardo atinó cuando habló de lo problemático que resulta la hipertrofia de la urdimbre y la carencia de la trama en la creación artística. En su ensayo *La obra de arte en la época de su modulación serial* analiza las condiciones del arte en los finales del siglo XX, cuando la fascinación con la tecnología, *per se*, se impone sobre otras dimensiones de la experiencia existencial. La urdimbre es, entonces, el componente técnico, la trama el relato y el tejido la resultante:

Cultura y técnica son, como más de una vez se ha hecho notar, como la trama y la urdimbre de la existencia humana: la técnica proporciona a las colectividades humanas, en efecto, una urdimbre con la que afrontar la inhóspita naturaleza, acotando el dominio de la utilidad, el substrato instrumental sin el cual la especie como tal no podría subsistir; pero la cultura hila en esa urdimbre una trama, proporciona a la vida humana un *argumento* (planteamiento, nudo y desenlace) que confiere a los acontecimientos un sentido capaz de ordenarlos, un vínculo más o menos secreto que traba el sucederse cotidiano de la experiencia y que permite a los hombres, no ya vivir, sino cantar, contar y saborear la vida: más claramente, sobrevivir, si entendemos como suele hacerse que los supervivientes son aquellos que pueden contarlo. Y esta conjunción de urdimbre y trama es el tejido mismo de la existencia humana, la textura de la super-vivencia.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> En esa conferencia, también ya legendaria, dictada por el filósofo en 1987 en la cátedra de los martes de la fundación FÉMIS (Escuela Superior de Oficios de la Imagen y el Sonido).

<sup>9</sup> Uso aquí el concepto del filósofo español Félix Duque.

<sup>10</sup> José Pardo, “La obra de arte en la época de su modulación serial (Ensayo sobre la falta de argumentos)”, en: *¿Deshumanización del arte? (Arte y Escritura II)*, coordinado por José Luis Molinuevo, 11-51 (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1996): 13.

Las humanidades nos permiten pensar el balance o desbalance entre urdimbre y trama; tras sucesivos acaecimientos atroces en el planeta y en la ciudad durante el último siglo, es menester preguntarse por las posibilidades o imposibilidades de *contarnos*, en consecuencia, por unos usos de las nuevas tecnologías que propendan por afianzar fortalezas en esa dirección. Sabemos que también en lo referente a las prácticas artísticas, Medellín se sitúa en la periferia global y que, en la ciudad misma, muchas y muchos artistas en formación experimentan condiciones periféricas. No pocas preguntas de investigación que dan lugar a los trabajos de grado en Artes Visuales y Cine, por ejemplo, muestran que muchas inquietudes que atraviesan las experiencias artísticas del estudiantado emergen de situaciones sociales coincidentes con la pobreza, la violencia, la exclusión y con sus consecuencias emocionales. La intersección entre arte y humanidades y la participación de la tecnología como co-laboradora en la *poiesis* redundan en hacer de la vida universitaria un auténtico territorio de expresión. Luego de la puesta en funcionamiento y la consolidación de diversos programas que han impactado positivamente el medio local, la *creación* de herramientas de análisis que nos permitan pensar en profundidad la efectiva transversalidad a la que me he referido —de cara a las condiciones vitales de nuestra población estudiantil— es tarea del presente; artistas, ingenieros, filósofos y demás profesionales de la Facultad estamos llamados a co-laborar en ella.

### Palabras finales

Crecí en un barrio pobre durante las décadas de los ochenta y los noventa del siglo pasado. Mientras en mi casa mi madre me enseñaba a coserme vestidos, mi padre me compraba y me leía libros y mi primo hermano me enseñaba a bailar, pintaba y dibujaba sus primeras obras, afuera algunas niñas vecinas empezaban a andar en compañía de chicos que les compraban ropa cara y les regalaban motos; mi niñez, mi adolescencia, mi juventud y mi vida entera se han sucedido entre la literatura, la música, la pintura, el cine, los mapas y la filosofía, nunca he esperado nada más,

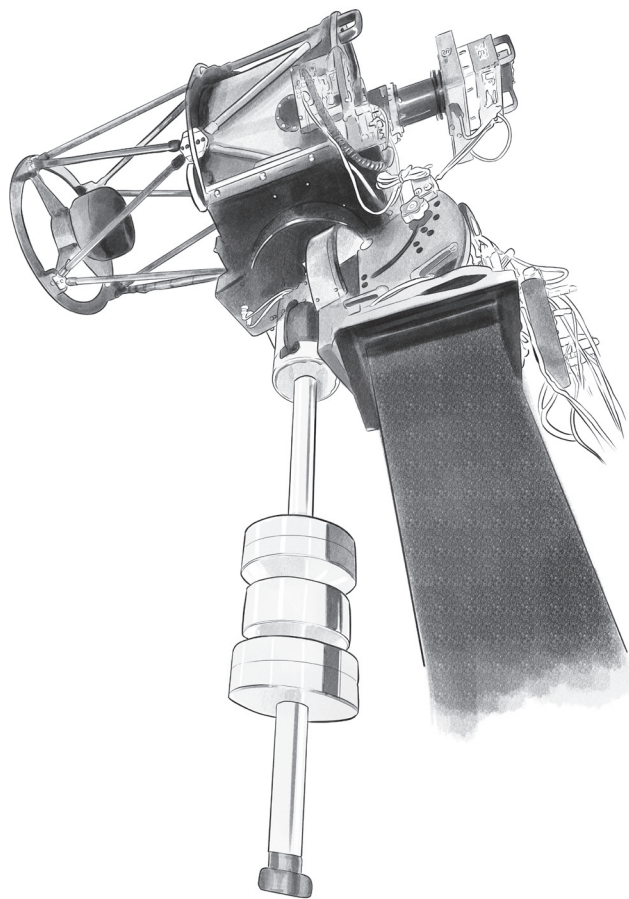
pero tampoco espero ni soporto menos. El arte, literalmente, me salvó de muchas derivas posibles en una época desquiciada de guerra hiperbólica, mis amigas y amigos más queridas y queridos, por determinación y por azar, son creadoras y creadores. Desde que leí por primera vez *Alexis o el tratado del inútil combate*, de Marguerite Yourcenar<sup>11</sup>, me he reconocido en la acción del personaje pianista cuando besa sus manos, no es metáfora la palabra salvación para finalizar un texto con el que celebro esta efeméride. Asimismo, desde que llegué al ITM en ese ya lejano 2009, he visto repetirse la escena tantas veces que no podría contarlas, porque a muchas y muchos de mis estudiantes les ha ocurrido y les ocurrirá lo mismo.

La educación artística es infinitamente más que el traslado de una serie de conocimientos y de prácticas entre generaciones, es la posibilidad de encuentros entre personas que quieren y necesitan expresarse y que, al hacerlo, crean. La *poiesis* es, por tanto, el eje de la experiencia docente, enseñar no es un trabajo entre otros, es un puente que levantamos entre tiempos. Es lo que he visto desde que estoy aquí, el privilegio de devolverle a la ciudad lo que ella me ha dado, caminos expresivos para resistir al dolor y a la muerte, en un país en el que tanta gente se siente apabullada por sus circunstancias individuales y colectivas. Dimensionar el significado de una Facultad de Artes y Humanidades en una ciudad como Medellín, dentro de una institución pública, incluyente y en la que la reflexión, la creación y el uso de nuevas tecnologías constituyen ejes del proyecto, me ha regalado las alegrías más hondas que he vivido en mi labor durante estos años, por eso en los tiempos de tormenta recuerdo esos primeros días con Diego Mesa, faros que me recuerdan por qué llegué aquí, y en los días de sol pienso en el piano de Alexis y miro mis manos.

<sup>11</sup> Marguerite Yourcenar, *Alexis o el tratado del inútil combate* (Madrid: Alfaguara, 1992).

Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo





## Explorar el universo desde el ITM: un relato de ciencia y pasión

*Andrés David Torres Cañas*

Para hablar de mi trasegar por la astronomía debo remontarme al año 2002 cuando empecé a estudiar la Tecnología en Telecomunicaciones en el ITM. Para ese momento yo no tenía ni idea de que mi vida iba a ser moldeada alrededor de las ciencias espaciales y que sería el ITM el artífice y protagonista sustancial. Gracias a mi hermano Milton Torres Cañas y a mis padres, doña Rosalba Cañas de Torres y don Flavio Torres Hernández, conocí el Planetario de Medellín cuando tenía cinco años; yo vivía en Aranjuez y este quedaba relativamente cerca de mi casa, gracias a esto y a la curiosidad insaciable que tengo, cuando podía iba a su biblioteca, entraba a los cursos gratuitos que impartían o me quedaba en las jornadas de observación que se realizaban al finalizar los viernes: “El cielo esta noche”. Sin embargo, no tenía un interés profesional alrededor de la astronomía y, de hecho, cuando salí del colegio me dediqué a explorar carreras: pensaba en las ciencias humanas, las telecomunicaciones o la electrónica, en la química y en la física, porque en todas me había ido bien, y en el trasfondo navegaba por las corrientes de la imaginación cuando leía a Carl Sagan, Isaac Asimov, Richard Feynman, o cuando tenía en mis manos la colección sobre el universo que publicó la editorial Larousse.

Cuando inicio en el ITM conozco a Nelson Miranda, a quien considero un genio; ingresamos a la misma carrera y, curiosamente, a él también le gustaba la astronomía. Desde ese día supe que íbamos a ser buenos compañeros y, a la postre, grandes amigos, ya que compartimos intereses académicos similares; además, Nelson es un ser humano excepcional a quien agradezco por todo lo que me ha enseñado. Ese gusto compartido por la astronomía fue lo que nos llevó a que en el año 2002 o 2003 —ya no recuerdo exactamente la fecha— nos uniéramos a un proyecto de astronomía que otros compañeros estaban explorando. Allí conocí a John Mario Hernández, Ferley Arteaga, Gerson Trejos, y fundamos el grupo CETA — Centro de Estudios de Tecnología aplicada a la Astrofísica—. Con CETA nos dedicamos a hablar de astronomía, a utilizar los laboratorios de física de la institución para hacer algunos experimentos y a desarrollar una iniciativa que consistía en tener una antena para hacer radioastronomía en el ITM.

Claramente esto era novedoso para la institución porque no había existido nunca un grupo dedicado a hablar y/o estudiar la astronomía, y nosotros, con el apoyo del profesor Francisco Gómez, nos

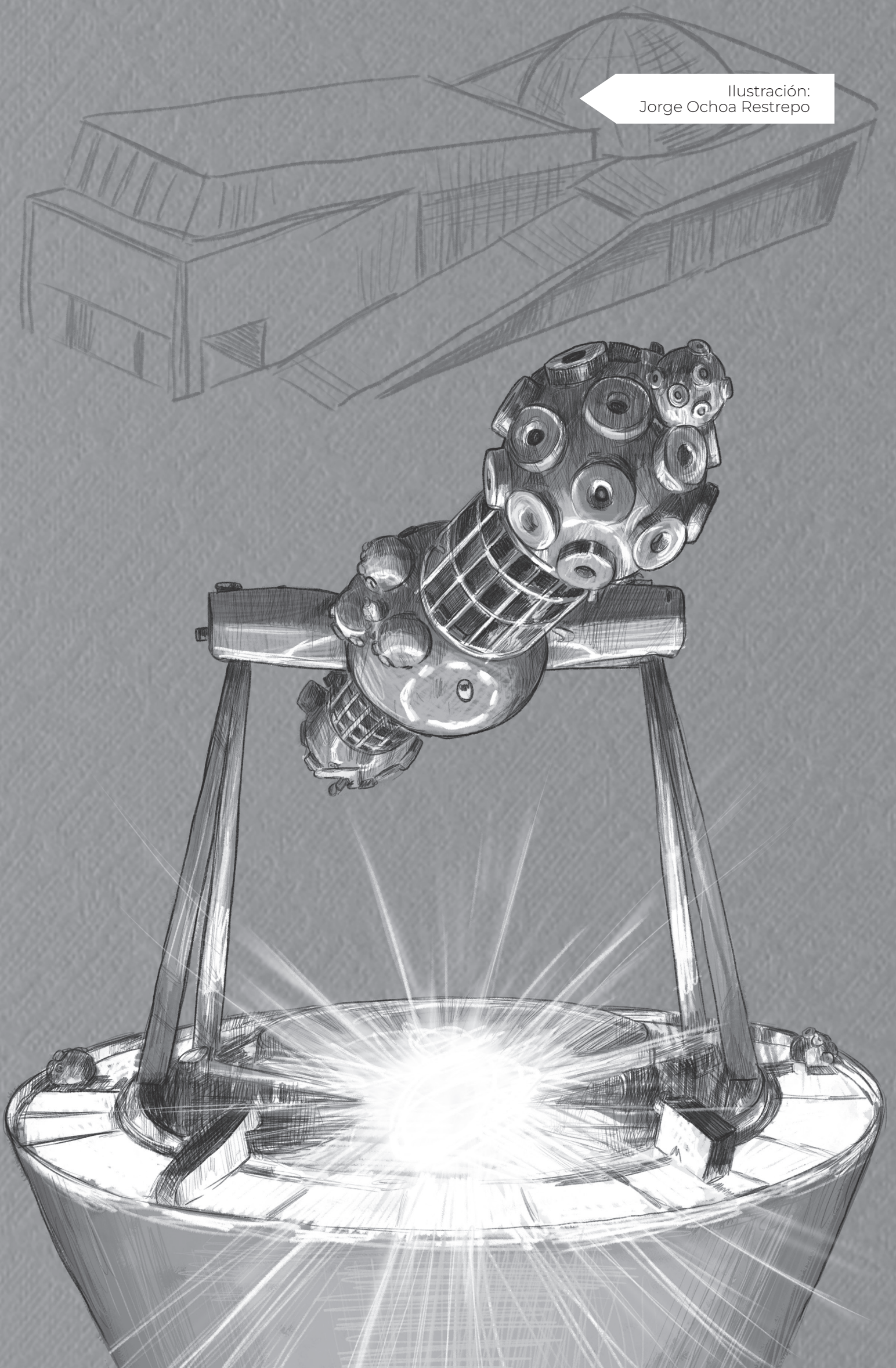
pusimos en la tarea de hablar del tema: programábamos conferencias y jornadas de observación (con la ayuda de un telescopio del laboratorio de física), realizábamos video foros y proyectamos películas en el aula magna del ITM. Recuerdo que invitamos a profesores de diferentes universidades a que dictaran conferencias, como el profesor Daniel Jaramillo, de la UdeA, y que fueron todo un éxito porque llenábamos el aula magna. Las películas las conseguíamos en la biblioteca del ITM, otras eran gestionadas por los integrantes del grupo, especialmente por John Mario, quien era muy bueno en esas búsquedas. La gente nos empezó a reconocer como los que estaban haciendo astronomía en el ITM y los motes no se hicieron esperar... Esta época fue muy bonita porque los ciclos de cine hicieron parte de la dinámica de los viernes al final del mes para muchos estudiantes de la época.

En el año 2003 me enteré que el Planetario de Medellín estaba siendo administrado por el ITM y que había un proceso de renovación completo de sus instalaciones; además, en una cartelera apareció un aviso que informaba que estaban buscando personas para trabajar como auxiliares de sala, para que respondieran a preguntas de los visitantes y ayudaran en la organización de los grupos que ingresaban al museo planetario. Eso era el año 2004, yo tenía dieciocho años y poca experiencia laboral, sin embargo, mandé mi hoja de vida —literalmente era una hoja— y en noviembre me notificaron que iba a ser parte del equipo del Planetario de Medellín. Mi sorpresa y felicidad fueron grandes porque cuando pasaba por el Planetario sentía como algo de alegría e inspiración, creo que de esto podemos dar fe quienes orbitamos alrededor de la astronomía en la ciudad de Medellín; para nosotros, el Planetario es místico, es un espacio único donde sentimos que se renueva nuestro placer por hacer astronomía y vivirla, porque la astronomía, aunque hoy es una profesión y muchas personas viven de ella, es ante todo una forma de ver el mundo y un sacrificio permanente —más en un país como Colombia donde abunda la carestía y el cortoplacismo y, por ello, seguramente, muchos no han contado con los apoyos necesarios para desarrollar esta profesión y este estilo de vida alrededor de la ciencia—.

Entonces, llego al Planetario de Medellín en el año 2004 y comenzamos a definir responsabilidades internas, a estudiar los guiones de las salas de exposición y a recibir las primeras capacitaciones sobre atención de públicos. Todos los auxiliares teníamos entre dieciocho y veinte años, y nos acompañaban personas de grandísima experiencia, como Gabriel Jaime Gómez Carder —director del Planetario de Medellín—, Mauricio Gaviria y Raúl García —operadores del salón planetario casi desde su fundación—; además, contábamos con un equipo de docentes e investigadores provenientes del ITM, expertos en educación y pedagogía puestos al servicio de un campo de conocimiento en el cual apenas incursionaba la institución. Yo no sé qué pensaba sobre el Planetario José Marduk Sánchez —rector del ITM para la época—, creo que su idea era abrir un espacio donde todo el que quisiera visitarlo pudiera hacerlo, ya que el costo de la boleta para ingresar era de \$ 1000 pesos. Eso facilitó una nueva manera de acceder a estos espacios en que, además de disfrutar de las funciones en el salón planetario, se podían visitar nuevas salas en las que se observaban dioramas mecanizados sobre las eras de la Tierra, conocer un poco de los agujeros negros o viajar a través de un túnel que contaba la historia del universo a partir de las diferentes etapas que los cosmólogos han determinado.

Estuve en el Planetario de Medellín en dos periodos: el primero, entre el año 2004 y 2005, el segundo, entre el año 2007 e inicios del año 2010. Esos periodos de tiempo fueron memorables para mí, me moldearon y permitieron dejar en claro que mi proceso (educativo, laboral o vital de aprendizaje) debía darse alrededor de la astronomía. Estando en el Planetario conocí académicos de talla internacional y tuve la oportunidad de interactuar con profesionales en el campo de la astronomía, la geología, las matemáticas y las artes. También fui testigo de la cuasi destrucción del Planetario cuando este se incendió en 2008 y me tocó defender el proceso que llevaba haciendo el ITM, por cuenta de las críticas que en ese momento surgieron a raíz de ese terrible suceso; y, como siempre, la institución y sus personas, a punta de esfuerzo y ganas, demostraron su resiliencia y reconstruyeron el Planetario en poco tiempo.

Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



Siento que mientras el ITM administró el Planetario de Medellín aprendió del proceso, en especial en lo referido a la apropiación social del conocimiento: cómo acercarse al público, qué hacer para acercar la ciencia a la ciudadanía. Si hubo errores, no siento que hayan sido voluntarios; al contrario, pienso que el ITM tuvo toda la disposición de mantener un escenario acorde a sus tiempos, pero también creo que pudo haber un exceso de burocracia en algunos procesos —lo que siempre genera retrasos en la dinámica propia de los sitios dedicados a la divulgación de las ciencias—. De un lado, los planetarios son escenarios que se desarrollan de formas vanguardistas y agresivas porque la gente espera de ellos algo nuevo, un cambio, o algo que los sorprenda; y, de otro lado, las instituciones de educación superior son, como dijo Clark Kerr en 1969, una serie de procesos que producen ideas, y uno de sus rasgos distintivos es su persistencia, lo cual las hace a la vez conservadoras y radicales. Al respecto, creo que al ITM le faltó tiempo para convertir al Planetario en una utopía social sustentable, pionero en su campo y con un soporte académico de lujo; lo digo porque durante veintidós años he sido testigo del crecimiento del ITM, sé dónde estaba cuando entré y sé dónde está hoy y todo lo que ha pasado en la institución o, por lo menos, todo lo que ha pasado desde mi perspectiva.

Definitivamente, el ITM es una construcción social exitosa para esta ciudad, una institución que inspira y que tiene la responsabilidad de formar personas que depositan en ella sus esperanzas y sus expectativas profesionales.

En el año 2010, y gracias a lo que había hecho en el Planetario de Medellín, se me presentó la oportunidad de sostener una entrevista con Paula Botero —decana para ese momento de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM— con el fin de trabajar en el Museo de Ciencias Naturales que unos años antes había recibido la institución en comodato. Antes de llegar, mis expectativas alrededor de la entrevista eran bajas, pues, ¿qué iba a hacer un estudiante de Física en un museo de ciencias naturales lleno de animales disecados —luego me enseñaron

que se dice naturalizados—?; pero Paula me mostró que esa idea estaba un poco distorsionada y en esa conversación salieron a la luz aspectos alrededor de la manera en que los públicos deben interactuar con los museos, que se asemejaban mucho a lo que yo venía haciendo en el Planetario. En medio de esta conversación, Paula me preguntó por mi trabajo en astronomía, sobre mis expectativas y esos proyectos que, tal vez, en el Planetario podía haber dejado inconclusos y que podíamos retomar en este museo; allí empecé a hablar de la posibilidad de tener un observatorio astronómico en el Campus Fraternidad, proyecto que ya se había tratado de una manera superficial en el año 2008, cuando el líder científico del Planetario era el profesor Carlos Molina. Luego de esa reunión, ella me solicita que me reúna con Lázaro Mesa, director del Museo de Ciencias Naturales de La Salle y mi jefe hasta hoy. Recuerdo haber llegado a la oficina del Museo con mi hoja de vida en la mano y con altísimas expectativas sobre lo que iba a hacer, pero a la vez con algo de susto porque no tenía mucha información sobre el lugar. Igual, ya me sentía contento de saber que era posible que fuera a trabajar en un espacio también disruptivo; imaginen esto, tenía 25 años y para ese momento ya en mi vida laboral había pasado por un Planetario y tenía ahora la posibilidad de trabajar en un museo... no es habitual que esto les suceda a las personas y yo estaba teniendo esa oportunidad única que, por fortuna, a la fecha sigo disfrutando.

En 2010, y ahora haciendo parte del Museo CNS, comenzamos con el equipo de trabajo a construir una filosofía para este espacio, con una visión y una misión para un museo que tenía casi cien años de existencia y era un patrimonio muy querido para la comunidad de egresados del Colegio San José de La Salle y los vecinos de los barrios aledaños al campus Fraternidad del ITM. Para la institución era novedoso contar con un museo, y algunos directivos aún no sabían a qué se enfrentaban cuando se hablaba de un espacio de este tipo en una institución universitaria. Curiosamente, Lázaro me había solicitado también pensar las posibilidades de la astronomía en el ITM y su relación con el museo, y me había

Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez



pedido escribir una propuesta para la renovación del Observatorio Astronómico, que ya existía en el campus Fraternidad; este campus había sido la sede de colegio San José de La Salle, y los hermanos lasallistas, encabezados por el Rdo. Hno. Daniel, quien fue director del Museo, habían construido para la década del 60 del siglo XX un observatorio astronómico, por tanto, la relación museo-observatorio estaba claramente establecida desde el inicio.

Así que me puse a escribir una propuesta que se enmarcaba en los tres ejes que fundamentan los procesos misionales del ITM: la investigación, la docencia y la extensión. Propuse renovar un espacio con instrumentación astronómica que tuviera la capacidad de ser utilizado en la ciudad de Medellín y que, a la vez, también sirviera como centro para llevar a cabo procesos de divulgación de la astronomía tales como conferencias, cursos, talleres, seminarios y eventos de participación ciudadana. Curiosamente, escribir la propuesta fue fácil, lo difícil fue la consecución de los avales, ya que tenían que ser académicos reconocidos en el campo de la astronomía quienes resaltarán la importancia del proyecto para la institución.

Cuando Luz Mariela Sorza asume como rectora del ITM realiza visitas y reuniones a los diferentes espacios de la institución para conocerlos y allí se dio la oportunidad de hablar con ella sobre el Museo y, específicamente, sobre el proyecto de renovación del Observatorio Astronómico. A la rectora le interesó el proyecto y mencionó que lo iba a incluir en el Plan de Desarrollo Institucional; yo, en cambio, pensaba de que el proyecto no se iba a lograr, que no iba a ser considerado, era un poco escéptico, dado que no tenía nada que pudiera afirmar o corroborar lo que yo pretendía. Para el año 2012 iniciamos con la buena noticia de que el proyecto iba a ser escuchado por parte del comité rectoral y sería incluido en el Plan de Desarrollo de la rectora Sorza.

A partir de ahí comenzó la verdadera prueba, porque con los recursos para reconstruir el observatorio la fase que iniciaba era la de diseño de un espacio

como este, cuya construcción no era fácil en un país que, si bien conocía algo del asunto de la astronomía, ese conocimiento, en muchas situaciones, se limitaba a aspectos teóricos y no tanto a la construcción de espacios profesionales para desarrollar el conocimiento astronómico. Por lo tanto, en lo primero que pensé fue quién me podría ayudar a afrontar este reto, esa persona debía ser experta en astronomía, a su vez, debía saber de mecánica, de electrónica, un poco de sistemas y, sobre todo, debía tener una percepción muy amplia para que pudiera comprender y adaptarse fácilmente a los retos que nos estábamos enfrentando, y por eso pensé que Luis Fernando Ocampo Ochoa era la persona adecuada.

A Luis Fernando lo conocía de tiempo atrás, él era una de esas personas que manejaba los telescopios en el Planetario de Medellín cuando yo iba siendo un niño, él daba charlas sobre ellos y los destapaba para arreglarlos. En mi interior me decía “¡qué nota uno aprender a hacer lo que hace este hombre!”. Por eso, cuando se dio la oportunidad de renovar el observatorio, lo contacté y le dije: “Luis Fernando, este proyecto es para pensarlo en grande, en largo y con recursos ajustados”. “Lucho” llegó en el año 2012 y comenzamos la tarea de revisar qué equipos necesitábamos, dónde podíamos conseguirlos, cómo y en dónde los íbamos a ensamblar una vez los tuviéramos acá. A la par que hacíamos esto, también diseñamos con los arquitectos del ITM la infraestructura del Observatorio Astronómico; en varias ocasiones me sentí obnubilado porque eran bastantes los requisitos, los aspectos técnicos, los detalles menores que debía consultar y tener claros, porque era yo el responsable de la construcción del observatorio. Sin embargo, nunca sentí que las cosas no se pudieran dar; con el tiempo y con el apoyo de la comunidad astronómica de la ciudad, de Luis Fernando y de todas las personas que hacen parte del equipo de trabajo del Museo, sacamos adelante esta iniciativa.

Debo resaltar lo complejo que fue traer los equipos para el observatorio porque, en su mayoría, venían de otros países y los procesos de importación eran farragosos y un tanto desconocidos para mí. Un

Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez



caso particular nos ocurrió con la cámara CCD principal, porque nos pidieron una certificación emitida por el ITM que debíamos enviar al Departamento de Defensa de los Estados Unidos, pues al registrar que la cámara venía hacia Colombia imagino que se preguntaron a quién iba destinada esa tecnología que estaba protegida por motivos de “seguridad nacional” en el país del norte. Internamente pensaba en casos de conspiraciones y me sentía como agente secreto de una de esas películas de espionaje. Lo cierto es que la rectoría de la institución nos facilitó la carta y finalmente pudimos tramitar exitosamente la importación y así la cámara llegó a Colombia.

Otro aspecto que resalto de esa fase de construcción tiene que ver con la cúpula; en su momento pensábamos que debía ser importada, ya que existen empresas que las construyen y envían pre-ensambladas a Colombia, pero no fue posible y nos enfrentamos al reto de diseñar una en el país y encontrar una empresa que aceptara construirla; después de un proceso de selección pública, la empresa Herrajes & Montajes fue seleccionada para construir la cúpula. Al finalizar la construcción de la obra física y la instalación de la cúpula pudimos entrar a instalar los equipos astronómicos y logramos inaugurar o, mejor dicho, reinaugar el Observatorio Astronómico en mayo de 2015.

En esa reinauguración del observatorio tuvimos la presencia de directivos de la institución, líderes políticos, periodistas de medios de comunicación y expertos en astronomía de la ciudad que nos acompañaron y vinieron a conocer lo que se estaba desarrollando en la ciudad de Medellín. Ese día fue especialmente bonito para mí porque también asistió mi familia y no olvido la cara de satisfacción de mis padres y de mi hermana cuando veían lo que yo había logrado profesionalmente. Especialmente recuerdo una parte del discurso del profesor Jorge Iván Zuluaga, de la Universidad de Antioquia, quién fue mi profesor y que considero mi mentor en el campo de la astronomía; él mencionaba que en mis manos había estado concretar un proyecto quijotesco, esas palabras

siguen retumbando en mí, no sé si para bien o para mal, porque me permitieron aceptar que a mí me gustan los retos grandes que trascienden en el tiempo.

Por eso, desde ese momento hasta la fecha me he dedicado a buscar la consolidación del Observatorio Astronómico del ITM como un proyecto de ciudad reconocido en el país y con proyección internacional. En ese sentido, hemos hecho un esfuerzo muy importante por invitar a conferencistas, vincular investigadores y docentes de las más altas calidades técnicas, y crear un programa de investigación y divulgación que sea cercano a la comunidad estudiantil y a las personas que nos visitan. Hemos abierto frentes de trabajo en la docencia y hoy ofrecemos cursos de astronomía para ciento sesenta estudiantes por semestre, por el semillero de astronomía han pasado dos cohortes de estudiantes, y a pesar de que la pandemia logró diezmar por un corto periodo de tiempo el avance significativo del Observatorio Astronómico, con ella afrontamos un nuevo reto.

No creo que para nadie sea un secreto que la pandemia nos agarró, como dicen popularmente, con los “calzones abajo”, y ningún observatorio en el mundo tenía entre sus niveles de riesgo la posibilidad de este evento. Particularmente a nosotros nos cayó en un mal momento pues estábamos a punto de inaugurar un nuevo espacio del observatorio: el “Parque Astronómico del ITM”, que se había terminado de construir en diciembre del año 2019; estábamos finalizando detalles constructivos en el 2020 cuando el cierre de la institución hizo que los planes con el Parque Astronómico se suspendieran. Es así como nace un nuevo reto, el de aprender a realizar actividades de astronomía desde la virtualidad —con una curva de aprendizaje vertical—, y el de un programa al que todavía seguimos apostándole, que llamamos “El universo a un clic”, donde nos reunimos para hablar de astronomía con conferencistas nacionales o de otras latitudes en diferentes husos horarios, hacemos charlas en vivo, compartimos experiencias de trabajo, y a través del cual hemos promovido eventos de alcance latinoamericano, como “Aula bajo las estrellas”. De otro lado, la pandemia

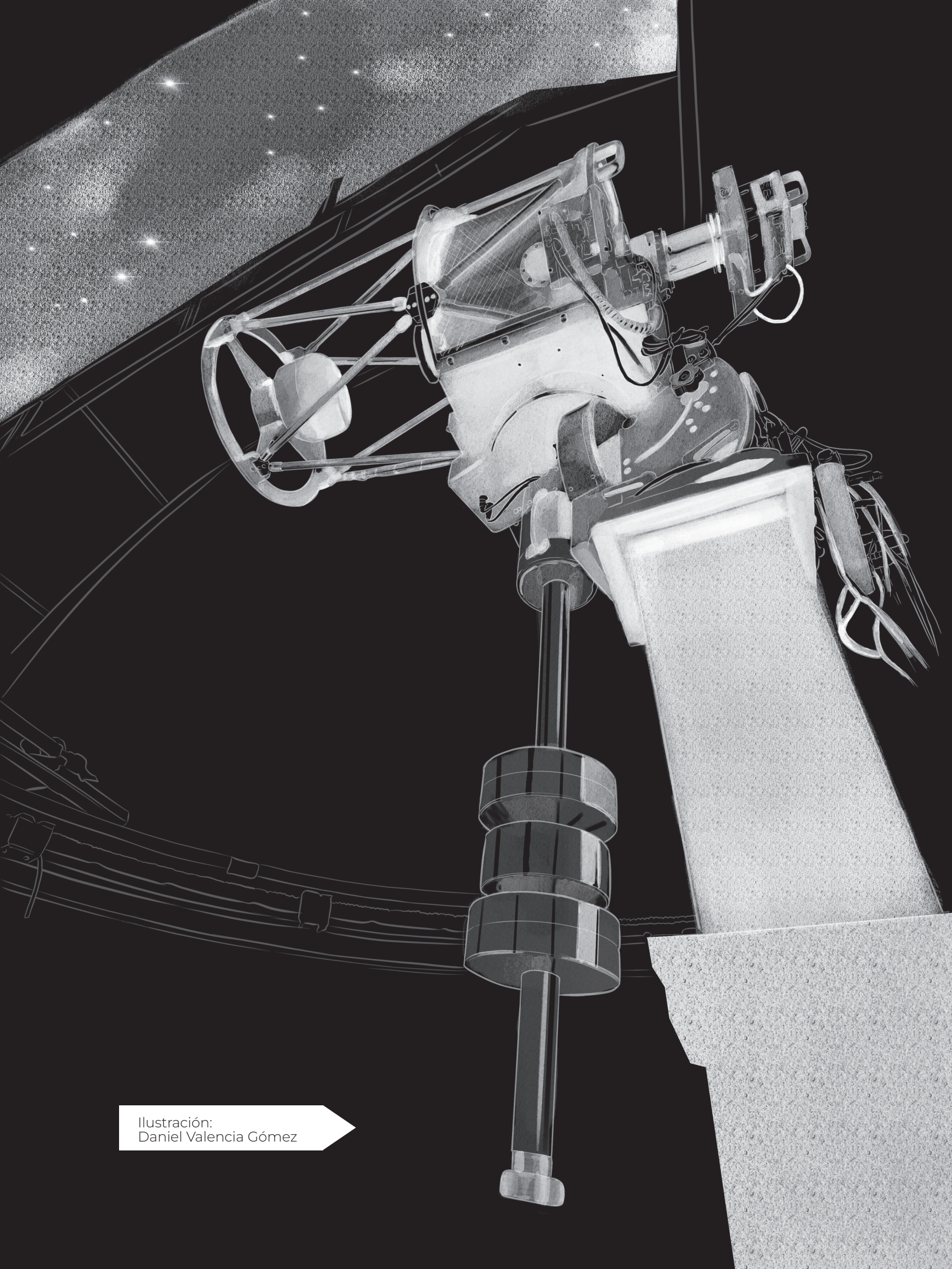


Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez

también nos enseñó que la divulgación de la astronomía es una tarea que requiere pericia, dado que el público acepta una dosis importante de virtualidad en la astronomía, pero, en últimas, también exige de nosotros una dosis de presencialidad. Por eso, una de las enseñanzas más importantes que nos deja este periodo de la humanidad es que no debíamos olvidar los públicos que se habían quedado en otras partes del globo y que nos estaban requiriendo a nosotros para que habláramos con ellos, pero que a la vez también debíamos concentrarnos en esos públicos que teníamos aquí cerquita; por eso al terminar la pandemia uno de los primeros programas que se activa es el de visitas comentadas al Observatorio Astronómico.

La historia del Parque Astronómico merece un apartado especial. Desde que se inauguró el Observatorio en 2015 veníamos con la idea de instalar en la terraza aledaña algunos equipamientos que nos permitieran enseñar conceptos clave de la astronomía. Sabíamos que estos nos ayudarían con la labor de divulgación que hacíamos en el programa, porque tendríamos el Observatorio y, a su vez, un espacio abierto donde pudiéramos hablar de temas complementarios, como el movimiento del Sol, el movimiento de los planetas o las fases de la Luna. Divagaba pensando en los grupos que iban llegando y aprendiendo estos conceptos para luego ir al Observatorio y allí complementarlos; la idea me rondaba, y con Luis Fernando la fuimos esbozando poco a poco, garabateábamos hojas y nos imaginábamos el espacio, esperando el momento preciso para lanzarla.

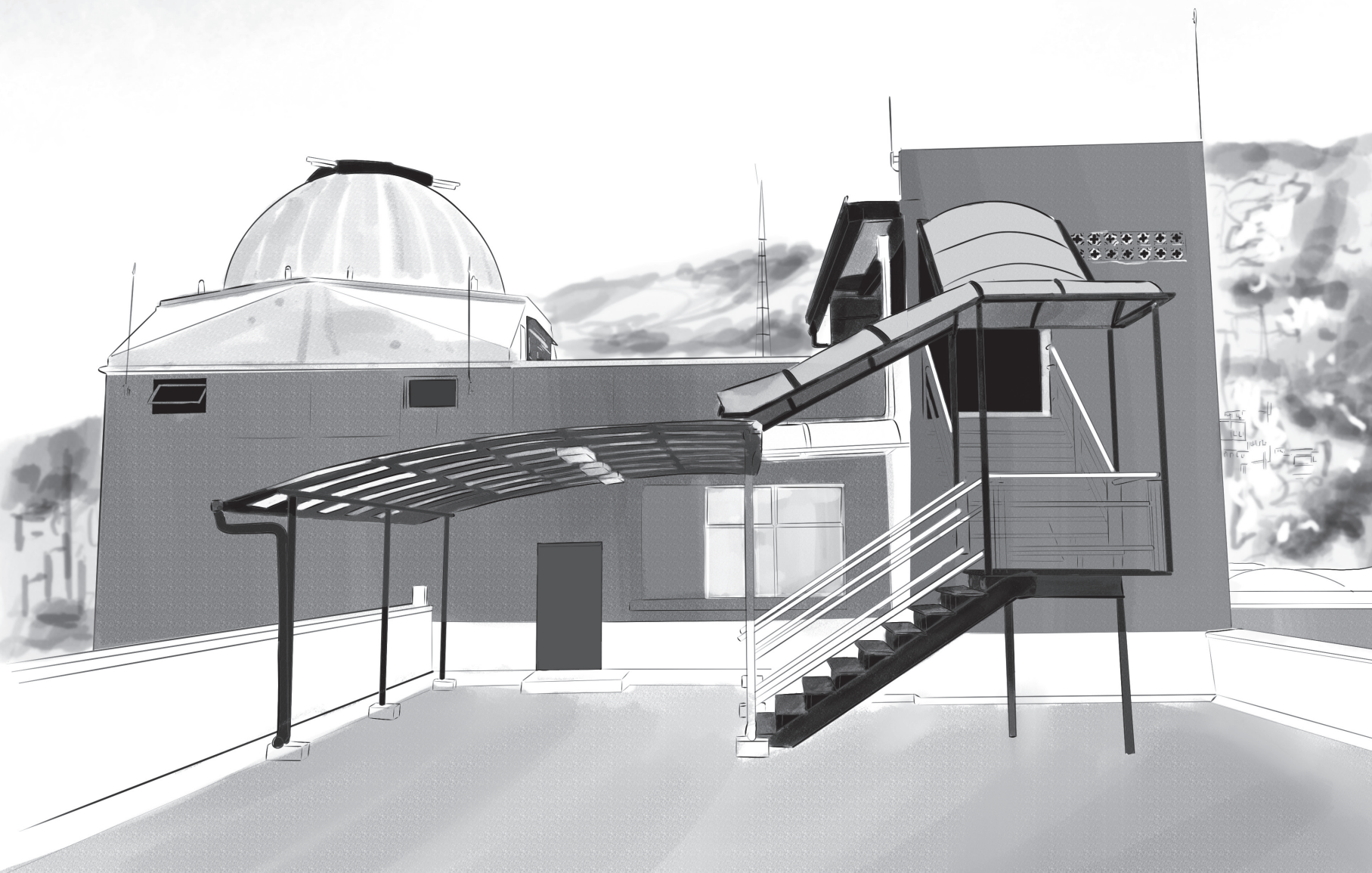
En el año 2017, mientras estábamos en una reunión de rutina con el equipo del Área Física del ITM, consulté sobre los requisitos que debía cumplir para construir e instalar un reloj de sol en la terraza del Observatorio. La jefe de esta oficina se mostró interesada en la pregunta e indagó más sobre el proyecto; le comentamos la necesidad de tener algunos dispositivos que facilitaran la observación de fenómenos astronómicos al aire libre, ya que los estudiantes que nos visitaban quedaban cortos en información, el espacio del observatorio era pequeño y

no podía albergar grupos grandes, por lo que un espacio alternativo nos permitiría dividir los grupos y también podríamos engrosar el programa de formación y de visitas comentadas. Luego de escucharnos, la jefe, Orlidia Ortiz, nos pidió que le hiciéramos una propuesta más concreta con el fin de presentarla en un proyecto que se venía estructurando cuyo objetivo era mejorar la zona deportiva del campus Fraternidad y agregar nuevos espacios al aire libre para la comunidad estudiantil y los visitantes. Tiempo después entregamos nuestra propuesta y seguimos con nuestras actividades rutinarias. Exactamente no recuerdo el día, pero sí recuerdo que Lázaro me contó que el Museo estaba participando del proyecto de renovación del campus y que se estaba considerando incluir una plazuela con algunos de los dispositivos que propusimos; como siempre, me asusté al inicio, dado que eso implicaba que debíamos pasar muy rápido de la fase conceptual a la de diseño y más rápido a la de implementación.

Con el valioso apoyo de los compañeros del Museo, Víctor del Valle y Carlos Caro, iniciamos el diseño del espacio que decidimos llamar “Parque Astronómico”. Este incluía el desarrollo de los dispositivos, el diseño del espacio físico y la propuesta arquitectónica acorde con el resto del proyecto. Para mí fue una sorpresa saber que tendríamos un área mayor a la que inicialmente yo solicitaba: yo pensaba en unos 50 metros cuadrados, pero terminamos recibiendo más de 300 metros cuadrados en un sitio de alto tránsito, pues cerca al Parque está el camino que lleva a la portería más cercana al tranvía, así que se garantizaba con ello un tráfico permanente de personas.

En el diseño del Parque se incluyó un sitio para la presentación de obras de teatro ciencia, a modo de teatro al aire libre. También consideramos que era clave diseñar dispositivos que facilitaran la observación de fenómenos astronómicos y la realización de actividades grupales. Las experiencias escogidas fueron una rosa de los vientos calibrada para apuntar al norte geográfico, una esfera de trayectorias que muestra el paso del Sol en los solsticios y

Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez



equinoccios, un gnomon que proyecta su sombra sobre la rosa de los vientos para determinar el ángulo solar, un simulador de las trayectorias de los cinco primeros planetas del sistema solar que explica el modelo heliocéntrico y un reloj de sol que permite explicar las diferencias entre la hora solar y la hora civil.

De la fase de diseño pasamos a la de implementación en el espacio y lo primero que debíamos hacer era medir con precisión el norte desde el sitio donde se iba a desarrollar la obra. Además, debíamos marcar estos puntos de forma precisa dado que, una vez marcados, el equipo de trabajadores iba a realizar la construcción de la obra civil y solo hasta el final volveríamos nosotros para culminar la instalación. El trabajo de calcular los puntos precisos y las direcciones hacia el norte estuvo a cargo de Luis Fernando y de Nelson Miranda, quien después de pasar por varios trabajos se pudo incorporar al equipo del Observatorio como profesional.

Para la conceptualización de los elementos del Parque y la creación de la propuesta educativa tuve la fortuna de contar con el apoyo del astrónomo Andrés Lopera, entre los dos definimos las actividades que se llevarían a cabo en el Parque, los experimentos que podíamos realizar y la duración de los recorridos. Así, creamos un plan de rutas que incluía la visita al Museo, al Observatorio y al Parque Astronómico. La materialización del proyecto no fue fácil: los dispositivos requerían un grado de precisión alto para que pudieran ser válidos desde el punto de vista educativo, no eran solo esculturas en un parque; por esto, varias fueron las veces que tuvimos que cambiar partes, rotar los dispositivos y ajustar las alturas, latitudes y ángulos. Al final, este trabajo resultó muy satisfactorio porque el Parque cumple con su propósito y puedo afirmar, con total certeza, que el margen de error en los dispositivos instalados quedó por debajo del 10 %, valor que es significativamente bueno.

El Parque no fue inaugurado estrictamente, simplemente, una vez la institución permitió el regreso de sus estudiantes a la presencialidad, estos lo fueron conociendo. Para nosotros ha sido un alivio su presencia.

Hoy tenemos capacidad para recibir grupos masivos de estudiantes a quienes dividimos en grupos más pequeños y rotamos entre los espacios disponibles, o sea, el Museo, el Observatorio y el Parque Astronómico del ITM. La valoración del Parque es muy positiva por parte de los visitantes, ahora vemos cómo los estudiantes usan el espacio para estudiar, mostrarlo a sus familiares y amigos, e incluso tomarse fotos o llevar a su mascota —porque recientemente fue incluido en la lista de espacios *pet friendly* del ITM—.

Por otra parte, el crecimiento del Observatorio necesariamente abrió un abanico de posibilidades laborales. Desde que inició el proyecto sabía que el equipo de trabajo era el factor clave para su éxito, y me alegra saber que en la institución también lo tenían claro. Entre el año 2015 y hoy, el número de personas que trabajan en el Observatorio se ha incrementado: pasamos de ser dos personas a cinco, estructuramos un equipo que tiene astrónoma, programador, instrumentador astronómico, educador y coordinador; ellos se encargan de recibir semanalmente a visitantes y grupos escolares, programar disertaciones astronómicas, moderar conferencias, realizar talleres y observaciones astronómicas públicas, levantar datos científicos, participar en proyectos de investigación y realizar eventos de participación ciudadana como “NASA Space Apps”, “Noches de Luna” o “Aula bajo las estrellas”. La meta es que este equipo de trabajo sea engrosado, pero solo el tiempo y la maduración del proyecto definirán el momento adecuado para ello.

Para finalizar, debo decir que la astronomía tiene un atractivo extraño y que los observatorios astronómicos son sitios donde se materializa; las personas desean conocer el Observatorio, y cuando vienen y reconocen los equipos que tenemos y hacen observaciones de la Luna, de los planetas, de las nebulosas o del Sol, siempre salen maravillados. He escuchado a niños que, una vez terminan su visita al Observatorio, les dicen a sus profesores que quieren ser astrónomos, y a otros que al salir de estas visitas les dicen a sus compañeros “¡qué bueno sería tener esto en el colegio!”. Por

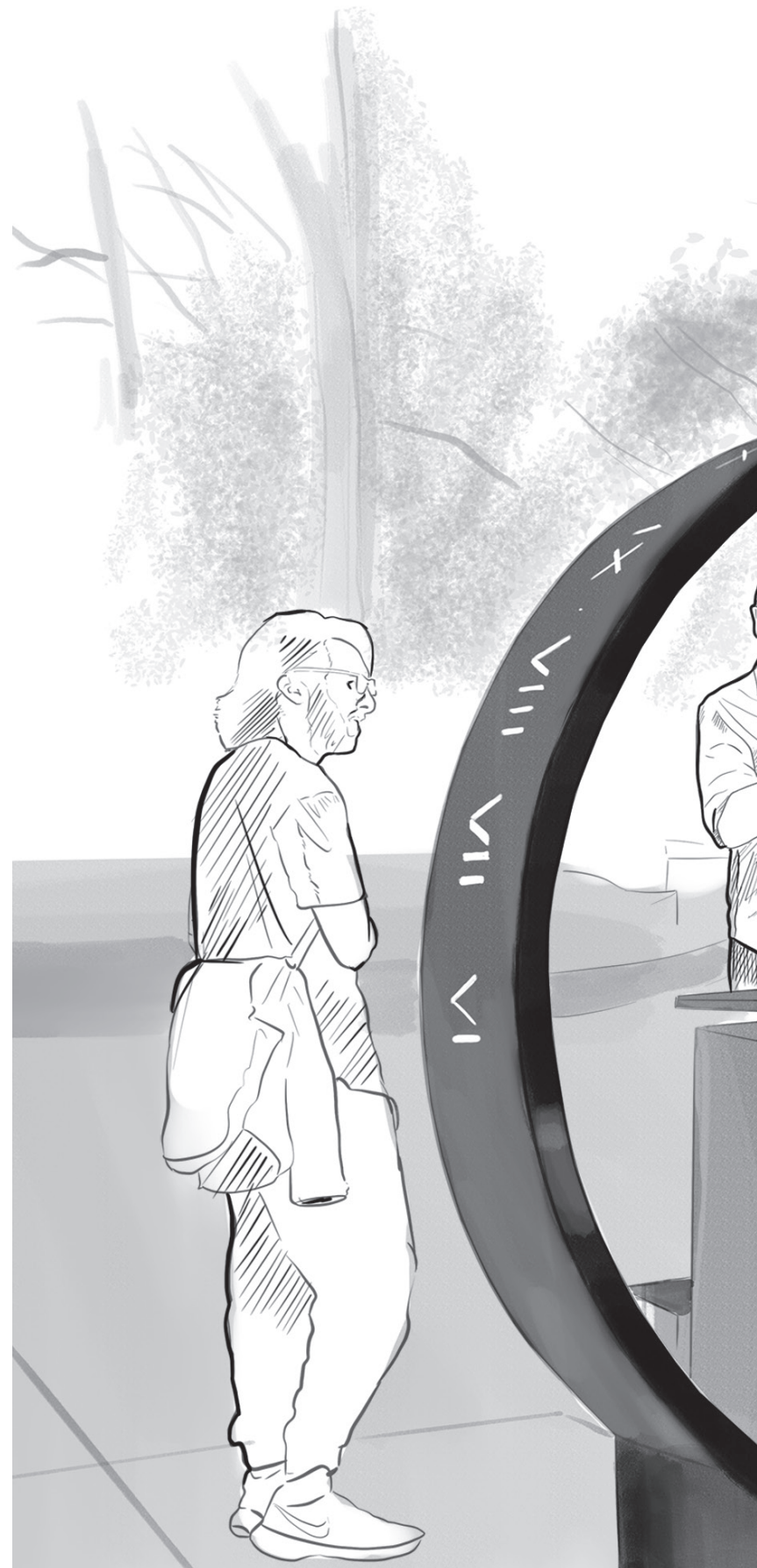
Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo



eso, pienso que la labor del Observatorio se enmarca también en un compromiso con la sociedad, nos debemos a la gente, a la ciencia y, por ende, nos debemos al principio que el Museo ha tenido desde que es administrado por el ITM: el respeto por la diversidad biológica y humana; pienso también en una frase que ha quedado enmarcada en mi mente: “Estamos acá para servir y ser útiles”... gracias, Lázaro.

Yo no sé cuál será el futuro que va a tener el Observatorio, pero sí tengo claro cuál es el futuro que yo quisiera que tuviera. En los próximos años aspiro a que sea un centro fuerte de investigación en ciencias espaciales, en astro visualización, y pionero en la robotización y manejo remoto de sus equipos. Para ello queremos buscar los recursos que nos permitan tener un laboratorio de astro visualización con un planetario móvil y buscar un sitio rural en el cual podamos instalar nuestros equipos con el propósito de que, a través de un centro de mando ubicado en los campus del ITM, se puedan realizar observaciones astronómicas profesionales con nuestros equipos, con nuestro personal y para el beneficio de la institución y del país. También aspiro a que el Observatorio sea protagonista en las discusiones políticas alrededor de la ciencia nacional. Sinceramente espero que en ochenta años alguien escriba sobre cómo llegamos a ese punto y cómo pudimos trascender nuestras ideas, porque los observatorios, los museos y los planetarios son espacios permanentes que van más allá de las personas que los habitan, y son un reflejo del desarrollo evolutivo más importante que, a mi modo de ver, hemos logrado los seres humanos: el pensamiento crítico y la cultura.

Buenos cielos para ustedes.







# Movimiento estudiantil del Instituto Tecnológico Metropolitano: historia, desafíos y perspectivas

*Juan Felipe Chavarro Gómez – Esteban Carmona Ospina*

El movimiento estudiantil (ME) está compuesto por jóvenes que confluyen en la universidad, un espacio diverso de intenso intercambio cultural y generacional; así, resulta una fuerza social en constante renovación, dado que las generaciones que lo componen son relevadas cuando terminan sus estudios. Por esta razón, le resulta difícil acumular experiencia, fluctúa entre la resistencia a la iniciativa oficial y la capacidad de elaborar alternativas, y oscila entre la dispersión y la cohesión organizativas. Sumado a la represión de la que ha sido objeto, así como a ciertas disputas ideológicas dentro de las universidades, algunas organizaciones se apropian de los triunfos, limitando al estudiante a solo apoyarlos, e impidiendo contar con un referente organizativo nacional permanente en la historia del movimiento estudiantil que logre una unión perdurable en el tiempo.

En Medellín el movimiento estudiantil tiene una rica historia de lucha y resistencia que se remonta a la década de 1960, cuando los estudiantes comenzaron a organizarse para luchar por sus derechos y mejorar las condiciones de la educación superior. En aquellos años, la ciudad, al igual que muchas otras ciudades de

América Latina, fue el escenario de intensas movilizaciones estudiantiles que buscaban reformas universitarias, un mayor acceso a la educación y la democratización de las instituciones educativas.

Durante las décadas de 1970 y 1980 el movimiento estudiantil en Medellín se fortaleció convirtiéndose en un actor clave en la lucha contra las dictaduras y los regímenes autoritarios que gobernaban varios países de la región. Los estudiantes no solo luchaban por sus derechos educativos, sino también por la justicia social, la democracia y los derechos humanos. En este contexto, surgieron importantes organizaciones estudiantiles y se llevaron a cabo numerosas protestas y manifestaciones que marcaron la historia de la ciudad.

En sus momentos de auge, la fuerza e iniciativa del movimiento estudiantil ha conseguido victorias parciales acorde a los objetivos trazados, la mayoría de las veces de forma indirecta. En su desarrollo confluyen lo gremial y lo político, en escalas que van desde lo local y regional hasta el ámbito nacional, adquiriendo diversos grados de unidad interna, así como legitimidad social y capacidad de interlocución. El ME está

Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



compuesto por colectivos de estudiantes que buscan incidir de manera abierta y efectiva en las decisiones de la universidad y que actúan como agentes de cambio, promoviendo reformas y mejoras en la calidad de la educación en todos sus niveles, así como en la administración universitaria y las condiciones de vida y estudio de los/las estudiantes; por tanto, este movimiento debe tener una postura crítica, ser capaz de construir desde la argumentación y el debate —en pro de defender los derechos de la comunidad que representa—, promover la participación democrática e impulsar cambios sociales.

De otro lado, la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) surgió entre 2010 y 2012 como una respuesta a la fallida propuesta de reforma de la Ley 30 de 1992, promovida por el Gobierno del presidente Juan Manuel Santos y la ministra de Educación, María Fernanda Campo. Este movimiento se gestó en un contexto de creciente descontento con el sistema educativo colombiano, percibido por muchos estudiantes como mercantilizado y excluyente. La MANE —integrada por diversas organizaciones estudiantiles— articuló una contrapropuesta conocida como “Programa mínimo”, que defendía una educación pública, gratuita y de calidad.

Sin embargo, según Juan Sebastián López Mejía —quien participó activamente en la formación de la MANE—, uno de los factores que contribuyó a la disminución del impulso del movimiento fue la instrumentalización política por parte de algunas organizaciones fundadoras que intentaron involucrar a la MANE en las negociaciones del Proceso de Paz en La Habana, lo cual desvió el enfoque gremial original hacia intereses políticos más amplios. Esta desviación de objetivos, junto con la dispersión de sus líderes hacia distintos partidos y corrientes políticas, debilitó la cohesión y eficacia del movimiento y dificultó la difusión y defensa de su “Programa mínimo” en los años posteriores. La historia de la MANE refleja los desafíos internos y externos que enfrentan los movimientos estudiantiles en Colombia al intentar mantener un enfoque unificado frente a las presiones políticas y sociales.

Las principales objeciones nacidas de las protestas y manifestaciones frente a dicha reforma estuvieron relacionadas con la privatización y el endeudamiento en el acceso a la educación superior. Como mecanismo de presión, el estamento estudiantil de gran parte de las universidades públicas y privadas — con el apoyo de diferentes organizaciones, colectivos y sindicatos— realizó un paro por alrededor de un mes que dio pie para que el Gobierno accediera a retirar del Congreso de la República el proyecto de ley que planteaba la reforma. Posteriormente, los universitarios se congregaron nuevamente en la MANE con el fin de trabajar en una propuesta alternativa al proyecto de ley para mejorar, así, la calidad de la educación en el país, a partir de una discusión con todos los sectores, incluido el Gobierno.

Con los múltiples desafíos del movimiento estudiantil y la criminalización a la protesta social, los estudiantes se movilizaron contra el modelo mercantilizador y neoliberal de la educación superior, que planteaba serias barreras de acceso y equidad. Uno de los principales desafíos era el acceso limitado a la educación superior para sectores menos favorecidos, puesto que las políticas de mercantilización tendían a aumentar los costos de matrícula y reducir el financiamiento público, haciendo que la educación superior fuera inaccesible para muchos. Además, la derogación de la propuesta de reforma no garantizaba la calidad educativa como un derecho, sino que la trataba como un servicio, con un enfoque en la rentabilidad que podría llevar a una disminución en la calidad educativa; así, las universidades podían priorizar programas más rentables en lugar de aquellos que eran socialmente necesarios o que promovían una formación integral. La autonomía universitaria de las instituciones también fue un tema central, ya que las políticas neoliberales tendían a su restricción imponiendo criterios de eficiencia y competitividad que no siempre se alineaban con los objetivos educativos y sociales.

Otro tema crucial fue la precarización laboral, que afectaba tanto al estamento profesoral como al personal administrativo,



Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez

quienes a menudo enfrentaban condiciones laborales indignas, así como falta de estabilidad.

Desde ese instante, las Instituciones Técnicas y Tecnológicas (ITTU) se empezaron a cuestionar acerca de su rol en la Ley 30 —específicamente en el Art. 16—, de la falta de financiación por parte del Gobierno nacional y de la existencia de una verdadera autonomía universitaria. Así mismo, estudiantes de las ITTU, como el Politécnico Jaime Isaza Cadavid y el Instituto Tecnológico Metropolitano, salieron a defender la educación superior y a respaldar el rechazo contra el modelo de ley propuesto por el Gobierno nacional. Esto planteaba un reto y un momento político fuertes en contra de la privatización de la educación y la mercantilización de la demanda que proponía dicha reforma; un modelo neoliberal que implicaba el endeudamiento de las universidades públicas. La reforma no solo afectaba la financiación de las universidades públicas, sino también el modelo de “financiación” planteado por el ICETEX. A raíz de esto, las reformas sociales y sindicales dentro de las universidades plantaron sus primeros cimientos, donde los grupos y líderes estudiantiles aportaron desde sus roles a la defensa de la educación pública. En ese entonces se instauró oficialmente en el ITM la Asamblea General de Estudiantes como un escenario de participación, debate y consenso que contrarrestaba la apatía de la comunidad universitaria, al mismo tiempo en que se desarrollaban las movilizaciones en contra de la reforma y las personas se congregaban en las calles y en amplios escenarios de debate.

En 2018, nuevamente, surgió un paro nacional estudiantil contra la política de reforma y el endeudamiento de las universidades públicas del país que superaba los 1.8 billones de pesos; en ese momento el Gobierno nacional —encabezado por Iván Duque— enfrentó un rechazo significativo por parte del ME. Fue en este contexto que nació el Encuentro Nacional de Estudiantes de Educación Superior (ENEES) realizado en la Universidad de la Amazonia, en Florencia-Caquetá, donde más de 5700 estudiantes

de todo el país recogieron un modelo de reforma para plantear al Gobierno del momento.

Dentro del ITM el llamado a las calles se empezó a notar ese mismo año con la creación de un colectivo denominado Bloque C-25 (BC25) —lugares donde se ganaron unas elecciones de voto en blanco en contra de la representación estudiantil de ese entonces— y la activación de la ruta de las asambleas estudiantiles al interior de la institución. El colectivo estudiantil no solo peleaba por temas financieros, sino también en contra de un modelo privatizador que existía al interior de la universidad y de la politiquería que aún campea por los pasillos. El colectivo estudiantil BC25 izaba banderas de lucha social y promovía la participación de los estudiantes en la toma de decisiones dentro de la universidad. No obstante, la persecución y la criminalización a los líderes y lideresas estudiantiles permitió el allanamiento a las viviendas de compañeros/as que formaban parte del colectivo y, en algunos casos, la captura de estos/as, pero no fue esto un impedimento para que los/las jóvenes soñaran con construir una universidad pluralista y más humana.

Con el tiempo, las reivindicaciones sociales, el trabajo de base y el entendimiento del lugar del ITM respecto de la educación superior del país, se fueron recogiendo los frutos de la organización y materializando las discusiones en asambleas estudiantiles. En este contexto es imposible no mencionar a un gran líder, nuestro compañero Julián Orrego, quien defendía su Alma Mater, la gloriosa y combativa Universidad de Antioquia —como él la llamaba—; nosotros defendíamos al “Sena azul”, denominación que le daban diferentes grupos sociales externos al ITM, ya que en ese momento la institución era demasiado apática con el contexto social y universitario. La asamblea más importante en ese momento debatía la decisión de acogerse o no a un paro, lo que parecía admitido; sin embargo, siempre hubo quienes durante el debate generaban malestar con argumentos que no tenían gran acogida por parte de los/las estudiantes. La lucha ha sido inagotable, y aún continúa con la construcción de

MATRÍCULA

MATRÍCULA  
CERO

MATRÍCULA  
CERO

MATRÍCULA  
CERO

ULA



BC - 25

MATRÍCULA  
CERO

Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

un modelo de educación superior, así como también con ideas alrededor de unas representaciones que trabajan por el bienestar de los/las estudiantes.

Desde hace más de 10 años, el ME del Instituto Tecnológico Metropolitano (ME-ITM) protagoniza diferentes manifestaciones de protesta, organización, movilización y lucha en el escenario académico desde los principios de la oposición al modelo establecido de gobierno universitario y al rígido sistema de control a través del cual se ha pretendido, paradójicamente, limitar y criminalizar dicho movimiento, liquidando la crítica y el disenso respecto de las políticas y reformas estatales —como la de la Ley 30—, el desmonte del ESMAD y, por supuesto, ciertas reformas tributarias que quería implementar el expresidente Iván Duque en su momento, y que atentaban contra los principios del pluralismo y la diversidad al unir fuerzas con las violencias paramilitar y estatal —todo ello bajo la desvalorizada y limitada condición instrumental del estudiante como un mero usuario, un cliente al que la academia tiene que retener y no necesariamente formar—.

El ME-ITM se ha convertido, así, en una de las expresiones más dinámicas y activas del sector educativo universitario, y desde su creación ha logrado avances significativos en la defensa de la educación pública como un derecho fundamental. En la actualidad los representantes estudiantiles trabajan incansablemente para asegurar una base presupuestal adecuada para las instituciones técnicas y tecnológicas, promoviendo la asignación de recursos tanto a nivel distrital en Medellín como a nivel nacional. Para este movimiento, uno de los retos más destacados ha sido combatir la falta de compromiso del Gobierno nacional con las ITTU, que ha afectado el fortalecimiento de la planta docente indispensable para mantener altos estándares de excelencia académica e investigativa.

Sin embargo, el camino hacia la mejora continua de la educación pública está lleno de desafíos, especialmente en las cuestiones sociales que impactan nuestro

entorno. La educación no solo debe ser vista como un motor de desarrollo individual, sino también como un catalizador para la productividad de los territorios y la cohesión social en el país. En este sentido, el movimiento estudiantil ha abogado por una educación para la paz enfocada en los territorios más olvidados, y destaca la necesidad de que esta contribuya a la construcción de un país más equitativo y pacífico.

Por todo lo anterior, el movimiento estudiantil en Colombia continúa enfrentando desafíos significativos. La constante lucha contra las políticas que buscan mercantilizar la educación, junto con la necesidad de fortalecer la autonomía universitaria y garantizar condiciones laborales justas, financiación, cobertura, calidad e infraestructura, siguen siendo temas centrales en las discusiones actuales. En el momento presente se espera que, de la mano de un gobierno progresista, se pueda avanzar hacia una ley de reforma que reconozca la educación como un derecho y no como un servicio, respondiendo así a las exigencias del sistema educativo en Colombia.

Aunque se han presentado dificultades, el ITM ha abanderado diferentes temas de interés social y ha sido pionero entre las universidades con su política de diversidades sexuales y de género. Asimismo, ha implementado la creación del restaurante universitario y ha sumado apoyos como la matrícula cero y la eliminación del costo del pin en el proceso de admisión —el ME-ITM ha trabajado arduamente para asegurar que la educación sea un derecho accesible para todos, independientemente de su origen socioeconómico—, cerrando así brechas sociales y económicas e incentivando la existencia de programas de apoyo y acompañamiento a los/las estudiantes.

Por otra parte, se han conseguido reformas significativas en la infraestructura del ITM que proporcionan mejores espacios de estudio y convivencia, e incluyen la construcción de nuevas instalaciones —como la nueva librería en la Plazoleta de la Libertad y la adecuación de áreas de estudio

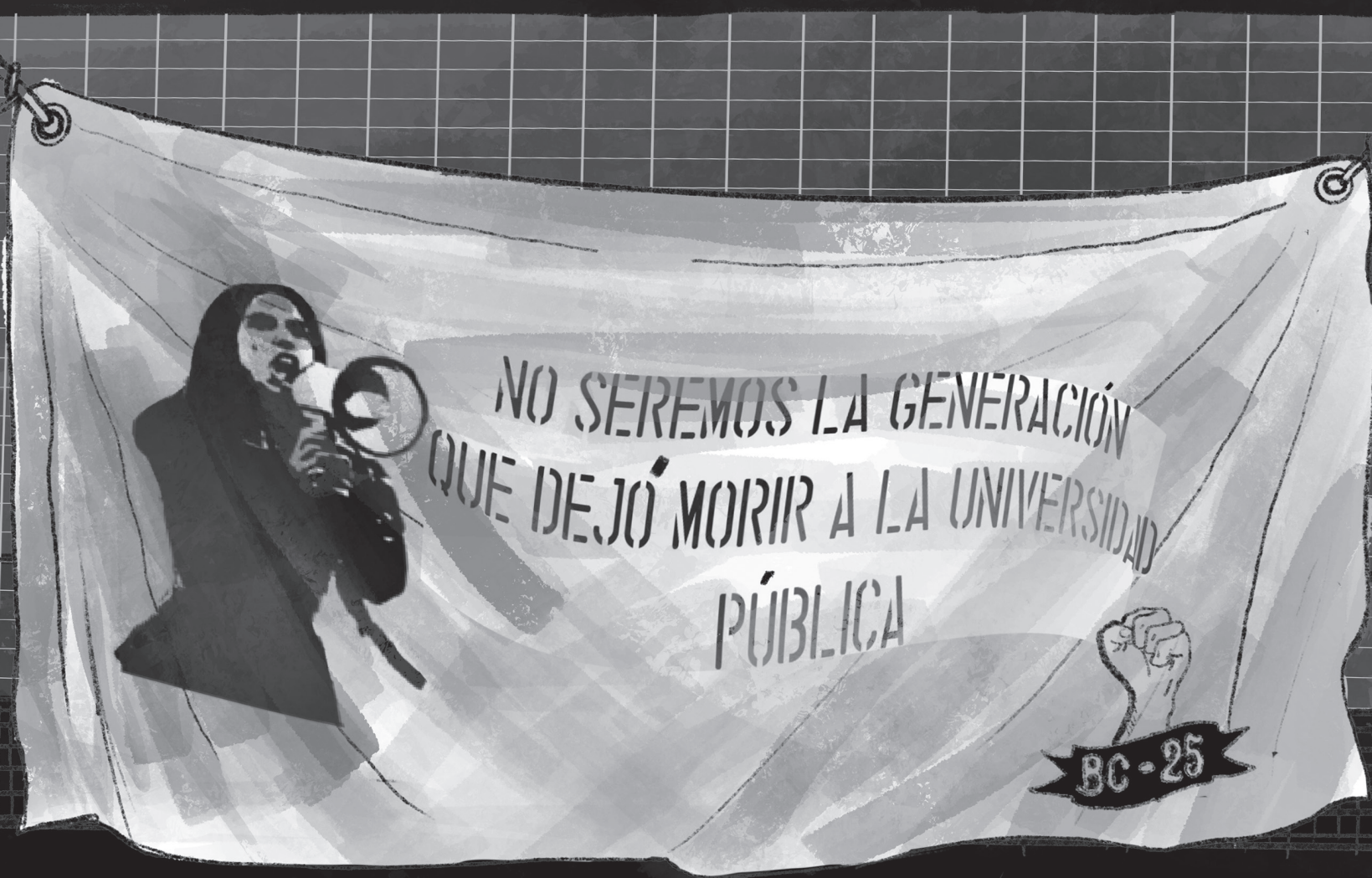


Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez

en las diferentes sedes con el respectivo mobiliario—; así como la renovación de edificios antiguos —como la biblioteca— y la creación de espacios verdes y áreas recreativas para los/las estudiantes —como el acceso gratuito al gimnasio y a diferentes zonas acuáticas—, favoreciendo así su sano esparcimiento.

El ME-ITM ha conseguido que los/las estudiantes tengan representación en los consejos y comités universitarios, permitiendo que sus opiniones y necesidades sean tenidas en cuenta. Actualmente, existe un mayor grado de participación de estos/as en los procesos de toma de decisiones dentro de la universidad, logrando que sus voces sean escuchadas y consideradas en temas cruciales, como la creación de la mesa multiestamentaria, que permitió aportar en la creación de la propuesta de política pública para las IES del distrito, así como en mejoras y reformas a los estatutos internos.

Si bien el ME-ITM ha permeado diversos procesos institucionales, es fundamental fortalecer la estructura organizativa para garantizar la continuidad de sus acciones y proyectos, promoviendo el desarrollo de estrategias para garantizar su sostenibilidad en el tiempo. Es necesario dar continuidad a la lucha por la defensa de la educación pública, enfrentando las políticas que intenten privatizar o mercantilizar la educación superior y asegurando que todos los/las jóvenes tengan acceso a una educación de calidad.

La defensa de la educación pública es un pilar fundamental del movimiento estudiantil y requiere una vigilancia constante. Esto, garantizará que desde esta estructura se siga trabajando por la modernización de programas académicos y la incorporación de herramientas digitales en la enseñanza y evaluación, adaptándose así a las necesidades y desafíos emergentes en pro de la comunidad estudiantil.

Al comparar el movimiento estudiantil del ITM con otros movimientos estudiantiles en Medellín se pueden observar similitudes y diferencias importantes. Al igual que el ME-ITM, otros movimientos

estudiantiles en la ciudad han luchado por la democratización de las universidades, la mejora de las condiciones educativas y la defensa de la educación pública; sin embargo, cada institución tiene sus propias particularidades y desafíos.

Por ejemplo, la Universidad de Antioquia (UdeA) ha sido un epicentro de movilizaciones estudiantiles históricas, con una tradición de lucha que se remonta a más de seis décadas. Sus estudiantes han protagonizado importantes movilizaciones y logrado victorias significativas en la defensa de sus derechos y de la calidad educativa; sin embargo, también han enfrentado desafíos similares a los del ME-ITM, como la represión, la falta de cohesión interna y la necesidad de fortalecer sus estructuras organizativas. Por otro lado, el Politécnico Jaime Isaza Cadavid ha mostrado un movimiento estudiantil con un enfoque más técnico y vocacional, pero igualmente comprometido con la defensa de la educación pública y la mejora de las condiciones de los/las estudiantes.

La colaboración entre los diferentes movimientos estudiantiles en Medellín ha sido crucial para fortalecer sus luchas y lograr objetivos comunes. A lo largo de nuestra historia hemos visto cómo la lucha estudiantil ha sido un pilar fundamental para la transformación y el mejoramiento de nuestra institución, el Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM). Cada paso que hemos dado, cada obstáculo que hemos superado y cada victoria que hemos obtenido ha sido gracias al esfuerzo colectivo y al compromiso inquebrantable de quienes, con pasión y determinación, han defendido los derechos y la dignidad de nuestra comunidad educativa.

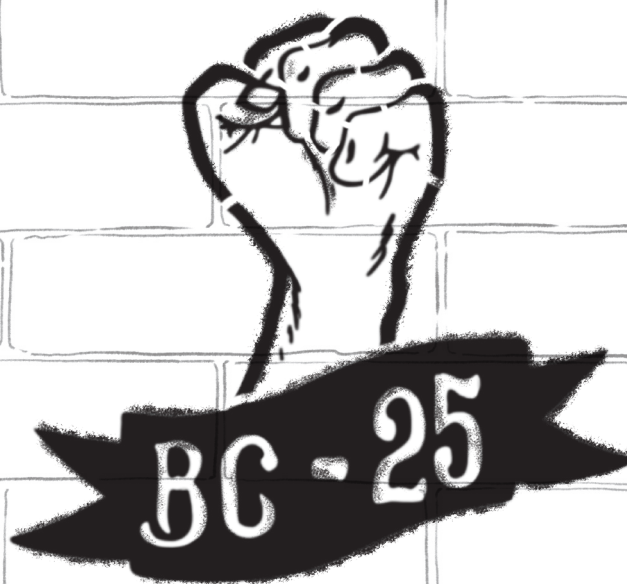
Nuestra alma mater no es solo un espacio físico donde adquirimos conocimientos; es un hogar, un refugio y un lugar donde se forjan los sueños y las aspiraciones de miles de jóvenes, un espacio de diversidad e intercambio cultural, de crecimiento personal y académico. La defensa de este espacio es, por ende, una responsabilidad que nos compete a todos, una causa que va más allá de intereses individuales, pues busca el bienestar común, y requiere de

nuestra participación en los procesos de toma de decisiones, de nuestra voz en los debates y de nuestra presencia en las movilizaciones. Por ello, debemos continuar siendo críticos, constructivos y proactivos; cada uno de nosotros tiene un papel que jugar, una contribución que hacer, y es a través de la unidad, la solidaridad y la acción conjunta que podemos lograr los cambios que necesitamos.

Además, es fundamental que nos enfoquemos en la construcción de una educación superior más inclusiva, equitativa y de calidad. Debemos seguir impulsando políticas que garanticen el acceso a la educación para todos, sin importar su condición socioeconómica, así como promover un entorno donde se valore la diversidad y se fomente el respeto y la colaboración. El futuro de nuestra universidad depende de nosotros; somos los guardianes de su legado y los arquitectos de su porvenir. Cada pequeña acción cuenta, cada esfuerzo suma; no dejemos que la apatía o la desesperanza nos derroten.

Recordemos siempre que la educación es un derecho y una herramienta poderosa para transformar nuestras vidas y nuestra sociedad. Sigamos luchando por nuestra alma mater con la misma pasión y determinación que han caracterizado a quienes nos precedieron. Sigamos defendiendo sus valores, su misión y su visión. Sigamos construyendo un ITM que sea un faro de esperanza, un bastión de conocimiento y un motor de cambio social. Porque nuestra lucha no es solo por nosotros, es por las generaciones futuras que seguirán construyendo sobre los cimientos que hoy estamos fortaleciendo, es por una educación que empodere, que libere y que transforme, es por nuestra alma mater, nuestra casa, nuestro orgullo.

¡ADELANTE,  
COMPAÑEROS!  
LA LUCHA  
CONTINÚA, Y  
JUNTOS SOMOS  
INVENCIBLES

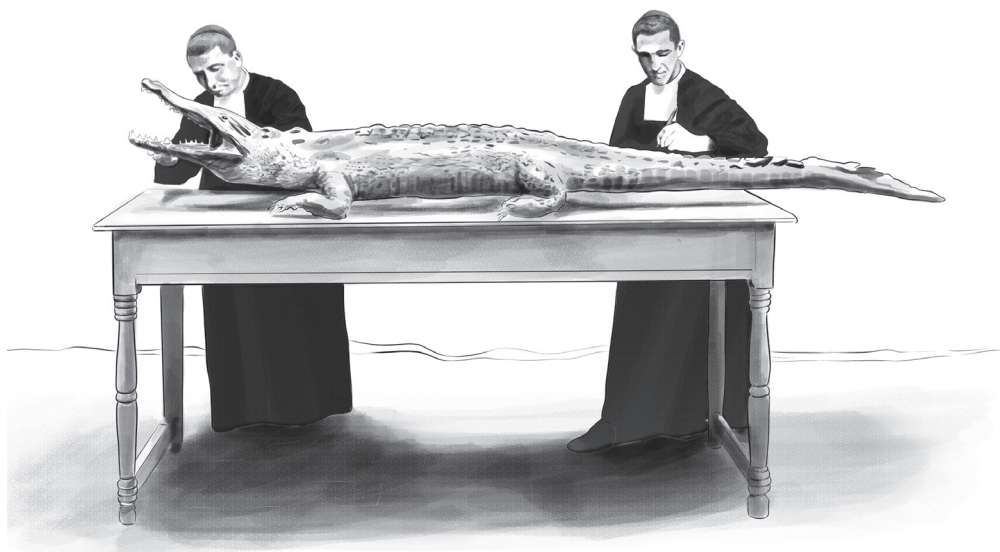


## **Agradecimientos**

En este momento de reflexión y proyección hacia el futuro no podemos olvidar a aquellos que han dado la vida por la educación. A todos los/las estudiantes, profesores/as y miembros de nuestra comunidad que, en su incansable lucha por una educación digna y accesible para todos, sacrificaron su bienestar y, en algunos casos, su vida misma. Su valor y dedicación son un faro que guía nuestro camino y un recordatorio constante de la importancia de nuestra misión. A ellos, nuestro más profundo agradecimiento y respeto. Su legado vive en cada aula, en cada libro abierto y en cada mente curiosa que busca aprender y crecer. Sigamos adelante honrando su memoria con nuestro compromiso y esfuerzo diarios.

**¡UN MINUTO DE SILENCIO!**

**¡NUNCA SERÁN OLVIDADOS!**



## Un legado centenario: Museo de Ciencias Naturales de La Salle

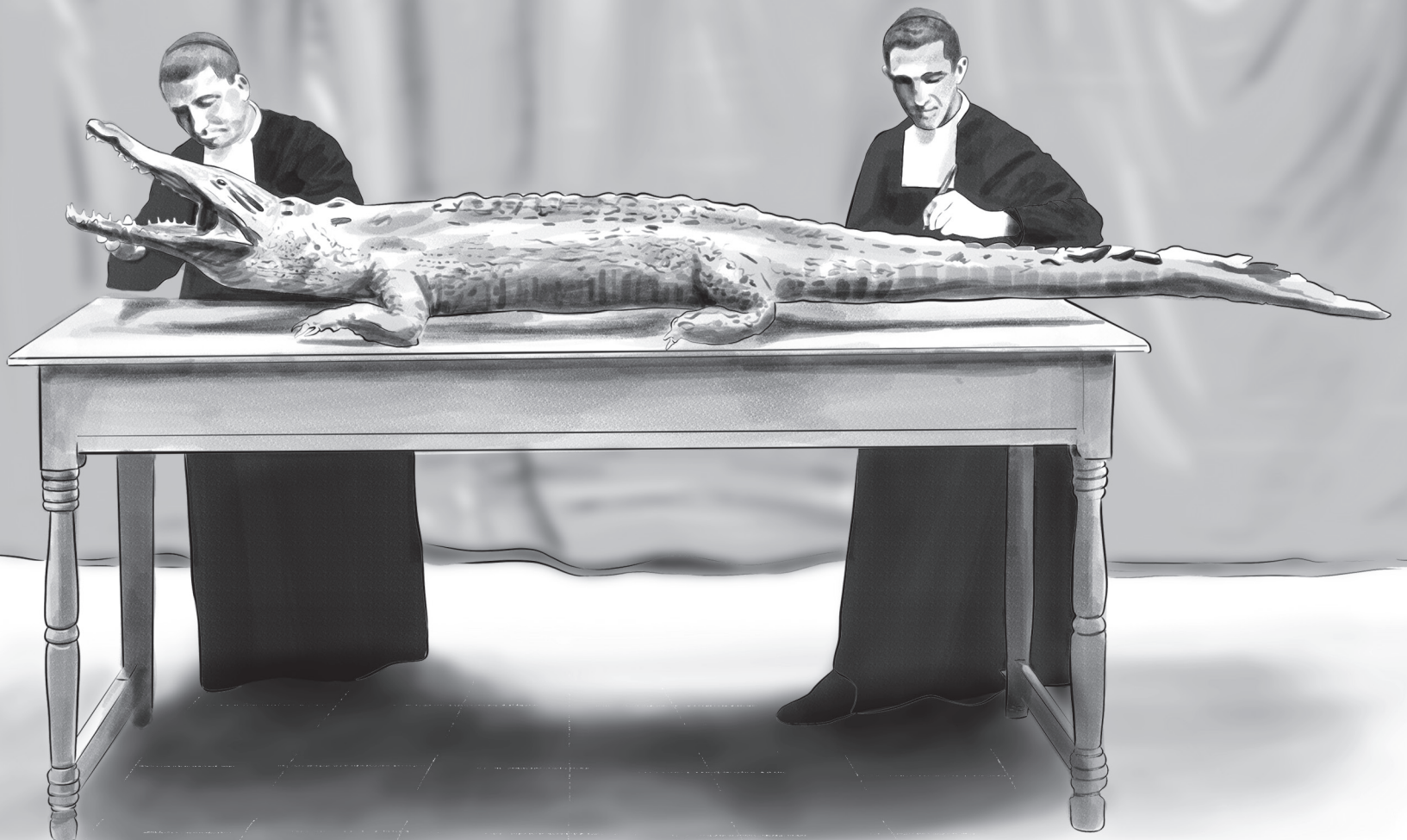
*Danny Zurc - Lázaro Antonio Mesa Montoya*

En Colombia diferentes instituciones se dedican a la custodia y conservación del patrimonio natural y cultural promoviendo su estudio, investigación y difusión, entre estas se destacan: Universidad Nacional de Colombia, Universidad de Antioquia, Universidad del Valle, Universidad de los Andes, Universidad Externado de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Rosario e Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM). Esta última salvaguarda las colecciones que dieron origen en el año 2006 al Museo de Historia Natural del Colegio San José<sup>1</sup>. El presente ensayo se propone abordar la forma en la que este centro museal se ha articulado al ITM desde esta fecha. Para tal propósito, se han planteado dos preguntas de trabajo a fin de no discurrir por historias que engolosinen este tránsito; ellas son: ¿cómo fue la gestación de un museo educativo en perspectiva de Los Hermanos de las Escuelas Cristianas?, y ¿de qué manera este museo se ha articulado en el contexto educativo del Instituto Tecnológico Metropolitano?

---

<sup>1</sup> En 2010, el hermano José Bianor, quien para esta fecha era provincial y representante legal de la Congregación de los Hermanos de Las Escuelas Cristianas, autorizó al ITM para seguir denominando al Museo como Museo de Ciencias Naturales de La Salle. Esta información puede consultarse en el Archivo de Gestión del Museo de Ciencias Naturales de La Salle.

Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez



## La vocación naturalista de los Hermanos Lasallistas

El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fue fundado por San Juan Bautista de La Salle en 1860 y tenía, para entonces, una perspectiva educativa integral que buscaba formar a los alumnos en todos los aspectos de su ser. Su enfoque pedagógico se basaba en la formación del cuerpo, la mente y el espíritu de los estudiantes para convertirlos en ciudadanos católicos, obedientes y productivos para la sociedad<sup>2</sup>. Juan Bautista de La Salle estableció principios fundamentales para la educación, tales como la importancia de la formación religiosa, el celo y la abnegación en la labor educativa, la adaptación de la enseñanza a las necesidades futuras del educando, la base en la intuición para la instrucción, la ocupación constante de la actividad del discípulo, la creación de un ambiente propicio para la práctica de la virtud, el estímulo a través de la emulación, el ejemplo del maestro en todas las relaciones de la vida, y la vigilancia para prevenir y corregir las faltas de los alumnos<sup>3</sup>. De esta manera, la perspectiva educativa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas se centraba en la formación integral de los alumnos, combinando en sus métodos tradición, progreso y enseñanzas, con un enfoque en la moral católica, la experimentación práctica y el desarrollo de habilidades manuales.

Los Hermanos llegaron a Colombia en 1867 por medio de una invitación que un grupo de padres de familia de la ciudad de Popayán les hizo, contando con el consentimiento de las autoridades gubernamentales del Estado del Cauca, para organizar una escuela primaria para

niños<sup>4</sup>. En el caso de Antioquia, el proceso inició en 1883 con la creación del Instituto de Educación Cristiana, auspiciado por el obispo Ignacio Montoya, admirador de las escuelas normales y técnicas que los Hermanos dirigían en Francia. El trabajo del obispo, el Instituto y el apoyo prestado por el legado de Colombia en Roma, Joaquín Vélez, se concretaron en la firma de un contrato efectuada el 20 de diciembre de 1887, entre el obispo y los Hermanos, quienes se comprometieron a enviar a Medellín un director y seis hermanos — tres de ellos franceses, uno ecuatoriano y dos colombianos provenientes de Ipiales y Pasto—<sup>5</sup>.

En 1890 inauguraron el Colegio de San José, que contaba para ese entonces con 173 alumnos. Para 1910 el colegio tenía 554 alumnos, convirtiéndose en la institución religiosa con mayor número de estudiantes matriculados en Colombia. El colegio se hizo famoso por su Museo de Historia Natural, fundado en 1913 por el hermano Nicéforo María (cuyo nombre de pila era Antoine Rouhaire); para 1922, fecha de su partida, el Museo contaba con importantes colecciones que eran visitadas por naturalistas nacionales y extranjeros provenientes, en algunos casos, del Museo de Historia Natural de Nueva York<sup>6</sup>. Su vocación por describir y registrar la biodiversidad lo llevó a recolectar por diferentes localidades de Colombia y el mundo ejemplares de aves, mamíferos, artrópodos, peces, anfibios y reptiles, como también piezas geológicas y paleontológicas (Ver imagen), actividad que fue emulada por los subsiguientes hermanos (Hno. Daniel de La Inmaculada, Hno. Marco Antonio Serna, y Hno. Octavio Martínez, entre otros), quienes a través de la enseñanza en las aulas de clase encontraron un espacio adecuado para

<sup>2</sup> Leidy Paola Rangel Gualdrón, “Los Hermanos de las Escuelas Cristianas y el proyecto político conservador 1948-1958”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 17, núm. 1 (2012): 193-215. [http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0122-20662012000100009&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0122-20662012000100009&script=sci_arttext)

<sup>3</sup> Alma Hernández-Mondragón, Marcela Salazar-Ibáñez y Manuel Velasco- y Arzac. “Trascendencia de la pedagogía y didáctica lasaliana en el aula: Antecedentes históricos y evolución”. *Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle* 13, núm. 47 (2017): 197-220. <https://www.redalyc.org/pdf/342/34252306006.pdf>

<sup>4</sup> Margot Andrade Álvarez. “Religión, política y educación en Colombia. La presencia religiosa extranjera en la consolidación del régimen conservador durante la regeneración”. *HisTOrElo. Revista de Historia Regional y Local* 3, núm. 6 (2011): 154-172. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/historelo/issue/view/2488>

<sup>5</sup> Patricia Londoño Vega. *Religión, cultura y sociedad en Colombia: Medellín y Antioquia, 1850-1930* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004).

<sup>6</sup> *Ibíd.*

Bogotá, Septiembre 12 de 1943

HNM  
CEDARdo. Hno. Daniel.  
Medellín - Carrera 57 # 53.12.

Muy Rdo. Hno. Daniel:

En tiempo oportuno llegaron sus dos certas del 23 de julio y del 23 de agosto, y las remesas de material para estudio que su R. tuvo a bien prestarme. Un cúmulo de circunstancias muy diversas me impidieron que le escribiera para darle cuenta del resultado de este estudio, que está terminado desde fines del mes de agosto. He aquí la lista de los nombres científicos:

- |  |  |
|--|--|
| #1. <i>Amphisbaena fuliginosa</i> (lagarto)                          | 246. <i>Bufo typhonius</i>                       |
| 207. — id —  | 247. <i>Bufo marinus</i>                         |
| 226. <i>Caecilia pachynema</i>                                       | 248. <i>Dendrobates histrionica</i> ? (muy seca) |
| 234. — id —  | 249. <i>Typhlonectes compressicauda natans</i>   |
| 235. <i>Bufo typhonius</i> muy joven                                 | 250. <i>Bufo marinus</i>                         |
| 236. <i>Amiba a. praesignis</i>                                      | 251. <i>Eleutherodactylus buergeri</i>           |
| 237. <i>Gastrotheca argenteovirens</i> (con huevos)                  | 252. <i>Gastrotheca argenteovirens</i>           |
| 238. <i>Bufo</i> muy joven. (demasiado seco)                         | 253. <i>Rana palmipes</i> - Medellín (H.N.M.)    |
| 239. <i>Phyllobates latinasus</i> (de <sup>sta</sup> Elena - H.N.M.) | 254. <i>Gastrotheca nicefori</i> ♂               |
| 240. <i>Bufo typhonius</i>   | 255. <i>Hyla crepitans</i>                       |
| 241. <i>Eleutherodactylus buergeri</i>                               | 256. <i>Atelopus pachydermus</i>                 |
| 242. <i>Gastrotheca argenteovirens</i>                               | * 257. <i>Hyla jehantasmegoria</i> sp. n.        |
| 243. — id —  | 258. <i>Phyllobates nicefori</i>                 |
| 244. <i>Dendrobates histrionica</i>                                  | 259. <i>Hyla colombiana</i>                      |
| 70 -   | 260. <i>Eleutherodactylus buergeri</i>           |
| 77 - <i>Phenacosaurus</i> sp.  | 261. <i>Dendrobates histrionica</i>              |
| 245. <i>Phyllobates nicefori</i>                                     | 262. <i>Leptodactylus petrosii</i>               |

263. *Eleutherodactylus* sp. (no se puede estudiar)  
 264. *Euspondylus vertebralis*  
 265. *Anolis merianarum*  
 266. *Euspondylus vertebralis*  
 267. *Echinosauro* sp. centrali E. Dumy  
 268. *Cnemidophorus lemniscatus*  
 269. *Proctoporus striatus*  
 270. *Basiliscus barbouri* ♀ (de Copacabana)
- 270 (repetido) - *Ameiva festiva* (de Andes)  
 271. *Mabuya mabouia*  
 273. *Amphibaena fuliginosa*  
 274. *Bufo* (no) *inservible* -  
 275. *Hyla crepitans*  
 276. *Polychrus gutturosus*

Nota. - Algunos ejemplares pertenecientes a especies distintas llegaron juntos en uno mismo frasco. Los siguientes, que no tienen número de orden, corresponden a los nombres que doy

aquí: *Euspondylus vertebralis* = Estaba en un tubo de vidrio (sin localidad).  
*Eleutherodactylus burgeri* = San Pedro.  
*Euspondylus vertebralis* = San Pedro.  
*Hyla colombiana* = San Pedro.  
*Gastrotheca argenteovirens* = ? -  
*Gonatodes fuscus* (dentro de un frasquito).

El ejemplar que corresponde al #70 fue probablemente colocado junto a otro u otros de su especie (por distracción mía), cuando desempaque el material que acababa de llegar de Medellín.

La especie nueva es muy interesante. Es lástima que no haya más que un solo ejemplar. Sr. Roa me dirá si la quiere dejar en el museo de la Salle, en donde sería muy útil para futuros trabajos de identificación y para que la pudieran ver los especialistas que frecuentemente visitan la capital. En estos días, han pasado tres de estos hombres de ciencia, a quienes he tenido que mostrar mis colecciones, hasta en sus detalles más insignificantes. Yo le podría enviar, como regalo, un material de interés para su museo. En la descripción de esta *Rana* habrá, además, un dibujo de esta misma.

El *Phenacosauro* de San Pedro, parece que no está descrito. Tenemos algunos ejemplares de San Pedro y de Sonsón; si le parece a su Roa que no haya a quien devolverlo, pido quedarlo un tiempo más aquí, con el fin de que sea útil para un próximo estudio de este lagarto. Otro *Phenacosauro* que traje de Pamplona es nuevo también. — También es posible que el *Echinosauro* de Robledo sea una especie distinta de *E. palmeri*, lo mismo que los ejemplares que tenemos en el museo de la Salle. Estos últimos (de la región de Muña), aparentemente representan la especie de Robledo, aunque fueron identificados por un especialista de E. U. W. como *E. palmeri*.

Fui sorprendido al no encontrar en su colección ningún ejemplar de la diminuta *amarquesa* *Oedipus parvipex*, que no vi sino en Antioquia y que no tenemos aquí. Los *muñecos* grandes representan la especie *Artibeus jamaicensis palmeri*; el chiquito es muy joven y, como no se conoce su procedencia



Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez

compartir su conocimiento a jóvenes que, animados por la curiosidad, aprendieron sobre metodologías de campo para apoyar la labor de conformar las colecciones científicas que hoy alberga el Museo. Entre las asignaturas de ciencia impartidas por estos personajes se encuentran: Fisiología e Higiene, Zoología, Botánica, Geología y Mineralogía;<sup>7</sup> algunas de ellas incluían salidas de campo denominadas expediciones científicas, aprovechadas por los estudiantes para capturar animales con el propósito de aprender de ellos.

Para la divulgación de las prácticas relacionadas al estudio de la biodiversidad, los Hermanos emplearon como medio diferentes boletines, entre estos: el *Boletín del Colegio de San José* (por ejemplo, núm. 12); el *Boletín Cultural* del mismo colegio (por ejemplo, núm. 34); el *Boletín del Instituto de La Salle* (por ejemplo, números. 111, 119, 122 y 123, entre otros); el *Boletín de la Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales* (por ejemplo, números. 93, 103, 105, 106 y 125, entre otros). Así mismo, los Hermanos, diestros en la escritura científica, realizaron un sinnúmero de publicaciones en revistas que hoy se clasifican como indexadas ante instituciones que avalan la producción académica de investigadores del país, entre las que se encuentra la *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. La animosidad por describir y documentar cada vez más el entorno natural que los rodeaba suscitó la creación del Club Científico Colombiano (3C), círculo que se concentró en estudios biológicos a partir de las colecciones del Museo y contribuyó significativamente al estudio de la zoología en Colombia<sup>8</sup>.

Para el año 1944 la ciudad tenía aproximadamente 170000 habitantes<sup>9</sup>. En

este contexto, mientras el Instituto Obrero Municipal, hoy Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM), se gestaba, los Hermanos Lasallistas construían el colosal Colegio de San José de La Salle en el oriente de la ciudad de Medellín, en la localidad conocida como “El Morro de Cuatro Vientos”. Este edificio, en el año 2007, pasaría a ser uno de los campus del ITM, nombrado campus Fraternidad. Este momento histórico que, en paralelo enunciamos, connota una interpretación fáctica en el hacer de estas dos instituciones: mientras que el Colegio de San José de La Salle se centraba en la educación primaria y secundaria con un enfoque católico y valores lasallistas, el Instituto Obrero Municipal se enfocaba en proporcionar formación técnica y profesional a la población trabajadora de bajos recursos de una Medellín en crecimiento que requería impulsar el desarrollo económico a partir de la educación.

Dando un gran salto histórico, el 14 de junio de 2006, como consta en la escritura pública no. 2.636, comparecieron ante el Notario Dos, Álvaro Botero Correa, los Hermanos de las Escuelas Cristianas — representados por el hermano Ramón Noé Gómez Zapata, Superior Provincial—, en calidad de vendedores del Lote Complejo Educativo San José —con un área de 79 731.29 m<sup>2</sup>— y del Lote No. 2— con un área de 28 715 m<sup>2</sup>—, ambos situados en el barrio Sucre, y la Fundación Fraternidad de Medellín, en calidad de compradora — representada por Rafael Mejía, presidente del Consejo Central y María Cecilia Mejía Jaramillo, Directora Administrativa—. Una vez recibidos los predios, María Cecilia Mejía le solicita al notario que le autorice donarlos al municipio de Medellín, en cabeza del señor alcalde Sergio Fajardo Valderrama.

En este documento público manifestaba que el motivo de esta donación estaba relacionado con el deseo de la Fundación de conmemorar sus 50 años con una trascendental donación que sirviese para brindar educación pública de calidad y pertinencia a las personas de escasos recursos en aras de contribuir a la construcción de una sociedad próspera, equitativa y pacífica. También, con la idea de que se convirtiese en la expresión del

<sup>7</sup> “Ramas de Enseñanza”. *Boletín del Colegio de San José* 12 (1921): 1-32.

<sup>8</sup> Julián González Patiño. “Presencia de una Segunda Expedición Botánica”. *Revista de la Universidad de La Salle* 2, núm. 7 (1980): 18-20.

<sup>9</sup> Sandra Patricia Ramírez Patiño. “Cuando Antioquia se volvió Medellín, 1905-1950: Los perfiles de la inmigración pueblerina hacia Medellín”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38, núm. 2 (2011): 217-253. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/28089/35987>

Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



compromiso de las nuevas generaciones de directivos de la Fundación frente a su destino enmarcado en la solidaridad social y la filantropía. La escritura narraba cómo, al conocer la localización y la extensión de los predios, la Fundación concluyó que, en manos del Municipio, estos podrían ser utilizados por la comunidad, especialmente la de los barrios vecinos, para recreación, cultura y bienestar. En cuanto al colegio, lo consideraban el lugar idóneo para el funcionamiento de un Instituto Tecnológico de amplia cobertura que, para aquel entonces, sería de más de 5 000 estudiantes.

Esta es la razón fundamental que llevó a la Fundación a adquirir los predios anteriormente descritos para donarlos después. Por otro lado, se fijaban unas condiciones para conservar la donación que consistían en que el Municipio debería comprar a la Corporación Universitaria Lasallista el predio donde funcionaba la planta de alimentos<sup>10</sup>; la Fundación podría decidir sobre el nombre que identificaría este complejo educativo, y el Municipio no cambiaría la destinación exclusiva de estos bienes a la educación, cultura, recreación y bienestar social —y en caso de tener que hacerlo, estaría en la obligación de contar con la aprobación de la Fundación, de no ser así, esta podría exigirle al Municipio la devolución de los inmuebles o la cancelación del precio de adquisición actualizado—.

El 25 de julio de 2006, el Municipio de Medellín firma con el ITM el Contrato de Comodato N.º 23 del mismo año, por 5 años, para usar estos predios como se describe en la escritura pública 2.636 del 14 de junio de 2006. El 19 de febrero de 2007, el provincial lasallista, Ramón Noé Gómez Zapata, dona el Museo de Ciencias Naturales del Colegio San José, de la Comunidad Lasallista al Municipio de Medellín, como anexo a la escritura pública no. 2.636 del 14 de junio de 2006. El documento de donación firmado por el provincial, el alcalde de Medellín —Sergio Fajardo Valderrama—, el presidente del Consejo Central de la

Fundación Fraternidad Medellín —Rafael Mejía Correa— y la directora ejecutiva de la misma entidad —María Cecilia Mejía Jaramillo— estipulaba que había unas obligaciones para la comunidad lasallista que consistían en realizar la entrega física a la Alcaldía de Medellín del Museo de Ciencias Naturales, junto con su inventario y documentos oficiales que indicaban que el Museo debería seguir denominándose Museo de Ciencias Naturales del Colegio De San José De La Salle, con el acrónimo CSJ, que funcionaría en la Calle 54A # 30-01 —bajo la administración de la Alcaldía de Medellín—, que tendría una destinación permanente para fomentar la educación y la cultura de los antioqueños y que sus espacios no podrían ser usados para un propósito diferente a este, por el contrario, se deberían acondicionar otros para su mejor funcionamiento. Adicional a lo anterior, se acordaba que la comunidad lasallista podría visitarlo y realizar investigaciones sin ningún costo, sometiéndose a las condiciones estipuladas en los reglamentos del Museo.

En 2006 surge la iniciativa de realizar un inventario de la biodiversidad del Departamento de Antioquia, motivada por la idea de que el patrimonio tanto natural como cultural debía ser explorado, evaluado y conservado como garantía para las generaciones futuras. A esto se le sumaba la concepción de que el conocimiento del territorio, de nuestra geografía y de nuestra historia, permitiría trazar objetivos comunes para que los académicos de las universidades del Departamento aportasen soluciones a los problemas de inequidad y desarrollo logrando, así, un futuro mejor para Antioquia. En el mes de octubre de este mismo año iniciaría sus actividades bajo el nombre de Expedición Antioquia, esperando cumplir con las metas que se propuso para 2013, con la férrea determinación de que solo una nueva independencia podría liberarnos de la inequidad, la pobreza, la desigualdad y el atraso.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Actualmente se encuentra ubicado en este predio el Parque I.

<sup>11</sup> La información de este párrafo fue parafraseada de una presentación elaborada por la decana Paula Botero Bermúdez en 2008, que se encuentra en el Archivo de Gestión del Museo de Ciencias Naturales de La Salle.

El 12 de agosto de 2008, el ITM firma un convenio interadministrativo con el G8<sup>12</sup> y la Gobernación de Antioquia para participar en este programa de investigación. El primer proyecto con el que participó lo venía realizando desde el 8 de abril del mismo año y consistía en la conservación y curaduría de las colecciones del Museo de Historia Natural del Colegio de San José, ejecutado por la Universidad de Antioquia bajo la coordinación de la profesora Marta Wolff Echeverri, cuya duración era de 8 meses y fue prorrogado hasta marzo de 2009. En su informe final<sup>13</sup> se describen las actividades ejecutadas agrupadas en tres fases; se detallan los productos entregados como anexos al informe, que consistieron en catálogos impresos y digitales de siete colecciones, ocho estantes para el almacenamiento de colecciones en líquido y cuatro para el almacenamiento de colecciones en seco nombrados y numerados, así como un estante metálico para el almacenamiento de libros; se referencian las colecciones del Museo, que para ese momento sumaban 15 197 ejemplares distribuidos en siete colecciones entre las que se destacaba la de herpetología; se brindan recomendaciones generales para la preservación de las colecciones y se anexa la declaración de Buffon<sup>14</sup>.

En abril de 2009, el ITM participa con otro proyecto en Expedición Antioquia,

denominado *Historia del Museo de Historia Natural Colegio de San José y sus Sociedades Científicas*<sup>15</sup>, llevado a cabo por Jineth Berrío y Victoria Estrada Orrego, bajo la coordinación de Paula Botero Bermúdez, decana para entonces de la Facultad de Artes y Humanidades<sup>16</sup>. Dicho proyecto estaba estructurado en dos etapas: la primera, con una duración de cuatro meses, consistía en la identificación y valoración de las fuentes documentales que reposaban en el Museo; la segunda, programada para realizarse en cinco meses, estaba encaminada a la formulación, aprobación y desarrollo de un proyecto de investigación histórica. Para el 16 de junio de 2009 se habían registrado alrededor de 1 170 cartas, 900 libros y 400 revistas; luego, para el 7 de diciembre del mismo año, se entregaba el primer informe del proyecto de investigación denominado *Aproximación a la Historia del Museo de Historia Natural Colegio de San José y sus Sociedades Científicas*, con una extensión de 123 páginas y una tabla de contenido de la que se resaltan los siguiente capítulos: “Historia natural y la ciencia en Colombia”, “Museo de Historia Natural Colegio de San José”, “Colectivos de científicos y sociedades”, “Las sociedades en el Colegio de San José de Medellín”. En 2010 se realiza la segunda parte de este proyecto conformado por dos etapas: la primera consistía en la complementación de fuentes documentales sobre el Museo de Historia Natural CSJ y la segunda constaba de una síntesis de las fuentes documentales y la finalización de la reconstrucción histórica; en el mes de diciembre de 2011 se completa esta segunda fase y con la información obtenida se publica en la colección Bicentenario de Antioquia el libro *Museo de Historia Natural Colegio San José. Patrimonio científico e histórico*, con un tiraje de 500 ejemplares.

En julio de 2009, la Facultad de Artes y Humanidades del ITM contrata como profesor ocasional al antropólogo Lázaro Mesa Montoya; bajo la modalidad de

<sup>12</sup> El G8 se concibe en 2004 y está conformado por ocho universidades que son: Universidad EIA, Universidad Pontificia Bolivariana, Universidad Eafit, Universidad de Medellín, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín), Corporación Universitaria Lasallista y Universidad CES.

<sup>13</sup> El informe final reposa en el Archivo de Gestión del Museo de Ciencias Naturales de La Salle

<sup>14</sup> La Declaración de Buffon fue concebida en el Simposio que lleva el mismo nombre, llevado a cabo entre el 18 y el 19 de octubre de 2007 en el Museo Nacional de Historia Natural de París, el cual contó con la presencia de noventa y tres instituciones de historia natural tales como museos, institutos de investigación, jardines botánicos, zoológicos, entre otros. Esta Declaración tenía entre sus propósitos destacar la importancia de las colecciones como herramientas fundamentales para entender el impacto del cambio climático y la pérdida de la biodiversidad, así como llamar la atención de las organizaciones que las tienen bajo su cuidado para que las sigan conservando e inviertan más recursos en ellas.

<sup>15</sup> El informe final del proyecto puede consultarse en el Archivo de Gestión del Museo de Ciencias Naturales de La Salle identificado con el código P-09202.

<sup>16</sup> Paula Botero Bermúdez fue decana de la Facultad de Artes y Humanidades entre 2009 y 2020.

prestación de servicios a la bióloga Danny Urrego Cárdenas, al antropólogo Nicolás Muñetón Aristizábal, a la estudiante Andrea Bustamante Cadavid (Biología); y vincula a los estudiantes Juan Pablo Agudelo Guerra (Filosofía), Juan Manuel Martínez Cerón (Biología), Iván Darío López Lugo (Historia), Leonardo Arias Echeverri, Yony Ruíz Escobar, Jorge Alberto Longas Oquendo, Frank Vélez Penagos (estos últimos de Licenciatura en Artes Plásticas); y a Edwin Londoño Zapata (maestro en Artes Plásticas), con el propósito de poner al servicio de la comunidad del ITM y al público en general el Museo de Ciencias Naturales de La Salle. La primera labor emprendida consistió en realizar una serie de adecuaciones físicas, iniciando por adicionarle un aula de clase con el propósito de que se convirtiese en sala de exposiciones temporal, y la adecuación de la Sala 4 como área de reserva. Después de esto, se almacenaron en este lugar todos los ejemplares que se encontraban en las salas 1, 2 y 3. Por otra parte, se estaban preparando las primeras prácticas educativas que consistieron en varios talleres vacacionales denominados: Taller vacacional de murciélagos. Voladores de colores; Entre el mito y la realidad; Taller vacacional de expresiones gráficas. Collage; Origami, máscaras, títeres y marionetas en el Museo; Taller vacacional del mundo desconocido. Representaciones fantásticas de los animales en el Museo; y Taller vacacional de fotografía digital aficionada, ofertados en el mes de diciembre de 2009. Al mismo tiempo, se realizaba una investigación temática<sup>17</sup>, que culminó en marzo de 2010 y que permitió concebir un guion museográfico para llevar a cabo la exposición permanente del Museo. El 29 de octubre de 2010 el Museo fue inaugurado, poniendo a disposición de sus visitantes 744 m<sup>2</sup> distribuidos en cuatro salas (cuatro permanentes y una temporal), un área de reserva para sus colecciones, una oficina y un centro de documentación; en ese año el Museo recibió a 3 517 visitantes<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> En 2010 se publicó el catálogo de esta exposición bajo el nombre de *Exposición permanente. Museo de Ciencias Naturales de La Salle Un proyecto cultural del ITM* (Editorial Artes y Letras S.A.S).

<sup>18</sup> Este dato fue obtenido de los informes presentados por el Museo a la decanatura de la Facultad de Artes y Humanidades, mismos que pueden consultarse en el Archivo de Gestión del Museo.

Otro aspecto en el que se trabajaba arduamente era el registro de las colecciones zoológicas ante el Registro Nacional de Colecciones (RNC), efectuado en noviembre 3 de 2010, y en la estructuración del Museo, como puede evidenciarse en la Resolución 03 del 20 de noviembre de 2010, expedida por el Consejo de Facultad de Artes y Humanidades. En ella, se especifica su naturaleza, nombre, domicilio, misión, visión, objetivos, conformación, definición y función de sus áreas, conformación y funciones del Comité del Museo.

### **En los albores de articular un Museo de Ciencias Naturales y los Planes de Desarrollo institucional - ITM**

El 30 de enero de 2012 se firmaba el Acuerdo 01, por medio del cual se aprobaba y adoptaba el Plan de Desarrollo Institucional “ITM Camino de ciudad para la equidad y la inclusión social” (2012-2015), donde el Museo fue incluido con el proyecto denominado “Museo de Ciencias Naturales de La Salle, un Proyecto Cultural del ITM”, en el eje temático 3. “Responsabilidad Social y Proyección Institucional”, cuyo objetivo estratégico consistía en: “Generar acciones que [evidenciaran] la corresponsabilidad de la Institución, la sociedad, la familia, el sector productivo y solidario, y el Estado para la formación integral del ciudadano y el desarrollo sostenible del entorno”. Los productos que debían concretarse son los que aparecen relacionados en la Tabla 1.

Este hecho representó un hito para el Museo de Ciencias Naturales de La Salle, pues el ITM formalizaba de manera más estrecha su relación con él, al incluirlo en su política institucional y, a la par, le brindaba gobernanza, un plan estratégico y un plan de inversión a cuatro años. Vale la pena mencionar que el proyecto denominado “Museo de Ciencias Naturales de La Salle, un proyecto cultural del ITM” fue elaborado bajo las metodologías de marco lógico y del Banco de Programas y Proyectos de Inversión Nacional (BPIN).

Tabla 1. Productos Museo, Plan de Desarrollo 2012-2015



En lo que respecta a sus prácticas educativas, Hincapié Arango y Gustin-Mora<sup>19</sup> indican que cuatro talleres vacacionales fueron las primeras prácticas educativas dirigidas al público en general realizadas en este centro museal durante el año 2009; los mismos autores, al recabar información acerca del Museo, compilaron datos sobre los programas, proyectos y estrategias educativas diseñadas e implementadas por el Área de Educación hasta el año 2022. En lo que respecta a los servicios educativos de 2023, en el Informe de Gestión del Museo de dicho año se reportan más de 600 servicios (Figura 2).

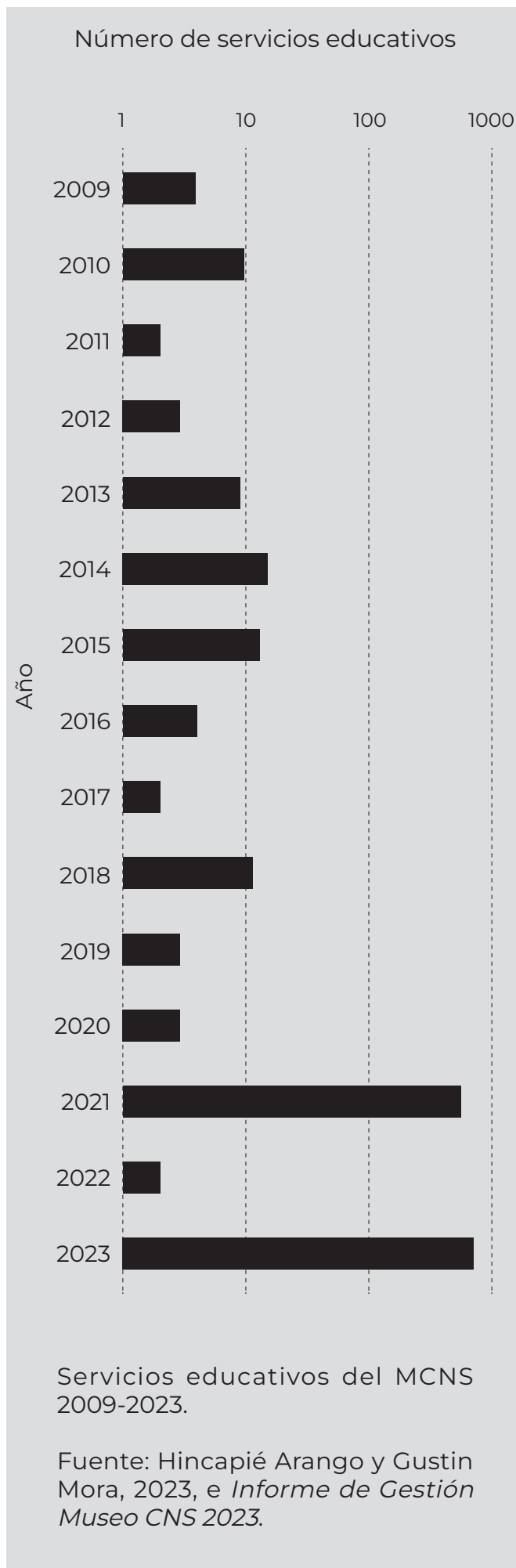
En lo que se refiere a sus exposiciones, Del Valle<sup>20</sup> indica que para el periodo 2010-2016 se llevaron a cabo 72, las cuales fueron presentadas al público en los formatos permanentes, temporales, itinerantes y móviles. De acuerdo con los informes de gestión de este centro museal, elaborados entre 2017 y 2023, se han concebido 85 exposiciones.

Todas las actividades antes mencionadas han sido dirigidas tanto a la comunidad itemista como a otros públicos de la región. Para el mismo periodo se han atendido a 45 202 personas entre los 4 y 78 años de edad provenientes de instituciones públicas y privadas (escuelas, colegios y universidades), empresas, ciudadanos de a pie, y, por supuesto, la misma comunidad del ITM.

En relación con la investigación, a partir de 2012 se han desarrollado siete proyectos en los que han contribuido aliados como Massey University of New Zealand, University of Minnesota, Universidad de Antioquia, Corporación Universitaria

<sup>19</sup> Dane Alexander Hincapié Arango y Natalia Gustin-Mora. "Un breve recorrido por las prácticas educativas del MCNS a lo largo de su historia: 1913-2006, 2009-2023" [ponencia]. V *Encuentro de Investigadores Da Vinci-Apropiación Social del Conocimiento*, Medellín, ITM, 2023.

<sup>20</sup> Víctor Manuel Del Valle. *Una mirada a la museografía del Museo de Ciencias Naturales de La Salle entre los años 2007 al 2016 y su proyección al año 2019* [tesis de maestría, Instituto Tecnológico Metropolitano]. Repositorio Institucional ITM, 2021. <https://repositorio.itm.edu.co/handle/20.500.12622/297>



Lasallista y Universidad Nacional de Colombia; así como grupos de investigación del ITM, entre estos: Automática, Electrónica y Ciencias Computacionales, y Artes y Humanidades. El objetivo principal de los proyectos, en un sentido amplio, ha sido estudiar y divulgar las colecciones científicas que alberga el Museo, adoptando una perspectiva transdisciplinar que promueva una interpretación de la biodiversidad y los ecosistemas para su conservación a largo plazo. Entre los resultados de estos proyectos se encuentran publicaciones en revistas indexadas nacionales e internacionales, así como registros de diseño industrial y softwares, y participaciones en eventos académicos con componente de apropiación social del conocimiento —donde se ha obtenido reconocimiento a mejor ponencia—.

En el año 2018, el MCNS es reconocido por Colciencias —ahora Minciencias— como actor “Centro de Ciencia” de tipología “Espacios para las ciencias exactas, físicas, sociales y la tecnología” con una vigencia de tres años (Resolución No. 0520 de 29 de mayo 2018); en 2021, nuevamente se concede tal reconocimiento por Resolución No. 2398 de 22 de noviembre, por un periodo de cinco años. Los Centros de Ciencia<sup>21</sup> son una estrategia creada por el Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación —Colciencias, más tarde adherida al Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (Minciencias)—, concebidos como espacios idóneos para el intercambio, la comprensión y el uso contextualizado y democrático de la ciencia, la tecnología y la innovación (CTI) por parte de la sociedad en el marco de la Estrategia Nacional de Apropiación Social de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación.<sup>22</sup> Estos centros buscan construir lenguajes comunes para entablar diálogos abiertos, plurales y diversos, y potenciar el acceso

<sup>21</sup> Reconocimiento de actores. Centros de Ciencia. Ver [https://minciencias.gov.co/portafolio/reconocimiento\\_de\\_actores/centros-ciencia](https://minciencias.gov.co/portafolio/reconocimiento_de_actores/centros-ciencia)

<sup>22</sup> Colciencias. *Estrategia Nacional de Apropiación Social de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación*. Bogotá: Colciencias, 2010. [https://minciencias.gov.co/sites/default/files/ckeditor\\_files/estrategia-nacional-apropiacion-social.pdf](https://minciencias.gov.co/sites/default/files/ckeditor_files/estrategia-nacional-apropiacion-social.pdf)

Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo



a la información y el intercambio de conocimientos.

Este reconocimiento sumó un nuevo engranaje para que el Museo se articulara con el Plan de Desarrollo Institucional 2022-2025, “Hacia una era de universidad y humanidad” en la Línea Estratégica 2, Apropriación de la Ciencia, Tecnología e Innovación de Alto Nivel con sentido Humano, incentivando, a su vez, la reimaginación del museo como aliado para la realización de procesos para la apropiación y la comunicación de la ciencia.

### **En perspectiva**

Múltiples acciones se han realizado desde el MCNS para articularse a los planes de desarrollo institucional y consolidar un espacio museal al servicio de la comunidad. Este lugar, en clave de procesos que han requerido adaptación para responder a entornos que son cambiantes, desarrolla estrategias divulgativas e investigativas que comunican baluartes del patrimonio natural que, a la fecha, representan aproximadamente el 3.5 % de la fauna que se encuentra en Colombia, además de salvaguardar ciento cincuenta y dos ejemplares a partir de los cuales los científicos han descrito nuevas especies para la ciencia, conocidos en el mundo científico como “especímenes tipo”.

En el corto plazo, el MCNS espera convertirse en un Departamento de Estudios del Patrimonio y la Cultura en el que se puedan compartir sus conocimientos, reflexiones e investigaciones relacionadas con los campos disciplinares que en él convergen, tales como la museología, la museografía, la astronomía, la antropología, los estudios culturales, los estudios del patrimonio, la curaduría de colecciones biológicas, entre otros, por medio de una oferta educativa que inicia con una técnica en Museografía, y continúa luego con un pregrado en Estudios Culturales y otro en Museografía para la comunicación de la ciencia, convencido de que por medio de ella se logrará valorar la dignidad humana y la diversidad biológica y cultural como elementos fundamentales para constituir una sociedad más empática, equitativa y pacífica.

Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



Ilustración:  
Frank Vélez Penagos





*ITM en extimidad*

Sección 4



# Redención educativa con el ITM

*Gilmer Mesa*

*Emancípate de la esclavitud mental. Nadie más que nosotros mismos podemos liberar nuestras mentes.*

Bob Marley, *Redemption Song*.

Remascando sus días áridos como sogas, sin encontrar función distinta al repaso del delito cometido una y otra vez, consumen el tiempo en prisión los más de cien hombres detenidos en el Centro de Reclusión Transitorio (CRT) de Rionegro; un tiempo distinto que corre al revés porque cada minuto que avanza en el reloj es uno menos en su condena, autopista de dos vías contrarias con un mismo destino: la ansiedad.

Las horas del preso son pesadas y abúlicas, porque el tiempo sin oficio es anémico e impalpable como el polvo que flota en el aire; unos hablan, otros juegan cartas, algunos colaboran con los oficios del penal, otros pocos leen, pero todos esperan; la espera es la verdadera condena, esperan que algo pase y les permita sentir que avanzan hacia algo, porque la quietud ahoga, porque las actividades son pocas y rutinarias: dormir, comer, estar presente para las dos contadas del día, observar el cielo enrejado que desde su perspectiva también parece un preso, y casi nada más; por eso los hombres se inventan intrigas, discusiones y embelecocos con qué combatir el tedio e imponer un mínimo orden de jerarquías entre los internos de los dos patios que componen el CRT. Los del

patio uno, que son en su mayoría oriundos de la región, buscan camorra contra los del patio dos, que alberga mayormente foráneos considerados por los primeros como advenedizos, y que, por tanto, deben pagar el derecho de patio consistente en una tunda diaria hasta que los propios consideran saldada la deuda e impuesta la subordinación; peor suerte corren los nuevos, aquellos que recién ingresan, porque sin importar a qué patio caigan, unos y otros encontrarán motivos para esquilmarlos lo que tengan y propinarles las zurras correspondientes; el ocio envilece más a los viles y desespera a los nobles, sumiendo a todos en ansia palpitante que suele terminar en apuros y contiendas, en castigos mayores y procesos disciplinarios.

La cárcel es la vitrina olvidada de un almacén de mascotas en donde los presos son los ratones que, después de estar encerrados aguardando la liberación, son rescatados solo para ser devorados, son el extremo más despreciado dentro de lo marginal y, por eso, la sociedad hace caso omiso de su presencia pasando por encima de ellos, cuidándose de no untarse de su nefanda existencia, como si ensuciaran; y más una sociedad como la nuestra que patrocina por doquier el crimen para enconarse después

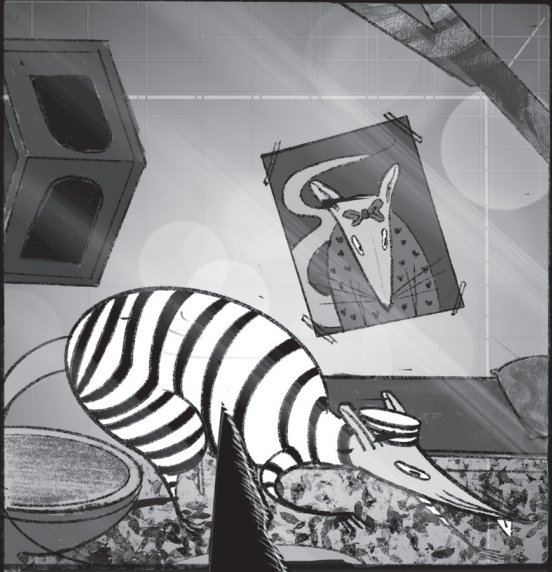
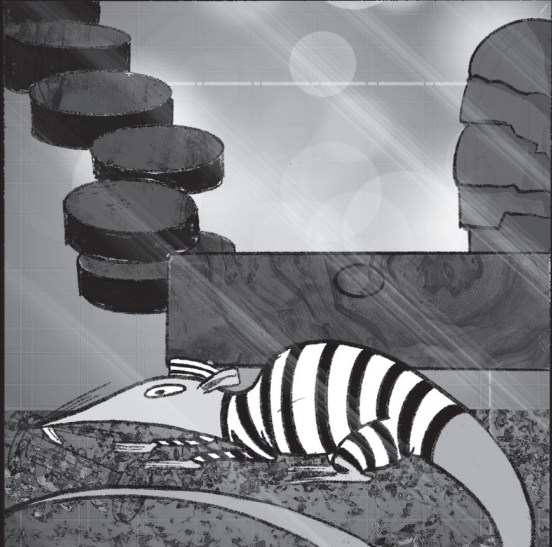
a ultranza contra el criminal, una sociedad que juzga con ligereza y crueldad los delitos que ella misma propicia, segura de que las fechorías únicamente las cometen los demás y que el delincuente debe purgar no solo sus culpas sino, y sobre todo, nuestras frustraciones y desgracias, una sociedad que niega todas las oportunidades pero es implacable con quienes encuentran caminos alternos, siempre y cuando no pertenezcan a aquella minoría que, aun teniendo todas las oportunidades que negaron al resto, se siente con el derecho de infringir todas las normas —con estos es laxa en penas y sanciones, con aquellos es fiera y despectiva—. Sometidos a tan desequilibrada balanza de justicia interna y externa se encontraban los internos del CRT Rionegro hasta la llegada de la nueva directora: la abogada Catherine Orozco Quintero, el 18 de abril del 2023, quien se impuso calibrar el desnivel por medio de un sistema acorde con los tiempos que corren, ordenado y participativo, con el que ha venido consolidando una pacificación sistemática entre los patios y, más importante, logrando que los reclusos ocupen su tiempo en actividades que, además de nutrirlos física e intelectualmente, les consiguen la ansiada “redención”, que es la manera como se refieren a la reducción de penas por trabajo y estudio, y que es la modalidad con que el ITM se vincula a esta institución y el tema que me invitó a escribir este texto.

Redención: palabra construida por el prefijo re, “de nuevo”, y la raíz *émere*, “comprar”, textualmente significa “comprar de nuevo”. Se refiere al importe pagado para obtener la libertad de un esclavo o cautivo, o bien, para volver a adquirir o recomprar algo que se había vendido o empeñado. Por otro lado, en teología, la redención hace referencia —según la doctrina cristiana— al rescate que Cristo hizo mediante su pasión y muerte para redimir a la humanidad de sus pecados. Según la Biblia, Jesús pagó el precio por la liberación del hombre del pecado y sus consecuencias<sup>1</sup>, y su muerte fue ofrecida a cambio de la vida de los hombres; de hecho, el libro dice claramente que la redención solo es posible “a través

"La cárcel es la vitrina olvidada de un almacén de mascotas en donde los presos son los ratones que, después de estar encerrados aguardando la liberación, son rescatados solo para ser devorados(...)"

Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez

<sup>1</sup> Mateo 20:28; 1 Timoteo 2:6.



de su sangre”<sup>2</sup>, lo que doctrinalmente se ha interpretado como su muerte, definición del término con la que estaba familiarizado en mi rematada ignorancia considerando que era la única acepción. Por lo tanto, escuchar que los presos del Centro Transitorio Penitencial de Rionegro llamaban con esta palabra a las horas de estudio formal y no formal, al trabajo comunitario o al aprendizaje de oficios con que descuentan tiempo de condena, fue sorprendente y lo primero en captar mi atención, obligándome a revisar el primer sentido del término que alude a la liberación de personas de alguna condición (esclavitud, prisión), de una situación (vejamen, dolor, castigo), o de una obligación o compromiso (deuda, hipoteca), después de lo cual todo cobró sentido. De hecho, en el Título VIII (Educación y enseñanza) de la Ley 65 de 1993 se habla y establece:

REDENCIÓN DE PENA POR ESTUDIO. El juez de ejecución de penas y medidas de seguridad concederá la redención de pena por estudio a los condenados a pena privativa de la libertad. A los detenidos y a los condenados se les abonará un día de reclusión por dos días de estudio. Se computará como un día de estudio la dedicación a esta actividad durante seis horas. Así sean en días diferentes. Para estos efectos no se podrán computar más de seis horas diarias de estudio.<sup>3</sup>

Esto me llevó a indagar un poco más sobre el tema para examinar cómo y dónde surgió esta idea en el mundo y, sobre todo, para resaltar el papel que cumple el ITM en este proyecto hoy en día cuando tiene un acuerdo con el CRT de Rionegro para impartir educación en dos programas tecnológicos a siete personas privadas de la libertad (PPL).

## Empecemos por el principio

<sup>2</sup> Colosenses 1:14.

<sup>3</sup> Congreso de Colombia, *Código Penitenciario y Carcelario*. Ley 65 de agosto 19 de 1993. D.O. No. 40.999 del 20 de agosto de 1993. [http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley\\_0065\\_1993.html](http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley_0065_1993.html)

Los centros de reclusión han existido desde el origen de los tiempos, en la mitología son ya clásicos los lugares de encierro; para los griegos de Hesíodo estaba el Tártaro, el lugar más bajo del universo —por debajo del Inframundo pero separado de él—, un abismo oscuro usado a modo de prisión donde se encerraba a los monstruos y a los titanes, y también a algunos mortales que hubieran perpetrado pecados imperdonables —los castigos para cada mortal eran diferentes dependiendo del crimen cometido—. En la Roma del siglo III a. C. la cárcel no era un sitio de reclusión sino de custodia en donde el acusado, primero, comparecía en un juicio para, luego, ser castigado; las penas eran la muerte, en casos capitales, y la tortura, con diferentes grados de severidad dependiendo del crimen —con la que se buscaba evitar la reincidencia en el delito—. El libro máximo del cristianismo tiene un listado de sitios de reclusión con múltiples nombres “casa del castillo” (Génesis 39:20), “casa de la cisterna” (Éxodo 12:29), “casa de detención” (1 Reyes 22:27), “casa de custodia” (Génesis 42:19), “casa de encierro” (Jueces 16:21), “casa de los cepos” (2 Crónicas 16:10), etc.

Entre diversos pueblos de la antigüedad, como los egipcios, los filisteos, los asirios, los babilonios y los persas, el confinamiento carcelario era una forma de castigo legal. Durante mucho tiempo, más o menos hasta el siglo XVI, el énfasis de los establecimientos de castigo estuvo puesto en los efectos punitivos sobre el cuerpo: es el caso del suplicio, usado para causar terror e imponer el miedo como forma de establecer el orden social. A partir del siglo XVIII y, sobre todo, después de los eventos desatados con la toma de la Bastilla que desembocaron en la Revolución francesa, la concepción de la cárcel como sinónimo de castigo y tortura se empezó a desdibujar y revisar para estar más acorde con los principios de libertad, igualdad y fraternidad impuestos por aquella, dando paso a un nuevo concepto acuñado por normas tanto internacionales como nacionales: la resocialización o reeducación de las personas que se encuentran en centros carcelarios, lo que coincide, por un lado, con el incremento de la riqueza en general —que trajo como consecuencia una disminución

de crímenes de sangre y un incremento en crímenes contra la propiedad— y, por otro, con una fuerte escasez de mano de obra y la necesidad de volver productivas a todas las personas, incluyendo los presos, con lo cual desaparece el suplicio como forma de castigo motivando la humanización de las penas y la creación de una nueva economía del castigo —como lo analizó Foucault en su célebre libro *Vigilar y castigar*—.

### **Mano de obra abarataada**

Buscando una adecuación de los presos como mano de obra gratuita, o muy barata, surgen las casas de trabajo, que pretenden, sobre todo, la reinserción del preso a la sociedad a través de su labor obrera, y que los castigos pasen a ser purgados con horas de trabajo arduo. Solo es hasta muy entrado el siglo XX, con el surgimiento de la cárcel moderna, que las ideas punitivas de la sociedad occidental dan un viraje para incluir a la educación como una forma de recuperar al preso e insertarlo de nuevo a la sociedad de una manera proba y productiva. Este tipo de resocialización se da en relación al derecho a la educación como derecho humano a partir de la *Declaración de los Derechos Humanos* (1948), haciendo énfasis en el Artículo 26 que especifica: “Toda persona tiene derecho a la educación”, incluida la población carcelaria. También en la *Convención contra la Tortura y otros Tratos o Penas Cruelles, Inhumanos o Degradantes*, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1984, se habla de que “Toda persona privada de la libertad tiene derecho a la educación”.

Por su parte, en la normatividad colombiana, la *Constitución Política* de 1991 establece en los Artículos 12, 13, 17 y 28 el derecho a la libertad y las condiciones para la detención de las personas, y prohíbe la tortura y los “tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes”. Colombia también trata el tema de la educación en prisiones en el Capítulo V de la Carta Magna, en el Título III de la Ley 115 —Ley General de Educación de 1994—, y en el marco legal del Sistema Penitenciario dado por la Ley 65 de 1993 —por medio de la cual se expide el *Código Penitenciario y Carcelario*—. En este se

incluye el tratamiento penitenciario, en su Artículo 94, y se indica que la educación, al igual que el trabajo, constituye la base de la resocialización; el Artículo 95 establece que la Dirección General del INPEC determina los estudios que se deben organizar en los centros penitenciarios y que sean válidos para la redención de pena; y en el Artículo 98 se determina la enseñanza como actividad de redención, instrucción a otros en alfabetización, enseñanza primaria, secundaria, artesanal, y técnica. De lo que da muestra lo anterior es de un proyecto de reintegración social relativamente nuevo pero muy efectivo, al menos como modelo de redención por pena y en razón de la actitud positiva general frente a la educación en las cárceles por parte de los internos. Las solicitudes de ingreso a la educación formal son bastante numerosas, nos dice Edgar Alberto Molano en un artículo sobre la educación como medio para la rehabilitación:

La actividad académica es la actividad más solicitada después de la actividad de ocupación laboral, así, la demanda de cupos es significativamente superior a la oferta institucional. Generalmente el interno solicita ingreso a la educación formal después de haber insistido por una ocupación en la actividad laboral, pues esta genera ingresos económicos que, aunque escasos, le sirven para aportar al sostenimiento de sus familias en la calle<sup>4</sup>.

Ahora miremos cómo ha sido este proceso en Colombia y de qué manera el ITM logra intervenir en el Centro de Reclusión Transitoria de Rionegro durante el año 2023, así como cuál es la proyección que tiene de mantener a futuro este proyecto y hacerlo extensivo a otros centros de reclusión de la ciudad y del país.

<sup>4</sup> Edgar Alberto Molano Gómez, “La educación como medio para la rehabilitación, resocialización y redención de pena del interno en los establecimientos penitenciarios y carcelarios de Colombia en el periodo 2004 a 2010” [tesis de pregrado]. Universidad Libre, 2011, 40. <https://repository.unilibre.edu.co/handle/10901/6411>



## La historia es un poco más larga

Las primeras construcciones carcelarias del país datan de finales del siglo XVI: en 1587 las de Chocontá y Charalá, en 1597 la de Río de Oro y en 1600 la de Santa Fe de Antioquia; 290 años después —finalizando el siglo XIX—, en 1890, las religiosas del Buen Pastor establecen la primera cárcel de mujeres con nombre homónimo al de su orden —que mantienen hasta hoy—, y en ese siglo también se hacen las de El Cocuy (1869), Yarumal (1880), Garagoa (1884), Gachetá (1882) y Rionegro (1890); despuntando el siglo XX, en 1906, se crea la primera colonia penal del país; todas ellas siguiendo el modelo de panóptico, un sistema de prisión que permitía el control y vigilancia de los detenidos desde una torre central. En los años cuarenta del siglo pasado se construyen cárceles con mayor capacidad y con sistemas más modernos para su época, aunque hoy son completamente obsoletos, como La Picota, Palmira y Popayán. En Antioquia, el origen de las cárceles se da a partir de la iniciativa del primer regenerador, Don Antonio Mon y Velarde, quien a finales del siglo XVIII

aportó la mentalidad y el esfuerzo ilustrado interesados en la condición humana y el mejoramiento de la misma en el recluso, ordenando la construcción de cabildos con cárceles en la ciudad y la Provincia, porque además de criminales probados estos centros acogían a cantidad de vagos y desocupados —también conocidos como malentretenidos, a quienes el oidor prescribía reclusión como cura para su pernicie—. El surgimiento de los Estados en el siglo XIX planteó que cada región debía asumir la construcción, administración y financiamiento de sus centros de reclusión, antes atendidos por el gobierno central, lo que obligó a que el Estado de Antioquia revisara sus instituciones; es entonces cuando surge la idea de un cantón urbano en Medellín en que los presos, además de purgar una pena por sus delitos, lograrán una rehabilitación a través del trabajo y aportarán al mejoramiento de la vida social con funciones como asear calles, limpiar acueductos y acequias, etc., propuesta que fue acogida con entusiasmo por el gobierno, quien la reglamentó y le adhirió que los reclusos fueran remunerados por empresarios particulares.

"(...)observar el cielo enrejado que desde su perspectiva también parece un preso, y casi nada más(...)"

Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo

Las reformas de medio siglo hicieron que se discriminaran los centros de reclusión porque, como lo manifestaba Salvador Camacho Roldán en *El Neo-granadino*: "[...] era inadecuada la mezcla de los criminales llevados 'para la corrección' y los que, sin serlo, habían caído a la cárcel por asuntos no delictivos propiamente, como deudas, vagancia o contravenciones de las normas policiales y por sospechas"<sup>5</sup>. En ese contexto surgen la casa de reclusión o casa de trabajo destinada a la transacción de la condena por trabajos pesados en vías y obras públicas —como fue la colonia penal de Patiburrú—, y otros más suaves, con trabajos artesanales que eran regionales, así como las casas de prisión, de carácter nacional, a las que habría de sumarse una nueva institución: la penitenciaria. Luego llegan los gobiernos liberales cuya máxima innovación en la materia fue la abolición de la pena de trabajos forzados, buscando

<sup>5</sup> José Ortega Torres, "Boceto biográfico de Salvador Camacho Roldán", *Obras de Marco Fidel Suárez*, tomo III (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1980): 1657-59.

con esto la humanización de la pena y dejando este castigo anacrónico y brutal exclusivamente para quienes se portaban mal; sin embargo, la misma legislación que derogó este castigo dispuso que el equivalente en adelante para quien fuera sentenciado a esta pena sería el incremento de presidio por una cuarta parte más del término correspondiente. Es importante señalar, así mismo, que en 1914 se creó la Dirección General de Prisiones y se trazaron las primeras normas de operación de la cárcel como medio de sanción social.

### **La educación redentora**

El 30 de diciembre de 1992 se creó el Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario (INPEC) que reemplazó a la antigua Dirección General de Prisiones. El propósito de este cambio institucional responde a la necesidad imperiosa de modernizar el sistema penitenciario, enfatizando en la humanización y, sobre todo, en la resocialización de los reclusos. Con este Instituto se crearon, a su vez, las oficinas por despachos: Secretaría General, Planeación, Control Interno y las Divisiones de Recursos Humanos, Financiera, Servicios Administrativos y Sistemas e Informática, además se transformaron y complementaron las antiguas Divisiones de Inspección, Legal y Rehabilitación, en la Oficina Jurídica y la Subdirección de Tratamiento y Desarrollo Penitenciario. Entre las funciones más destacadas del consejo directivo del INPEC estuvo la de velar por el desarrollo y capacitación de sus empleados, por lo que, haciendo caso a una iniciativa del Gobierno nacional, surge la Escuela Nacional Penitenciaria y Carcelaria Enrique Low Murtra para desarrollar actividades y cumplir tareas de tipo educativo permanente, de acuerdo con diversas modalidades de cursos para el personal del INPEC y de instituciones afines nacionales e internacionales.

En 1997 se creó el Consejo Nacional de Política Carcelaria y Penitenciaria reglamentado por el Decreto No. 3001 del 19 de diciembre, que plantea una nueva política para las cárceles; entre sus funciones cabe destacar el apartado b): “Diseñar y recomendar programas de rehabilitación y

reinserción a la sociedad para los reclusos de los establecimientos penitenciarios y carcelarios, así como proyectos de asistencia post penitenciaria al Consejo Directivo del INPEC o a su director, según el caso”<sup>6</sup>. Este Decreto está relacionado directamente con lo contemplado en la normatividad colombiana, que introduce el concepto de tratamiento penitenciario a partir de la Ley 65 de 1993, *Código Penitenciario y Carcelario*, y que responde a todas las acciones sistemáticas y metódicas orientadas a lograr la resocialización de las personas recluidas en un establecimiento penitenciario, para así reducir y/o eliminar las posibilidades de reincidencia en el sistema. Como dice el Artículo 10 de dicha Ley:

El tratamiento penitenciario tiene la finalidad de alcanzar la resocialización del infractor de la ley penal, mediante el examen de su personalidad y a través de la disciplina, el trabajo, el estudio, la formación espiritual, la cultura, el deporte y la recreación, bajo un espíritu humano y solidario.

Los ocho artículos contenidos, desde el 142 hasta el 150, en el Título XIII de esta Ley se ocupan de su reglamentación bajo los principios del sistema progresivo.

El *Código Penitenciario y Carcelario* sirvió para que las cárceles, en manos del INPEC, se plantearan la posibilidad de brindarle al interno espacios y herramientas de crecimiento que lo impulsen a desarrollar estrategias de superación. A partir de ahí surge la Resolución No. 4105 de septiembre 25 de 1997, por medio de la cual se expiden las pautas de educación penitenciaria, el reglamento de las fases de tratamiento penitenciario y las guías generales científicas que, en su artículo primero, establece que: “El objetivo del tratamiento penitenciario a través del Sistema Progresivo, es preparar al condenado mediante su resocialización

<sup>6</sup> Federico Marcos Martínez, “Centros de reclusión en Colombia: un estado de cosas inconstitucionales y de flagrante violación de derechos humanos”, *Revista de Derecho Penal*, núm. 29 (2002): 31.

para la vida en libertad”<sup>7</sup>. A su vez, el Artículo 94 del Título VIII de dicho Código alude:

La educación al igual que el trabajo constituye la base fundamental de la resocialización. En las penitenciarías y cárceles de Distrito Judicial habrá centros educativos para el desarrollo de programas de educación permanentes, como medio de instrucción o tratamiento penitenciario, que podrán ir desde la alfabetización hasta programas de instrucción superior. La educación impartida deberá tener en cuenta los métodos pedagógicos propios del Sistema Penitenciario, el cual enseñará y afirmará en el interno, el conocimiento y respeto de los valores humanos, de las instituciones públicas y sociales, de las leyes y normas de convivencia ciudadana y el desarrollo de su sentido moral. En los demás establecimientos de reclusión, se organizarán actividades educativas y de instrucción, según las capacidades de la planta física y de personal, obteniendo de todos modos, el concurso de las entidades culturales y educativas. Las instituciones de educación superior de carácter oficial presentarán un apoyo especial y celebrarán convenios con las penitenciarías y cárceles de distrito judicial, para que los centros educativos se conviertan en Centros Regionales de Educación Superior Abierta y a Distancia (CREAD), con el fin de ofrecer programas previa autorización del ICFES. Estos programas conducirán al otorgamiento de títulos de educación superior. Los internos analfabetos asistirán obligatoriamente a las horas de instrucción, organizadas para este fin. En las penitenciarías, colonias y cárceles de Distrito Judicial, se organizarán sendas bibliotecas. Igualmente, en el resto de centros de reclusión se promoverá y estimulará entre los internos, por los medios más indicados, el ejercicio de la lectura.<sup>8</sup>

Hoy en día la oferta educativa del INPEC propone los siguientes programas:

- a. Educación básica —primaria y secundaria— (cuatro ciclos).
- b. Educación media (2 ciclos).
- c. Validación del bachillerato.
- d. Presentación pruebas del ICFES.
- e. Educación superior.

### Se vincula el ITM

El Laboratorio de Economía de la Educación (LEE) de la Universidad Javeriana calculó que en abril del 2021 se sumaron alrededor de 22 000 reincidentes en todo el sistema, que le cuestan al país aproximadamente 650 000 millones de pesos al año<sup>9</sup>. Con ese dinero se podría financiar, por ejemplo, el costo promedio de 350 colegios oficiales (que equivale al costo de 253 000 estudiantes), o la “matrícula 0” de un semestre de los estudiantes de instituciones de educación superior públicas de estratos 1, 2 y 3.

Según un censo realizado por la Oficina de Planeación del INPEC en junio de 2021<sup>10</sup> — para el que se obtuvo la respuesta por parte del 98 % de la población total a esa fecha— un grueso de los reclusos (56.62 %) está ubicado en el nivel de básica secundaria (bachillerato incompleto o completo); la sumatoria de los porcentajes de personas que han cursado algún nivel de primaria (12.09 %) y de los que la han culminado (19.64 %) nos arroja un elevado 88.35 %; estos porcentajes, aunados al 4.53 % de analfabetismo, determinan, de entrada, el porcentaje de personas que no tienen una opción cercana abierta a la educación superior —es claro que cuanto más lejos se encuentra una persona de la finalización del bachillerato, menos opciones tiene de acceder a estudios superiores—. Ahora, la demanda de educación superior se estructura a partir de una población con ciertas características (perfil): el porcentaje

<sup>7</sup> INPEC, Por medio de la cual se expiden las pautas de educación penitenciaria, el reglamento de las fases de tratamiento penitenciario, las guías generales científicas y se dictan otras disposiciones, Resolución 4105 de septiembre 25 de 1997. D. O. No. 43169 del 10 de noviembre de 1997. <https://www.suin-juriscal.gov.co/viewDocument.asp?ruta=Resolucion/4023207>

<sup>8</sup> *Código Penitenciario y Carcelario*, Art. 94.

<sup>9</sup> Laboratorio de Economía de la Educación (LEE) de la Pontificia Universidad Javeriana, Informe No. 037. Educación en los centros de reclusión para adultos, un desafío para la reincorporación social en el país (Bogotá: LEE, 01 de julio de 2021).

<sup>10</sup> *Ibíd.*, 3.

de internos que tienen título de bachiller es tan solo del 18.54 %, el 2.3 % ha cursado algún nivel de educación superior y el 7.3 % corresponde a profesionales, técnicos o tecnólogos. Las cifras, en su conjunto, denotan un bajo nivel de escolaridad y fuertes carencias educativas. La realidad que se vive en los establecimientos carcelarios es la síntesis de la problemática que se vive en la sociedad en general, puesto que la cárcel traduce la situación de las sociedades en las que se encuentra y recrea en micro los problemas dentro de sus muros.

El informe del Laboratorio también encontró que la mitad de las personas privadas de la libertad alcanzan quinto de primaria como máximo grado en la educación básica y media, mientras que el 90 por ciento no tienen educación superior, lo que indica que la probabilidad de participar en una acción delictiva aumenta cuando existe un menor nivel educativo.<sup>11</sup>

Al revisar estos datos se puede verificar que en los centros de reclusión hay una presencia significativa de personas con bajos niveles académicos que reinciden en delitos. Esto refleja un escaso desarrollo de competencias para el mercado laboral, lo que, a su vez, se traduce en bajos ingresos económicos: “Estamos frente a un círculo vicioso: la pobreza está determinada por varios factores entre los cuales están los bajos niveles educativos, el desempleo, la desigual distribución del ingreso, la ausencia de servicios básicos, las reducidas posibilidades de acceso a la salud, etc.”<sup>12</sup> En una situación de creciente desigualdad en el disfrute de la riqueza, de los bienes y servicios más elementales, altos índices de desempleo y pobreza, la criminalidad prolifera y la familia, que es la base de la sociedad, se desarticula sobreviniendo la falta de control y guía de los hijos o la transmisión de valores equivocados.

"estaba el Tártaro,  
el lugar más bajo del  
universo  
—por debajo del  
Inframundo pero  
separado de él—, un  
abismo oscuro usado  
a modo de prisión  
donde se encerraba  
a los monstruos y a  
los titanes, y también  
a algunos mortales  
que hubieran  
perpetrado pecados  
imperdonables(...)"

<sup>11</sup> Ibíd.

<sup>12</sup> Campo Elías Amaya Velosa, El drama de las cárceles en Colombia (Bogotá: Ediciones Librería el Profesional, 2001): 99.



Por otra parte, las exploraciones del LEE en 2019 sobre los índices de escolaridad universitaria indican que en Colombia solamente el 39.7 % de bachilleres accede a la educación superior; entre este bajo porcentaje abundan las deserciones, además de las historias personales de exclusión del sistema escolar, que son innumerables; por tanto, podemos concluir que muchas de estas experiencias frustrantes con las instituciones educativas están asociadas al desengaño por la idea de la educación como factor de movilidad social a corto y mediano plazo, y a la prioridad de generar ingresos económicos rápido para solventar las necesidades básicas propias o de sus familias. Además, es necesario reconocer que cada vez es más palpable el hecho de que alcanzar un nivel profesional no conjura las dificultades de acceder al mercado laboral; incluso en los casos de mediana escolarización previa al ingreso a la cárcel se encuentran dificultades en el desarrollo funcional de los aprendizajes formales; esto es significativo al momento de plantear propuestas educativas para los reclusos, ya que deben estar orientadas a suplir las demandas laborales actuales. En este sentido, el ITM ha sido una institución pionera, pues desde sus inicios uno de sus objetivos fundamentales ha sido la preparación para el trabajo.

El Centro de Reclusión Transitoria de Rionegro (CTR) es una institución que, al momento de este texto, atiende a 114 personas privadas de la libertad (PPL). Está dirigido por la abogada Catherine Orozco Quintero, quien recibió la institución con 300 detenidos transitorios, de los cuales 186 ya han sido condenados y transferidos a otros centros penitenciarios del país administrados por el INPEC donde deben cumplir su sentencia. Dado que este centro —como su nombre lo indica— solo recibe detenidos en espera de condena, los programas de resocialización y redención requieren un modelo especial, contexto en el cual la llegada del ITM representa un hecho excepcional; así, la alineación en las voluntades de los directivos en idénticas proporciones representa el inicio de algo verdaderamente significativo.

Esa tarde, mientras Robinson Abraham Tobón Duque reposaba el almuerzo en el

patio dos, vio aparecer a dos funcionarios de ITM que cumplían con un voluntariado de lectura creado por Extensión Académica para llevar libros y hacer talleres en cárceles, centros de reclusión y otros lugares marginales de la sociedad, ambos portaban camisetas con un logo que Abraham identificó como el de la institución donde había cursado seis semestres de tecnología en producción, carrera que tuvo que abandonar por motivos laborales faltándole tan solo un semestre para terminar. Entonces, una idea peregrina hizo nido en su cabeza: a lo mejor había una posibilidad de terminar su carrera estudiando desde la prisión, para así extraer de su pérdida algo de ganancia y aprovechar el tiempo que consumía entre la desidia y la culpa; como tampoco había nada que perder, se acercó a estas personas para comentarles la idea, quienes después de escucharlo atentos le indicaron que, aunque no sabían si esa posibilidad existía, harían lo pertinente para darle una respuesta.

Le transmitieron, entonces, la inquietud a Esteban Carmona Ospina, representante estudiantil ante el Concejo Directivo, quien les indicó que la carrera iniciada ya no existía, había cambiado su nombre y gran parte de su contenido, y ahora se denominaba Gestión Administrativa, pero podían reconocerle a Abraham algunos créditos de la anterior y continuar de manera virtual el proceso desde el CTR. A esto le siguió una reunión con la directora, Catherine Orozco, y el rector del ITM, Alejandro Villa Gómez, después de la cual la idea inicial se transformó en proyecto: una posibilidad de estudio real abriendo una convocatoria para dos programas tecnológicos a distancia para los internos —Gestión Administrativa y Desarrollo de Aplicaciones para Dispositivos Móviles—. Abraham encabezó el primer grupo junto al interno César Augusto Nau, el segundo grupo lo conformaron los internos Andrés Gutiérrez, Abelardo Camargo, Cristian Román y Diego Mateus. Entonces echaron a andar el proceso que, en principio, contó con la presencia en el segundo grupo de dos guardianes quienes, por motivos personales uno, y por traslado el otro, abandonaron al poco tiempo de iniciar los cursos.

Fue así como a través de un voluntariado de lectura que nació desde Extensión Académica y con la iniciativa del representante estudiantil ante el Consejo Directivo, apareció una necesidad de que las personas privadas de la libertad se formaran en nuestra institución.

Explicó el rector del ITM, Alejandro Villa Gómez.

La iniciativa ha tenido algunos aliados como el ministro de justicia, doctor Néstor Iván Osuna Patiño, quien en una visita al ITM, sede Robledo, en 2023 se interesó por conocer el programa y a los involucrados, lo que sirvió de excusa para que los internos visitaran las instalaciones y tuvieran una experiencia extramural como estudiantes regulares en la que intercambiaron aprendizajes y apreciaron la vida estudiantil cotidiana, reforzando la idea que el rector Villa Gómez expresa:

[...] se debe celebrar esta noticia porque se debe reconocer que algún tipo de sanción o pena privativa de la libertad se vive de una manera más amable, como lo han denominado los expertos sobre la función resocializadora de la pena desde la educación.

Este ejercicio reafirmó la inclusión que busca la educación, en general, y el ITM, en particular:

[...] es un proceso que nunca pensé que nos iban a dar la opción y es una alegría para todos, porque no soy solo yo sino todos los que estamos en el proyecto, y es una oportunidad que hay que agradecer al ITM, a la directora del Centro de Retención y a los que están involucrados en el proceso.

Afirmó Abelardo, estudiante nuevo del ITM quien, junto a sus compañeros, manifestó lo poderoso de esta oportunidad y de la visita a las instalaciones, pues después de caer a la cárcel todos pensaban que era el final del camino, así que esta fue una interacción importante en sus vidas: encontrar una actividad que mejore su autoestima menoscabada y además les ayude a redimir la pena ha sido valioso para repensarse como personas útiles a la sociedad desde

el desarrollo de una profesión que muchos, como lo manifiestan, no habían considerado como posibilidad estando en libertad.

Sin embargo, el proyecto también ha tenido algunos detractores, gente que considera que es un gasto inoficioso de recursos. Además, la condición de los PPL que cursan hoy estos programas es inestable porque en cualquier momento pueden ser condenados y trasladados de cárcel. Esto ocurrió con el gestor inicial de la idea, Abraham Tobón, quien apenas llevaba cursado medio semestre cuando le fue dictada la sentencia que debe cumplir en la cárcel de máxima seguridad de Itagüí —plantel dirigido y supervisado por el INPEC, con quien el ITM no tiene un vínculo actualmente—; a causa de ello, el PPL ha tenido que sortear múltiples problemas, como el exceso de burocracia y el déficit en el acceso a equipos e Internet, que lo llevaron a concluir el semestre pasado accediendo desde un celular con datos propios que utilizaba clandestinamente y que no sabe si podrá seguir usando para terminar la carrera o, al menos, hasta que pueda solicitar la prisión domiciliaria en octubre de 2024. La pretensión de Abraham es cursar el o los últimos semestres de manera presencial, si el juez a cargo se lo permite, como lo indica en entrevista telefónica: “en estos momentos yo estoy entre dos o tres meses para terminar mi condena, y voy a solicitar la libertad condicional ante el juzgado que me tiene, este semestre, si veo la posibilidad, lo quiero hacer presencial”, resaltando la importancia de una verdadera reintegración a la sociedad y un triunfo simbólico para todos los PPL de la ciudad y el país que vean y comprueben las posibilidades reales que se abren a partir de la educación; como lo afirma él mismo:

[...] bueno yo considero que el estudio para uno como PPL o como interno, esta es la verdadera resocialización eso es lo que en realidad lo identifica a uno, para uno poder decir que quiero cambiar las cosas, quiero empezar a buscar nuevos caminos, entonces yo considero que el tema del estudio es muy importante para uno resocializarse y poderle demostrar al juez que uno está apto para la sociedad.



“La cárcel es como la muerte”, entona Roberto Torres en una canción, y de alguna manera lo es, cumplir una condena es la muerte de muchas cosas: de tiempo, de sueños, de tranquilidad, de certezas y, sobre todo, de ganas, de las que se necesitan para transitar la vida con sus bemoles cotidianos que, estando privados de la libertad, se hacen más palpables y punzantes; todo se llena de oscuridad y confusión y las instituciones donde se purgan las penas parecen diseñadas —como hemos visto— para oscurecer mucho más el tránsito de los reclusos por ellas mediante la imposición de normas rigurosas, de pequeños mecanismos de poder que crean dinámicas brutales. De este modo, la sentencia se hace más enfática y termina afectando la conducta de los condenados y propiciando desencantos y reincidencias nacidas del resentimiento acumulado durante el periodo purgado, por lo que la educación cumple una doble función redentora: por un lado, logra su objetivo primordial, que es reducir la pena, y, por otro, instalar en la psique o, en términos de Foucault, “el alma” del penado, una imagen positiva de propia valía que, a la postre, redundará en un aporte efectivo a la sociedad. En este proceso el ITM está cumpliendo un papel determinante porque, además, la idea a futuro es mantener este convenio y hacerlo extensivo con más programas a otros centros de reclusión como Bellavista y Pedregal con los que se adelantan conversaciones.

"lo llevaron a concluir el semestre pasado accediendo desde un celular con datos propios que utilizaba clandestinamente y que no sabe si podrá seguir usando para terminar la carrera (...)"

Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo



## A las afueras del ITM

*Mauricio López Rueda*

Vecinos, visitantes, estudiantes, tiendas. Peleas, reconciliaciones, amistades inquebrantables e infinidad de anécdotas inverosímiles hacen parte del campus extendido del ITM. Un lugar del conocimiento dividido en cinco ciudadelas, un monstruo orgánico hecho de cemento, árboles y un resonante aullido de cambio, con tentáculos inevitables que tocan y transforman las vidas del afuera, pero que también se deja moldear, como una vasija de arcilla, por todas esas manos y voces que lo rodean, por todas esas calles, por todo ese mundo en constante ebullición. Las aulas del ITM traspasan las puertas de cada una de sus sedes y se extienden, orondas y sin tapujos, a lo largo de barrios, plazoletas, parques y familias de cinco diferentes rincones de Medellín. Y de esa interminable y fabulosa mixtura, la ciudad crece y se transforma, la vida se hace conocimiento.

## Una conflictiva historia de amor

En la acera de su casa, sobre la calle 47 con carrera 86, Nohemi Restrepo, próxima a los noventa años, se sienta plácidamente en la silla de madera que hasta hace poco le pertenecía a su fallecido hermano, Octavio, y con notable holgura se deja acariciar por el viento y respira el aire macilento de la media tarde. Su blanco y escaso cabello parece tan frágil como el de los recién nacidos, que parece próximo a salir volando, como las pelusas del diente de león. Sentada allí, bajo un tibio sol, Nohemi es como una hermosa esfinge de cera que recuerda el pasado no tan lejano de La Floresta, un barrio de obreros del municipio y de las textileras, de maestros jubilados y amantes de los boleros, los tangos y los porros. El rostro de la anciana persiste en una mueca alegre, en una sonrisa de escasos dientes, como si su mente estuviera anclada en un bello episodio de ese pasado musical de sus primeros años.

La señora fue modelo, impulsadora, bailarina y musa de canciones en Codiscos, pues Enrique Aguilar, el gran arreglista de la disquera, se enamoró de ella en los años sesenta y le compuso, entre otras, una melodía que inmortalizaron Los Trotamundos y que fue bautizada con su nombre: Nohemi.

Por eso, mientras pasa la tarde en esa silla rimax, al pie de la acera de su casa, no para de escuchar su canción, y de sus comisuras surge una extraña sonrisa, senil y extraviada.

A pesar de las canciones y las invitaciones a conciertos y bailes que le hacía Enrique Aguilar, y a los que asistían con frecuencia jugadores de fútbol del Medellín y el Nacional, ella no hizo caso a sus ruegos de amor y aceptó la petición de matrimonio de un militar jamaiquino que se la llevó a vivir un tiempo a Estados Unidos, siendo la única de todos los Restrepo que “cruzó el charco” y conoció los mundos de ultramar.

El matrimonio aquel no salió muy bien y Nohemi volvió a Colombia y a La Floresta. Todavía era joven cuando se inauguró la Escuela Popular de Arte, la EPA, y allí se inscribió para pulir sus dones en la danza.

Enrique Aguilar supo de su regreso, pero no volvió a buscarla.

Cuando terminaban sus clases, Nohemi seguía la fiesta en su casa, bailando sola o con su hermana Beatriz, o se iba de rumba con sus amigas de estudio, casi siempre para La América o para Santa Lucía, donde en esos tiempos reinaban el porro y la cumbia. Cuando volvía, a altas horas de la madrugada, sus padres y sus hermanos la regañaban, y la mujer, que ya pasaba de los treinta, tenía que encerrarse en su habitación durante varios días, castigada.

Desde niños, los Restrepo no han conocido más que esa casa, una de las primeras que se construyeron en La Floresta y que sus padres, Octavio y Josefa, obtuvieron de parte del Municipio en abril de 1943, por un precio de 4 mil pesos para pagar a 25 años en cuotas mensuales de 7 pesos.

La bienaventuranza hizo que Octavio no tuviera que tardarse tanto en pagarla, ya que al poco tiempo se ganó un quinto de la lotería y, en 1945, la pagó y recibió las escrituras.

Octavio, el patriarca, era uno de esos hombres inquietos y recursivos. Sabía hacer de todo y, gracias a un patrón gringo que tuvo en sus andanzas, aprendió inglés, habilidad que le permitió escalar socialmente y acceder a empleos bien remunerados. Pero el dinero que le llovía de sus trabajos se le escurría rápidamente en las parrandas y en las mesas de juego, de modo que, cuando falleció, cumplidos los noventa años de edad, no dejó más herencia que la casa.

De sus catorce hijos, solo quedan siete, todos mayores de ochenta y reticentes a irse de La Floresta y de esa casa cercana a la Facultad de Artes y Humanidades del ITM, edificio al que todavía se refieren como la EPA y en el que, hace más de veinticinco años, aprendieron a pintar, a tocar guitarra y a bailar, gracias a los cursos gratuitos que se ofrecían a niños, jóvenes y adultos, como parte de una estrategia de extensión.

No fueron los únicos que se beneficiaron de esos cursos. Muchos otros niños y jóvenes

aprendieron de teatro, de música y de artes plásticas. Fue en la EPA donde se configuraron la fundación de Canchimalos y el Desfile de Silletteritos. Fue en la EPA donde se iniciaron varios duetos y tríos que luego pasaron a amenizar las noches de boleros en el parque de La Floresta.

Entonces, a ningún vecino le estorbaba la presencia de los estudiantes, aunque muchas veces, al final de las clases, se pasaban de tragos en algunas de las tiendas de la 43 o 46, sobre todo en la del viejo Teo, o en la de don Albeiro, que todavía existe, a una cuadra de la iglesia La Inmaculada.

Ese pasado artístico de los Restrepo generó en ellos un amor por la EPA que luego se trasladó al ITM, cuando en 2002 instaló allí su Facultad de Artes y Humanidades.

También el Instituto puso en marcha varios cursos de extensión para los habitantes del barrio, que lastimosamente no perduraron, aunque sí fecundaron el alma de muchos jóvenes que luego montaron sus propios proyectos, como grupos de rock y comparsas teatrales.

Y fue justo cuando se dejaron de impartir los cursos de extensión que se desató la tempestad entre vecinos de La Floresta y la comunidad de la Facultad de Artes del ITM. Y tal cual como la maravillosa sonata para piano número 17 en re menor, que fue compuesta por Beethoven en sus primeros años de sordera cuando luchaba angustiosamente con su mala salud y, al mismo tiempo, se revelaba contra el estilo clásico de la música, estalló la guerra.

Los alumnos del ITM, cada que terminaban el semestre, salían de las aulas y se desparramaban en las aceras y las jardineras del barrio, a beber y a fumar alegremente. Los vecinos, ya aviejados, les respondían untando los bordes de las jardineras y las aceras con aceite y tierra, pero los estudiantes, a pesar de embadurnarse los pantalones y las piernas con esa mezcla viscosa, no se iban y con más ahínco arrancaban matas, tiraban colillas de cigarrillos y subían el volumen a su algarabía. Esos continuos conflictos terminaban con las sirenas policíacas, pero al día siguiente volvía a encenderse la llama.

Profesores y alumnos parqueaban motos y carros frente a los garajes de las casas y edificios, y la respuesta era inmediata, poderosa e irónica. Los vecinos, cual vándalos, pintaban los carros y las motos con mensajes de “respeten nuestro espacio”, “acá no se puede parquear” o “estos garajes son privados”.

Las quejas no paraban de llegar a las oficinas de la Policía y el Tránsito Municipal, y tal era la rencilla que muchas tiendas se vieron obligadas a espantar a los estudiantes, para no perder de clientes a sus propios vecinos.

Teo, incluso, cerró la suya, aburrido de tanta pelea e intolerancia, y donde antes estaba su chuzo, ahora hay una panadería, sin mesas ni sillas, para impedir que las personas se estacionen.

Solo dos tiendas, en los alrededores del ITM, abren sus puertas a los estudiantes y profesores, una de ellas, la de Magnolia, una mujer de escasos cuarenta años, abundante en amabilidad. Mima tanto a los estudiantes como a los vecinos y cuando se encienden los conflictos actúa como mediadora. Solo en esa tienda los estudiantes del ITM aceptan no fumar cigarrillo ni marihuana, y solo en esa tienda no se pasan de tragos, porque Magnolia, con tono maternal, los exhorta a irse para la casa.

“Muchachos, no se sienten en los jardines, vengan que yo les pongo sillas”.

“Muchachos, ya está tarde, ustedes saben que por acá roban mucho, váyanse para el Metro”.

Los estudiantes le hacen caso porque le tienen cariño. Ella los entiende, los escucha y hasta les fía una que otra cerveza. Algunos vecinos la han amenazado con sellarle la tienda, pero dichas amenazas terminan desvaneciéndose en tertulias anisadas con aguardiente, porque cuando no van los estudiantes, la tienda de Magnolia se llena de viejos, incluyendo a los Restrepo, que se sientan a jugar cartas y a charlar de los viejos tiempos del barrio.

No es fácil envejecer. Un día, de repente, nos sorprendemos hablándole a las matas o plantados ante una ventana esperando

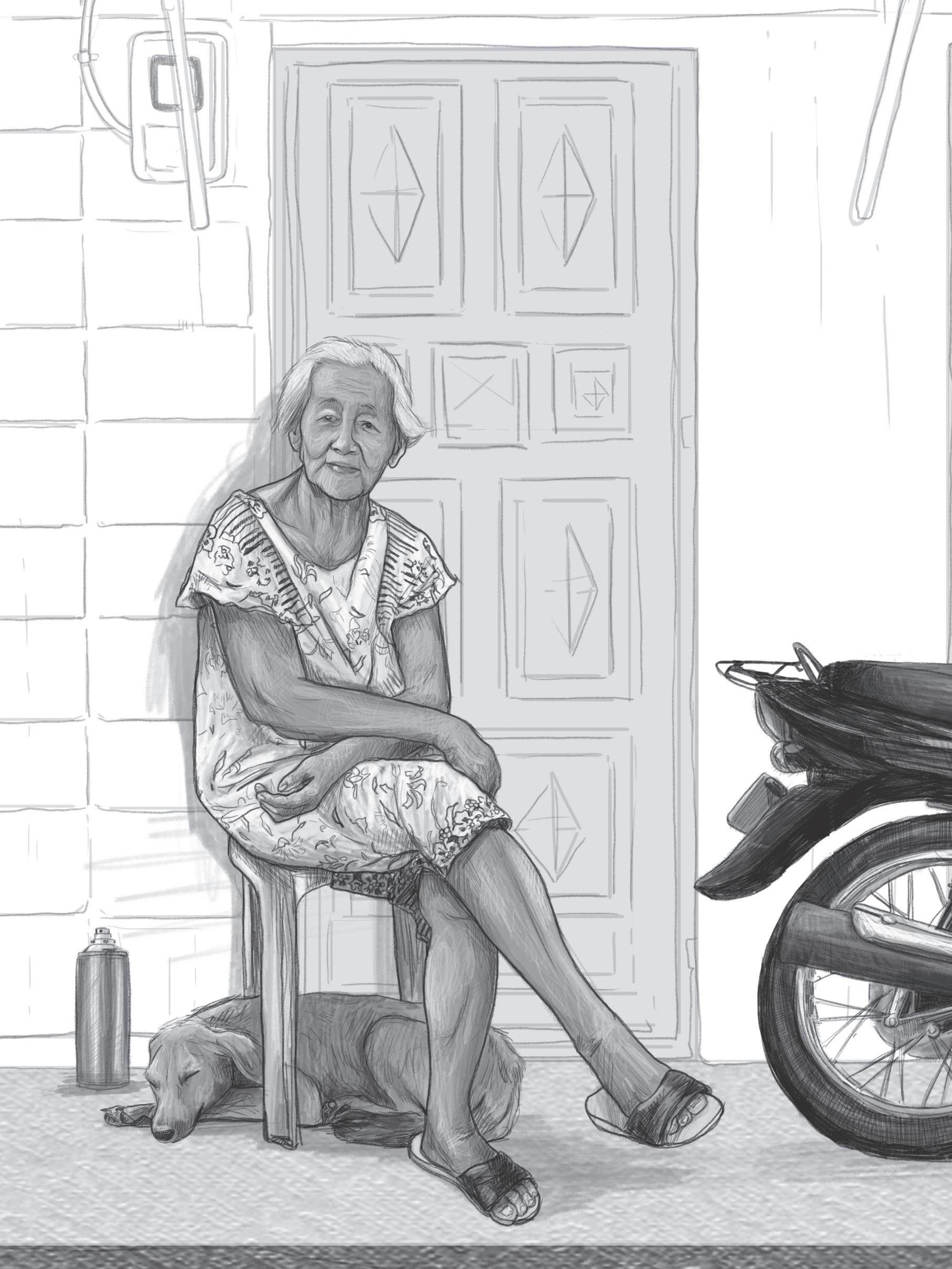
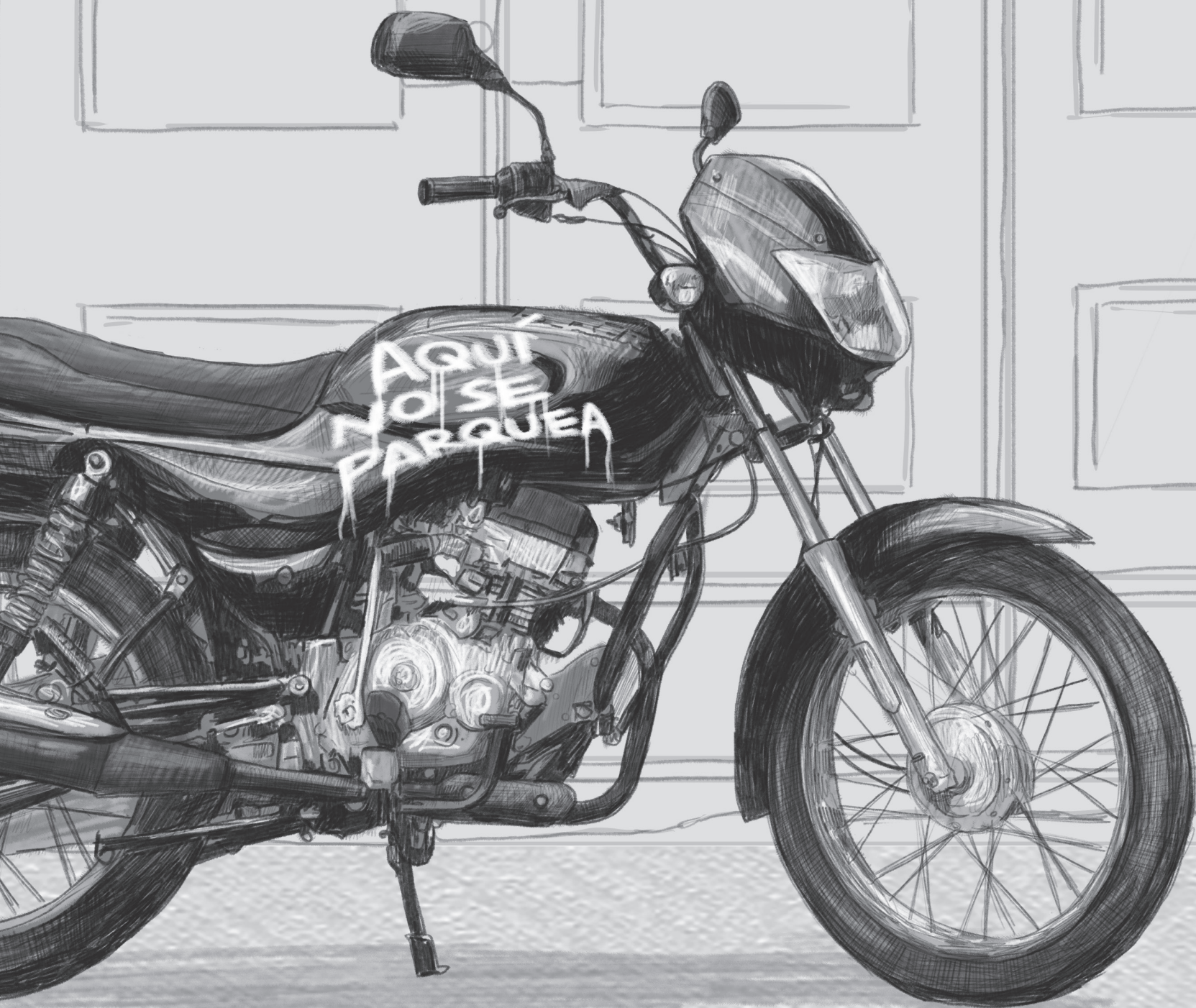


Ilustración:  
Jorge Ochoa Restrepo



a que pase un recuerdo. Y deambulamos por la casa, si es nuestra, o nos sentamos a revisar álbumes y lloramos cuando pasamos las fotos de nuestra niñez, al pie de nuestros padres o disfrazados para Halloween. Entonces, la realidad nos asalta con crueldad y nos arranca de nuestro ensimismamiento lanzándonos de manera impúdica a la rutina de tener que pagar cuentas, abrirles la puerta a vendedores o salir a la tienda a comprar algo que falta.

Pero salir produce un estruendo terrible en nuestro corazón, porque muchos de los antiguos vecinos ya no están, y tampoco sus casas, y por doquier se levantan edificios con nombres lejanos y mercados tumultuosos llenos de vidrios gigantes y cámaras de seguridad; y hostales repletos de rubios *malvestidos* y rubias que parecen estar visitando un zoológico y que obturan las cámaras de sus celulares con frenesí, registrando cada lugar con sus peculiares habitantes.

No es fácil envejecer y sentir que la muerte comienza a susurrarnos letanías. Pesan mucho los años cuando empiezan a acumularse uno tras otro sobre la espalda, y pesan más cuando nos vamos quedando solos y aquel universo que conocíamos y sabíamos como nuestro empieza a extinguirse ante nuestros ojos. En tales circunstancias, cualquier cosa a la que podamos aferrarnos, cualquier objeto, rutina o recuerdo adquiere un valor inconmensurable y nos volcamos a protegerlo con uñas y dientes, y hasta las últimas consecuencias.

Estorba el ruido cuando nos hacemos viejos porque interrumpe todas aquellas divagaciones nostálgicas que son el combustible para mantenernos cuerdos, o al menos cercanos a la cordura.

La gente vieja de La Floresta suele ir allí a embutirse de café o de aguardiente, y conversan de todo lo que ya pasó, porque no aceptan que se haya ido. “¿Te acordás de Rafael Tuberquia, el que trabajaba en El Zacatín? ¿Te acordás ese día que se emborrachó y se fue a la quebrada y desde ese día empezamos a decir que ‘el Rafa se tiró a la quebrada pensando que era más guaro’? (jajajajaja)”.

En esas se la pasan, recordando las viejas historias, reinventádaslas, sublimándolas. Con eso espantan el ruido estorboso de lo nuevo, con eso, con los aguardientes y con los rezos, porque la gente vieja reza procurando esa redención tan necesaria antes de la muerte.

Y mientras van a misa o visitan la panadería o la tienda de don Albeiro, para aferrarse a ese lánguido pasado, se quejan de todo ese ruido novedoso. Les pasó a sus abuelos, cuando empezaron a ampliar las calles y carreras, y cuando la salsa se hizo popular y derivó en nuevas tabernas. Les pasó a sus padres, cuando se empezó a construir el Metro y tras esos vagones llegaron nuevos y fastidiosos comercios y buhoneros. Ahora les pasa a ellos, que hasta hicieron que se detuvieran las noches de boleros, tan famosas hasta finales del siglo pasado. También lograron que se fueran las bandas marciales y los festivales de teatro. Todo eso interrumpía la nostalgia, la tranquilidad de sus casas y la belleza límpida y simétrica de sus jardines, como la interrumpen ahora los estudiantes de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM.

No es odio, ni intolerancia al ruido, al avasallante y extravagante grito de una nueva generación que se encumbra y que con intensa fuerza trata de reconstruir el sistema de valores del mundo. Es el ruido recalcitrante del cambio.

Es irónica esa batalla, porque pareciera que ambas generaciones esquivan el presente. Los jóvenes marchan a pasos agigantados y torpes hacia un futuro prefabricado en sus mentes. Los viejos, en cambio, se abrazan al pasado para que la estampida de los años no los arrastre conscientes hacia la muerte. A ambos bandos, sin duda, los aterra la fragilidad del tiempo y la afincada angustia de “no dejar huella”.

## El historial

No se trata de una compulsiva aversión contra los estudiantes de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM. Es más bien un conflicto generacional cuyos esporádicos eventos no dejan de ser, por sus características, algo melindrosos e incluso cómicos como, por ejemplo, aquella

mañana en que varios de esos vecinos dejaron grafitis pintados en los vehículos de algunos profesores y funcionarios de la Facultad con el mensaje de “aquí no se parquea”, o “respeten nuestros garajes”. Sin embargo, esos mismos vecinos, días después, permitieron que algunos estudiantes dibujaran y grafitearan algunas paredes del barrio.

Porque no es odio lo que motiva las reacciones de esos buenos vecinos. Es temor al cambio y resistencia al ruido, al potente sonido de lo nuevo. En su momento, también enfrentaron al Metro, cuando empezaba a ser construido. Llevaron quejas hasta la prensa por el polvo y el ruido de las máquinas, y por el comercio informal que atraía al barrio.

También se quejaron de la ampliación de las calles y de los continuos arreglos al parque, diciendo con gravedad: “pero por qué no lo dejan así, si así lo hemos conocido toda la vida”. Incluso desterraron a los duetos y tríos de boquerones que amenizaban las noches de los sábados y hasta la mismísima tienda de don Albeiro llegó a estar en peligro de cierre, por permitir que algunos borrachos estiraran sus libaciones hasta pasada la medianoche.

Porque cuando a uno no le queda más que los bellos recuerdos del pasado, se sumerge en ellos para alivianar el inclemente trasegar de los años, que a diario se traduce en arrugas, dolores corporales y frío, en un intenso frío que no logran disminuir las mantas, ni los aguardientes. Es un frío ligado a la soledad que solo mengua cuando nos arropamos con los recuerdos. Y nada nos genera más rabia que, al estar sumergidos en las cálidas aguas de nuestra memoria, pase un bus chirriando y chispoteando por la calle, o un voceador de aguacates con megáfono, o un grupo de estudiantes gritando, cantando y fumando marihuana en las jardineras.

Pero el velo de esa amargura no nos permite darnos cuenta de que el barrio sigue ahí, palpitando entre los viejos y los nuevos edificios, porque lo único que hace falta para recobrar la armónica convivencia es el diálogo, salir y conversar con lo nuevo,

con los nuevos, y a partir de allí crear nuevas costumbres, nuevas mixturas, y claro, nuevos y maravillosos recuerdos.

### **Aquellos días de tropel**

“Piñas van, piñas vienen, los muchachos se entretienen”. El estribillo de la banda de rock *2 Minutos*, de Argentina, retumba en la memoria cuando uno empieza a escuchar la historia del ITM Robledo. Y esa memoria también se llena de imágenes de estudiantes corriendo, tropezando, gritando y cantando alrededor del fuego de la rebeldía, mientras que la contraparte: policías y directivos, les contestan con ceño fruncido izando actas, leyes, documentos. Porque piñas iban y venían, y piñas van y vienen todavía, porque la rebeldía también echa raíces, extiende sus ramas y contagia, y por eso la protesta es eterna.

La sede se fundó en los viejos terrenos de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional en 1974, época de *rock and roll*, punk y cine contestatario. Puro estallido juvenil contra el *establishment*. Fue pura mueca del destino montar un edificio sobre las bases de una Facultad de Artes, y que en ese edificio se decidiera formar a los más pobres, a los parias, a los habitantes de la periferia de la creciente ciudad de la industria.

Sin embargo, en esos primeros años, cuando el vecindario académico de Robledo se la pasaba en la calle tirando piedras y cantando a Quilapayún y a Mercedes Sosa, los estudiantes del Instituto Popular de Cultura (IPC) preferían encerrarse a estudiar y, cuando el ambiente afuera se acaloraba demasiado, salían para sus casas por la puerta trasera, a escondidas del tropel, porque no querían otra cosa que graduarse para poder trabajar.

Los alumnos de la Universidad de Antioquia, de la Universidad Nacional, del Pascual Bravo y del Colegio Mayor, corrían hasta las puertas del IPC para contagiar a los “tibios” estudiantes para que participaran de las marchas y en los jaleos con la policía, pero no encontraban respuesta y tenían que resignarse a dejar uno que otro mensajito de reprobación en las paredes.

Ilustración:  
Daniel Valencia Gómez





Aquellos que marchaban contra los gobiernos locales y nacionales no entendían que adentro del IPC se vivía otra gran revolución, quizás más modesta, pero aun así, importante. Luchaban, funcionarios, profesores y estudiantes de la institución, contra el desprecio de la “sociedad de bien medellinense”, por dedicarse a darle estudio a los más pobres. Luchaban también los estudiantes, contra demonios como la pobreza, el abandono y la violencia. No era fácil la vida dentro de aquel edificio hecho con planos de Pedro Nel Gómez.

La mayoría venían de los barrios más carentes y peligrosos de Medellín. Hacían parte de bandas delincuenciales y sufrían maltrato en sus propias familias. En el IPC, de algún modo, descansaban de esa terrible realidad, pero tampoco la dejaban atrás. Muchas veces, enemigos de la guerra de los combos se encontraban en las aulas y tenían que hacer treguas temporales. En otras ocasiones, se iban a las piñas, a los golpes. Y cuando los puños no decretaban un ganador, se iban a los navajazos afuera de la institución, por los lados de Pilarica, generando el fastidio de los vecinos que a diario tenían que llamar a la policía para que pararan todo aquello.

Esto cambió finalizando la década de los ochenta. Colombia era diferente, y no solo por la presencia macabra de Pablo Escobar y otros poderosos narcos, sino por los azotes de la guerra en el campo, que generaron una diáspora de campesinos hacia las grandes ciudades. Había más en qué pensar y por qué luchar, y las nuevas generaciones del IPC se volvieron más empáticas con las luchas sociales. Además, ellos mismos tenían algo que defender: el bachillerato, pues la institución estaba en proceso de transformación y este no entraba en los planes.

Fue así como la tranquila institución se tornó estridente, fragorosa. Algo chirriaba en sus cimientos y un murmullo comenzó a tomar fuerza en sus salones, pasillos y, sobre todo, plazuelas. Las calles aledañas también padecieron ese nuevo ruido. Las correrías de encapuchados se volvieron pan de todos los días, dejando paredes pintadas y quebrando vidrios y tejas en varias casas y

edificios. No se salvaban los vehículos que dejaban estacionados en plena calle, ni los muros ni las rejas de los comercios. Todo se untaba de esa creciente protesta, cada vez más violenta.

Cruz Elena Rúa Uribe llegó al centro educativo en 1989 y fundó un ventorrillo de fritos y gaseosas. Comenzó a vender arepas y empanadas a precios de barrio y, muchas veces, al ver a ciertos alumnos al borde del desmayo por el hambre, regalaba sus productos. Todos la querían y le decían “Mamita Cruz” o “Mamá Cruz”, y ella se dejaba querer por esos nuevos hijos con cortes estilo *Glam Rock*, pero que se la pasaban escuchando a Willie Colón, Rubén Blades y La Narvárez.

Cruz Elena escuchaba las quejas de los estudiantes y luego las trasladaba a los directivos. *Bregaba* por ellos, como dicen las abuelas. Su restaurante se convirtió en confesionario y ella misma, cuando podía, les ayudaba con el pago de los arriendos, la compra de libros y cuadernos, y alguna otra cosa que necesitaran para graduarse.

Muchos alumnos del IPC —antes de pasar a llamarse ITM— provenían de lugares lejanos como Putumayo, Nariño o Córdoba, y vivían con lo justo en Medellín, en barrios como Robledo Aures, Zamora o El Chagualo. Y esos alumnos fueron los que desataron el barullo a comienzos de los años noventa, cuando el cambio de sentido del Instituto ya era inevitable. Paros, asambleas y marchas eran las armas de los jóvenes para enfrentarse a las directivas y a la policía y la situación escaló tan rápido y de forma tan violenta que un día, así como así, surgió la tragedia: alguien tiró una papa bomba.

El artefacto avanzó por el aire dibujando una parábola perfecta y declinó su trayecto justo frente al quiosco de fritos de “Mamita Cruz”, quien en ese momento se encontraba atendiendo a un muchacho enviado por uno de sus proveedores de alimentos. Nadie esperaba aquel sonido estridente y fatal en un día tan rutinario y tranquilo, sin asomo de protestas. Pero el artefacto voló hasta la zona de comidas y cayó justo al lado del joven vendedor arrebatándole la vida un instante después del estallido.

Milagrosamente, a Cruz Elena solo le vibraron los tímpanos y sintió un poderoso estremecimiento en los huesos. El cuerpo del joven la cubrió de las esquirlas de la bomba y de su onda letal. El muchacho le salvó la vida.

La muerte del joven proveedor fue el punto de inflexión de las protestas estudiantiles. La comunidad del IPC clamó por un diálogo pacífico para zanjar las diferencias y la transformación del Instituto se produjo con mayor tranquilidad, aunque con una que otra escaramuza. De nuevo, el centro educativo entró en periodo de calma, alejado de las protestas sociales del vecindario académico. En todo caso, los nuevos alumnos eran personas mayores de edad con otro tipo de preocupaciones.

Muchos eran desplazados del campo, otros tenían trabajos nocturnos y otras eran madres solteras. Más que salir a marchar, preferían ir a conversar a “Las sombrillitas”, un lugar de esparcimiento cerca de Robledo Pilarica, en el cual confluían, y todavía lo hacen, estudiantes y profesores. Con los vecinos se crearon buenas migas, al igual que con los comerciantes.

Uno de esos vecinos es Vivian Gómez, el hijo menor de una familia adinerada que vivía en una casa finca frente al Colegio Mayor y el ITM. Vivian se dedicaba a leer libros de filosofía y literatura. Había estudiado Ingeniería en la Universidad Nacional y comenzó a frecuentar “Las sombrillitas”, donde tomaba tinto y les explicaba de máquinas y computadores a los estudiantes del ITM quienes, asombrados con su excelso conocimiento, se dejaban arrastrar hasta la casa finca, lugar de animadas tertulias hasta el amanecer.

Un día, Vivian perdió a sus padres y heredó la casa y otras posesiones. Se fue a vivir a Europa y trabajó muchos años en Alemania, donde aprendió el idioma a la perfección. Debido a su inclinación por la bohemia perdió gran parte de su dinero y cuando volvió a Colombia era un ciudadano de a pie como cualquier otro, dispuesto a trabajar en lo que se pudiera.

Los amigos mecánicos que había conocido en una de las cafeterías de la 80 con la 65,

donde Jesús Vásquez Tangarife montó un taller de mecánica muy famoso, junto a sus amigos Manuel Holguín Zapata y Francisco Luis Flores, le dejaron un garaje para que lo administrara en 2012. Las tertulias y las tomadas de tinto con los alumnos del ITM se trasladaron a ese lugar hasta 2024, año en que Vivian decidió jubilarse de su vida exterior, enclaustrándose en un pequeño apartamento en Robledo La Campiña.

Antes de la pandemia, en 2018, los tropes regresaron al ITM y sus alrededores. Los estudiantes se unieron al estallido social que generó paros y protestas en todo el país, pero ya los directivos no pusieron trabas a esas manifestaciones, sino que generaron mesas de diálogos y rutas para denuncias en el caso de los delitos sexuales contra las mujeres.

Con el vecindario, a pesar de las correrías y los vidrios rotos, se ha mantenido una buena relación, y hasta abunda la queridura, pues debido a la construcción del Metro de la 80, muchos estudiantes se han puesto de parte de los moradores para que no tengan que dejar sus casas y comercios a precios de huevo. Ese también ha sido un tropel asumido como propio por la comunidad del ITM, que incluso logró que las directivas les permitieran pintar dos murales en la plazoleta del árbol de almendro, como una especie de mensaje perenne de que, aunque a veces la tormenta se aplaca, los vientos de rebeldía, como en los setenta y los noventa, siguen soplando.

### **La casa en calma**

En diciembre de 1999, en vísperas de un nuevo siglo y en medio del barullo germinado por el terror tecnológico bautizado como Y2K, María Eugenia Vásquez vivía en su natal Yarumal, en el norte antioqueño, y por gracia de Dios tenía un pinche celular Nokia negro, pesado y con una estorbosa antena de caucho. Lo había comprado ese mismo año para comunicarse con su novio y con su jefa en un almacén de ropa ubicado frente a la iglesia del parque principal del pueblo. Estaba pensando en irse lejos, y lo más lejano para los yarumaleños, en aquellos tiempos, era Medellín.



Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo



Así que, comenzando enero del año 2000, y con el alma tranquila ya que el fin del mundo definitivamente no se había producido, la joven de veintidós años se subió a un bus con un par de maletas y se fue. Tenía sus razones, pero la que más la había impulsado eran las ganas que tenía de ver algo más del mundo, y progresar. Pero cuando llegó a la gran ciudad se asustó: “Me vine por un impulso ciego. Quería dejar ese pueblo tan frío y tan hosco atrás, pero en realidad, no sabía qué hacer en Medellín”.

Una amiga la recibió en su casa, en Robledo, y allí conoció al que sería su nuevo novio y padre de su único hijo. Era un hombre trabajador y justo, jamás la trataba mal y todas las noches, invariablemente, le llevaba una chocolatina. Antes de embarazarse, María Eugenia trabajó en dos almacenes del centro de Medellín: Vamos y Beretta. Luego, aprovechando la información de una amiga que le contó que iban a entregar chazas en las plazuelas del Metro para quienes quisieran alquilarlas, ella corrió a anotarse, pues no quería tener más jefes en toda la vida.

Así llegó a la plazoleta de la estación Prado del Metro, en 2001. Le entregaron una diminuta chaza de cemento, con dos ventanas y una pequeña puerta que, para entrar y salir, era menester agacharse hasta hacer crujir las rodillas. María Eugenia, que a la semana de abrir su chaza quedó embarazada, se acostumbró.

La chaza no estaba mal ubicada. Se encontraba a pocos metros de las escaleras de ingreso al Metro y frente a la entrada principal de una de las sedes del ITM. Además, había mucho comercio cerca, talleres de motos, moteles, funerarias... “Seguro a muchos les dará sed, o ganas de tinto. Acá me irá bien”, se animó.

Las personas que iban a estudiar al ITM no eran como el resto de los estudiantes que ella había visto. No todos eran jóvenes, ni llevaban uniformes, ni cumplían horarios de medios días, como le había tocado a ella en su pueblo. A veces, algunos de esos raros alumnos del Instituto iban hasta la chaza para comprar cigarrillos y, cuando hacía mucho sol, pedían gaseosas o jugos.

Al comienzo, María Eugenia no iniciaba ninguna conversación, pero la expresión en su rostro blanco como la nata advertía curiosidad y la gente lo notaba. Un día, una mujer, ataviada con un jean muy ceñido y una blusa pequeña y recogida a la altura del vientre, le dijo:

—“¿Usted es nueva por acá?”.

—“Sí, llegué a comienzos de enero. Alquilé esta chaza para ver cómo me va”.

—“Mucho gusto, soy Daniela”.

—“¿Usted estudia ahí?”.

—“Sí, estoy validando el bachillerato”.

—“¿Entonces eso es un colegio?”, preguntó impresionada.

—“Umm, más o menos”, expresó, pero no quiso decir más. Pidió otro cigarrillo, lo encendió y se fue.

María Eugenia la siguió con la mirada. Notó que tenían casi la misma edad y le sorprendió que apenas estuviera terminando el bachillerato.

En agosto, María Eugenia le encargó la chaza a una amiga y se fue a atender su alumbramiento. Nació su hijo, Santiago, al que cuidó con abnegación hasta que recuperó sus fuerzas y entonces le dijo a su marido: “Cuídeme el niño, yo tengo que volver a trabajar”. El señor, un ebanista que despachaba desde casa los encargos, asintió, y la señora volvió a su chaza en Prado.

Eran tiempos convulsos en esa zona del centro de Medellín. Los bazares de Los Puentes y de los bajos del Metro, por la carrera Bolívar, habían puesto en aprietos a la administración debido a que, en pesquisas de la Policía, se habían encontrado armas, droga y hasta granadas escondidas en los escaparates de esos cubículos.

Se ordenó el cierre de todos esos puestos de chucherías y, claro, no faltaron las encendidas protestas con piedras, palos

y uno que otro disparo al bulto, o al aire. Y mientras María Eugenia tenía que soportar todo ese barullo, acurrucándose en su estrecha chaza o corriendo hasta el Metro para refugiarse, en la vieja y adorable casa republicana en la que funcionaba la sede del ITM parecía no suceder nada. Y es que ese edificio, desde siempre, parece haber estado inmune a todo el afuera que lo rodea, deslizándose por la línea del tiempo en una especie de burbuja. Una casa en calma, ausente del ruido de la calle.

Quienes allí estudian o trabajan suelen ser escurridizos para el mundillo que circunda la casa. Salen directo al Metro o a los paraderos de buses que abundan en Carabobo, Ferrocarril o Bolívar; llegan puntuales a la siguiente jornada de clases y no suelen estacionarse, a menos que sea necesario, en los pequeños comercios de la plazoleta.

A María Eugenia, en cambio, le toca ser testigo de todas las calamidades y situaciones peculiares que se desarrollan en esa plazoleta, una suerte de teatro mercenario donde se expone una sola y rutinaria obra, aunque con varios y entretenidos actos donde los actores mudan de rol dependiendo de los cambios en el entorno. Un día, un joven es un hábil raponero escurriéndose en los recovecos de esas calles malolientes y, al siguiente acto, es víctima de un linchamiento. Un día, una mujer expone sus carnes esperando captar la atención de algún lujurioso y, al siguiente, es una madre llevando a su pequeño o pequeña a vacunarse. Y así, todos los que participan de ese teatro van rotando y camuflándose a medida que todo avanza.

La casa republicana, en ese contexto, es una suerte de artilugio decorativo, tal cual la parroquia Jesús Nazareno o esas otras casas antiguas donde se contaron bellas historias como, por ejemplo, la panadería de las hermanas Palacios, que llegó a ser conocida como La Parva de las Palacios, o las hermanas María y Elena Echavarría, egregias restauradoras de muebles antiguos y cuadros.

Nada más que utilería hermosa y olvidada, como todo ese barrio de Prado que alguna vez fue terreno baldío hasta que llegó

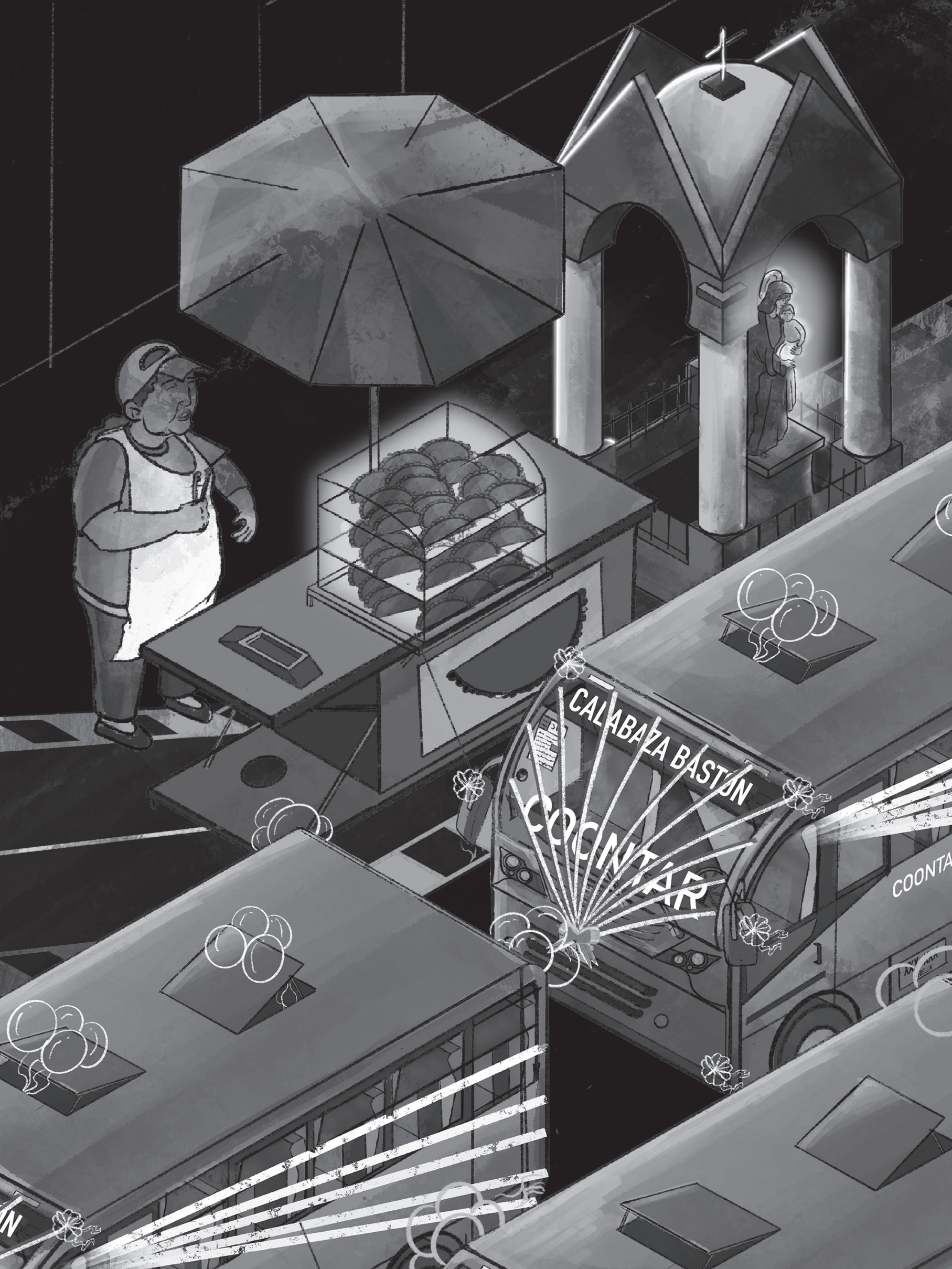
Jerónimo Arteaga y se acomodó junto al puente de Arcos, construido durante la Guerra de la Independencia con planos del “Sabio” Caldas, y empezó a hacer casas y potrereros en esas dos mangas del Guayabal y el Chumbimbo.

No fue el único, porque luego, en tiempos de “Marañas”, llegó por allí, a lomo de macho, un tal Gabriel Echeverri, comerciante del grupo de “los jamaquinos”, un selecto club de echados pa'lante a quienes les decían así porque habían ido a estudiar comercio en Jamaica.

En la vieja casa republicana han estudiado decenas de generaciones. La casa pasa de los cien años y se construyó exclusivamente como centro de aprendizaje. Primero fue un colegio de mujeres y compartió vecindario con el CEFA. Luego pasó a ser la Escuela de Artes y Oficios, que funcionó hasta finales del siglo XX. Finalmente, por gracia de Luis Pérez Gutiérrez, quien entonces era Secretario de Educación de Medellín, convocó al ITM para que tomara esa sede. Se continuó con la razón de ser del Instituto, formar para el empleo, de modo que hubo programas útiles y urgentes como Mantenimiento de computadores y Mecánica de motos. Como en esos tiempos se estaban distribuyendo todas las líneas de gas en la ciudad, entonces también se formó a muchas personas en esos menesteres, al igual que funcionarios para varias necesidades del Metro. Sin embargo, lo más disruptivo fue la idea de validarles el bachillerato a todas las trabajadoras sexuales del centro que así lo quisieran, y fueron muchas las que aceptaron la invitación, incluida Daniela, la nueva amiga de la señora María Eugenia.

En el ITM se tomó la decisión de vigilar a los profesores que estaban a cargo de esas validaciones, no fuera que se dejaran tentar por los encantos de aquellas mujeres de “la vida alegre”. Si llegó a pasar algo de puertas para afuera, nadie lo sabe y a nadie le importa, pero de puertas para adentro, se guardó el decoro.

En los años que lleva María Eugenia Vásquez allí en la plazoleta de la estación Prado jamás se ha enterado de las



CALABAZA BASTON

COONTA

COONTA

IN

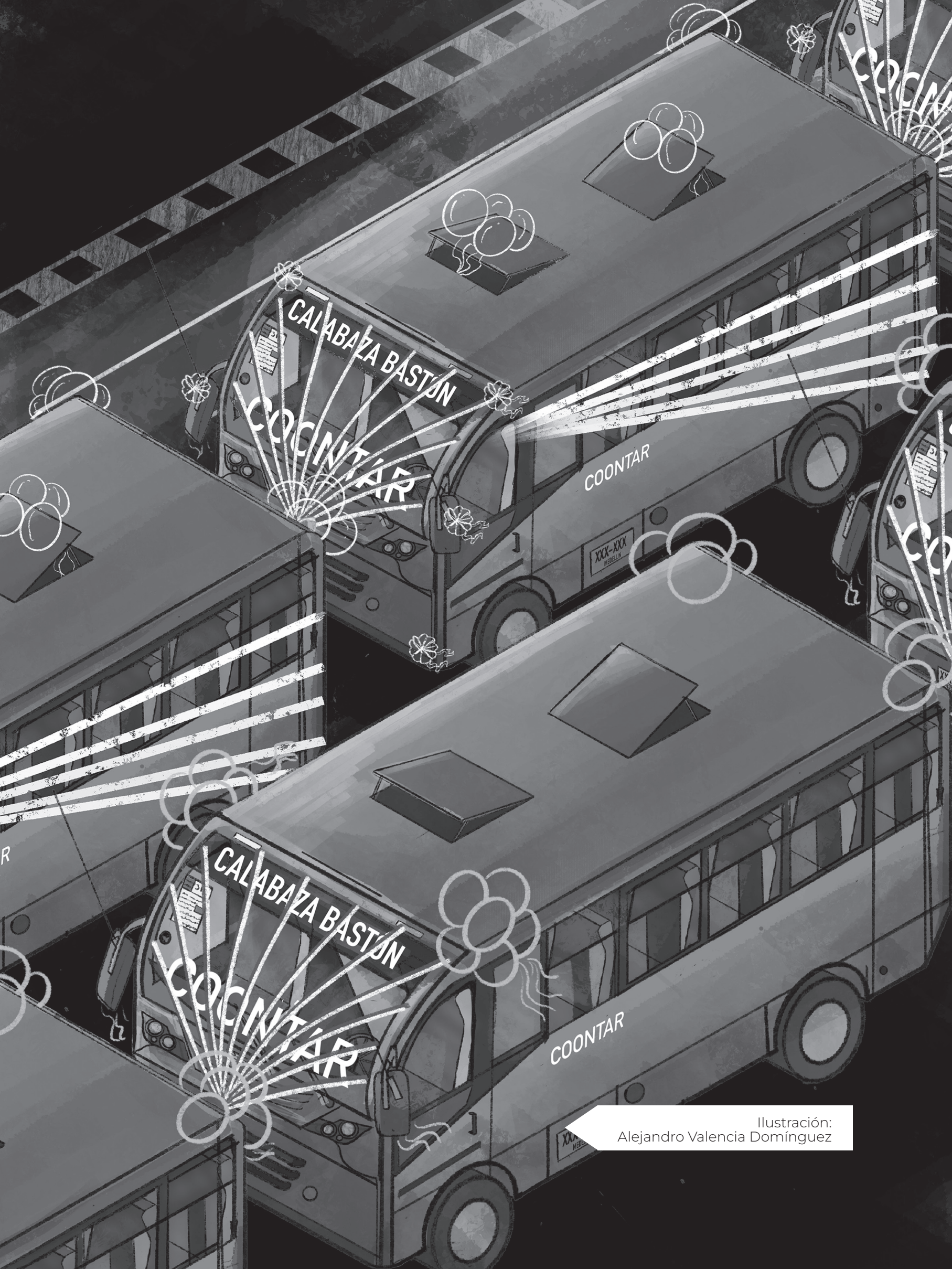


Ilustración:  
Alejandro Valencia Domínguez

historias adentro de la casa republicana, tan blanca y airosa como las casas finca de los millonarios. Afuera, en cambio, ha sido testigo de linchamientos y escenas hollywoodenses, como la vez que todo un escuadrón del Gaula capturó, allí mismo frente a sus narices, a tres extorsionistas que le estaban cobrando una millonada a unos comerciantes marinillos.

También vio a asesinar a un hombre de unos cincuenta años a manos de un niño de quince, a quien una mujer le pasó el revólver dentro de una bolsa de mercado. Y más de una vez fue víctima de los rateros que, cuando se descuidaba, se le llevaban las salsas rosada y de tomate que dejaba sobre la barra para los clientes, o las sillas metálicas que ponía al pie de la chaza para que la gente se sentara a degustar la tarde. Le tocó amarrar las sillas con cadenas porque la iban a quebrar los raponeros.

Sin embargo, ni su vida ni sus ganancias se han visto en verdadero riesgo. Los extraños códigos de la calle la protegen, pues los combos que actúan en esa zona la ven como una rebuscadora más, y no le tocan sus pesos.

Sí, esa zona de Prado, otrora el Llano de los Muñoz, es un barullo constante. Todo el santo día es una procesión de gamines, trabajadoras sexuales, vendedores de todo tipo, carros acelerados, cortejos fúnebres y gente afanada rumbo a sus trabajos. Entre tanto, allá dentro de la casa pareciera que no pasa nada, porque nada se escucha, y María Eugenia se da cuenta de que sí hay vida cuando se abre la ancha reja principal y empiezan a salir los estudiantes, cansados algunos, felices otros, satisfechos todos, y así como llegan se van, escurridizos, gambeteando ese mundo tumultuoso del rebusque y el crimen.

### **El chequeadero de la Virgen, y del ITM**

A las afueras del Campus Fraternidad del ITM hay un angosto parque gobernado por un alto y frondoso árbol de mango que da sombra a toda persona que allí llegue buscando un refrescante sosiego. El árbol, gigante, dadivoso y aparentemente sano, es quizás el último de los muchos que

existieron en esa parte de Boston que hoy día se reconoce bajo la nomenclatura de la carrera 32 con calle 55.

Junto a ese espléndido mango ubica su moto el señor Ramiro Medina, un hombre de unos cincuenta años de edad, originario de Campamento, norte antioqueño, y quien afirma con languidez que los años que le quedan no son muchos, pues se está muriendo de depresión. La moto ni siquiera es suya, sino de su hija, regente de farmacia que, mientras no la necesite, se la deja a su padre para que no suba caminando esa larga loma desde Caicedo La Toma.

Ramiro es el controlador de los buses de Santra que se parquean allí para movilizar a toda la comunidad académica del ITM, y a los vecinos que por allí habitan.

“El chequeadero” es uno de los lugares simbólicos de la parte alta de Boston y no siempre ha estado ubicado junto al parquesito del árbol de mango. Su ubicación original era en la esquina de la 32 con la 56, en terrenos que alguna vez le pertenecieron a un tal “Mario Marrano”, un terrateniente que colonizó todo el borde de la quebrada La Loca y que tuvo muchas casas y terrenos baldíos.

Los buseros y buseteros, para reconocer aquella esquina como propia, mandaron a construir una hermosa Virgen del Carmen, de unos cuatro metros de alto, y la montaron sobre un altar enrejado hace más de ochenta y cinco años.

En esos lejanos años, sobre el cerro de “Los cuatro vientos” no existía ningún edificio. Hubo que esperar hasta 1950 para que los salesianos eligieran aquel lugar para construir el colegio San José La Salle. Fue en esa época en la que fueron tumbados los demás árboles de ese alto, quedando solo el mango.

La aparición del colegio no hizo que se moviera “el chequeadero”. Los conductores continuaron fieles a su esquina y, sobre todo, a su virgen. Además, casi todos los alumnos eran de clase alta o media alta, y sus padres los llevaban y recogían en carros particulares. Los buses allí no eran necesarios.

El colegio de los pobres, Caracas, estaba lleno de niños del mismo barrio, pues las mujeres, en esos tiempos, estudiaban en el Agustín Nieto, que ya no existe.

Además de los conductores de bus, otro personaje importante de la época era Rosa Franco, “Doña Rosita”, una vendedora de empanadas que ayudó a fundar la Junta de Acción Comunal del barrio. Rosita se la pasaba rondando los colegios con sus empanadas, pero solo lograba venderlas a las afueras del Caracas y del Agustín Nieto. Su puesto fijo, en todo caso, era al lado de la Virgen del Carmen, pues los conductores no podían controlar el apetito por las empanadas.

La señora, a fuerza de masa y relleno, levantó a su familia. De los tres hijos que trajo al mundo, solo María Elena siguió sus pasos. También ella se convirtió en lideresa del barrio a través de la venta de empanadas, arepas y otras frituras. No fue algo que eligiera voluntariamente. En realidad, no quería vender empanadas como Rosita, pues deseaba tener mucho dinero para conocer el mundo. Se dedicó al contrabando de la mano de una amiga llamada Luz, quien le enseñó todos los secretos de ese negocio. Iba hasta Maicao y traía ropa, tenis y demás. Luego, para que no le costara tanto el flete, empezó a contrabandear joyas, que eran más fáciles de transportar. Durante muchos años estuvo en ese negocio y viajó mucho. Cuando ya anunciaban los cuarenta años en su rostro pensó que se iba a quedar sola y sin hijos, pero entonces conoció a un hombre y quedó embarazada, y eso le cambió todo.

Volvió a Boston y, como Rosita, empezó a hacer empanadas. La primera vez, cuenta ella, tuvo que humillarse pidiendo fiado un kilo de maíz en la tienda de un señor muy malhumorado. La mayor parte de los habitantes de esa parte de Boston llamada Sucre vivían en inquilinatos con nombres bastante peculiares: El pasaje azul, El pasaje de Margarita y La carbonería. Cada uno de esos lugares podía albergar entre veinte y treinta familias.

Rosita y su prole vivieron en los tres inquilinatos hasta que una vecina de mejor condición ubicó a la familia en una casa vieja, con solar, que bien parecía un callejón. Nunca les cobró arriendo y nunca les pidió que se fueran. Los dejó vivir y, tácitamente, les regaló la casa.

El ITM llegó al barrio en 2007 cuando el Consejo Central de la Fundación Fraternidad Medellín compró las instalaciones del entonces Colegio San José de la Salle y las donó a la ciudad. Al comienzo, los vecinos miraban con recelo aquel “invasor”, pues ya le habían tomado cariño al colegio, donde según narra María Elena, estudió varios años el hijo de Pablo Escobar, a quien recogían todos los días por la tarde en una hilera de carros y motos de alto cilindraje.

“Yo les vendía empanadas a los escoltas. Seguramente eran muy famosos o buscados, pero yo nunca les pregunté por sus vidas”, cuenta María Elena, precursora de la cancha polideportiva de Sucre, una obra que hicieron los mismos vecinos con ayuda de algunos soldados del Ejército. La cancha también ayudó para tapar el surco de la quebrada La Loca, que en más de una ocasión inundó las casas y se llevó uno que otro animal doméstico.

Con la llegada del ITM, el chequeadero de buses se vio obligado a cambiar de sitio. Con mucho dolor, los conductores abandonaron la Virgen y se fueron para el parquecito gobernado por el mango. La Virgen se quedó sola, y alguna vez estuvo a punto de ser derrumbada por un fulano de la Alcaldía, pero los vecinos, enfurecidos, se lo impidieron. La Virgen sigue ahí, dándole nombre a ese sector de Boston de la 32 con 56, y cada vez que se celebra el día de la Virgen del Carmen, buseros y taxistas paran allí para celebrar, orar y tomar aguardiente.

Detrás del chequeadero se fue el taller de Fernando y, con él, como fiel lazarillo, el reciclador Álvaro, uno de los personajes más antiguos y queridos del barrio. Era inevitable porque, al construirse el ITM, los buseros tuvieron que mudarse y el taller tuvo que seguir el mismo camino. Álvaro, el reciclador, fue tras ellos porque, si no era en

el taller, no tenía otro lugar dónde guardar sus costales y todos los tesoros encontrados en la calle.

Todos se benefician de la sede, dándole significado a ese bello nombre: Fraternidad. Los buseros siempre están allí, a dos pasos de la portería, y el moribundo Ramiro Medina les vende tintos, empanadas y pasteles de pollo. El taller, que ahora se llama Taller del Chequeadero, queda a media cuadra sobre la vía hacia Buenos Aires. Allí, algunos alumnos y profesores llevan sus vehículos para que los revisen, y han hecho tantas migas unos y otros, que los mecánicos, Fernando y Julián, han salvado a los estudiantes de varios robos, refugiándolos en el taller en momentos de graves apremios.

Álvaro, que se hace querer, ahora se nutre del material reciclado que cada semana le llevan algunos de los estudiantes y profesores, quienes a veces, también, le dan de comer o de vestir.

Muy cerca de la entrada del ITM también se ubican dos roperos, uno cristiano y otro agnóstico. Allí van los estudiantes a comprar ropa usada para contribuir con el medio ambiente. Al contrario del San José, el ITM, en pocos años, se ha ido mezclando con el barrio de una forma muy natural y sencilla. Incluso María Elena, con la venta de empanadas, arepas y desayunos, se ha beneficiado.

Viene mucho taxi al ITM, y esos taxistas a veces esperan mucho. Un día, uno se acercó al puesto de empanadas y me

preguntó si hacía desayunos. Yo le dije que sí, aunque no era verdad, pero corrí a la cocina, le hice huevos revueltos con aliños, le puse una arepa y le calenté un chocolate. Desde entonces vendo desayunos y algunos estudiantes y profesores vienen a comprarme.

Cuenta la señora, que pasa de los setenta abriles y ahora, también, hace muñecas bordadas.

Antonio Patiño, quien ha vendido solteritas y obleas desde hace cincuenta años, ya no volvió a hacer recorridos largos para lograr el día. Le basta con pararse junto al chequeadero y allí vende todo. Su hijo, Daniel, lo reemplaza desde hace tiempo en los recorridos largos.

El Boston de las placas huellas, la quebrada La Loca y los inquilinatos ya no existe. Ahora hay calles nuevas, anchas y bien pavimentadas; hay ciclorrutas y muchos edificios de apartamentos. Los testigos de ese viejo barrio son muy pocos, pero no se quejan de los cambios. Les gusta cómo se ha modernizado el barrio, y les gusta que, sobre ese cerro de Los Cuatro Vientos, haya un edificio donde los jóvenes van a ilustrarse.

“Siempre es bueno saber que hay jóvenes preocupados por el saber”, dice don Álvaro, el reciclador, con profunda sabiduría.



Ilustración:  
Tatiana Londoño Agudelo

Ilustración:  
Frank Vélez Penagos





*Acerca de los creadores*

## Juan Diego Parra Valencia



PhD en Filosofía, especialista en Literatura, músico. Docente-investigador de la Facultad de Artes y Humanidades, ITM. Ensayista y escritor con diversos artículos en áreas de filosofía, estética, arte, filosofía de la técnica, semiótica, cine y música. Ganador del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar por el trabajo investigativo en el reportaje documental *Cuando el chucu-chucu se vistió de frac* (2014). Director y coguionista del documental *Paparí. El pionero del rock tropical* (2018) y del documental *Masacre. Réquiem para un país en llamas* (en proceso). Autor de libros como *Sobre cine, arte y filosofía: David Lynch y el devenir cine de la filosofía* (2016); *Cantinflas. Toda palabra es una palabra de más* (2015); *El efecto Deleuze* (2015-coautor); *Deleuze, flores a su tumba* (2017-coautor); *Mitópolis. Un ensayo sobre arte y memoria en el espacio público* (2017-coautor); *La metafísica de Internet*

(2017-coautor); *Anatomía de lo real. Imagen, signo y pensamiento* (2021-coautor); *Ecos de Eco. Aproximaciones semioestéticas al pensamiento de Umberto Eco* (2021-autor/co-compilador); *Franz Kafka y el arte de desaparecer* (2007); *¿Hace tiempos, Tomás Carrasquilla?* (2008-coautor); *El libro de la cumbia. Resonancias, transferencias y transplantes de las cumbias latinoamericanas* (2019-autor/compilador); *Deconstruyendo el chucu-chucu. Auges, declives y resurrecciones de la música tropical colombiana* (2017); *Arqueología del chucu-chucu. La revolución sonora tropical urbana antioqueña. Medellín, años 60 y 70* (2014); *Afrosound acústico para dúo de guitarras. Tramas y urdimbres de la interpretación clásica en el rock tropical colombiano* (2020-coautor).

Contacto: [juanparra@itm.edu.co](mailto:juanparra@itm.edu.co)

## Carlos Framb



Escritor nacido en Sonsón, Antioquia. Es autor de los libros *Antínoo* (1987); *Un día en el paraíso* (1994); *Del otro lado del jardín* (2009); *Deslumbramiento* (2016); y *Del bronce y del fulgor* (inédito). En 2007 su nombre saltó a los medios masivos a causa de su decisión de asistir la muerte de su anciana madre, enferma terminal; describe estos hechos, y el proceso legal que enfrentó, en su libro *Del otro lado del jardín*; recientemente HBO ha producido una película basada en este libro. Entre 2016 y 2022 residió en México. Actualmente está vinculado como docente al Instituto Tecnológico Metropolitano.

Contacto: [cframb@hotmail.com](mailto:cframb@hotmail.com)

## Luis Fernando González Escobar



Arquitecto Constructor, magíster en Estudios Urbano-Regionales y doctor en Historia, Universidad Nacional de Colombia. Profesor Titular de la Escuela del Hábitat de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. En la actualidad es coordinador académico del Doctorado en Estudios Urbanos y Territoriales (DEUT) y director de la Escuela del Hábitat CEHAP, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Investigador Senior e integrante del Grupo de Investigación Escuela del Hábitat CEHAP (categoría A1) e integrante de la línea de investigación “Procesos históricos: hábitat, territorio y paisaje”, del Doctorado en Estudios Urbanos y Territoriales (DEUT), con su énfasis en la historia urbana y regional, y en la historia cultural de la arquitectura y el patrimonio. Autor de los libros como: *El olvido que habitamos* (2023); *Supía: de la invención a la conquista* (2022); *Ciudad y arquitectura urbana en Colombia 1980-2017* (2019); *Ensayos inútiles sobre historia urbana de Medellín* (2018); *El Jordán y la Casa Zea en la historia urbana de Medellín* (2016); *Pedro Nel Gómez. El Maestro: arquitecto, urbanista*

*y paisajista* (2014); *Del alarife al arquitecto. El saber hacer y el pensar la arquitectura en Colombia 1847-1936* (2013); *El Darién. Ocupación, poblamiento y transformación ambiental. Una revisión histórica. Partes I y II* (2011, 2012); *El Carré y el Vásquez. Memoria urbana de Medellín en el contexto de Guayaquil* (2011); *Ciudad y arquitectura urbana en Colombia 1980-2010* (2010); entre otros. En 2016 le fue otorgada la Orden Gerardo Molina, la máxima distinción a los profesores de la Universidad Nacional de Colombia. También ha obtenido la 1ª Mención Internacional en la Categoría Teoría, Historia y Crítica de la Arquitectura, el Urbanismo y el Paisaje en la XIX Bial Panamericana de Arquitectura (Quito BAQ 2014); la Mención de Honor en la Categoría de Historia, Teoría y Crítica de la XXIV Bial Colombiana de Arquitectura (2014); la Mención de Honor en Crítica de la XVII Bial Panamericana de Arquitectura (Quito, Ecuador, SAQ 2010); el Premio Nacional de Arquitectura “Carlos Martínez Jiménez”, Área de Investigación en la XVI Bial de Arquitectura (1998).

Contacto: lfgonzal@unal.edu.co

## Hernán Humberto Múnera



Maestro Bachiller, Escuela Normal Nacional de Varones; licenciado en Didáctica y Dificultades del Aprendizaje Escolar, Universidad CEIPA; especialista en Docencia Universitaria, Universidad Industrial de Santander; magíster en Gestión de la Tecnología Educativa. Casado con Lina Castillo, egresada de la Tecnología en Calidad del Instituto Tecnológico Metropolitano; su hijo, Alejandro, es egresado de la Tecnología en Informática Musical y Maestro en Artes de la Grabación y Producción Musical del ITM. Inició la primaria en el Instituto Conrado González Mejía, pasó luego a la Escuela Especial de Belén de Medellín y posteriormente al IPC. Más adelante lideró el proceso de transformación del ITM como institución de educación superior,

fue decano de Extensión, decano de Investigación y decano de Sistemas de Información, también director de la Escuela Profesional de Artes y jefe del programa de Tecnología en Informática Musical y del Departamento de Artes y Humanidades. Ha sido editor de la *Revista Tecno Lógicas* (2001, 2002) y director del periódico *Instantáneas del Municipio de San Pedro* (desde 2012), también ha publicado en *Catálogo de Investigaciones* (2001). Fue docente de Psicología (1987), coordinador de Programas de Capacitación (1989-1992) en el Instituto Popular de Cultura (IPC), director de Extensión Académica (1992), director de la Escuela Profesional de Artes (2003-2008), entre otros tantos cargos.

Contacto: [hmunera22@gmail.com](mailto:hmunera22@gmail.com)

## Beatriz Elena Acosta Ríos



Licenciada en Filosofía y Letras, Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín; magíster y especialista en Estética, Universidad Nacional de Colombia. Docente de la Facultad de Artes y Humanidades del Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM). Autora del libro *Las experiencias estéticas del transeúnte. Cartografías literarias* (2013); compiladora y coautora de *Ecos de Eco. Aproximaciones semioestéticas al pensamiento de Umberto Eco* (2021); coautora de *Mitópolis. Un ensayo sobre arte y memoria* (2017), *Casus* (2017), *Inventario y análisis de la representación tipográfica popular: Imagen de la tecnología -Doxografía-* (2014), *Imagen y literatura. Una comprensión estética* (2013) y *¿Hace*

*tiempos Tomás Carrasquilla?* (2008). Ha participado en los libros: *Resistiendo y perviviendo en Barbacoas. Prácticas estéticas e identidades en el centro de Medellín* (2023); *Expurgo (Edificio Mónaco)* (2021); *Espacio público y violencia* (2020); *Taller 7. 15 años* (2018); *(SRA) La condición de estar aquí* (2018); *Gilles Deleuze, flores a su tumba* (2018); *El efecto Deleuze* (2016); y ha publicado diversos artículos sobre estética y literatura. Es profesora invitada en varios posgrados del país relacionados con los estudios estéticos, la estética urbana, la literatura y los procesos de estética y creación.

Contacto: [beatrizacosta@itm.edu.co](mailto:beatrizacosta@itm.edu.co)

## Andrés David Torres Cañas



Ingeniero de Telecomunicaciones (ITM), estudiante de la Maestría en Ciencias: Innovación en Educación, del Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM). Contratista del Museo de Ciencias Naturales de La Salle donde es coordinador del Observatorio Astronómico y docente de cátedra del Instituto Tecnológico Metropolitano. Sus áreas de interés e investigación son: astronomía, instrumentación astronómica, análisis de imágenes, educación en astronomía, divulgación de la astronomía. Dentro de sus más recientes publicaciones se encuentran: “Familias de constelaciones: Andrómeda” (2023, artículo en coautoría); “Size and Shape Constraints of (486958) Arrokoth from Stellar Occultations” (2020, artículo en coautoría); *El cielo no es naranja, el anhelo por la oscuridad* (2020, cartilla en coautoría). Ha sido promotor científico del Planetario de Medellín y desarrollador conceptual y técnico de la renovación del Observatorio Astronómico del ITM. Así mismo, integrante del IAU 327 IAU Symposia. IAU 327: Fine Structure

and Dynamics of the Solar Atmosphere; coorganizador del VI Congreso Colombiano de Astronomía COCOA y editor de sus memorias; coordinador de la Oficina para la Divulgación de la Astronomía de la Unión Astronómica Internacional en Colombia (OAO – Colombia, 2021-2024); integrante del comité científico para el VII Congreso Colombiano de Astronomía y Astrofísica; organizador durante varios años de los encuentros latinoamericanos de enseñanza de la astronomía (“Un aula bajo las estrellas”); organizador del NASA Space Apps Challenge Medellín 2023 y 2024; e integrante de la junta directiva de la Red de Astronomía de Colombia. Hijo de Don Flavio (que habita en las estrellas) y Doña Rosalba, hermano de Milthon, Maribel y Érica; pareja de Marta y tío político de Silvana. Sus intereses se encuentran en relación a los libros de ciencia ficción e historia, el cine, viajar en moto por carretera, ver fútbol, practicar natación y caminar.

Contacto: [andrestorres@itm.edu.co](mailto:andrestorres@itm.edu.co)

## Juan Felipe Chavarro Gómez



Estudiante de Ingeniería Mecatrónica en el Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM). Apasionado por la ingeniería como herramienta de transformación social y empoderamiento intelectual en comunidades marginadas. Defensor de los derechos humanos y la paz, comprometido con la lucha por una educación pública gratuita y de calidad, vista como un derecho fundamental del pueblo colombiano. Su enfoque siempre ha sido la educación como un motor para la construcción de paz, especialmente en territorios afectados por el conflicto armado. En el ámbito universitario ha sido parte de un grupo de investigación de la Facultad de Ingeniería del ITM, y también ha ejercido como representante estudiantil, tanto ante la Facultad como en el Consejo Académico, desde donde

ha podido impulsar diversos proyectos en beneficio de los estudiantes. Ha participado en eventos nacionales de investigación, aportando a la construcción de soluciones educativas que promuevan la paz y la equidad. Además, es un ferviente lector de autores como Pablo Neruda y Gabriel García Márquez, cuyas obras lo han inspirado a entender la literatura como una herramienta de cambio social y cultural. Su compromiso con la justicia social y los derechos humanos incluye la defensa de la vida, la paz y los territorios, promoviendo siempre una salida pacífica y negociada al conflicto armado en Colombia.

Contacto:  
[juanchavarro253575@correo.itm.edu.co](mailto:juanchavarro253575@correo.itm.edu.co)

## Esteban Carmona Ospina



Estudiante de Ingeniería Biomédica en el ITM y representante estudiantil ante el Consejo Directivo. Es un líder comprometido con la mejora de la educación y ha demostrado su pasión por la ingeniería biomédica y su dedicación a la representación estudiantil. Como estudiante ha participado activamente en proyectos de investigación enfocados en la mejora de la salud y la calidad de vida; su compromiso con la educación lo ha llevado a ser un defensor de la accesibilidad y la inclusión en la educación superior. Entre sus logros destacan: implementación de programas de mentoría y apoyo para estudiantes de primer año; colaboración en proyectos de investigación en ingeniería biomédica; liderazgo en la representación estudiantil ante el Consejo Directivo.

Contacto:

[ronalcarmona297226@correo.itm.edu.co](mailto:ronalcarmona297226@correo.itm.edu.co)

Danny Zurc



Magíster en Biología y actualmente candidata a doctora en Biología de la Universidad de Antioquia, con experiencia en estudios de biodiversidad —con énfasis en investigación de bioacústica, sistemática y taxonomía de murciélagos—. Curadora de colecciones biológicas del Museo de Ciencias Naturales de La Salle del Instituto Tecnológico Metropolitano desde el 2009. Docente e investigadora del ITM. Ha escrito diversos artículos publicados en revistas científicas, como también textos de divulgación científica. Entre sus publicaciones divulgativas se encuentran: *Inventario de los bosques de Antioquia: aves y mamíferos del Museo de Ciencias Naturales de La Salle* (2022); *Animales iridiscentes: artífices naturales de la luz* (2018); y *Murciélagos del bosque andino de Antioquia* (2017).

Contacto: [dannyzurc@gmail.com](mailto:dannyzurc@gmail.com)

Lázaro Antonio Mesa Montoya



Antropólogo de la Universidad de Antioquia. Profesor de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM. Actualmente es jefe de la Oficina del Museo de Ciencias Naturales de la Salle.

Contacto: [lazaromesa@itm.edu.co](mailto:lazaromesa@itm.edu.co)

## Gilmer Mesa



Nacido en 1978 en Medellín en el barrio Aranjuez, donde ha residido toda su vida. Estudió Filosofía y Letras y es magíster en Literatura, ambas en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Desde 2007 ha ejercido la docencia en diferentes universidades de la ciudad y actualmente se desempeña como profesor ocasional del ITM, donde además dicta la Cátedra Medellín. Recientemente publicó *Aranjuez*, su tercera novela al lado de *Las Travesías* y *La cuadra*, con el sello editorial Penguin Random House; con esta última ganó el XII Concurso de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia en 2015. Ha realizado también otros aportes como: el cuento llamado “Año nuevo” en la colección *Puñalada trapera. Antología de cuentos colombianos* (2017), el tomo “Resiliencia” de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la no Repetición (2020) y otros en diferentes revistas como: *Cronopios*, *Aurora Boreal*, *Arcadia*.

Contacto: [asistentegdmesa@gmail.com](mailto:asistentegdmesa@gmail.com)

## Mauricio López Rueda



Nacido en Medellín hace 46 años en una noche de Halloween. Estudió Comunicación Social-Periodismo en la Universidad de Antioquia y ha trabajado en los medios desde los 19 años. Comenzó en Buenos Días Deporte, en *Caracol Radio*, como apoyo periodístico; luego llegó a *Telemedellín* como practicante y, más tarde, a *El Mundo*, su primera gran casa periodística — pues allí aprendió el oficio de investigar y escribir con rigor—. También ha prestado sus servicios a la *Casa Editorial El Tiempo*, a la *Revista Semana* y a la *Revista Bocas*. Ha escrito para portales internacionales de ciclismo y tuvo su página propia: *Pedalero.com*, ya desaparecida. Autor de los libros *El escalador de América: Historia del Ñato Suárez*, *Mucho más que once*; y *Crónicas callejeras*. También ha participado de los libros *Historia del orgullo paisa*; *Historia de Indeportes Antioquia*; *Historia de la Liga de Natación de Antioquia*; *Historia de la Liga de Fútbol de Antioquia*; *Historia de Latina Estéreo*; *Historia del fútbol en Medellín*; *Historia de los barrios de Medellín*; e *Historia de los parques de Medellín*, entre otros. Trabajó hasta 2022 con *El Colombiano* y hace parte, desde hace 14 años, del periódico cultural *Universo Centro*.

Contacto: [sammer.mauricio@gmail.com](mailto:sammer.mauricio@gmail.com)

## Tatiana Londoño Agudelo



Nacida en abril de 1989 en la ciudad de Medellín, Antioquia, cinco minutos antes que su hermana gemela, Marcela Londoño Agudelo, es hija de Cecilia Agudelo Gómez y Ancízar Londoño Benítez. Su infancia la vivió con sus padres y hermanos en el corregimiento de San Sebastián de Palmitas, rodeada de campo y montañas, donde realizó su educación básica. En el año de 2006 se traslada con su familia al corregimiento de San Cristóbal donde realizó estudios en Biotecnología e inició su carrera artística en el año 2012 con la realización de una técnica en Diseño Gráfico. Encaminada por su pasión por el arte ingresó a la carrera profesional en Artes Visuales, que finalizó en 2018 junto con su hermana. En el año 2018 se unió como artista-diseñadora al Museo de Ciencias Naturales de La Salle, poniendo

en práctica sus estudios y habilidades. Desde el 2019 emprende la aventura de ser madre de Avril. En el 2021 inicia como docente en la Facultad de Artes y Humanidades del ITM, y en el 2024 decide ampliar su panorama académico iniciando el rol de estudiante de Maestría en Artes Digitales. Fotógrafa colaboradora para la publicación *Animales iridiscentes: artífices naturales de la luz* (2018). Ha participado como ilustradora invitada en el *Boletín La Piranga del Museo CNS* (desde el año 2018) y en *Letras Ilustradas Bello* (2016). Ha sido docente de cátedra de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM, acompañando las asignaturas de Expresión y Representación (entre los años 2021 y 2023).

Contacto: [tatiana.lonagu@gmail.com](mailto:tatiana.lonagu@gmail.com)

## Jorge Andrés Ochoa Restrepo



Nació en Medellín en el año 1993. Tuvo una infancia normal y tranquila en una familia tradicional de clase media. Comenzó sus estudios en el año 1998, transcurriendo toda su vida escolar en el Colegio de la UPB. Aprendiendo y jugando con su hermano menor, el gran amigo de toda su vida, desarrolló una mente curiosa y creativa. En esta época conoció el dibujo e hizo de él su medio de expresión. Finalizó el colegio en el año 2010 y estuvo transitando sin mucho rumbo entre diversas áreas del conocimiento hasta el año 2014, fecha en la que tomó la decisión de comenzar su formación profesional como artista visual en el ITM, de donde egresó en el año 2020. Aún cursando los últimos semestres de la carrera, en el 2018, comenzó a trabajar como diseñador e ilustrador en el Museo de Ciencias Naturales de La Salle, su segunda casa y academia desde entonces. Ha participado como ilustrador invitado en el *Boletín La Piranga del Museo CNS* (desde el año 2018). Co-autor de la cartilla educativa *Las aventuras de Pancho y Pipe en: contando historias Vol. 1* (2020) y del libro *Inventario de los bosques de Antioquia: aves y mamíferos del Museo CNS* (2022).

Contacto: [jorgeochoar@hotmail.com](mailto:jorgeochoar@hotmail.com)

## Alejandro Valencia Domínguez



Nació en Medellín el 14 de mayo de 1998. Proveniente de una familia aguadeña, su madre, Patricia Domínguez, y su padre, Gustavo Valencia, llegaron a Medellín en 1989 con ansias de un mejor futuro. Intentaron diversos trabajos y emprendimientos, como la construcción, la venta de buñuelos y de sombreros aguadeños y, por último, un lavadero de autos que hasta el día de hoy sigue funcionando; con este negocio, sus padres dicen orgullosos que pudieron criar a sus dos hermanas, a su hermano y a él. Creció en el barrio Doce de Octubre, un lugar violento y peligroso cuya naturaleza llevó a sus padres a tratar de protegerlo, principalmente manteniéndolo ocupado dentro del hogar; como resultado, encontró varias formas de entretenimiento, entre ellas tocar guitarra y dibujar todo el día, lo que lo condujo a pasar mucho tiempo a solas. Durante su infancia el dibujo se

convirtió en una práctica frecuente; a pesar de no ser muy talentoso al principio, le hacía sentir bien y, con el tiempo, fue mejorando; hoy en día se enorgullece de poder vivir de hacer lo que le gusta. Comenzó a estudiar Artes Visuales en el ITM en el año 2016 y culminó la carrera en 2022, inmediatamente después fue contratado en el Museo de Ciencias Naturales de La Salle como ilustrador y diseñador gráfico, donde continúa hasta la actualidad. Ha participado como ilustrador invitado del *Boletín La Piranga del Museo CNS* (desde el año 2023). Co-autor de la cartilla educativa *Familias de constelaciones: Andrómeda* (2023). Fue seleccionado para participar en el Primer Salón Departamental de Ilustración (2024).

Contacto: [vdalejo14@gmail.com](mailto:vdalejo14@gmail.com)

## Daniel Valencia Gómez



Nace en el año de 1994. Su madre, Luz Magaly Gómez Carvajal, y su padre, Wilmar León Valencia Pérez, lo criaron en la comuna nororiental de Medellín, lugar que vio sus primeros años de vida y que le permitió conocer los amigos que lo acompañan hasta el día de hoy. En la adolescencia sus pasiones e intereses se inclinaron por el dibujo y la guitarra, marcando definitivamente sus decisiones en los años venideros. Las artes estuvieron siempre presentes en su desarrollo personal, acompañadas también del ajedrez, deporte que le aportó disciplina y conocimiento sobre la sana competencia. El ITM ha sido parte fundamental de su vida: en el 2013 lo acogió como estudiante del pregrado en Artes Visuales —el cual se dicta en la Facultad de Artes y Humanidades del ITM—, dicha sede fue su segundo hogar y le permitió conocer compañeros y docentes maravillosos que lo acompañaron en su proceso formativo; en el año 2017 comienza su camino laboral en la Institución como parte del equipo de medios educativos, con el tiempo se incorpora como laboratorista,

donde desarrolla un fuerte interés por la docencia. Desde el año 2022 hace parte del Área de Educación del Museo de Ciencias Naturales de La Salle, espacio que le permitió ejercer sus habilidades en las artes y la docencia; allí, entre conversaciones con sus compañeros, Daniel alimenta a diario su interés por el mundo. Actualmente se encuentra realizando la maestría en Artes Digitales del ITM con el objetivo de expandir sus conocimientos y desarrollar esa curiosidad por el saber que lo caracteriza. Ha sido docente en el programa Media Técnica del ITM (2023). Participó en exposiciones colectivas con series de dibujo: *En otro espacio* (Arte Amarillo, 2018); *3er salón de artes Francisco Morales* (Casa de la cultura de Caldas, 2018); *ANIMA MUNDI* (Casa de la cultura Los Alcázares, 2019). Adicionalmente, realizó ilustraciones para: *Suite Paisajes Urbanos* (2022) y para el *Boletín La Piranga del Museo CNS* (desde el año 2022).

Contacto: [danielvalenciag94@gmail.com](mailto:danielvalenciag94@gmail.com)

## Frank Vélez Penagos



Nacido en Medellín, Antioquia, en el año de 1982, hijo de José Luis Vélez Niño — fallecido a sus treinta años, cuando Frank tenía tan solo tres años de edad —, y de Martha Gloria Penagos Calderón —ama de casa y sobreviviente después de enviudar—, hermano de Maricel Vélez Penagos. Creció al lado de su familia paterna, apadrinado por Beatriz Elena Vélez Niño y su esposo Jorge Eliécer Montoya Granada, junto con sus dos hijos: Faber y Maribel Montoya Vélez (primos), considerados hermanos de crianza. Luego de concluir sus estudios secundarios en el año 1999, ingresó al Tecnológico de Antioquia a estudiar Investigación Judicial, titulándose en el año 2002 —sin ejercer—. Optó por ingresar en el año 2003 a la Universidad de Antioquia a estudiar Artes Plásticas, gracias al reconocimiento de sus habilidades como dibujante desde niño; obtuvo el título en el año 2015 como Licenciado en Educación en Artes Plásticas. Para el año 2009 ingresó a trabajar al Museo de Ciencias Naturales de La Salle del ITM asumiendo el cargo de artista-diseñador. Ha sido docente de apoyo especializado de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM, acompañando los procesos de Práctica en la Empresa Cultural (entre los años 2017 y 2023), y

Muestras de Grado de los estudiantes del Pregrado en Artes Visuales (desde el año 2015). Editor adjunto y diagramador del *Boletín La Piranga del Museo CNS* (desde el año 2010). Diseñador de las carátulas de los CD-ROM: *Íntimo con corazón*, de la Facultad de Artes y Humanidades del ITM (2009); *Testimonio* de la FAH-ITM (2011); *Raíces del rock tropical, un homenaje a Afro Sound* (2013); *Arqueología del chucu-chucu* (2014). Asimismo, diseñador de las portadas de los libros: *Trilogía – Ciencia Tecnología y Sociedad ITM* (2010, 2011); *Arqueología del chucu-chucu* (2014); *Medellín en su narrativa* (2024). Ilustrador de los separadores de la revista *Trilogía – Ciencia Tecnología y Sociedad ITM* (ediciones 3, 4, y 5) y diagramador de las cartillas: *Expedición Museo CNS* (2012); *Animales iridiscentes: artífices naturales de la luz* (2018). Co-autor y diagramador de las cartillas: *Crax perdió sus plumas* (2018); *Las aventuras de Pancho y Pipe en: contando historias Vol. 1* (2020); *El cielo no es naranja – El anhelo por la oscuridad* (2020); *Inventario de los bosques de Antioquia: aves y mamíferos del Museo CNS* (2022).

Contacto: frankvelezp@gmail.com

## Diana Patricia Carmona Hernández



Editora académica y correctora de textos con formación en la vida profesional y en el Instituto Caro y Cuervo. Psicóloga clínica en consulta privada y magíster en Investigación Psicoanalítica de la Universidad de Antioquia. Docente en las áreas de escritura académica y de lectura y escritura para las ciencias sociales en la Universidad EAFIT y en la Universidad de Antioquia. Amante de la divulgación académica y científica, del lenguaje y el bien decir.

Contacto: [dianapcarmona@gmail.com](mailto:dianapcarmona@gmail.com)

## Ilustraciones



### Tatiana Londoño Agudelo

- Pág. 27 | Tiempo y memoria I.
- Pág. 29 | Tiempo y memoria II.
- Pág. 38 | Asentamientos agrícolas en el Valle de Aburrá I.
- Pág. 39 | Asentamientos agrícolas en el Valle de Aburrá II.
- Pág. 54 | Antigua sede de Prado.
- Pág. 55 | Sede Prado del ITM, hoy.
- Pág. 56 | Antigua sede La Floresta.
- Pág. 57 | Sede La Floresta del ITM hoy.
- Pág. 66 | Fragmento de "Oro rojo".
- Pág. 68 | Oro rojo.
- Pág. 97 | Creciendo entre el arte y la literatura.
- Pág. 111 | Parque astronómico ITM.
- Pág. 114 | Fragmento de "Conquistas".
- Pág. 120 | Conquistas.
- Pág. 140 | Mi vida en el Museo.
- Pág. 158 | Clandestinidad.
- Pág. 172 | La chaza de Prado.
- Pág. 181 | Dinámicas de La Floresta.
- Pág. 184 | Retrato de Juan Parra.
- Pág. 192 | Retratos de Danny Zurc y Lázaro Mesa.
- Pág. 195 | Autorretrato.



### Jorge Andrés Ochoa Restrepo

- Pág. 23 | Técnica y evolución.
- Pág. 31 | Taladro radial del Campus Robledo.
- Pág. 36 | Fragmento del "Primer telar en Medellín".
- Pág. 42 | Primer automóvil en Medellín.
- Pág. 43 | Primer telar en Medellín.
- Pág. 48 | Fragmento "Exterior Centro Cultural Campus Fraternidad".
- Pág. 58-59 | Construcción del Colegio San José en el morro de los 4 vientos.
- Pág. 60 | Campus Fraternidad del ITM, hoy.
- Pág. 62-63 | Exterior Centro Cultural Campus Fraternidad.
- Pág. 80 | Que la EPA siga siendo popular.
- Pág. 86 | Retrato de Diego Mesa.
- Pág. 101 | Primer proyector Planetario de Medellín.
- Pág. 116 | Marchas.
- Pág. 134 | Inicios del Museo CNS.
- Pág. 141 | *Araneus sernai*, ejemplar holotipo del Museo CNS.
- Pág. 144 | Fragmento de "Cielo enrejado".
- Pág. 150 | Cielo enrejado.
- Pág. 160 | Fragmento de "Aquí no se parquea".
- Pág. 164-165 | Aquí no se parquea.
- Pág. 186 | Retrato de Luis González.
- Pág. 189 | Retrato de Andrés Torres.
- Pág. 191 | Retrato de Esteban Carmona.
- Pág. 196 | Autorretrato.
- Pág. 200 | Retrato de Diana Carmona.



### *Alejandro Valencia Domínguez*

Pág. 16 | Fragmento de "Técnica y cultura".  
Pág. 25 | Técnica y cultura.  
Pág. 33 | Transformación.  
Pág. 46-47 | Artes y oficios.  
Pág. 50-51 | Ciudadela -y- Pedro Nel.  
Pág. 72-73 | Múnera hijo, Múnera padre.  
Pág. 84 | Fragmento de "Bloque de Diseño ITM".  
Pág. 90-91 | Bloque de Diseño ITM.  
Pág. 94 | Científicos, artistas y filósofos como creadores.  
Pág. 105 | Instrumentos astronómicos.  
Pág. 122 | Llamado a la acción.  
Pág. 132 | Gabinete de historia natural.  
Pág. 147 | Vitrina olvidada.  
Pág. 176-177 | Chequeadero de la virgen.  
Pág. 185 | Retrato de Carlos Framb.  
Pág. 190 | Retrato de Juan Chavarro.  
Pág. 193 | Retrato de Gilmer Mesa.  
Pág. 197 | Autorretrato.  
Pág. 199 | Retrato de Frank Vélez.



### *Daniel Valencia Gómez*

Pág. 19 | Pensar la técnica I.  
Pág. 21 | Pensar la técnica II.  
Pág. 40 | Devoción a Nuestra Señora de la Candelaria.  
Pág. 41 | Devoción franciscana.  
Pág. 52 | Antiguo Bloque A Campus Robledo del ITM.  
Pág. 53 | Bloque A Campus Robledo del ITM, hoy.  
Pág. 76 | Los Múnera de hoy.  
Pág. 92 | Arreglo floral Sede La Floresta.  
Pág. 98 | Fragmento "Telescopio al interior del Observatorio Astronómico".  
Pág. 103 | Antigua cúpula del Observatorio Astronómico.  
Pág. 107 | Telescopio al interior del Observatorio Astronómico".  
Pág. 109 | Panorámica del Observatorio Astronómico.  
Pág. 113 | Reloj solar del Parque Astronómico.  
Pág. 118 | Homenaje a Julián Orrego.  
Pág. 126 | Fragmento "Vocación de los Hermanos"  
Pág. 128 | Vocación de los Hermanos.  
Pág. 155 | El Tártaro.  
Pág. 168 | Ventorrillo de Mamita Cruz.  
Pág. 187 | Retrato de Hernán Múnera.  
Pág. 188 | Retrato de Elena Acosta.  
Pág. 194 | Retrato de Mauricio López.  
Pág. 198 | Autorretrato.



### *Frank Vélez Penagos*

Guardas.  
Pág. 11 | Tótem de presentación.  
Pág. 14-15 | Separador de Sección 1.  
Pág. 34-35 | Separador de Sección 2.  
Pág. 64 | Separador de Sección 3.  
Pág. 82-83 | Antigua casa de los Múnera en San Pedro.  
Pág. 124-125 | Movimiento Bloque C-25 (BC-25).  
Pág. 142-143 | Separador de Sección 4.  
Pág. 182-183 | Separador de Sección "Acerca de los creadores".





### **ITM 80 años**

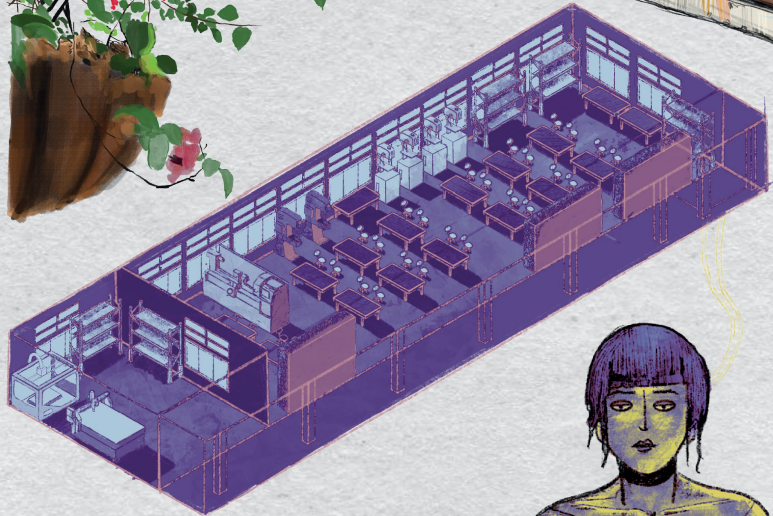
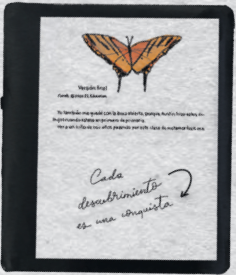
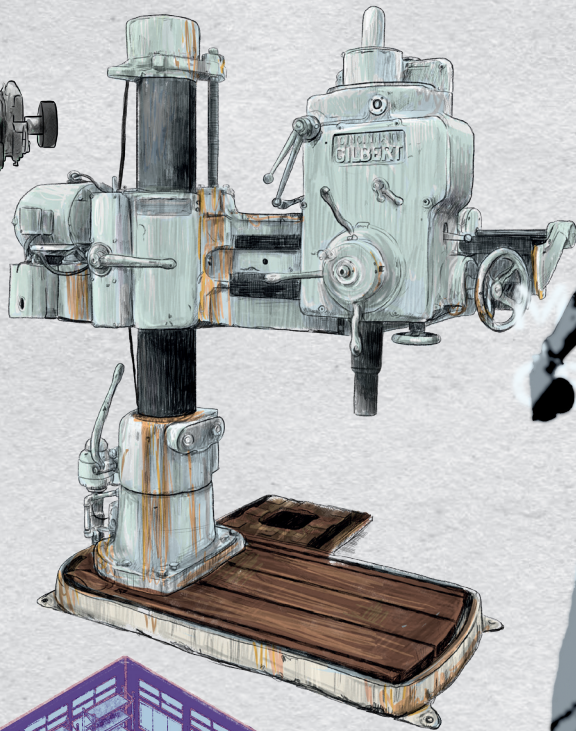
El texto se compuso con fuentes tipográficas para texto corrido: Montserrat Regular 12 puntos, títulos en Montserrat Ligth 25 puntos, nombres de autores en Bookstory 25 y 30 puntos. Esta publicación se terminó de imprimir en Divegráficas S.A.S en diciembre de 2024





Ilustración:  
Frank Vélez Penagos





ISBN: 978-628-7751-14-9



9 786287 751149